

Perjer LOS ÁNGELES

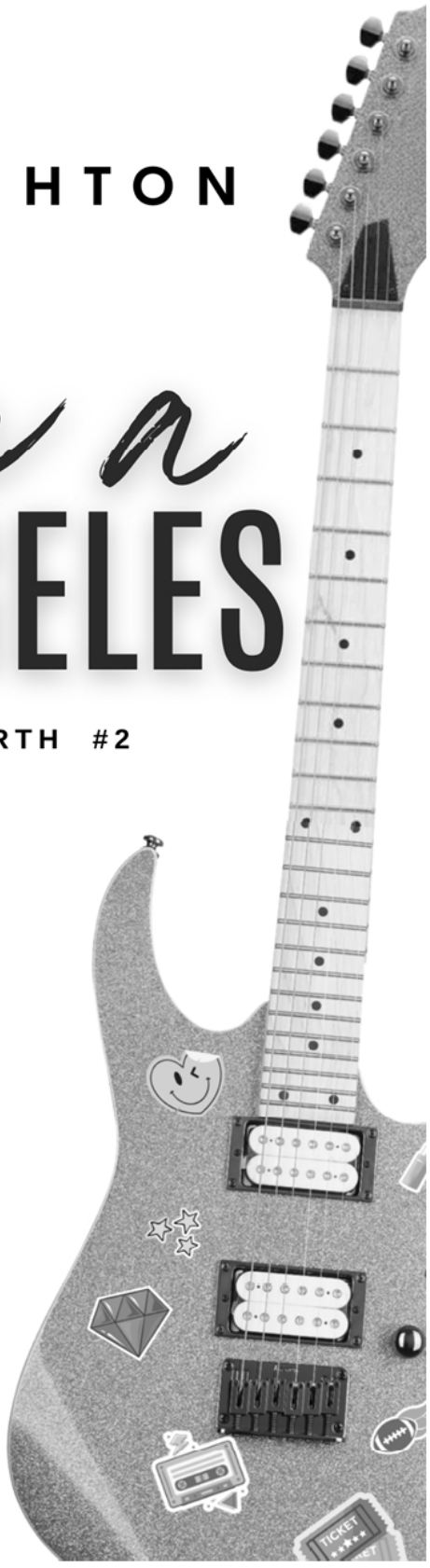
LEXIE BRIGHTON

BILOGÍA DUKEFORTH #2

LEXIE BRIGHTON

Peaje a LOS ÁNGELES

BILOGÍA DUKEFORTH #2



Conjuring Letters

© Lexie Brighton, 2026
Primera edición: junio de 2026
Diseño de portada y servicios editoriales: Conjuring Letters Studio
Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reproducción electrónica y la distribución en redes sociales o plataformas digitales, sin el permiso expreso y por escrito de la autora.
Es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

¿Estás escribiendo tu propio libro y quieres publicarlo de forma profesional?

Conjuring Letters Studio ofrece servicios editoriales, diseño y acompañamiento para autores autopublicados.

www.conjuringletters.com

A todo aquel que conoce a Dylan y Savannah
y ha querido volver a Dukeforth para descubrir el final de su historia.
Este libro es para ti.

Las menciones a títulos de canciones o nombres de artistas presentes en esta novela se realizan únicamente con fines narrativos, sin ánimo de lucro ni intención de infringir derechos de autor.
No se incluye letra ni contenido protegido por copyright.
Los derechos sobre las canciones mencionadas pertenecen exclusivamente a sus respectivos autores, intérpretes y titulares legales.


ESCANÉA EL CÓGIDO QR Y ESCUCHA LA PLAYLIST COMPLETA
Peaje a Los Ángeles
Lexie Brighton



PRÓLOGO

Dylan

She Stole My Harley - Myles Erlick

No hay nada que me joda más que la gente que toca lo que no es suyo. Y mi moto es una de las pocas cosas que todavía me pertenece.

Estoy en la parte trasera del bar, a punto de encenderme un cigarrillo. Hace años, solo jugaba a pasear entre los dientes los filtros desgastados de la vieja cajetilla de mi abuelo. Ahora soy uno de los nuevos amigos de Jerry, el del estanco, sobre todo cuando estoy nervioso o enfadado, que desde hace algún tiempo es mi estado natural. Estoy a punto de darle la primera calada a mi Marlboro cuando un sonido en la distancia me arranca de mis pensamientos.

Es un rugido familiar. Tanto que no debería estar escuchándolo ahora. Básicamente porque nadie más que yo tiene las llaves para provocarlo.

En medio de la noche, me quedo quieto con el cigarro entre los labios y el Zippo ardiendo a milímetros de mi piel. El calor me da de lleno, chamuscando un par de mechones largos que me prometí cortar hace meses.

Entonces la veo. A través del horizonte, una moto igual que la mía se alza por la carretera que conduce a Nashville. Desde la distancia, me apostaría toda la caja del bar de un mes a que es la mía, pero eso no es posible, ¿no?

Espero un par de segundos, lo justo para ver cómo sale de la curva y coge velocidad en la recta. Ahora observo mejor la situación.

Podría haber dos motos iguales en Dukeforth…, pero sé que eso es prácticamente imposible. Esa moto lleva en mi familia casi toda una

vida y nunca he visto otra igual por aquí. Ni siquiera en la ciudad. Además, reconozco cada ronroneo que hace. Y esa es mi maldita moto.

Solo escuchar el rugido acercándose me genera una furia incapaz de controlar. Le dije a Knox que podía dar una vuelta por el rancho con ella, no que la sacase a pasear como si fuese uno de los caballos. Le voy a dar tal patada en el culo cuando lo pille que terminará sentado a lomos de Maddie, una de mis yeguas.

A medida que la silueta de mi moto se hace más nítida bajo mi campo de visión, Brooke aparece por la puerta trasera del local cargando dos bolsas de basura enormes entre los dedos.

—¡Ah! —Tropieza y da un salto en el aire para salvar la caída. Las botellas no corren su misma suerte y estallan contra el suelo, aunque ni el ruido de los cristales oculta el rugido de mi moto—. Tenemos que arreglar este escalón ya, ¿eh?

Ruedo los ojos. No sé por qué coño sigue usando esos tacones para trabajar. No sería la primera vez que se queda atascada en una alcantarilla y termina en el suelo.

Al menos esta vez caería sobre las bolsas de basura. Y, aun así, eso no sería lo peor que ha pasado hoy...

Paso de Brooke, que sigue peleándose con sus tacones y la basura esparcida por el suelo a medio asfaltar, y yo sigo con la mirada puesta en mi Kawasaki Vulcan Classic 1500, que mantiene una trayectoria que conozco demasiado bien.

Está entrando en el *parking*.

Tiro el cigarro y guardo el mechero, que aún sigue algo caliente, en el bolsillo trasero. Salgo directo al asfalto a la espera de su siguiente movimiento. ¿Va a tener los cojones de venir hasta aquí o la va a dejar en la entrada principal?

Con cada paso que doy noto cómo me aumenta la mala hostia. Como encima se atreva a pedirme una cerveza, será mejor que se deje el casco puesto si no quiere que le parta la cara. Hoy no tengo un buen día.

La moto entra en el callejón trasero a toda hostia, sin medir la velocidad ni importarle la grava que salpica contra la carrocería. Casi

derrapa. Knox jamás la metería así. Devon tampoco. Y esos dos gilipollas son los únicos a los que alguna vez les he dejado tocarla.

Me detengo en seco porque el cuerpo del conductor no cuadra con mis cavilaciones.

No es Knox. Tampoco Devon.

Es… alguien mucho más pequeño. Más estrecho. Más ligero.

Pero no, no puede ser…

Tras unos segundos interminables, la moto se detiene frente a mí con el motor todavía en marcha. Y ahí está: una figura femenina perfectamente moldeada.

Me quedo clavado en el sitio mientras se lleva las manos a la cabeza. No me espero ninguna sorpresa; ya sé perfectamente a quién voy a encontrar detrás de la visera.

Cuando se quita el casco y lo deja caer sobre el depósito, la realidad me golpea tan fuerte que no sé dónde apoyarme para no caer. Empiezo a retroceder y tropiezo con el mismo puto escalón con el que casi se mata Brooke hace un momento.

Ese rostro. El que llevo más de tres años intentando evitar en pantallas, revistas y cualquier medio de comunicación posible, y el mismo que este fin de semana me persigue, ahora está a dos metros de mí, respirando el mismo aire caliente y quemado que suelta mi moto.

—¿Qué coño haces aquí, Savannah? —escupo palabra a palabra.

Porque, si hay un lugar en el mundo donde no debería estar, es aquí, de vuelta en Dukeforth.

Y encima robándome mi puta moto.



CAPÍTULO 1

Savannah

DEPRESSED - ANNE-MARIE & LAUREN SPENCER SMITH

LOS ÁNGELES | UNOS DÍAS ANTES…

Se dice que nunca sabes lo que tienes hasta que lo pierdes, pero yo creo que nunca sabes lo que quieres hasta que lo consigues.

Durante años, he soñado con tener esta vida, pero nunca me he sentido tan vacía como en este momento. Miro a mi alrededor y lo tengo todo, pero, por dentro, me he ido vaciando poco a poco. Ahora apenas soy capaz de escribir una canción decente que encaje con el nuevo estilo que la discográfica quiere. A ellos no parece preocuparles demasiado, pero a mí me está comiendo por dentro.

Llevo encerrada en este dichoso estudio más de veinticuatro horas, he perdido la noción del tiempo y ya no sé cuándo fue la última vez que comí algo distinto a las asquerosas barritas de proteína y caramelo que patrocino e infestan este lugar (y que están asquerosas pese a lo que pueda llegar a decir en mis redes sociales).

Me levanto del sofá, tiro la libreta llena de tachones y palabras sin sentido y me miro en el espejo. Tampoco me reconozco a mí misma. Las ojeras atraviesan las capas de corrector y el maquillaje cubre las pequeñas pecas que antes me encantaba resaltar… y que ahora tengo prohibido enseñar.

A Alen no le gusta que use esa palabra. «Prohibido». Prefiere decir que «no encajan con la línea estética» que «despistan de la imagen profesional», o la peor de todas: «no te favorecen tanto como crees, monada». «Monada», una palabra de tres sílabas que siempre viene cargada de órdenes. Conozco a mi mánager desde hace tres años y

medio y sé que ese apelativo es su comodín para endulzar decisiones que ya ha tomado por mí antes de que yo siquiera las imagine. Es el azúcar que pone encima del veneno para que me lo trague sin preguntar.

Al principio confié en él. De verdad.

Me agarré a él como a un salvavidas en un barco que hace aguas. Me prometió estabilidad, seguridad y una carrera prometedora. Fue él quien tomó el timón cuando yo apenas sabía diferenciar entre proa y popa.

Pero con el tiempo…

Con el tiempo entendí que la mano que te guía también puede ahogarte.

Que lo que empieza como apoyo termina convirtiéndose en un molde en el que tienes que encajar sí o sí, aunque duela, aunque te deje marcas.

Es mi mánager y sé que le debo todo lo que tengo ahora mismo, pero cada día siento que, mientras más subo, menos queda de mí. Y esa es una sensación que me ahoga y me hace sentir egoísta. Como si no tuviera derecho a cansarme, a quejarme, a querer un respiro, a preguntarme si este camino sigue siendo mío o si ya solo estoy siguiendo las migajas que me deja Alen…

Me odio por pensar así.

La puerta se abre sin que yo dé permiso y Nora aparece apoyada en el marco con su coleta alta algo deshecha y una carpeta llena de notas bajo el brazo.

—Te he estado llamando —dice, mientras entra en el estudio y deja la carpeta sobre la mesa—. Tres veces. Empiezo a pensar que eres alérgica a tu propio móvil.

—Lo tenía en silencio.

—No puedes tener siempre en silencio —me recrimina, avanzando hacia mí—. ¿Cómo va ese temazo?

Sonrío para no hacer saltar las alarmas.

Cuando empecé en Colt Records, automáticamente, por contrato, Nora dejó de ser mi mánager, pero pasó a ser mi asistente personal. Algo mucho más divertido para ella y que, a mí, al menos, me sirve

para mantener cerca a la única amiga que logré rescatar de mi antigua vida.

—Mejor que ayer —me limito a responder.

—¿Lo hueles? —Mueve la mano y alza la cabeza, fingiendo olfatear el ambiente—. Ya huelo a otro número uno. Por cierto, no quiero molestarte, pero tenemos que revisar la agenda de los próximos días porque ahora mismo se solapan estas dos cosas.

—¿Y a mí qué me dices? Ya se lo dije a Haley.

—Pero no ha cambiado la reunión —insiste, rebuscando el papel del horario y plantándomelo delante—. ¿Lo ves?

Asiento y echo un vistazo rápido a la tabla inundada de colores. Lo más sencillo sería abrir Google Calendar y sincronizarlo con el resto del equipo, pero nunca me he llevado bien con la tecnología y no voy a empezar a hacerlo ahora.

—¿Podemos mover esto a las nueve? Prefiero adelantar la entrevista a por la mañana y dejar la reunión donde está. —Cojo uno de los bolis que hay encima de la mesa, tacho uno de los bloques morados que se solapaba y, con una flecha, lo llevo hasta el inicio del día. Luego Nora se encargará de traducir mis apuntes del paleolítico a algo que un ordenador pueda procesar y se lo enviará a quienquiera que esté involucrado.

—¿Estás segura? Justo la noche de antes tienes el evento del ayuntamiento de Nashville antes del *draft*.

Echo la cabeza hacia atrás y maldigo por lo bajo. Cierto. No voy a poder escaquearme antes de la medianoche y no pienso aparecer en la entrevista para las redes de la NFL con más ojeras de las que ya cargo últimamente.

—Vale, pues pasa la reunión a primera hora. —Total, no hace falta que esté muy despierta, alguien decidirá por mí, como siempre...

—Perfecto. —Nora guarda los papeles y me sonríe—. Mañana a primera hora hay que recoger algunos de los conjuntos del fin de semana, pero luego le paso esto a Haley sin falta.

—Genial.

—¡Ah!, por cierto —se detiene antes de llegar a la puerta—, con respecto a los días del *draft* de la NFL… ¿Puedo ser tu más uno para las fiestas?

—Yo ya soy el más uno de Ewan, Nora. Los «más uno» —hago las comillas con la mano— no pueden llevar otro.

—¿Sabes si Ewan puede llevar un más dos? Es uno de los mejores jugadores de la NFL…

—¡Y yo qué sé! Ni siquiera sé cómo se apellida.

—¡¡Brown!! —grita—. ¡Te dije que tenías que aprendértelo! —Vuelve a abrir la carpeta y rebusca otro papel—. Toma, quédatelo.

—¡No lo quiero! —Lo agito en el aire—. Tengo tres iguales.

—¿Y cuál de ellos te has estudiado? —No hace falta que conteste, ya conoce mi respuesta—. ¡Savannah!

—¿Qué? ¡Me da absolutamente igual cuál es su apellido o «cómo nos conocimos»! —Entrecomillo eso último porque nos conocimos por videollamada en la sala de reuniones de mis publicistas. Él llevaba un chándal de Nike y yo unas botas Jeffrey Campbell modelo Giddy Stud, unos vaqueros negros y un top a juego acorde con mi nuevo estilo. Eso es lo más relevante que recuerdo de aquella reunión.

—Dale una oportunidad, Sav… Fue él quien te propuso como su nueva chica de temporada, y no sabes lo bien que te va a venir eso a nivel comercial. Y no solo a nivel comercial…

—Nadie se cree sus relaciones, Nora.

—Se las crean o no, siguen moviendo dinero. La última, solo por salir con él dos meses, consiguió vender su marca de maquillaje por trescientos millones de dólares a Coty Inc.

—¿Y a mí qué? No tengo ninguna marca de maquillaje —respondo, agotada solo de pensar que me va a tocar tragármelo hasta que saque nuevo disco.

—¡Dios! Estás insufrible últimamente.

—Perdona —murmuro—. Tienes razón. Solo estoy… algo cansada.

—¡Normal! ¿Has cenado algo? —Niego con la cabeza—. ¡Perfecto! Le diremos a Reneé que nos prepare unas tortitas.

Cruza la habitación, coge el teléfono que conecta con la cocina de la mansión y se lo apoya en la oreja mientras me vuelve a mirar.

—¿Chocolate o fresa?

La decisión más sencilla de toda la noche.

—Fresa.

Nora asiente y transmite la orden antes de tirarse en el sofá de cuero. La imito y, de paso, me aflojo la hebilla del cinturón. De reojo, llevo la mirada hacia el otro lado, donde sigue aguardando mi libreta de cuero marrón a la espera de que componga algo que realmente merezca la pena. Bueno, que merezca la pena para ellos, para mí... no tanto. Tarareo la última melodía en la que he estado trabajando con el deseo irrefrenable de que esta vez me guste más, pero es imposible, sigue siendo una basura.

—¡Eh! —Nora, que juraría que estaba a medio minuto de quedarse dormida, me da un codazo—. ¡Eso es bueno! ¿Es tuyo?

Asiento.

No he dejado de componer ni un solo día, pero desde hace unos meses todo lo que sale de mí me parece insuficiente, así que prefiero mentirle al resto del mundo y decir que no tengo nada, pero con ella es distinto. Y si me siento así es porque la discográfica se ha encargado de machacarme, repitiendo una y otra vez que el *country* ha perdido popularidad y que, como no componga algo mejor que eso, vamos a desaparecer de las listas de éxitos.

—Solo es una estrofa tonta en bucle…

Sí, esa también es una buena forma de describir mi último *single*. No es lo que dice la crítica, obvio, es lo que digo yo. Y cada vez que lo escucho estoy más segura.

—Savannah, estás escribiendo mientras haces giras, promoción, campañas, sesiones de fotos… —enumera contando con los dedos—. No eres una máquina. No te presiones.

—Y no lo hago, de verdad —miento.

En un mundo idílico, le contaría mis problemas y ella simularía estar escuchándolos, pero nunca hemos tenido esa clase de relación. No es que no se preocupe por mí, sino que no todo el mundo muestra el interés del mismo modo. Ella intenta mantenerme arriba todo el tiempo, incluso cuando no es eso lo que necesito. Y supongo que eso está bien, así hemos funcionado siempre.

—¿Vamos a por esas tortitas?

Nora se levanta de un salto y me da la mano. Con el cinturón desabrochado y el pantalón bailándome en las caderas, la acepto.

Cojo la libreta y el móvil del reposabrazos del sofá y salimos del estudio.

Una bocanada de aire nocturno de mediados de abril nos envuelve mientras cruzamos el jardín hacia la casa principal. Invertí aquí parte de lo que gané en la gira de mi primer álbum. Creí que no llegaría a disfrutarla demasiado y que sería algo temporal; otra parada más entre giras, promociones y hoteles impersonales, pero al final se ha convertido en mi refugio. La casa es blanca, moderna y con cristaleras enormes que dan a las montañas que rodean Pacific Palisades.

El camino de piedra está flanqueado por palmeras Washingtonia y se ilumina con pequeñas luces incrustadas en el suelo que simulan las estrellas. Podría ser glamuroso si no fuese porque yo voy con calcetines y unos Crocs verde lima; la sudadera de Nora tiene una mancha de lejía y nuestro único objetivo es conseguir tortitas después de las doce.

Dentro, el recibidor se abre hacia un salón con chimenea eléctrica, estanterías repletas de vinilos que nunca escucho y un sofá gigantesco que tampoco uso. Casi siempre estoy en el estudio o en mi habitación.

—¡Buenas noches, Reneé! Aquí huele de maravilla —saluda Nora.

La cocina es un espacio abierto contiguo al salón. Reneé, por su parte, siempre forma parte del decorado de la cocina, como ese enorme florero de margaritas blancas y gerberas naranjas que descansa sobre la isla marmolada.

Nunca se me ha dado bien cocinar ni llevar una dieta demasiado equilibrada, a no ser que por equilibrada entendamos cereales y azúcares como base alimenticia. Así que, haciendo gala de sus métodos habituales, Alen buscó a la antigua cocinera de Selena Gomez y me la metió en casa para asegurarse de que me trague todos los nutrientes necesarios para seguir siendo su mejor activo. Por eso, para evitar que me prepare esos horribles batidos détox que detesto, muchas veces me escondo en mi estudio; ahí pierdo la noción del tiempo y no dejo que nadie entre. Nadie, salvo Nora, claro. Las primeras veces intenté detenerla y marcar mi espacio personal, pero es incorregible. De hecho, ella tiene su propio

apartamento en Santa Monica Beach, pero se pasa aquí la mayoría de las noches. Excepto cuando sale de fiesta y liga, ahí sabe que tiene prohibido entrar en mi casa.

Mi cocinera nos sonríe con la mirada y nos planta dos platos de humeantes tortitas. Las de Nora llevan un enorme medallón de mantequilla y sirope dorado por encima. Las mías, mermelada de fresa y frutas cortadas en forma de estrella. Ese debe de ser su último intento de hacerme ingerir vitamina C antes de irme a la cama.

Reneé no habla mucho. Pese a llevar en Estados Unidos más de veinte años, no acaba de soltarse con el inglés más allá de su vocabulario profesional. Fuera de eso, guarda silencio. Solo sé que tiene una hija de mi edad porque un día vino a recogerla en un viejo Toyota. Cuando estoy en casa, vive conmigo, solo se va cuando estoy de gira o tengo algún viaje programado. A veces me pregunto qué pensará de mí cuando me mira y sonríe. Puede que ni le interese. Puede que se dedique a hacer su trabajo y ya está.

Nora, entre bocado y bocado, se levanta para coger el mando de la televisión en busca de algo de ruido.

—¿Alguna preferencia?

Niego con el dedo.

Ante mi luz verde, pone un programa de reformas de casas con el que está obsesionada. Esa gente te convierte un garaje en una mansión en menos de tres semanas y siempre dentro del presupuesto. Es absoluto cine.

Se deja caer de nuevo en el taburete y apoya la barbilla sobre su mano, observando cómo uno de los presentadores arranca un inodoro.

—Podríamos reformar el estudio —dice, con la boca llena de miel—. Sería divertido.

—Nora, ese estudio ya tiene aislamiento acústico, un piano de cola y un micrófono que cuesta más que mi primer coche.

Ella se encoge de hombros y sigue con su cena.

—¿Querrán algo más, señoritas? —nos pregunta Reneé con su característico acento francés.

Miro el reloj digital del horno.

—Oh, no, descuida. Puedes irte a descansar.

Pese a que le he dicho un millón de veces que no es necesario, ella me sigue hablando de usted. Yo me niego a hacer lo mismo, me parece que eso solo incrementaría aún más la distancia que ya hay entre nosotras.

—Que descansen, señoritas.

Y no tardo en hacer caso a mi cocinera, porque después de comernos las tortitas y ver cómo una pareja canadiense duplica el valor de su nueva casa gracias a quitar el horrible papel de pared y crear un *open space*, nos vamos a dormir.

Ya en la cama y con el pijama puesto, dejo caer el cuerpo entre las sábanas y alzo la vista hacia el techo antes de recorrer con la mirada mi habitación. Puede que el dormitorio principal necesite una reforma… o dos. Contraté a una de las mejores decoradoras de todo Hollywood y le expliqué con diferentes carpetas de Pinterest cuál era mi estilo… y claramente no lo supo captar del todo bien. O quizá ni yo misma sabía qué quería en realidad. El resultado es una mezcla elegante y perfectamente impersonal. Además, hace unos días, en un arranque de ira por falta de inspiración, también tomé la horrible decisión de quitar todos mis discos de oro y premios enmarcados. Creí que no tenía derecho a verlos todos los días, que no era merecedora de ellos…, pero ahora tampoco me merezco las marcas que se han quedado en la pared.

Apago la luz, me tumbo de lado y me duermo pensando que igual estos últimos años no he tomado tan buenas decisiones como creía.



CAPÍTULO 2

Dylan

SMALL TOWN - GREYLAN JAMES

DUKEFORTH

Prefería cuando en casa solo me esperaba un perro sordo. Si solo siguiéramos él y yo, al menos no me tocaría escuchar esta puñetera música cada vez que llego. Por suerte, no la pone siempre, solo cuando está muy triste o muy contenta. Y no sé qué me aterra más.

Dejo la bolsa de deporte en el suelo y avanzo con miedo hacia la mesa de cocina que ahora se ha convertido en el nuevo despacho de Chrishell. Cuando me adentro un poco más, descubro que no está donde creía.

—¡Dylan!, ¡ya estás en casa! —Chrishell, bailando con los brazos abiertos, se acerca a mí planeando como un avión. Está esperando su beso.

—¿Tan pronto? —Señalo la copa de vino blanco que sostiene.

Lleva un pijama de verano con zanahorias diminutas y su pelo castaño y meticulosamente planchado no se mueve ni un centímetro.

Al ver que estoy demasiado sudado para su gusto, da un respingo hacia atrás. Yo me ahorro besarla y ella pausa la voz de Savannah desde su Mac. Que tu novia esté obsesionada con alguien a quien detestas es maravilloso. Maravillosamente estúpido.

—¡¡Tengo buenas noticias!! ¿Te das una ducha y te las cuento?

Me alejo de la cocina decidido a hacerle caso.

—¡Espera! —chilla a mis espaldas—. ¿No vas a insistir?

Antes de girarme hacia ella, pongo los ojos en blanco.

—Chrishell, tengo que ir al bar a echarle una mano a Brooke y a Danny. Hoy es noche de micrófono abierto. Si te puedes dar prisa…

Sus últimas buenas noticias fueron que había conseguido unas botas exclusivas de no sé qué tienda. Como ese sea el nivel, puedo irme a la ducha tranquilo.

—Me han llamado los de la agencia. Bueno, nos han llamado —rectifica—. Tenemos una licencia de venta para la NFL.

—¿De la Super Bowl? —grito.

A la mierda sus botas exclusivas, esto sí es una noticia.

—No, cariño —se ríe, enredándose un mechón entre los dedos—. Soy buena pero no tanto. Durante la Draft Experience.

—Ah. —No está mal, pero mi ilusión decae un poco.

El *draft* de la NFL son tres días donde los equipos se pelean por fichar a tipos que todavía están en la universidad. Y, además, aprovechan para montar la Draft Experience, que es como un parque temático para fans donde pueden lanzarse el balón entre ellos y todo está diseñado para que parezca que saben jugar. Vuelven a casa con el ego hinchado, los bolsillos vacíos y el coche lleno de *merch* que solo servirá para almacenar más mierda en el maletero. No digo que esté mal…, pero no es la Super Bowl.

—¿Cómo que «ah»? ¡Si es lo que queríamos!

Supongo que sí. Aunque más bien es lo que Chrishell quería. Desde que la dejé involucrarse en mi negocio ha estado haciendo y deshaciendo a su antojo. Y su antojo del último año ha sido meter la marca en todos los eventos que ha encontrado.

Y no es que no esté agradecido por todo lo que está consiguiendo... pero odio la exposición tan directa. Sé que es necesario dar a conocer una marca para conseguir ventas, pero ¿no me puedo quedar en casa produciendo cerveza y automáticamente conseguir gente que quiera bebérsela?

—No, tienes razón. Solo me he quedado algo… impactado.

Cuando se enteró de que el *draft* de la NFL de este año era en Nashville tardó menos de dos días en hacer todo el papeleo y presentar la solicitud. A las semanas nos informaron de que éramos proveedores aprobados, pero hace un mes enviaron el listado

definitivo y Parker Brewing no estaba ahí. Supongo que por eso ahora mismo no entiendo nada.

—¡Normal! ¡Porque es en menos de dos días! Me han dicho que una de las marcas de cerveza ha tenido un problema interno con una auditoría y no podrá asistir, así que ¡ocupamos su plaza!

Al ver que no arranco, continúa:

—¡Venga ya! —Me zarandea, pero me suelta rápido al ver que sigo teniendo los antebrazos algo húmedos por el sudor—. ¡No pongas esa cara! Lo tenemos todo hecho. Ellos nos dan el *stand*, vienen mañana a por la mercancía y nosotros solo tenemos que llevar las creatividades que queramos. No podemos salirnos del documento que nos han enviado, pero seguro que algo nos encaja. ¡Tenemos muchísimas cosas de eventos anteriores!

Eso es cierto, la antigua habitación de… Knox y Devon está llena de trastos con el logo de la cerveza por todas partes.

—Está bien. Hagámoslo. Es la oportunidad perfecta. —Me obligo a sonreír—. ¿Les confirmas nuestra participación mientras me pego una ducha?

—¡Ya lo he hecho! —De un pequeño salto, me besa la punta de la barbilla—. Venga —me apremia—, que hueles fatal. Yo preparo la cena.

La dejo sola en la cocina y me subo corriendo a la ducha porque en menos de dos horas debo estar en el bar.

Después de cenar el arroz de coliflor que ha preparado Chrishell, cruzo el rancho y entro en el antiguo granero. Desde hace algo más de un año ya no elaboro la cerveza aquí. Otra idea de ella, pero en esta llevaba razón. Desde que profesionalicé todo esto, estaba claro que Parker Brewing no iba a pasar las inspecciones de sanidad si la elaboración se hacía al lado de cinco caballos. Y más cuando teníamos disponible otro espacio muchísimo mejor.

Hoy, Knox ha hecho una pequeña excursión con ellos por las montañas de Dukeforth. Le dejo hacer rutas por la zona porque me fío más de los caballos que de él, ya que sé de sobra que ellos no se escaparían. Aun así, en cuanto regresan, siempre me gusta revisar que los ha estabulado bien y que tienen todo lo necesario para pasar la noche.

Una vez he comprobado los cierres y les he dado una manzana por aguantar al plasta de mi amigo, conduzco hasta el bar. Cuando entro, es más de medianoche, pero sigue oliendo a alitas con salsa picante. Y como no podía ser de otra forma, mis amigos están en la mesa de siempre. Knox sujeta la cerveza con su mano derecha, y Devon, en cambio, la apoya sobre la enorme barriga embarazada de su chica.

—Olivia, cada día estás más guapa. —Devon nos contó que está entrando fatal al último trimestre del embarazo. Según ella ya no se reconoce, le pesa la barriga y tiene los tobillos deformados, así que ahora siempre que la veo intento subirle el ánimo, pero se me da fatal.

—Mientes, pero me da igual porque estas alitas están de muerte y no pienso pagarlas. —Me sonríe con la boca llena de salsa.

—Tranquila, yo ayer tampoco pagué el *baggel* de beicon. —Redirijo mi atención hacia Knox y busco alguna silla libre, pero no queda ninguna—. ¿Qué tal ha ido la excursión?

—Han salido encantadas. —Paso por alto el tono con el que lo ha dicho. Le fascina engatusar a las chicas del gimnasio para que salgan de excursión con él. Y con «chicas» quiero decir «señoras».

En cuanto me convenció para volver a meter caballos en mi rancho, tardó menos de una semana en presentarme lo que él definió como «el negocio del siglo que nos haría asquerosamente ricos». Una obra maestra financiera que resultó ser un Power Point con tres diapositivas y distintas fotos de él sin camiseta encima de un caballo (que no pregunté de dónde sacó). Así que ahora, de vez en cuando, lo tengo danzando por el rancho vestido de *cowboy*. No es lo mejor que me ha pasado, pero me llevo un sesenta por ciento de las ganancias y me ayuda con los paseos diarios de los caballos, así que tampoco me voy a quejar. Me viene bien que siga liando a las señoras del gimnasio, del bar, del supermercado…

—¿Ha subido ya alguien? —Señalo el escenario vacío.

—El borracho de Matthew, pero he conseguido disuadirlo con un chupito gratis —habla Brooke a mi espalda.

—Bien hecho —la saludo. Siempre le digo que es mejor perder un chupito que clientes, algo a lo que nos arriesgamos si el viejo de

Matthew canta.

Tras mis palabras, se miran entre ellos. Me quieren decir algo, pero no se atreven.

—La noche de micro abierto no funciona, Dylan. ¿No crees que ya es hora de contratar a otra… u otro cantante? —Brooke es solo la que tiene las narices para decirlo en voz alta, pero todos piensan lo mismo.

Los miro uno a uno. No sé por qué me observan con esa cara de idiotas. Se creen que decir cualquier cosa que pueda rozar el pensamiento de Savannah me va a hacer tambalear los cimientos que llevo construyendo desde hace más de tres años. Esos no se derrumban ya.

—Está bien —asiento—, buscaré algo. Pero ya la semana que viene, este fin de semana no estoy aquí.

Si no lo he hecho antes no ha sido por preservar un honor muerto desde el momento en el que me dejó, sino porque así estamos bien. He estado demasiado ocupado encargándome de mi vida como para reemplazar algo que no significa nada. Ahora mismo, el bar funciona mejor que nunca y nada de eso ha tenido que ver con ella. Bueno, en parte.

—¿Dónde vas? —Es la primera frase de Devon en toda la noche.

—Nashville. Hemos conseguido un *stand* para el *draft* de la NFL.

Se vuelven a mirar entre todos, pero ahora sí que no me dicen lo que están pensando.



CAPÍTULO 3

Savannah

How Long 'Til Tennessee - Lanie Gardner

Estoy atrapada en el mismo bucle toda la mañana.

—Tienes que elegir entre uno de estos tres vestidos.

—No me gusta ninguno.

—No es eso lo que te he pedido.

—Pero es que no puedo tomar una decisión si no me gusta ninguno —insisto sin ganas.

—Tesoro —Emily, mi estilista, avanza con sus tacones imposibles y se sienta a mi lado. El sillón es algo pequeño para las dos, pero eso no le impide hacerse hueco—, estoy intentando hacerte esto lo más sencillo posible.

—Lo sencillo sería elegir el vestido que yo propuse.

—No lo ha aprobado nadie. Ni tus publicistas ni los de él.

Ahora preguntaría si resulta que piensan ponérselo ellos en mi lugar, pero eso solo daría lugar a otro bucle sin sentido en el que no me apetece entrar.

—Savannah, cariño, sabes cómo funciona esto —incide. Vuelve a suspirar y yo también. Creo que llevamos suspirando desde las nueve de la mañana—. Estos son los que han aprobado —repite, como si no lo hubiera dicho ya mil veces.

—El lencero de lentejuelas está bien —acabo escogiendo.

—¡Genial! Eso es una excelente noticia. Te va a quedar genial con el cambio de *look*. En media hora te espera Flavio, ¿oído?

Ya no me quedan fuerzas para discutir, así que asiento y me voy a la máquina expendedora a por una chocolatina antes de que también me prohíban comérmelas.

Hasta ahora, llegar a este punto de mi carrera ha sido más o menos sencillo. Me estaba dedicando a ser yo misma y a hacer caso en todo lo que me decían. El problema es que ahora parece que eso ya no les basta. Y no hablo de la gente que me sigue, sino de los que están por encima de mí. Se amparan en la idea de que ya hay demasiadas como yo, demasiadas rubias con botas de *cowboy* haciendo lo mismo, y que, si quiero seguir en la cresta de la ola un año más, tengo que hacer algo distinto. Tengo que crear una nueva versión de Savannah. Una que nunca he sido ni quiero ser.

Minutos después vuelvo a estar sentada, pero esta vez en la silla favorita de Flavio. Veo cómo un trozo de mí misma cae al suelo seguido de otro, adiós a mi flequillo en forma de cortina. Antes los mechones me llegaban hasta el lóbulo de la oreja y me enmarcaban todo el rostro, ahora parece que me voy a tener que acostumbrar a que se me metan en los ojos. Además, Flavio también me está matificando el tono, el mismo que él me aclaró demasiado para la gira anterior, y ahora, por alguna razón que nadie me ha explicado, han decidido oscurecerlo un poco.

Llega un punto en que mirar el espejo carece de sentido, así que lo dejo estar. Cojo el móvil, lo desbloqueo y, en un intento por entretenerme, reviso alguna de las miles de notificaciones. Contesto un par, dejo algún corazón y sigo haciendo *scroll* sin pensar demasiado, solo para mantener las manos ocupadas y la mente lejos de lo que está ocurriendo en mi cabeza. Metafórica y literalmente.

Y, sin saber cómo, acabo en su perfil.

Miro la fecha de sus últimas fotos y me fijo en que está aumentando la asiduidad de publicación. Amplío una de las fotos recientes y, por supuesto, mis ojos van directos a sus abdominales: marcados, sudados, perfectamente iluminados.

Está objetivamente bueno, no lo voy a negar, pero no me interesa.

No de esa manera. No de la que están empeñados en forzar.

Paso el resto de la mañana encerrada en el estudio de imagen y vestuario convirtiéndome en una nueva Savannah en contra de mi voluntad, y a mitad de tarde vuelvo a casa para encerrarme en el estudio de grabación.

Llevo escondiéndome de la prensa más de dos semanas, cosa que no nos está resultando fácil, de hecho, hace tres noches, el equipo de seguridad tuvo que acordonar la entrada de mi casa porque una horda de *paparazzi* hizo acampada en las inmediaciones.

Cuando alguien que siempre ocupa sus titulares desaparece de la noche a la mañana se ponen nerviosos y buscan el modo de captar la mejor foto robada. Esa instantánea vale miles y miles de dólares. Desde ese día, duermo con una manta colgada sobre las cortinas del dormitorio, por si a alguno se le ocurre ajustar la cámara y probar suerte.

El camino a casa ha sido sencillo, al menos todo lo sencillo que puede ser cruzar desde West Hollywood a Pacific Palisade en plena hora punta.

Dentro de casa me reciben voces. Avanzo y, para mi sorpresa, Nora está hablando animadamente con mi cocinera mientras se come un enorme plato de pasta carbonara. Lo que me sorprende obviamente es lo primero, no lo segundo.

Nora levanta la vista con la boca llena y me señala con el tenedor.

—Ya estás aquí. Uy, ¿nuevo *look*? —comenta lo obvio—. Me gusta.

—Hola, señorita Morgan. Le he dejado su plato en la bandeja térmica para que no se le enfríe. Según mi horario, creía que iba a llegar antes. Disculpe el descuido.

Levanto la vista hacia el reloj del horno.

Sí, yo también pensaba que iba a llegar antes. Le echaría la culpa al tráfico de Los Ángeles, pero ha sido mi culpa por intentar dejar de ser una niña de tres años y tener la potestad de elegir mi propia ropa.

—No te preocupes, Renée, no tengo demasiada hambre —le digo, ignorando por enésima vez su empeño en tratarme de usted. Para mí, mantener el tuteo no es una falta de respeto, sino un intento de cercanía que ella se niega a aceptar—. ¿Te importa si me lo como luego? Voy a ir un rato al estudio de grabación. Puedes retirarte ya, si lo deseas.

No la estoy mirando directamente, pero, a través del reflejo del horno, veo la cara que pone Nora. Está claramente ofendida… o hambrienta. Quizá también estaba esperando el postre que le acabo

de arrebatar porque le he dicho a mi cocinera que se tome un respiro.

Antes de volver a encerrarme en el estudio, me quito la prueba de maquillaje para el evento y me pongo ropa cómoda. Después, intento recogerme el pelo, aunque con mi nuevo corte es misión imposible. Lo llevo tan escalonado que cada mechón va completamente a su aire y se escapa de entre los dedos en cuanto intento recogerlo. Al final, doy por buena una coleta medio caída que sé que no aguantará ni cinco minutos en su posición original.

En unas cinco horas volverá mi chófer para llevarme a LAX, el tiempo perfecto para intentar componer algo. Ya dormiré en el avión camino a Nashville.

Tengo que sacar disco nuevo a finales de verano sí o sí porque tiene que estar terminado antes de que cierre el periodo de elegibilidad de los Grammy, y cada día que pasa siento el reloj apretándome un poco más.

El año pasado estuve nominada a tres categorías en los American Country Awards como Mejor Artista Revelación, Mejor Canción *Country* y Mejor Videoclip. Y aunque no gané ninguna, el simple hecho de estar nominada me puso en el radar. Ahora mi equipo quiere dar el salto a los Grammy y, para eso, necesito un disco más sólido, más redondo… y menos yo. No puede sonar tan *country*, tiene que ser mucho más comercial, algo que no me es tan sencillo de componer como creí que sería. No porque no me vea capaz, sino porque no quiero. No me veo reflejada.

Cuando entro al estudio, Nora ya está ahí. Dios mío, ¿cuándo ha cruzado el jardín? No me da ni un respiro.

—¿Qué tal ha ido el día? ¿A que no sabes con quién he hablado? —dispara las preguntas tan rápido que ni siquiera me deja abrir la boca para responder a la primera.

—Sorpréndeme.

—Pues resulta que hoy he ido a una *pop-up* de café de especialidad, y ¿a que no sabes quién estaba ahí?

—Sorpréndeme —repito sin el menor entusiasmo.

—¡Jeremy Jensen! —Ella sonríe, orgullosa, y saca el móvil para mostrarme la *story* que subió hace apenas una hora con él. Lo cierto

es que se le da mucho mejor ser *influencer* que mi asistente—. Y hemos acabado hablando de ti. ¿Te liarías con él? Yo desde luego que sí —confirma, ampliando la foto.

—Está casado —le informo, por si es la única persona del planeta Tierra que todavía no se ha enterado.

—¡Qué más da eso! Es una pregunta hipotética. Además, en cuanto le he dicho que trabajaba como tu asistente personal, se ha interesado demasiado… —Nora alza las cejas, divertida.

Jeremy Jensen es, ahora mismo, uno de los cantantes más importantes del país. Pasó por un bache cuando se separó de la banda que tenía con sus hermanos, pero desde que dejó Colt Records, la discográfica en la que estoy yo, no ha hecho más que subir en los *rankings*. De hecho, dicen que ha llegado a superar a Drake en semanas acumuladas en las listas.

Lo conocí hace dos navidades en el evento de iHeartRadio, y desde luego que no me dio la sensación de que estuviese intentando ligar conmigo. Simplemente fue simpático. Así que no me creo ni una palabra de lo que está insinuando Nora. Y más teniendo en cuenta que está casado desde hace poco más de dos meses.

Esa noticia acaparó todos los tabloides durante más de una semana. Y, para ser honesta, le estoy infinitamente agradecida por aquello, ya que me dio un pequeño margen de libertad. Por unos días pude moverme sin que todos los *flashes* se pegaran a mi espalda como moscas.

—Igual solo quería desviar la atención de que probablemente le estabas acosando y, bueno, hablar de mí era mucho más divertido —respondo en broma, aunque no puedo negar que hay algo de verdad en mis palabras.

—Me ofendes, Savannah. No era acoso… solo que era Jeremy Jensen y yo estaba obligada a acercarme. —Su sonrisa es angelical, pero sus ojos brillan con una chispa de travesura que me hace desconfiar de todo lo que diga.

—Claro.

La ignoro y continúo peleándome con la mesa de mezclas. Paso el dedo por los *faders* intentando recordar todos los pasos que me explicó el técnico cuando la instaló el viernes pasado. Subo un poco

el canal tres, donde tengo la guitarra, y bajo el *gain* del micrófono porque creo que está algo saturado. Subo otra vez el volumen de la guitarra, recorto un poco de agudos y compenso los graves que grabé ayer. No tengo ni idea de si lo estoy haciendo bien, pero al menos la mezcla deja de sonar tan distante, tan… mal.

Lo pauso y suelto un suspiro largo.

Madre mía, de aquí tiene que salir mi nuevo sonido y apenas sé cómo funciona.

Y, aun así, sigo hasta que llega la hora de volver a Nashville.



CAPÍTULO 4

Dylan

COMEBACK - YOUTHYEAR

Chrishell hiperactiva es un animal peligroso, mucho más que un caballo con dos terrones extra de azúcar. Solo lleva media hora despierta y ya ha hecho sus pasos diarios (y puede que también los de todo Dukeforth). Tenemos que salir hacia Nashville dentro de seis horas, pero ella ya lo tiene todo listo.

Es la primera vez que me voy a alejar tanto del bar y eso es algo que me aterra. Confío plenamente en Brooke, y ahora no me queda más remedio que hacerlo también en Danny, y sé que se van a encargar del Loopsie's como si fuese de ellos, pero la suerte nunca me acompaña, y basta con que me vaya tres días para que la nueva cocina decida incendiarse o aparezca una fuga que convierta el local en un acuario.

Distanciarme de los caballos también me preocupa, y aquí sí que lo digo claramente por Knox. Es mi mejor amigo y eso no hace más que reforzar mi teoría de que, por mucho que él lo intente, siempre acaba metido en algún lío. A mí me buscan, pero él los persigue.

Tengo que confiar en que mis amigos mantendrán todo en orden mientras no estoy. No me queda otra, porque este viaje no es opcional.

Respiro hondo y me apoyo en la encimera mientras Chrishell sigue dando vueltas por el salón.

—Me voy al Loopsie's, ¿te vienes?

—¡Claro! Le he preparado a Brooke un Excel con horarios, turnos, proveedores, limpieza… ¡Le va a encantar!

Sonrío porque no puede estar más equivocada.

Cojo las llaves de la *pick-up* del bol que está en la entrada y en menos de diez minutos nos plantamos ahí. El trayecto me ha servido para despejar un rato los pensamientos intrusivos que hoy no paran de rondarme la cabeza. La carretera estaba medio vacía a esas horas y el sol ya se alzaba por encima de los tejados de Dukeforth.

Aparco en la parte trasera del local y, antes incluso de bajar del coche, me llega el olor a pan tostado, ajo y algo que huele demasiado bien para ser solo las diez y media de la mañana. Danny ya estará metido en la cocina.

Empujo la puerta del servicio y me recibe el sonido del extractor y el golpeteo rítmico del cuchillo contra la tabla. Danny está con el delantal, los auriculares puestos y medio pelo recogido en un moño mal hecho. Pese a que no me canso de repetirle que se lo recoja mejor, no me hace ni caso, como todo el mundo aquí.

Hace algo más de un año y medio que trabaja conmigo, justo cuando terminé de reformar la cocina, que había estado clausurada desde que tomé las riendas del bar. La verdad es que no sabía a quién contratar y estuve a punto de desesperarme. Por suerte, Danny apareció de nuevo en Dukeforth.

Entró al bar una tarde a tomar algo y, al vernos, enseguida nos dimos cuenta de que fuimos al mismo instituto. Empezamos a hablar y me contó que acababa de volver del ejército por una baja. Me explicó que, aunque no podía participar en entrenamientos o misiones de combate, había estado a cargo de algunas asignaciones de cocina dentro de su unidad preparando comidas para su pelotón. No era exactamente un chef profesional, pero se desenvolvía bien.

En algún punto, mientras charlábamos, le lancé la broma de que el Loopsie’s necesitaba alguien que cocinara bien y, casi sin pensar, se ofreció para probar suerte en el bar. Desde aquel día, Danny es el responsable de la cocina del Loopsie’s, y, sinceramente, no podría haber encontrado a alguien mejor. Ya no solo por cómo cocina; seamos sinceros, no se necesita ser el mejor para hacer unas alitas o patatas fritas, pero sí es el mejor con el orden, la limpieza y los horarios. También confié en que algo de lo que aprendió en el ejército sobre disciplina y planificación se le pegase a Brooke, pero eso fue pedir demasiado. Sigue haciendo lo que le da la gana.

—¡Buenos días, Danny! —Paso por detrás de él.

—¿Qué pasa, jefe? —me saluda, moviendo un poco el cuerpo al ritmo de lo que quiera que esté escuchando a través de los auriculares.

—¡Buenos días, Danny! —Chrishell me imita con un tono mucho más agudo y empieza a curiosear por todas partes: levanta tapas, huele cazos y mete la nariz donde no le llaman…

Danny la mira de reojo. Odia que haga eso, pero no dice nada. Se limita a seguirla en silencio y recolocar todo lo que ella va desordenando.

—¿Te importa? —protesta Danny cuando ella levanta la misma tapa por cuarta vez—. Vas a romper el proceso de cocción de las patatas.

—¡No seas exagerado! —se ríe—. Solo son unas patatas rellenas, no cocina molecular.

Danny parpadea, ofendido. Le toco el hombro con disimulo en una señal silenciosa para que no suelte ninguna bordería de las suyas. Conozco a mi novia y sé que puede sacar de quicio a cualquiera, pero no lo hace con mala intención. Simplemente es… Chrishell.

Dejo atrás los murmullos de Danny, las risitas de Chrishell y cruzo la cocina para entrar al local.

—Voy a revisar el inventario —anuncio, porque si no salgo de aquí me van a arrastrar a su absurda discusión—. ¿Te dijo algo Larry de si podía venir hoy?

—Si le haces el pedido antes de las doce, sí.

—Genial, gracias, tío.

Enciendo las luces del pasillo y bajo directo al almacén. Cojo la libreta donde apunto todo y empiezo a contar cajas y revisar fechas.

Después, detrás de la barra, reviso los barriles de cerveza y compruebo que Brooke no se ha dejado nada sin reponer. Aunque tenga mi propia marca de cerveza, sigo combinándola con las de Larry; las favoritas de los clientes son la tostada alemana y la IPA americana. Ambas son apuestas seguras.

Llamo a mi distribuidor antes de que sea más tarde, y hago un pedido pequeño con lo indispensable para estos días. Voy a dejar este sitio sin supervisión por primera vez en años y no quiero que falte de nada.

—¿Dylan? —La voz de Chrishell resuena desde el fondo del pasillo —. ¡Creo que Danny se ha enfadado de verdad! —gimotea sacando la cabeza a través de la cortina que delimita con el bar.

Con el pedido ya hecho, cierro el cuaderno con el bolígrafo dentro y dejo escapar un suspiro.

—Normal. Te ha dicho mil veces que no hagas eso.

—¡Era una broma! Solo quería oler —protesta ella—. Sabes que me encantan las patatas con esa salsa…

—Venga, déjalo y hazme un favor —la insto, señalando con la cabeza hacia el salón—. ¿Puedes encender el resto de las luces? Y ya que estás, pon en las mesas los salvamanteles nuevos. Están en la caja que dejé encima del congelador.

—¿Los que llevan la carta impresa? —pregunta ilusionada.

Los diseñó ella misma la semana pasada y aún no ha visto el resultado. Al rato, la escucho encender luces y arrastrar sillas que no hace falta mover.

—¡Dylan! —me llama Chrishell desde la otra punta—. ¿Las servilletas de papel van encima del salvamantel o al lado?

—Encima. Y dobla las esquinas bien.

Echo un vistazo rápido. Está inclinada sobre la mesa con el ceño fruncido, tratando de adivinar cómo doblar una servilleta. No se le da demasiado bien hacer nada de esto. De hecho, estoy casi seguro de que antes de estar conmigo ni siquiera había entrado a un bar de este estilo. Sin duda, ella es más de oficinas con despachos de cristal, cafés con leche de avena y llamadas a través de aplicaciones impronunciables.

Pese a los dos años que llevamos juntos, siento que seguimos viviendo en realidades paralelas. Dukeforth es un pueblo al que le tienes que gustar, y no al revés. Y ella, por mucho que intente camuflarse, sigue sin encajar.

La primera vez que la vi fue durante el entierro de su abuelo, el señor Fraser. Recuerdo que apareció en el pueblo de la nada. Los que vivimos aquí tenemos un radar infalible para detectar forasteros, y ella desde luego que lo era. Sus padres estaban fuera del país y ella fue la única que se dignó a despedirse del viejo Nolan.

Creo recordar que no hablamos hasta pocos días después, cuando acabó entrando en mi bar con cara de querer llorar porque aquí nadie acepta (ni sabe lo que es) Apple Pay y necesitaba que alguien le fiara algo de efectivo para sobrevivir. Le dije que no se preocupara, que se lo apuntaba en la cuenta. Me miró como si le hubiera salvado la vida.

Según me contó, había terminado hacía poco su máster de diseño creativo y *branding* en Boston y que volver a la ciudad no le servía de mucho porque no encontraba prácticas. Como su abuelo llevaba parte de los proyectos culturales del ayuntamiento y la alcaldesa era muy amiga suya (demasiado, diría yo) le ofreció un pequeño puesto allí a tiempo parcial. Chrishell aceptó pensando que sería algo temporal, un apaño hasta que encontrara algo mejor en cualquier otro sitio, pero ya han pasado más de dos años desde entonces.

Cuando al fin consigue colocar todas las servilletas de la manera correcta, oigo el inconfundible sonido de la puerta chirriar.

—¡Brooke! —Chrishell es la única que la saluda en voz alta, yo me limito a hacer un leve gesto con la cabeza—. Querida, ¿tendrías un minuto para mí?

Brooke odia que la llame «querida» tanto como Danny odia que toque sus ollas.

La conversación no podría empezar peor.

Brooke, antes de contestar, me mira a mí primero. Me encojo de hombros y finjo demencia, aunque sé a la perfección lo que le va a decir, y no le va a gustar.

—¿No oléis a quemado? Voy a ver a Danny —me escaqueo.

Brooke hace un gurruño con una de las servilletas que acaba de plegar Chrishell y me la tira, pero apenas me roza; ya he atravesado la cortina, estoy en la zona segura del bar y no pienso meterme en esa conversación.



CAPÍTULO 5

Dylan

BAR NONE - JORDAN DAVIS

Al igual que a Dukeforth no le gusta ella, a mis amigos tampoco. Sobre todo, a Brooke.

—No la aguanto —brama.

—Shhh —susurro, aunque para qué. No hay probabilidades de que Chrishell la oiga, porque el volumen de la música está altísimo y ella está en la barra ahora mismo. Pero no me la pienso jugar, el radar de ofendida lo tiene finísimo.

—No me voy a callar. Llevo trabajando en este bar desde que tuve edad legal para servir alcohol. ¡No necesito que venga una tía con un máster a decirme cómo hacer mi trabajo! —Knox y Devon asienten, de su parte. No sé por qué estamos manteniendo esta conversación delante de ellos—. Me ha plantado delante de mis narices un horario creado por ella, cuando ni siquiera sabe qué se hace aquí. —Reprimo una carcajada, porque como me ría delante de ella es capaz de darme una colleja, pero es divertidísimo verla así. Creía que nadie era capaz de sacarla tanto de quicio como Knox, pero se ve que sí—. No me hace falta ningún Excel certificado por la Universidad de Chrishell Fraser para quedarme aquí sola un par de días.

Devon suelta la carcajada que yo estaba reprimiendo.

—Tío, te lo digo con todo el amor del mundo, ¿qué haces con esa tía? Al principio era divertido, pero ya se ha pasado la novedad, ¿no crees?

Me tenso. Knox y Brooke intercambian miraditas.

—Chicos, dadle una oportunidad. Chrishell es una buena chica, solo es un poco… intensa.

—Plasta —remata Knox.

—Llevamos dos años dándole una oportunidad —apunta Brooke.

—Es que ni siquiera es que sea una bruja —añade Devon—. Simplemente… no pega aquí. ¿Sabes cuando intentas meter una pieza en un rompecabezas en un espacio que no le pertenece y deformas el resto que encajaba a la perfección? Pues eso. Da igual cuánto la aprietes.

—Qué comparación más rara, tío —murmura Knox.

—Mirad, entiendo que no os caiga bien —empiezo, buscando el tono más conciliador posible—. Pero es mi novia. Y quiero que, por lo menos, no la machaquéis cada vez que abre la boca.

Brooke abre mucho los ojos.

—¿Machacarla nosotros? ¡Que no venga ella con órdenes! Dylan, de verdad, estos dos años han estado bien, pero ¿en serio te ves toda la vida con ella?

Odio que vuelvan al mismo tema de conversación.

—Claro que…

—Ni de coña —remata Knox por mí—. Solo está con ella para olvidarse de…

En cuanto pronuncia esas palabras, se forma el silencio en la mesa.

—Puedes decir su nombre, no es Voldemort. Y no, no estoy con Chrishell para olvidarme de nadie —dejo claro lo más tranquilo que puedo—. Estoy con ella porque… —me froto la frente, buscando las palabras— porque está. Porque me acompaña. Porque encaja en mi vida.

—¿Estás describiendo a una pareja o un animal de compañía? —Brooke se echa hacia atrás en la silla.

—¿Sabéis qué? Meteos en vuestros asuntos —digo finalmente, sin levantar la voz pero con el tono que solo uso cuando ya he llegado a mi límite—. En serio. No quiero seguir hablando de esto.

No voy a discutir mi relación aquí mientras ella está a tres metros con una jarra en la mano sin tener ni idea de cómo se sirve una cerveza de grifo.

Brooke chasquea la lengua, frustrada, y me sostiene la mirada, desafiándome.

En vista de que no le sigo el juego, suspira, alza las manos y se rinde.

—Está bien. Pero si vuelve a aparecer con otro Excel, lo voy a usar de posavasos —grita justo cuando me alejo hacia la barra, donde está mi novia. No puedo dejarla mucho más tiempo ahí. Se le está empezando a formar cola y la pobre no sabe tirar una cerveza sin llenar todo el vaso de espuma.

—¡Brooke, a la barra! —le insto, todavía de espaldas a ella.

Por suerte, el bar está lleno. Desde que abrimos la cocina al público, poco a poco se fue corriendo la voz por todo el pueblo. La primera semana pensé que había sido un error monumental, tiramos la mitad de género y yo estuve comiendo alitas toda la semana. Y ahora… Ahora el almuerzo le da mil vueltas a la *happy hour*.

Recuerdo perfectamente el día en que Danny preparó sus famosas patatas rellenas por primera vez.

—No había visto tanta gente junta pidiendo comida en la vida. Todo es gracias a tu salsa secreta, tío —le dije cuando cerramos caja.

—Agh, qué puto asco, Dylan —protestó Knox, escupiendo un trozo que había robado de una de las bandejas. Después alargó la mano hasta el servilletero y se limpió la lengua.

—Es salsa ranchera casera, imbécil. ¿Quién te crees que soy? ¿Un sociópata? —le soltó Danny al darse cuenta de lo que estaba insinuando.

Knox lo ignoró y siguió limpiándose la boca.

No tengo claro si el punto de inflexión entre esos dos empezó ahí o por el rollo raro que se traen desde hace tiempo con Brooke. Pero vamos, que cuando Knox y Danny coinciden, la energía siempre está… *tensa*.

Lo importante es que, gracias a eso, rebautizamos nuestro plato estrella como «la patata secreta».

El móvil vibra en mi bolsillo y me saca del recuerdo. Es Larry. Desde que su hija le enseñó a usar mejor el teléfono, siempre me manda un SMS cuando está en camino.

Aprovecho para mirar la hora.

Uf, si quiero llegar a Nashville antes de que se forme atasco, deberíamos salir de aquí cuanto antes.

—Chrishell, cielo. —Estoy de espaldas a mis amigos, pero eso no me impide saber qué cara acaban de poner por referirme a ella con un apelativo cariñoso—. ¿Te importaría preparar unos termos de café? Yo voy a revisar el aceite y el líquido refrigerante.

Si fuese cualquier otro coche ni me molestaría en hacerlo para este trayecto, pero el historial de averías de mi *pick-up* me ha hecho aprender a lo largo de los años.

Está aparcada justo al lado de la puerta trasera del bar, inclinada ligeramente hacia la derecha por culpa del amortiguador.

Abro el capó y saco la varilla del aceite para que me confirme lo que ya sabía. Cojo la garrafa medio vacía que llevo siempre en la parte trasera y le echo un poco. Después reviso el refrigerante y meto la mano para comprobar las correas. Una está un poco floja, pero nada que vaya a matarnos hoy. Espero.

Quedarme tirado en Dukeforth no me supone ningún problema, como mucho, tendría que andar durante un rato hasta llegar al taller de Randall, pero, claro, hacerlo en mitad de la nada no me haría ni pizca de gracia.

Con la *pick-up* a punto, vuelvo a la cocina con la intención de encontrar algo que llevarme.

—¿Vienes a echarme una mano? —me pregunta Danny, que está al lado de la freidora.

—Ya te gustaría que me acercase a ese cacharro —me carcajeo—. Vengo a robar.

Me paseo en busca de algo rápido de comer, y Danny, con la mano fija en el mango de la freidora, recorre la vista al igual que yo.

—Ahí hay una bandeja de pollo rebozado que Brooke aún no se ha llevado, píllala si quieres. Tengo los siguientes en nada. —Señala el aceite chisporroteando.

Chrishell entra en la cocina con los termos de café en la mano.

—Ya tengo los cafés listos —dice, orgullosa, mientras los coloca frente a mí.

—¿Preparada para irnos?

Ella asiente, emocionadísima ante la idea de hacer un viaje en carretera.

—Genial, pues pillo ese pollo de ahí y nos vamos.

Me escapo hacia el bar y me despido de mis amigos. Knox se va a encargar de mis caballos, Brooke del bar y Devon…, bueno, Devon se encargará de vigilar que ninguno de los aquí presentes se mate entre ellos. Nada puede salir mal. O sí, pero ya no depende de mí.

Cruzo el callejón casi al trote y me meto en la *pick-up* mientras Chrishell sigue en el baño repasándose el pintalabios por quinta vez. Aprovecho para encender la radio y poner mi música.

El motor tose un par de veces antes de arrancar. Creo que le apetece tan poco como a mí hacer este viaje, pero le doy un par de golpecitos al salpicadero y acaba cediendo. Unos minutos después, Chrishell aparece por la puerta trasera del bar con su bolso enorme, dos termos y lista para cambiar de emisora. Pero eso no va a ocurrir.

Me niego a ir carretera a Nashville escuchando a Savannah a todo trapo.

Sube a la *pick-up* y arruga el entrecejo cuando escucha a Nickelback, pero no hace ningún comentario al respecto. Se limita a abrocharse el cinturón y a dejar los termos de café en la consola central. Está demasiado emocionada por pasar un fin de semana en la ciudad.

No soy supersticioso, pero algo dentro de mí me dice que este viaje no es lo que necesito ahora mismo, pero ya estoy enfrente del volante y no hay vuelta atrás. Así que meto primera y me dejo llevar con la sensación absurda y peligrosamente real de que este viaje lo va a cambiar todo.



CAPÍTULO 6

Savannah

THE LIFE OF A SHOWGIRL - TAYLOR SWIFT FT. SABRINA CARPENTER

—Pero yo comencé en Dukeforth, no en Nashville. —Le devuelvo el discurso a Lucy.

—Pero a nadie le importa Dickfourth.

—Dukeforth —la corrijo.

—¿No he dicho eso mismo? —Mueve la mano en el aire, restándole importancia—. No sé si te has dado cuenta, pero... estamos en Nashville. Y, ¡sorpresa!, el premio es justamente al talento emergente con una estrella en su paseo de la fama. No puedes nombrar Duke… —Me mira, esperando que acabe la palabra por ella.

—Forth. No es tan difícil.

—¡Eso! —Chasquea los dedos—. ¡No me mires así, Savannah! Sabes que no me gusta ser la mala, pero tengo órdenes de arriba y tienes que ceñirte al guion.

Es absurdo que Nashville se esté apropiando de mi talento, sobre todo cuando no soy de aquí y ni me quisieron en mis comienzos. Pero Dukeforth es el gran secreto de mi carrera musical; Alen lo dejó muy claro incluso antes de firmar el contrato. Nadie puede saber nada, ni siquiera insinuarlo.

Así que, a ojos del mundo, me descubrieron en el *pub* Ride a Cowboy. Y técnicamente es cierto, pero esa es solo una parte de la historia. Una versión recortada y fácil de vender que no afecta a la reputación de mi discográfica.

—¿Crees que lo podrás tener aprendido para esta noche? Puedo pedirle a Nora que te prepare unas fichas si ves que no llegas a tiempo.

—Me lo aprenderé —me rindo.

—¡Genial! —Me tiende otra vez el folio arrugado con el discurso y vuelve a su sitio.

Lo dejo encima del asiento vacío que tengo enfrente y sigo leyendo mi libro. Estamos a menos de media hora de aterrizar en Nashville y ya veo a Nora, que estaba en el otro lado del *jet*, avanzar hacia mí. No me dejarán acabar el libro en paz.

—¿Repasamos la agenda de estos días?

A diferencia del resto del equipo, lo suyo si es una pregunta y no una orden disfrazada por la entonación.

Bloqueo el libro electrónico y asiento con una mueca. Por mucho que sea una pregunta, tampoco me queda otra opción.

—¡Claro, cuéntame qué nos depara la ciudad!

Nora me mira extrañada.

—¿Estás bien?, ¿me estás vacilando?

Pongo los ojos en blanco y lo dejo pasar. Tenemos a Lucy en el asiento de detrás, y aunque en este momento no sea mi persona favorita, ante todo soy una señorita y no hablo mal de la gente a sus espaldas, o en este caso, a la mía.

Cojo el papel arrugado del discurso, lo doblo entre el hueco de mi asiento y le hago un gesto para que se siente donde antes estaba Lucy. Espero que esta conversación sea más productiva o, al menos, no unilateral.

Nora pasa una pierna por encima de la otra y abre la funda de su *tablet*.

—A ver, esta noche es la fiesta del ayuntamiento donde van a aprovechar para inaugurar el *draft* y dar las nuevas estrellas del paseo de la fama de la música *country*, que eso ya lo tenemos controlado. Y mañana a primera hora hay reunión con ambos equipos de prensa y publicidad. Deberíamos haberla tenido hoy, pero Ewan va con el tiempo pegado al culo y llegará directamente para la gala. Así que confiamos en que lo sepáis hacer bien…

Me da rabia que Nora hable como si estuviera en el equipo de ellos y no en el mío. Deberíamos ser uno solo, pero ahora mismo no lo siento así.

—No creo que sea tan difícil posar con alguien en un *photocall*.

—Ya, pero sabes que no es solo eso. Es necesario que mantengáis la farsa todos los días del evento. Las cámaras van a estar pendientes de vosotros hasta en los momentos que deben estar apagadas. —Sonrío con asco—. ¡Venga ya! No pongas esa cara. Esto a ti te va a venir genial. Hay que ampliar público para sacarte del lado *country*, ¿y qué mejor que ser la nueva novia de Ewan Brown?

—Con un montón de titulares en su contra —completo la frase con su misma entonación.

—¡No seas dramática! Solo se tergiversaron sus palabras. Sabes que no es muy… elocuente.

—No, desde luego no es el lápiz más afilado del estuche.

—¡Savannah! —Me lanza una almohada de viaje con el logo de la discográfica—. ¡Y por eso su *management* te ha escogido a ti! Le vas a venir genial para limpiar esa imagen.

—¿Tengo que parecer yo más tonta que él?

—¡No! Tiene que parecer que, si ha conseguido salir contigo, no es tan… —Nora chasquea los dedos, buscando el insulto más suave posible— atolondrado y mujeriego como todo el mundo piensa.

—Tanta gente no puede estar equivocada…

La voz masculina del piloto se cuela de repente por los altavoces. Suena suave e inteligible, nada que ver con el tono robótico de los vuelos comerciales:

—Señores, les habla Mark desde cabina. En unos minutos comenzaremos el descenso hacia Nashville. Les pido que regresen a sus asientos y se abrochen los cinturones. —Me recoloco en el asiento por pura inercia y me ajusto el cinturón un poco más de la cuenta; aunque no lo necesito, no me lo he quitado en las cuatro horas de vuelo—. Las condiciones meteorológicas son buenas y esperamos un aterrizaje tranquilo. Aun así, permanezcan sentados hasta que estemos completamente en tierra.

El interfono se apaga con un clic suave.

No es el aterrizaje lo que me pone nerviosa, sino todo lo que viene a continuación.

La conversación con Nora se apaga y ella se dedica a mirar por la ventana, entretenida. Hay algunas nubes dispersas en nuestra zona, pero el resto del cielo está bastante despejado y comienza a verse la

ciudad. El río Cumberland serpentea alrededor del centro y, entre los edificios, destaca la silueta inconfundible del AT&T Building con dos torres puntiagudas. Nashville, incluso desde las alturas, es completamente distinta a Los Ángeles; aquí no hay esa maraña infinita de autopistas ni manzanas perfectamente delimitadas.

—Bienvenidos al Aeropuerto Internacional de Nashville. Son las nueve y veinte hora local. La temperatura es de dieciocho grados y el cielo está despejado —informa de nuevo el piloto—. Por favor, permanezcan sentados con el cinturón de seguridad abrochado hasta que el avión se haya detenido por completo y la señal se haya apagado. Gracias.

Nashville es una ciudad complicada para mí. Aquí han empezado tantas cosas como han acabado.

Intento mantener mi mente tan ocupada como puedo para no pensar en Dukeforth, ni en…

—¿Necesitas un último retoque antes de bajar?

Flavio, mi estilista, ha ignorado la señal iluminada del cinturón, y se ha acercado hasta mí con el maletín de maquillaje abierto. Miro mi reflejo en la pantalla del teléfono apagada y asiento.

Mientras él se encarga de que parezca que he dormido un número de horas prudenciales, yo repaso el discurso de Lucy, absurdo y lleno de topicazos.

«No hay nada como volver al lugar que me dio una oportunidad en una ocasión como esta».

Mentira.

«Nashville fue donde mi música empezó a cobrar vida».

Mentira.

«Esta ciudad guarda mis mejores recuerdos».

Mentira.

De verdad que guardo un recuerdo especial de Nashville, pero él no hizo nada por mí y no me cansaré de repetirlo. Solo estuve en el momento adecuado en el sitio indicado. Así es como alguien con talento acaba consiguiendo las cosas.

Lo que sí ha hecho esta ciudad ha sido ver mi evolución, pero eso no le atribuye ningún mérito. La primera noche que pasé aquí lo hice en un buen hotel, pero en uno muy por encima de mis posibilidades.

Las siguientes veces, mis posibilidades eran infinitamente superiores a cualquier hotel de Nashville, hasta del Four Season, donde me suelo hospedar. Pero a mí eso no me ha hecho cambiar mi perspectiva de la ciudad, como sí ha hecho ella conmigo.

Esta vez me quedo en el The Hermitage Hotel, donde se hospedarán todos los invitados más importantes del *draft*, lo que incluye a los jugadores de la NFL. Y a mí me toca hacer lo mismo porque soy la pareja oficial de Ewan Brown; un maravilloso jugador de Los Angeles Rams con el que apenas he entablado conversación, pero eso solo lo sabemos unos pocos privilegiados, para el resto del mundo llevamos meses conociéndonos.

Al bajar del avión, una limusina nos espera directamente en la pista. Nora coge el móvil y me toma algunas instantáneas mientras arrastro la maleta de BÉIS, la marca con la que firmé un contrato de patrocinio para todo el año. Este mismo modelo lo tengo de todos los colores posibles, pero hoy hemos escogido el rosa palo, y no ha sido algo casual. Para este viaje, hasta el menor de los detalles está calculado.

El trayecto hasta el hotel se me pasa entre *stories* programadas y una lista mental de todo lo que no puedo olvidar: sonreír, asentir y, básicamente, fingir. El Hermitage se alza tras los cristales tintados, majestuoso. En la entrada ya hay fotógrafos y gente revoloteando de un lado para otro. Ojalá la limusina siguiera de largo hasta meterse en el garaje, pero la entrada al hotel por la puerta principal está en la lista de misiones de hoy.

Alguien abre la puerta desde fuera y mi *alter ego* toma el control con un clic instantáneo: pongo la espalda recta, la barbilla alta y dibujo una perfecta sonrisa ensayada. Los *flashes* me asaltan antes que el aire fresco y, de repente, todo es un caos de ruido, mi nombre mal pronunciado y el dichoso eco constante de un «mira aquí un momentito, por favor».

El objetivo de esto es sacar un primer titular que me posicione en los tabloides. No nos podemos permitir que empiece el *draft* sin haber aparecido, porque después se centrarán demasiado en los nuevos fichajes y, si no juego bien mis cartas ahora, el viaje hasta

aquí no habrá servido más que para recoger un premio que a mi equipo de prensa no le interesa lo más mínimo.

Escucho las diferentes preguntas que los *paparazzi* tienen para mí y, de manera estratégica, me paro en aquellas que tengo permiso para contestar.

—Sí, es todo un honor que Nashville haya contado conmigo para esta ocasión tan especial. Con todos los artistas de renombre que han surgido en estas calles, me siento muy agradecida de ser yo quien recoja un premio así este año.

Cuando oigo el nombre de Ewan, cambio mi expresión. Es complicado hacerlo porque la clave es mostrar dos caras: una de póker, aparentando que no me ha afectado escucharlo, y otra que revele un pequeño gesto que ayude a alimentar la bola que queremos que se forme a nuestro alrededor. No se me da bien esto, pero lo hago lo mejor que puedo.

—Chicos —sonrío y tartamudeo un poco aposta—, sabéis que no hablo de mi vida privada. Pero ahora mismo estoy muy feliz en todos los aspectos.

—¿Eso es que tu corazón ya se ha recuperado después de la cancelación de tu compromiso?

Me río tal y como lo he ensayado frente al espejo y me atuso el pelo con la mano izquierda; un gesto calculado para que se vea con claridad que ya no llevo su anillo. En su lugar hay uno nuevo. El cambio en la forma es sutil, pero estamos seguros de que todo el mundo se dará cuenta. Al menos eso dijo mi equipo. Van a analizar ese pequeño giro hasta darse cuenta de que dibuja una «e».

Ya tenemos titular. Ya puedo entrar en el hotel.



CAPÍTULO 7

Dylan

LEVEE - KIP MOORE

—¿Has visto todas las minitallas que han dejado en el baño?

No sabía que una persona podía pasearse tantas veces seguidas por veinte metros cuadrados. Si esta mañana en casa pensaba que estaba hiperactiva perdida, ahora le abriría la ventana por si quiere seguir recorriendo la habitación.

Asiento con fingida sorpresa y me tiro sobre la cama. No pueden darme más igual las cremas y los jaboncitos. Alargo la mano y cojo el folleto que nos han dado en recepción.

Estoy en un hotel totalmente fuera de mis posibilidades, pero no lo he pagado yo, así que me da igual. Intento sonreír cuando Chrishell sale del baño por quinta vez, solo que esta, a diferencia de las anteriores, me lanza un botecito con el logo del Renaissance, donde nos ha alojado la organización del *draft* de la NFL con un descuento especial para quienes participamos de algún modo en el evento. Aunque, por lo que me he podido enterar, creo que no es solo para los trabajadores y algunos postulantes, los socios de los equipos que tienen *season tickets* también pueden quedarse aquí. Los jugadores y directivos más importantes están en The Hermitage.

Paso el pulgar por el folleto sin demasiado interés: fotografías de Nashville sacadas de un banco de imágenes, gente sonriente con camisetas de equipos de la NFL, recomendaciones de locales en los que comer, zonas de fans, eventos que se celebrarán en la ciudad este fin de semana…

Chrishell vuelve a cruzar la habitación, esta vez con el pelo húmedo y el móvil en la mano. ¿En qué momento se ha metido en la ducha? Dice algo sobre bajar luego a dar una vuelta, pero no estoy muy

seguro de si habla sola o conmigo. Se tira en la cama, hasta colocarse a mi lado, y me quita el folleto de las manos.

—Vale, escucha —dice—. Esta noche hay un evento en The Hermitage. Van a dar los premios a los referentes de Nashville de este año.

Levanta el móvil delante de mi cara y empieza a deslizar con el dedo.

No se ha dado cuenta de que en el folleto que me ha quitado pone la misma información que me está enseñando con el brillo de la pantalla a tope.

—Tenemos que ir. Seguro que va gente importante. Gente a la que le interesa una buena cerveza artesanal —añade con confianza—. Podemos movernos, hablar, presentar la marca… Este tipo de cosas no pasan todos los días. ¿Te he enseñado las nuevas tarjetas personalizadas que nos he hecho? Están en el bolsillo interior de mi bolso.

Me muevo para alcanzarlas, pero ella me sujeta de la muñeca antes de que pueda hacerlo.

—¡¡No puede ser!! —Me percato de que ha cogido el folleto y le echa un vistazo a una página distinta a la que yo estaba mirando—. ¿Por qué no sabía yo esto? —chilla, agitándolo en el aire.

—¿Qué pasa?

—Vale, vale, vale… —murmura—. Esto es *muy* fuerte.

—¿Qué pasa? —insisto, en vista de que me está ignorando y sigue con la mirada clavada en el folleto.

—Savannah.

Ese nombre me produce un escalofrío por todo el cuerpo. Espero que eso signifique que le han entrado unas ganas irrefrenables de visitar la ciudad de Georgia y no lo que mi mente está imaginando.

—¿En Georgia? —pruebo suerte—. Nos pilla a siete horas de aquí, pero si te apetece…

—¿Qué dices? —se ríe y me pega un manotazo—. ¡No seas bobo! Savannah. Savannah Morgan. —Señala el folleto, que desearía haber tirado a la basura hace cinco minutos—. Va a actuar en el escenario principal pasado mañana. Iremos a verla, ¿no?

Chrishell me mira entusiasmadísima. Una niña de cinco años a punto de abrir su regalo de Navidad. Solo que ella no sabe que ese fue mi mismo regalo hace ya tres años y no fui yo quien lo destrozó. Nunca le he hablado de mi relación con Savannah, si es que eso pudo llamarse así en algún punto. No porque sea un secreto, sino porque nunca ha dejado de doler lo suficiente como para contarlo en voz alta. Hay cosas que, cuando las dices, se vuelven reales del todo, y yo pensé que, si no la nombraba, acabaría desapareciendo. Durante un tiempo funcionó. Conseguí que mis amigos dejaran de hablar de ella, aunque al principio no paraban de repetirme que se había puesto en contacto con todos, que les pedía que por favor me dijeran que atendiera sus llamadas. Me deshice de ese número de teléfono. Y, después de todo…, me antepusieron a ella y se hizo el silencio. Hasta que llegó Chrishell. Lo irónico es que no supe que era fan de Savannah hasta que ya era imposible cortar con alguien solo por la música que escucha. Aunque, pensándolo bien, en mi caso habría estado bastante justificado.

Mi novia vuelve a mirar el folleto, alucinada y ajena a todo lo que ese nombre despierta en mí.

—Es increíble —dice—. ¿Te imaginas verla en directo?

Asiento despacio, con una media sonrisa que lógicamente no sabe interpretar.

Claro que me lo imagino.

Lo que no me imaginaba era que Nashville fuera a devolverme justo aquello que me quitó. Que, después de tanto tiempo, Savannah volvería a colarse en mi vida sin pedirme permiso.

Un poco más calmada, Chrishell pasa unas páginas más del folleto para después dejarlo caer sobre el otro lado del colchón. Se gira hacia mí y apoya la cabeza en mi pecho con una mirada que sé lo que pretende conseguir.

—Oye —ronronea con ese tono que solo utiliza cuando quiere distraerme—. ¿Sabes qué también es increíble?

Niego con la cabeza, totalmente distraído.

—Que estemos en un hotel como este, en Nashville, sin horarios y con una cama enorme.

Desliza los dedos por el interior de mi camiseta con un único objetivo. Todo lo contrario a lo que me apetece ahora mismo.

—Chrishell… —murmuro, sin saber muy bien qué viene después.

Ella ríe por lo bajo y se acerca un poco más.

—Relájate…

Apoya la mano sobre mi muslo, se inclina para besarme y yo respondo por costumbre. Ella sigue paseando su mano por mi cuerpo, confiada en que va a acabar en el mismo lugar de siempre.

Sus labios se deslizan desde la comisura de mis labios hasta la clavícula. Cierro los ojos e intento concentrarme en la sensación, en el peso de su cuerpo sobre el mío, pero mi cabeza no coopera y ella se da cuenta.

Se detiene lo justo para estudiar mis movimientos.

—Eh —dice en voz baja—. ¿Estás conmigo?

Abro los ojos y asiento.

—Sí —respondo—. Perdona.

Chrishell me observa un segundo más. No intuye que le estoy mintiendo. Sin decir nada más, se inclina otra vez sobre mí y deja que sus labios vuelvan a mi piel. Sus manos se cuelan por debajo de mi camiseta y yo sigo el movimiento sin pensar demasiado, levantando los brazos para que se deshaga de ella. La tela acaba en el suelo y ella sonríe, satisfecha. Se inclina de nuevo, besándome el pecho, bajando poco a poco hasta marcar el camino con su boca.

Me desabrocha los pantalones sin dejar de besarme. No la detengo, pero tampoco pongo de mi parte. Simplemente dejo que siga y marque el ritmo por los dos.

Desnudo, mis dedos se hunden en las sábanas mientras ella continúa a lo suyo, segura de que esto va a funcionar.

Siempre funciona.

Mi cuerpo responde con una especie de placer vago y automático, como una canción que te sabes de memoria, pero ya, por mucho que la sigas escuchando, no te transmite lo mismo que al principio.

Chrishell sube de nuevo hasta mi boca y me besa con más intensidad, buscando algo que no sé si puedo darle ahora mismo. Desea arrastrarme con ella al placer, anclarme a esta cama, a su

cuerpo, a lo que estamos haciendo. Yo le devuelvo el beso, lo justo para que no note lo lejos que estoy de aquí.

Su respiración se acelera. La mía, en cambio, no tanto.

De nuevo, vuelve a su lugar, entre mis piernas. Se mueve segura, decidida, y el cambio altera todo mi cuerpo. Aumenta la presión, el ritmo y la intensidad de sus movimientos para provocarme una reacción que, al final, llega. Porque, a pesar de mis esfuerzos, mi cuerpo responde aunque yo no le haya dado permiso.

Chrishell sonríe contra mis muslos, convencida de que me está devolviendo al presente. Cree que me tiene otra vez donde quiere, y yo no hago nada por sacarla de su error.

Y, cayendo en una vieja tentación, me imagino que no es mi novia la que está encima de mí.

Me dejo llevar y mi cuerpo responde antes de que pueda frenarlo. Contengo el aliento, cierro los ojos y dejo que la imagen de otra mujer haga el trabajo que yo no estaba siendo capaz de conseguir. Mis manos suben casi con vehemencia, se enredan en el pelo de Chrishell y tiro un poco, lo justo para que ella jadee y sonría, convencida de que es ella la que me provoca así. Me muevo con más intensidad, dejo que la fantasía me empuje, que sea otra la que ocupe el espacio que Chrishell cree suyo. Y funciona. Vaya que si funciona.

—Dylan… —balbucea.

No digo su nombre en voz alta para no cagarla.

«Joder, maldita Savannah».



CAPÍTULO 8

Savannah

NFL - Jullian Rosie

Este tío es idiota. Llega media hora tarde, tenemos que pasar por el *photocall* y se me está empezando a bajar el cardado que Flavio ha tardado tanto en montar.

Estoy rodeada de prensa y gente mucho más famosa que yo. Una mujer bajita vestida con un traje negro y un *walkie* en su mano me empuja con delicadeza para que me acerque más y más al enorme trozo de cartón que han instalado en la entrada principal del hotel.

Es mi turno y no pienso salir.

Le hago un gesto con la cabeza a Lucy que solo ella sabe interpretar. Intenta calmarme con la mirada, y sonríe fingidamente por si alguien está pendiente de nosotras.

—Savannah Morgan —me nombra la mujer bajita.

«No, no». Me hago la loca y, con un disimulo no muy bien ensayado, me escabullo como puedo entre Hayley Williams y Luke Combs. Me niego a posar sola ante las cámaras; aunque, bien mirado, preferiría mil veces dar la cara por mi cuenta y ahorrarme este estúpido paripé, antes que seguir adelante con esto. El problema es que ya no me queda más remedio, así que prefiero ser una mentirosa a ver cómo todos los pódcast de cotilleo de mañana hablan sobre mi nueva relación fallida. Y más cuando es ficticia y solo he accedido a ella porque creo que así dejarán de compadecerse de la pobre Savannah que pilló a su prometido haciendo cosas de hombre soltero a menos de medio año para la boda.

Cuando intento escabullirme por detrás del panel, una mano firme me sujeta el antebrazo. La dureza del tacto de su piel y el tamaño

de la mano no me concuerda con el diminuto pero regordete cuerpo de la dichosa señora del *walkie*. ¿Habrá llamado a su amigo el segurata? Me giro con la mejor de mis sonrisas, porque nadie quiere hacer enfadar a alguien de dos por dos. Pero no es con un tipo de seguridad con el que me encuentro, sino con Ewan. Muy alto. Muy ancho. Muy… tarde.

—Perdona por las horas, cariño.

«¿Cariño?».

—Disculpad —interrumpe la señora del *walkie*, impaciente—. Si no salís ya, se os pasa el turno.

No me da tiempo a responder. Ewan se adelanta y me atrae hacia él.

Damos un paso al frente y los *flashes* empiezan incluso antes de que nos coloquen delante del fondo lleno de logos.

—Un poquito más juntos, por favor —pide uno de los fotógrafos.

Como nos juntemos más, nos vamos a fusionar.

Ewan obedece sin pensárselo. Me acerca todavía más a él y su mano, que hasta ahora estaba apoyada de un modo cortés en mi costado, baja un poco más.

—¿Así está bien? —Me susurra a mí y no a la prensa. Se inclina un poco al preguntarlo, lo suficiente como para que su boca quede peligrosamente cerca de mi oído.

Aprieto la sonrisa y asiento porque hay veinte objetivos apuntándonos y porque, para mi desgracia, Ewan huele muy bien. Un perfume caro y con un toque amaderado que no ayuda en absoluto a que mi cerebro se mantenga profesional y distante.

—Perfecto —dice otro fotógrafo—. Ahora mirad aquí.

Ewan gira un poco el cuerpo, colocándose apenas medio paso delante de mí. Noto el calor de su piel incluso a través de la tela del vestido.

—Relaja los hombros —murmura—. Confía en mí. Esto se me da bien.

¡Claro que se le da bien! No hay más que verlo. Su postura perfecta de chico que ha pasado media vida delante de las cámaras lo delata, igual que esa calma suya que roza lo insultante.

—Savannah, ¿cómo te sientes al estar esta noche aquí? —pregunta alguien desde el fondo—. ¿Es especial compartirlo con Ewan?

Antes de que pueda responder, él aprieta suavemente mi cintura contra la parte baja de su pelvis.

—Es increíble —se adelanta a mis palabras—. Estoy muy orgulloso de ella. Ha trabajado muchísimo este último año y yo he estado a su lado para verlo.

«¿Cómo que a su lado?». Respiro hondo y recupero el control antes de que se me note en la expresión.

—¿Y cómo vais a celebrar el hecho de que ambos seáis los claros protagonistas de la noche de Nashville? —pregunta alguien desde la izquierda con unas claras intenciones.

—Como se merece —responde él, mucho más avispado que yo—. Haremos algo tranquilo… o puede que no tanto. Ya veremos.

Ewan me sube el tirante del vestido que se me había bajado y , acto seguido, mira a los ojos a la reportera.

—Gracias, chicos, por aquí —nos indica una asistente, señalando la salida lateral.

Ewan no me suelta hasta que estamos fuera del alcance de las cámaras. Caminamos por un pasillo estrecho y alfombrado que nos conduce hacia el *hall* del hotel.

—Oye —abro la boca cuando me aseguro de que no nos oyen—, ¿cómo que has estado todo este año a mi lado? —repito sus palabras—. Van a pensar que le puse los cuernos a Colson contigo.

—De nada por eso —responde, tan tranquilo—. Sería un buen giro de guion.

Ahora mismo le patearía la cara. Hala. Definitivamente, ya no lo veo tan guapo.

—¡Claro que no lo sería! —siseo.

Pero Ewan ya no me escucha. Me deja con la palabra en la boca y se camufla entre el resto de los invitados que empiezan a llenar el interior del hotel.

Respiro hondo, miro a ambos lados y cojo una copa de champán de una bandeja cercana, más por tener algo que hacer con las manos que por ganas reales de beber. Por suerte, nadie parece haber reparado en nuestra pequeña rencilla, o eso quiero pensar.

El hotel está irreconocible. Antes nos han obligado a todos los huéspedes a bajar directamente al garaje para salir de allí, así que no había vuelto a pisar el vestíbulo desde esta mañana, cuando estas mismas paredes estaban desnudas, libres de focos y de la hilera de cámaras.

Las luces son tenues, azuladas, y hacen que todo parezca aún más elegante, si eso es posible. Hay centros de mesa con flores blancas, velas pequeñas repartidas por las mesas altas y camareros que se mueven en silencio, tanto que parece que estén flotando entre la gente con sus bandejas de cristal.

Desde un rincón llega música en directo. Un grupo de *country* instrumental toca una melodía que identifico al primer rasgueo de guitarra, concretamente una versión suave de Brett Young.

Doy un sorbo al champán y dejo que las burbujas me bajen por la garganta. Me recoloco el vestido, repaso mentalmente el discurso por tercera vez y echo un vistazo alrededor.

Y por mucho que lo he estado intentando evitar, siento que el aire comienza a espesarse por culpa del impacto real de la gala y de todo lo que se espera de mí esta noche.

—Genial —murmuro agobiada, y me acabo la copa de un trago con la intención de que me calme—. ¿Dónde demonios se ha metido Ewan?

Lo busco entre la gente. Ewan es una de las personas más altas de la sala, así que debería destacar con facilidad, pero no hay rastro de él. Tampoco veo a Lucy a mi lado susurrándome cuál es el siguiente paso, cuándo sonreír o a quién no debo mirar demasiado.

«Genial. Absolutamente genial».

Sigo escaneando la sala cuando, de repente, me topo con unos ojos demasiado familiares.

—¿Nora? —susurro—. ¿Tú qué haces aquí?

—¡Hola a ti también, cariño! Estás preciosa, por cierto.

—¿Cómo has entrado? —pregunto, bajando aún más la voz—. ¿Dónde está Lucy?

—Ah —dice, quitándole toda la importancia del mundo mientras mueve una acreditación que claramente no es suya—. Le he dicho a Lucy que me dejara su pase.

Parpadeo.

—¿Qué? ¡Pero la necesito! —siseo—. Tiene toda la organización de la noche. ¡Y copias del discurso!

Nora se lleva una mano al pecho, ofendida.

—Perdona —dice—. ¿Me estás diciendo que no confías en mí? Me duele, Savannah. De verdad.

—Nora…

—Tranquila —me interrumpe—. Lucy me ha obligado a traerte esto.

Se inclina un poco hacia mí y, para mi absoluto horror, se saca del escote un papel arrugado. Lo despliega, le echa un vistazo rápido y sonríe.

—Pero si está chupado —añade—. Agradeces, sonríes, dices algo emotivo sobre Nashville, mencionas la música y listo. ¡Ah!, y muy importante, no te tropieces con el cable del micrófono al bajar. ¿Te has fijado? Lo tienen fatal puesto.

—¡Trae eso! —Le quito el discurso de las manos de un tirón e intento alisarlo sin mucho éxito.

—Eh, cuidado —protesta—. Ha estado muy bien protegido. Y, en serio, relájate. Lo tienes controlado. Y si no, improvisas. Se te da bastante bien cuando no entras en pánico. Que es justo lo que estás haciendo ahora mismo.

—Lo sé, tienes razón —cedo al fin—. Vale, entonces… ¿qué hacemos ahora?

—¿Os apetece una?

Antes de que Nora pueda contestar, Ewan aparece a nuestro lado con dos bebidas en la mano.

—¿Se puede saber dónde te habías metido? —lo regaño sin pensar.

—He ido con Regan a por algo de beber —se justifica—. Hay que aprovechar que no estamos en temporada...

Bajo la mirada hacia el vaso y, al devolverla hacia él, descubro que no está solo. Detrás de Ewan hay otro chico. Más bajo que él, moreno, piel olivácea y con una sonrisa que contrasta con el aura de mi falso novio. Podría ser su antagonista físico, pero, aun así, sigue siendo igual de atractivo.

—Os presento a Regan Jason —dice Ewan, dándole una palmada en la espalda, que ocupa fácilmente dos tercios de su ancho—. El

mejor *running back* del equipo.

—Yo soy Nora —se presenta cogiendo uno de los vasos de Ewan—. Su mejor amiga y asistente personal.

Lo segundo es consecuencia de lo primero, sin duda.

Cojo la bebida de Ewan y le doy un trago justo cuando veo a un tipo trajeado subir al pequeño escenario. Sé lo que viene a continuación.

Miro a mi alrededor y me obligo a respirar. Puedo hacerlo. Claro que puedo. Tal y como ha dicho Nora, esto está chupado, lo he hecho un montón de veces. Solo tengo que subir, hablar delante de… ¿Cuántas personas hay aquí? ¿Doscientas? ¿Trescientas? Un número manejable. Perfectamente manejable.

Además, ni siquiera tengo que cantar. Cosa que, sinceramente, preferiría.

He actuado en el Madison Square Garden y en el SoFi Stadium. Esto es solo una pequeña charla entre amigos. Solo que aquí tengo que dar un discurso con el que no me siento cómoda en absoluto.

El tipo del escenario carraspea y el murmullo empieza a apagarse.

—Bienvenidos a esta noche tan especial para Nashville —saluda con su voz grave perfectamente entrenada para sonar institucional —. Es un honor teneros aquí, y no solo para dar la bienvenida a uno de los eventos más importantes del deporte en nuestro país —asiente, satisfecho con su propia pausa dramática dando espacio para que le agasajen un poco—. Este fin de semana, Nashville no solo será la casa del *draft* de la NFL, sino también el punto de encuentro de miles de personas que aman esta ciudad tanto como nosotros. Y desde el ayuntamiento queríamos agradecerlo como mejor sabemos hacer: reuniendo a quienes hacen de Nashville lo que es. Artistas, productores, compositores, deportistas, profesionales que han llevado el nombre de esta ciudad mucho más lejos de lo que jamás imaginamos —continúa—, esta noche es por y para vosotros. Para celebrar vuestro talento, vuestro trabajo y el impacto que tenéis dentro y fuera de Tennessee.

Aprieto los dedos alrededor del vaso de Ewan, que ya está vacío.

—A lo largo de la velada —continúa—, hablaremos con varias figuras que se han convertido en referentes de Nashville y que, con

su trabajo, han ayudado a que esta ciudad siga siendo un hogar para la creatividad, el esfuerzo y la disciplina.

Ahí está.

Ese es el momento.

Le estampo el vaso a Ewan sin siquiera mirarlo y su torso lo recepciona sin inmutarse. Levanto la barbilla, estiro los hombros y sonrío. Porque, si algo sé hacer, es salir ahí fuera y fingir para que nadie se dé cuenta de lo nerviosa que estoy.



CAPÍTULO 9

Dylan

HATE HOW YOU LOOK - JOSH ROSS

—No se abren puertas sin tocarlas, Dylan.

La única puerta que me gustaría abrir ahora mismo es la 289 del Renaissance, pero como me sentía ofensivamente culpable después de haber tenido sexo repetidas veces, la última sobre la encimera del baño, y ninguna de ellas haber utilizado la imagen de mi novia para llegar al final, no me ha quedado más remedio que darme una ducha rápida y seguirle el juego cuando me ha dicho que le apetecía dar una vuelta por Nashville.

Su «vuelta» ha terminado dos calles más al norte cuando se ha encontrado con un montón de movimiento en la entrada del hotel Hermitage, donde también se alojan los jugadores profesionales que están invitados al *draft*. Estoy bastante seguro de que no ha sido casualidad acabar aquí, pero hoy no soy la persona más indicada para juzgar y analizar decisiones.

—No has tocado a ninguna puerta —le digo en cuanto la veo meterse por un lateral—. ¡Te has colado!

—Nos —enfatiza, sin llegar a detenerse—. Nos hemos colado.

—Eso no lo hace mejor.

—Shhh —me manda callar—. Camina normal. Además, el tío de la entrada nos ha dicho que los proveedores entraban por aquí. Y nosotros lo somos.

En eso no le falta razón, solo que no estamos convocados para esta noche porque técnicamente el *draft* empieza mañana. Pero como nadie nos detiene, cruzamos un pasillo alfombrado y, de repente..., estamos dentro.

—Nos van a echar —murmuro.

—Solo si llamamos la atención.

—¿Y cómo no vamos a llamarla? ¡Vamos fatal vestidos!

Bueno, ella no tanto, lleva un vestido negro ajustado y unos tacones. Siempre va perfecta a todos lados. De hecho, va mucho mejor vestida que mucha gente de la que está aquí dentro. Yo, en cambio, llevo los mismos vaqueros desgastados que llevaba esta mañana y una camiseta básica azul oscuro.

Sin pensárselo demasiado, Chrishell se adelanta y se mete en el salón contiguo, que está todavía más lleno. Le chisto para que no me deje aquí plantado como un pasmarote, pero pasa de mí. Desde lejos la observo y lo cierto es que se camufla a la perfección entre el resto de invitados.

Avanzo por el *hall* sin saber muy bien qué hacer. Ya no hay vuelta atrás. Sigo los pasos de Chrishell —o eso intento, porque ya la he perdido de vista— y entro en el salón, apenas ambientado con una luz azul. Genial, así pasaré más desapercibido.

Sobre el escenario, que no es más que las escaleras que conducen a las plantas superiores con un tablón, hay un hombre de mediana edad con traje y sombrero *cowboy* dando un discurso que no me podría importar menos. Solo son palabras sueltas y sin sentido hasta que las dos últimas irrumpen en mi mente:

—¡Savannah Morgan!

«¿Qué acaba de decir el viejo del sombrero?».

La sala estalla en aplausos y los grupitos que estaban desperdigados por la sala se deshacen para acercarse más al escenario.

«¿Eso es que va a subir ahí? ¿Delante de todo el mundo? ¿Ahora?».

Llevo toda la tarde preparándome mentalmente para verla. Pero no hoy.

Cuando huyó de Dukeforth, pensé en ella más de lo que me habría gustado admitir. Mucho más. Me imaginaba despertándome cualquier mañana y encontrármela allí, apoyada en su viejo Chevy, como si nada hubiera pasado. Como si todo hubiese sido un mal sueño. O, en el mejor de los casos, como si se lo hubiese pensado mejor y me hubiese elegido. Sí, es cierto que intentó ponerse en

contacto conmigo por todas las vías posibles, pero yo no quería un mensaje, una carta o una llamada… La quería a ella.

Un foco blanco ilumina uno de los laterales del salón. El corazón me palpita como si me hubiese señalado a mí, pero, por suerte, sigo en la oscuridad, escondido entre el público. Solo.

Lo primero que distingo desde aquí es su pelo, algo más oscuro de lo que recordaba. Desde hace un tiempo me prohibí buscar su nombre en internet y la bloqueé de todos los lugares posibles. Lo último que supe de ella fue que canceló su compromiso, una información que apareció escrita en un pósit abandonado en mi despacho. A estas alturas, Brooke sigue negando que fuera cosa suya, pero estoy seguro de que entró a hurtadillas, dejó la nota y se llevó el boli. Lo sé porque revisé nuestras nuevas cámaras de seguridad. Además, conozco su letra, por mucho que intentase modificarla.

Savannah sube las escaleras tomando la mano del viejo. Cuando llega arriba, él se retira sin decir nada, dejándole el espacio que siempre ha merecido ocupar. Ella carraspea y saluda al público.

Vaya, es tan real desde aquí abajo.

Tarda unos segundos en empezar a hablar. O quizá soy yo, que noto cómo el tiempo se estira de una forma lenta e incómoda. Aprovecho para observar su cuerpo enfundado en un vestido que marca su silueta. Luce como una famosa en toda regla. Está bastante más delgada y definida, pero sin una pizca de vida en la mirada, como si todo el maquillaje que le han puesto hubiera borrado cualquier emoción.

—Gracias —empieza a hablar con voz firme—. Gracias a Nashville por esta noche y por todo lo que ha significado para mí desde el primer día. Llegué aquí sin saber muy bien qué iba a pasar conmigo. Llegué desde Nueva York, con más ganas que certezas, y esta ciudad me abrió sus puertas cuando todavía estaba aprendiendo quién era y qué quería decir con mi música. —Me llevo una mano a la nuca sin entender muy bien qué quiere decir con su discurso—. La avenida Dukeforth me dio una oportunidad real cuando nadie tenía por qué hacerlo —continúa.

«Maldita embustera».

—Todo lo que soy ahora empezó aquí —añade, mientras su sonrisa se mantiene inalterable—. Y por eso estoy enormemente agradecida de que Nashville me incluya en su paseo de la fama. Sin duda, es algo que jamás habría imaginado y que voy a llevar conmigo siempre.

Mientras todos aplauden, yo tengo que hacer un esfuerzo enorme por no soltar una carcajada y subirme a ese escenario a desmentir todas las mentiras que ha soltado por esa boquita.

La avenida Dukeforth nunca le dio una oportunidad. Una mala decisión y yo fuimos los que metimos a Savannah en mi bar.

Cuando acaba de hablar, se me olvida lo cerca que estoy del escenario. Y justo cuando baja el último escalón, nuestras miradas se cruzan.

Joder. Viene directa hacia mí.

No. Me niego. Estaba preparado para verla, no para enfrentarme a ella.

Intento moverme. Esquivo a un par de personas y murmuro unas disculpas que ni yo mismo escucho. Pero no soy tan rápido como me gustaría; de pronto, siento una descarga en la punta de los dedos. Breve. Eléctrica. Inconfundible.

Ni siquiera sé qué es lo que debería sentir ahora mismo. Tenerla tan cerca es una sensación entre rabia y hogar que no consigo separar. La odio por hacerme sentir así: orgulloso y traicionado al mismo tiempo.

—¿Dylan…?

Aquí está. A menos de un metro. Tan cerca que puedo oler su perfume antes incluso de volver a mirarla a los ojos. Pero ya no lo reconozco. He estado soñando con su aroma día tras día, pero ya no es el mismo. No sé si debería tomarlo como una señal de alerta o como una prueba más de que nada volverá a ser como antes.

—Vaya —digo, con una sonrisa que no siento—. Nunca dejas de sorprenderme, Savannah. No sabía que iba a escuchar una versión tan creativa de nuestra…, perdón, tu historia —enfatizo las dos últimas palabras y continúo, al ver que está totalmente bloqueada ante mi presencia—. Has mentido.

Boquea un par de veces antes de encontrar de nuevo las palabras.

—¿Qué haces aquí? —se apresura a decir—. Quiero decir… no esperaba verte.

—Desde luego que no esperabas verme en ningún lado —escupo.

—No digas eso, Dylan. Sabes que he estado muchísimo tiempo buscándote.

—Podrías simplemente no haberme perdido.

—No estás siendo… —No acaba la frase. Esa mirada es lo único real que ha mostrado en toda la noche, pero no me da ninguna pena —. No lo entiendes, Dylan.

—No —respondo sin dudar—. Está claro que no lo entiendo. Pero tampoco quiero hacerlo.

Doy un paso atrás. No sé en qué momento me he soltado de su agarre. Necesito aire. Distancia. Algo que no sea ella.

—Al menos tu discurso llevaba razón en una cosa —añado—. Ojalá hubiese sido Nashville quien te dio una oportunidad y no yo. Así, al menos, no te habría conocido.



CAPÍTULO 10

Savannah

He's A 10 - Jessia

Desde hace tiempo, siempre llevo conmigo mi libreta marrón. Ahí apunto todo lo que se me pasa por la mente: frases que me gustaría conseguir rimar, pensamientos inconexos… y mis deseos más ocultos. Sé que es una tontería y que no solo por escribirlos en un folio en blanco se van a cumplir, pero, de algún modo, me ayudan a enfocarme en ellos.

Desde hace más de tres años, a comienzos de cada mes, escribo exactamente lo mismo: «Que Dylan me perdone». Y ayer descubrí que estoy más lejos de conseguirlo que nunca.

No me arrepiento de la opción que escogí, pero sí de las microdecisiones que tomé por el camino.

Lanzo la libreta al otro lado de la habitación y, con ella, todos mis sueños imposibles. Camino hasta el baño y me retiro la tercera mascarilla calmante del día. Aunque he conseguido bajar un poco la rojez de la piel, sigo con la cara y los ojos hinchados.

Tengo prohibido llorar durante los eventos. También durante las cuarenta y ocho horas previas. Así que más me vale arreglar este desastre antes de que vengan a buscarme.

Hoy tenemos la reunión presencial con el equipo de relaciones públicas y prensa de Ewan. Deberíamos haberla hecho antes del evento de ayer, pero fue imposible cuadrar agendas. Aun así, creo que no se nos dio tan mal fingir. Al menos, no al principio. Después de mi discurso y de mi encuentro con Dylan, estuve disociada toda la noche.

Me paso los dedos por el pelo, todavía con restos de laca del peinado de ayer. Lo cepillo hasta deshacerme de ellos y me hago

una coleta alta que luego cubro con una gorra del equipo de Ewan. Rebusco en la maleta hasta encontrar las gafas de sol más grandes que tengo y saco el chándal de la marca que contribuye a llenar la cuentas bancaria de mi nuevo novio.

Ni en un millón de años mis estilistas me dejarían salir así vestida a no ser que hubiera un contrato de por medio. Como ahora, que es parte del acuerdo.

Jiwan Sports solo tiene un patrocinio millonario y es con Ewan Brown, por lo que, al aparecer así juntos, estamos dictando exactamente lo que saldrá en los medios. Es una declaración de intenciones sin necesidad de decir ni una sola palabra.

Todavía no tengo claro cuánto me va a beneficiar esta bola de nieve que estamos creando, pero ya no me queda más remedio que dejarla rodar, porque, tal y como dictan nuestras agendas sincronizadas, Nora y Lucy aparecen puntuales frente a mi puerta, listas para ir a la reunión en la vigésima planta.

No podemos jugárnosla a salir del hotel y que nos vean rodeados de publicistas. Sería una cagada en toda regla. Aquí arriba, en cambio, tendremos algo más de privacidad.

—Buenos días, bombón. Qué bien te queda eso —saluda Nora, repasándome de arriba abajo. Lo bueno de ser famosa es que puedes ponerte gorra y gafas de sol en interiores y nadie te va a mirar raro—. ¿Estás lista?

Me pongo un poco de *gloss*, me guardo la tarjeta de la habitación en el bolsillo izquierdo y asiento con una sonrisa.

Las puertas del ascensor se abren y salimos a un pasillo flanqueado por enormes ventanales. Al otro lado del cristal, la ciudad se ve tranquila, casi demasiado para estar a solo unas horas de que comience el *draft*. Caminamos hasta una de las salas privadas y entramos. Hay café, agua, zumos alineados de la mejor manera y una mesa absurdamente grande para los pocos que seremos. Nosotras somos las primeras.

Aprovecho que en esta reunión no está el resto de mi equipo y me acerco sin culpa a la mesa de comida. Lucy es la asistente de Matt y Haley, mis publicistas principales, y es la que se encarga de mí cuando toca salir de viaje a eventos o cualquier otro tipo de

aparición. Ellos están demasiado ocupados en la oficina con el resto de campañas, prensa y otros frentes abiertos. Al igual que Alen, no pueden permitirse perder una semana entera de trabajo por un evento de solo tres días, así que todos acaban delegando en Lucy y Nora. Y estoy segura de que Lucy no me va a decir que no me coma ese *croissant* de mermelada.

Y yo tampoco pienso pedirle permiso.

Doy el último mordisco justo cuando la puerta se abre y entra gente nueva. No necesito que nadie me los presente para saber que son los publicistas de Ewan. Sus zapatos caros (y de gente aburrida) los delatan de inmediato. Son tan altos como él, pero bastante más mayores. Llevan un maletín y cara de no haber probado un *croissant* desde hace más tiempo que yo. Huelen a café solo y a vuelos de primera hora.

—Buenos días —saluda uno de ellos con un gesto profesional.

Lucy se pone en pie como impulsada por un muelle. Nora pasa de ellos.

—¿Aún no ha llegado el señor Brown? —pregunta el de los zapatos más feos, mirando alrededor de la sala y caminando hacia la mesa de comida.

«¿En serio nos lo está preguntando a nosotras?».

Pongo los ojos en blanco y busco a Nora, que me da un puntapié suave por debajo de la mesa para que no me ría.

Lucy, por su parte, niega, abre el portátil y empieza a tomar notas sin que nadie haya dicho nada todavía. Me fascina su capacidad para parecer siempre tan productiva.

La puerta se abre otra vez.

Ahora sí que es Ewan. Lleva gorra, gafas de sol y un chándal. Mi mismo chándal, solo que su versión masculina. Vamos totalmente a juego.

Se quita las gafas con calma y sonríe a los publicistas, que de repente parecen un poco más espabilados que antes. A continuación y sin pedir permiso, se deja caer en la silla, dinamitando mi espacio personal mientras apoya el codo en la mesa.

—Buenos días —dice, relajado—. Siento el retraso.

—No hay problema —contesta el primero que ha preguntado por él, demasiado rápido. Uf, puedo oler su miedo desde aquí.

Ewan se inclina hacia mí y baja la voz.

—Qué *sexy*. Vamos muy coordinados hoy —murmura Ewan, echándome un leve vistazo mientras cruza los brazos sobre la mesa. Segunda vez que pongo los ojos en blanco en lo que llevamos de reunión.

—Bien —interviene el publicista que faltaba por hablar, aclarándose la garganta—. Si os parece, empezamos.

—Sí, dadme un segundito, por favor —pide Lucy sin levantar la vista del portátil—. Estoy abriendo Google Meet para meter al resto del equipo.

Mientras ella sigue peleándose con las miles de ventanas que tiene abiertas, yo me acomodo en mi asiento, intentando no pensar demasiado en lo cerca que está Ewan de mí. Ya me debería haber acostumbrado a su presencia, pero es que es tan grande que me siento cohibida a su lado.

—Listo —anuncia Lucy finalmente—. Conectados. Matt y Haley están en línea. Podemos empezar a repasar los puntos y las próximas apariciones.

Lucy mueve el portátil hasta el final de la mesa para que todos podamos verlos. Saludo a Matt y a Haley, y, para mis adentros, agradezco en silencio que solo estén a través de una pantalla. No es que me caigan mal, de hecho, son de los más simpáticos que he tenido, pero no me gustan los publicistas en general. Me parecen gente falsa e interesada.

Lucy empieza a enumerar las fechas de las apariciones y los puntos clave de la campaña, pero mi cerebro solo es capaz de registrar la cercanía de Ewan, el aroma de su perfume que me llega cada vez que se inclina y el calor que emana de él. Intento repasar el calendario mentalmente, pero es imposible centrarse en algo que no sea él.

—Savannah, ¿todo bien? —pregunta Ewan de repente, con una sonrisa que mezcla diversión y desafío—. Pareces… distraída.

La reunión se detiene para prestarme atención. Todos me están mirando a mí en lugar de a la pantalla. Lo odio. Le lanzo una mirada

rápida y decido devolverle la jugada.

—Oh. Desde luego, solo estaba pensando en lo tarde que has llegado y lo poco profesional que es por tu parte. ¿Tenemos alguna cláusula de rescisión de contrato por falta de compromiso? —le suelto con calma.

Ewan sonríe con arrogancia.

—No sabes lo comprometido que puedo llegar a ser con algo...Por cierto, tengo una propuesta —dice, inclinándose un poco más hacia delante—. Ayer conocí a Warren Delos y me invitó a su gala benéfica en Los Ángeles a finales de mes… Podríamos mantener todo este circo hasta ese momento. Ya sabéis cómo funciona esto, a la gente le flipa ver a famosos donar dinero a una causa que ni siquiera conocen.

—Yo sí que lo conozco, es el de los ordenadores. Su fundación benéfica se encarga de hacer talleres de tecnología e innovación en barrios complicados, reformatorios o centros de adopción.

—Ah. —Ewan frunce el ceño. Parece sorprendido—. Pues mejor aún. ¡A todo el mundo le gustan los niños!

—Sí —apunta el publicista del bigote—, cuantas más apariciones altruistas hagáis, mejor.

—Si solo aparecéis en eventos donde alguno de los dos es el protagonista, pueden acabar sospechando. Y no solo la prensa, sino la gente que os sigue —añade Lucy.

Matt y Haley le dan la razón y ella suspira aliviada.

Los siguientes minutos de la reunión se diluyen entre un sinfín de fechas nuevas, cruces de agenda y eventos que no me pueden apetecer menos, mientras debaten si debo asistir o no. Como la cena de los Los Angeles Rams, donde presentarán a los novatos seleccionados en el *draft*. Solo de pensarlo me entra sueño.

—Vale, todo eso está muy bien —interviene Nora por primera vez desde que empezó la reunión, dejando su vaso de café sobre la mesa—, pero no perdamos de vista para qué estamos aquí. Las agendas las podemos sincronizar más adelante. Ahora mismo lo importante es otra cosa. Necesitamos anticiparnos a las preguntas de la prensa y tener respuestas claras, estudiadas. Saber qué contamos y qué no. También cómo queréis comportaros en público,

el nivel de cercanía, los gestos, las miradas… Todo eso se va a analizar durante estos tres días. Y de todo eso dependerá que vuestra agenda siga en pie o no.

Lucy la mira con envidia. Desearía que esa idea se le hubiera ocurrido a ella, porque Matt asiente con mucha más convicción de la que había mostrado tres minutos atrás.

—Exacto —apunta desde el otro lado de la pantalla, con tono satisfecho—. Eso es justo lo que necesitamos definir ahora.

—La base ya la cerramos en la primera reunión —insiste Haley. Me llegó un *mail* con unos totales que solo llegué a leer por encima. Así que estoy rezando para que la resuma de nuevo—. Es sencillo. Ambos son de Los Ángeles y todo el mundo sabe que ella vive en Pacific Palisades y él en Brentwood.

—Ya, pero te lo he dicho antes de reunirnos. Nos falta el resto —replica Matt—. Eso solo no nos sirve, yo vivo en Venice Beach y todavía no me he cruzado con Margot Robbie.

—Porque apenas sales de casa —le responde Haley, molesta de que no esté siguiendo su plan.

—¡Exacto! Y ellos tampoco. Al menos, no Savannah. ¿Cuándo fue la última vez que saliste a una cafetería o a por un batido de esos ecológicos que están tan de moda ahora? —me pregunta directamente.

Ahí tengo que darle la razón. No salgo sola desde mi segundo *single* y menos a un lugar donde se concentra la mayor parte de mi público.

—Nos pudo presentar Alen —propongo.

—¿Has estado en alguna fiesta de Alen Dixon? —pregunta el de los zapatos feos. Por cómo lo dice, está claro que él sí.

Las fiestas de mi representante son míticas en Los Ángeles, Nueva York o donde quiera que esté viviendo en ese momento. Invita a todo el mundo que sea medianamente popular ese mes.

Ewan se encoge de hombros.

—¿Tú sabes a las fiestas a las que voy? —replica—. No conozco ni a un tercio de la gente que me invita.

—Perfecto —apunta otro, que creía que ya se había dormido—. Ahí encaja todo. Os conocisteis en una fiesta del mánager de Savannah.

—Los otros dos asienten casi al unísono—. ¿Qué más? —añade.

—Es importante el cuándo —interviene Nora.

Me muerdo el labio.

—Ewan dijo ayer que había estado a mi lado todo este año… así que habría que ir con cuidado en eso.

Lo miro. Porque sí, eso fue una cagada bastante grande. Estoy harta de que me pinten como la pobrecita a la que su prometido le puso los cuernos, pero tampoco quiero que la historia se retuerza hasta convertirme en la mala.

—No pasa nada —dice Haley—. Os conocisteis en una de las fiestas del verano pasado de Alen. Al principio solo erais amigos y, poco a poco, os fuisteis acercando. —Los publicistas de Ewan intercambian miradas de escepticismo—. ¿Qué pasa? ¿Ya no existe eso? ¿Todo tiene que empezar y acabar en la misma noche?

—Además, pudo estar ahí para ti cuando pasó lo de tu ex. Total, tú siempre le habías gustado… —improvisa Lucy.

—¡Y *boom*! —remata Ewan dando un golpe en la mesa que hace vibrar los cafés de sus publicistas—. Yo aproveché la oportunidad para cazarla.

Nora le lanza una mirada afilada.

—Sí…, pero mejor dicho—sonríe—. Que suene menos neandertal, por favor.

Empiezo a notar que esta reunión se está alargando más de lo que nos gustaría a todos. Bueno, a todos menos a Ewan, que parece bastante entretenido observando el exterior. Tanto, que se levanta de mi lado y camina hasta el enorme ventanal que da a la salida principal del hotel.

—Madre mía, cómo está la calle ya —dice, sin apartar la vista de la cristalera.

Me estiro un poco en la silla para alcanzar su misma perspectiva.

Tiene razón. La avenida, al contrario que hace un rato, está llena de coches que intentan avanzar en dirección al evento. Es una caravana lenta y perfectamente organizada que hará que lleguemos tarde.

—Quedan cuarenta minutos —añade Lucy, consultando su Apple Watch—. Como no salgamos ahora, no vais a llegar al desayuno

oficial…

—¡Listo!, ¡lo tenemos todo! —la interrumpe Haley—. ¿Damos la reunión por finalizada? Luego Lucy os envía un *mail* a todos con el resumen y el nuevo calendario actualizado. ¿De acuerdo? ¡Chao!

Todos asentimos ante una pantalla ya en negro.

Los publicistas de Ewan han aprovechado ese lapso para levantarse y están estrechándole la mano a su jefe como si se hubiesen reunido con el gobernador de Tennessee.

—Deberíamos irnos nosotros antes para que no se nos relacione.

Mientras sus publicistas salen de la sala, Lucy recoge el ordenador.

—Nora, ¿la acompañas tú? La sala está reservada dentro de diez minutos, así que me voy a bajar a la habitación para pasar las notas de la reunión. Luego cogeré un taxi… o puede que vaya dando un paseo —rectifica, al ver cómo sigue la calle.

Mi amiga asiente.

—Recordad, salís en el coche de Ewan y con sus guardaespaldas —nos indica a los tres que quedamos en la sala—. Ahora nada de repuestas a la prensa. Con que vean que vais juntos y compartiendo el patrocinio de él, es más que suficiente.

—Oído cocina. —Nora vuelve a asentir con un saludo militar y coge un zumo. Me lanza otro a mí que atrapo a duras penas. No estaba preparada—. ¿Vamos?

—En seguida voy. Necesito hacer una llamada.

—No vamos a llegar a tiempo, Savannah —me apremia Ewan.

—Ahora voy —insisto con un tono mucho más tenso—. Id yendo. Aprovecho que me he quedado sola en la sala para desbloquear el teléfono, abrir la aplicación de llamadas y hacer *scroll* hasta el nombre de una persona que no pulsaba desde hace tiempo.



CAPÍTULO 11

Dylan

BACK IN THE SADDLE - LUKE COMBS

El *draft* nos prometió un puesto de cerveza, pero si llego a saber que nos iban a encasquetar esta mierda, me habría quedado en casa. Debería haber supuesto que, por mucho que den concesiones a los negocios locales del estado anfitrión, todo lo que venda cervezas estaría en el peor rincón del recinto. No pueden permitir que ninguna compita con la patrocinadora oficial.

—¿Estás segura de que es este? —le pregunto a Chrishell.

Estamos prácticamente al otro lado de la avenida. El escenario principal está en la intersección de la Primera con la avenida Dukeforth, o lo que viene a ser lo mismo: a más de cinco manzanas de aquí.

Lo bueno es que, si alguien llega con sed desde su coche, seremos los primeros. ¿Lo malo? Que nadie en su sano juicio se va a recorrer todo el camino de vuelta solo para repetir cerveza. Ni aunque sea la mejor de todo el festival.

—Sí —responde, sin dudar—. Mira el número de tu acreditación y el de ahí. —Señala la carpa blanca compartida.

Nuestro espacio queda justo entre un punto de información y un puesto de perritos calientes, dentro de lo que ellos llaman «zona limpia», donde queda prohibido colocar publicidad exterior agresiva que interfiera con las marcas que de verdad pagan. Todos los puestos son igual de impersonales y genéricos.

—Ese punto de información se va a poner hasta los topes y nos va a ocultar —me quejo.

—O se va a poner tan lleno que la gente no va a tener más remedio que beber cerveza. —Me da un golpe suave con la cadera,

dando por zanjado el debate.

Me paso una mano por la cara y vuelvo a mirar el *stand*. La nevera está llena y conectada al generador enorme que compartimos con los vecinos, pero el resto de las cosas están esparcidas sobre el tablón de plástico blanco.

Conforme me acerco, descubro que el nombre de mi cerveza está escrito con tiza en una pizarra minúscula colgada en la esquina del toldo blanco. Ni siquiera se ve desde una distancia razonable como para que a alguien le entren ganas de beber.

«Menudo fin de semana me espera».

Abro una de las cajas con la pequeña navaja que siempre llevo encima y le lanzo a Chrishell una de las camisetas.

La despliega horrorizada.

Esta mañana se ha probado cuatro conjuntos distintos, a cada cual más corto y ceñido, así que ver que ahora tiene que taparlo con una camiseta negra con el logo de la NFL y tres veces su tamaño está matándola por completo.

—¿Y si me la ato a la cintura? —pregunta en una súplica.

—Haz lo que quieras. —Ese ahora mismo es el menor de mis problemas.

Me quito la camiseta que llevaba, sin ningún reparo por quedarme semidesnudo, y me pongo mi nuevo uniforme. Con el calor que hace, ya nos podrían haber dado más. Esto, en las próximas horas, va a oler peor que Knox cuando llega al bar apestando al estiércol de mis caballos. Sé que lo hace aposta para que le deje entrar a casa a ducharse, pero ya le he dicho millones de veces que se apañe con la manguera que hay en el establo.

Debajo de la barra hay tres barriles y solo el último de ellos ya está conectado al grifo. Pero aquí faltan más. Cuando revisamos todo el papeleo, vimos que la organización, según ediciones anteriores, aconsejaba llevar seis barriles de cincuenta litros y trescientos botellines por día. Al final, somos cerca de cien puestos de concesión repartidos por la avenida y, siendo realistas, a no ser que a alguien le encante nuestra cerveza, lo normal es que no repita. Y menos estando tan lejos del escenario principal. Solo somos una cerveza de paso.

—¿Sabes dónde está el resto de nuestra cerveza o a quién hay que pedírsela? —le pregunto a Chrishell. Fue ella la que se encargó de mantener la comunicación con ellos.

Ella, con su nueva camiseta negra, un color que detesta, se encoge de hombros.

Odio cuando hace eso.

—Chrishell —intento mantener la calma y no elevar el tono—, fuiste tú la que hablaste con la organización. ¿No te dijeron algo tan básico como cómo reponer las existencias de cerveza?

—Ay —se queja, como si la estuviera atacando—, sabes que de eso no me encargo… No lo recuerdo. Lo que sí sé es que el *hashtag* del *draft* está siendo tendencia. Tenemos que hacer algo para entrar ahí… ¿Se te ocurre algo? Aunque con esta horrible cosa no voy a llamar la atención. —Se tira de la camiseta.

Es una batalla perdida.

—¿Puedes, por favor, revisar los *mails*? —respiro hondo—. O, al menos, reenviármelos a mi correo para que yo lo pueda buscar. Necesitamos saberlo antes de que esto abra.

Aunque sea una zona al aire libre y gratuita, hay un control de aforo de una del mediodía a una de la madrugada.

—Cariño —me hace un gesto con la mano, sin mirarme—, relájate. Hace un día precioso y hemos salido del pueblo. ¿Qué más quieres?

«No haber salido de Dukeforth».

Siempre que salgo de allí, ocurre algo malo. Lo tengo comprobado.

La última vez fue en las cataratas Cumberland… y me acabé enamorando de Savannah Morgan.

—Quiero saber cómo reponer la cerveza, Chrishell. Ya te lo he dicho.

Resopla, visiblemente molesta, y empieza a toquetear la pantalla de su teléfono con grandes aspavientos. No pienso entrar en su juego

—Alex Barrett es el responsable de nuestro cuadrante. —Rueda los ojos por la pantalla y lee en voz alta—: «Los responsables de los cuadrantes se encontrarán dentro de las diferentes casetas de información repartidas por el festival. En caso de no estar ahí, un asistente de información será el encargado de comunicarse

directamente con él». ¿Ves? No sé por qué te pones tan nervioso, si está aquí al lado.

Abro la boca para contestar, para explicarle —otra vez— que ponerse nervioso es mi estado natural cuando algo depende exclusivamente de mí y no está bajo control, pero me veo salvado por una fuerza superior en forma humana.

Un chaval de unos veinte años con una gorra roja hacia atrás se planta delante de nosotros.

Si no llega a ser por él, hubiésemos acabado discutiendo.

—Hola, soy Zac, vuestro vecino —dice, ladeando el pulgar por encima del hombro. Sigo la dirección del gesto y localizo la pizarra de West's Dogs. Las letras son tan diminutas como las mías—. ¿Me podríais echar una mano con esto?

Lleva una caja entera de panes de perrito apoyada contra el pecho, dos botes XXL de mostaza y kétchup atrapados como puede bajo un brazo y un paquete de servilletas que parece a punto de desmoronarse.

—Claro —respondo de inmediato—. Déjalo aquí mientras subes la persiana.

—Gracias, de verdad. Siempre he odiado el primer día —dice, pasándose el dorso de la mano por la frente sudada—. Todavía no hemos abierto y ya siento que llevo ocho horas aquí.

Aunque compartimos carpa, estamos separados por una puerta de tipo establo que marca la frontera entre su puesto y el mío, pero podemos abrir la parte superior como una ventana para conectar ambos espacios. Yo, al contrario que él, solo tengo una persiana principal, la que da directamente a la calle, porque mi puesto queda pegado a la caseta de información.

Con la persiana subida y la puerta trasera abierta, Zac arrastra las cajas de panes hacia su zona. Aprovecho para echar un vistazo rápido a su *stand*: dos neveras industriales ocupan el fondo, flanqueadas por tres hornos de vapor y dos parrillas de rodillos que todavía están apagadas. No hace falta ser muy listo para darse cuenta de que su espacio es, como mínimo, el doble de grande que el mío.

—¿No es tu primer año? —pregunto, siguiendo el hilo de lo que ha dicho antes.

Zac me mira a la vez que sube una de las parrillas a la barra.

—Solo sí. Llevo viniendo con mi padre desde los dieciséis, pero ahora está bastante fastidiado de salud y no puede aguantar este ritmo. —Hace una pausa para volverse a secar la frente, solo que ahora lo hace con una servilleta, y añade, sin cambiar el tono—: Eso sí, como no facture lo mismo o más que cuando él está aquí, no tendrá ningún reparo en darme un buen guantazo cuando vuelva a casa. Para eso no está cansado.

En un acto reflejo, mi cerebro manda la orden automática de reírse, pero me contengo cuando levanto la vista y veo que Zac no sonríe.

—Ella es Chrishell, mi novia —digo, señalándola con la cabeza—. Y yo soy Dylan. Estamos para lo que necesites, tío.

—Lo mismo digo. —Nos devuelve una sonrisa sincera.

Menos mal. Al menos el tío de al lado no es un gilipollas.

Para celebrarlo, abro la nevera, saco un botellín y se lo paso.

—Bienvenido al vecindario.

—Os invitaría a un perrito, pero… —dice, mirando de reojo el caos que todavía tiene montado.

—No te preocupes —respondo, y esta vez sí me río—. Ya habrá tiempo.

Zac asiente y deja el botellín a un lado mientras sigue guardando los panes dentro de la repisa superior de la parrilla de rodillos.

—¿Te importa quedarte aquí mientras voy a buscar al tal Alex?

Chrishell creo que ni me ha oído, pero sigue tan absorta en su teléfono que ni se va a dar cuenta de que me he ido.

Salgo del *stand* y lo recorro por detrás hasta llegar al punto de información que colinda con nuestra carpa. A diferencia de nuestros puestos de comida, este es más robusto, como un contenedor gigante.

Golpeo tres veces con los nudillos, pero no espero respuesta. Abro la puerta de metacrilato y me cuelo dentro.

En el interior hay dos ventiladores funcionando a duras penas: uno apunta a una mesa vacía y el otro a una barra alta, donde una chica

bajita con los pies colgando los mueve al ritmo de la música que suena a través de los altavoces.

—Bienvenido al *draft* de la NFL. Soy Brookie, ¿en qué puedo ayudarte?, ¿quieres un mapa del recinto?

«Vaya». La Brooke de esta nueva realidad es sospechosamente más inquietante que la mía. Me sonríe de una forma que deja de ser amable demasiado rápido y cruza una línea invisible hacia lo perturbador. Además, parece sorprendida de que alguien se haya colado aquí cuando todavía no es la hora.

—No. Soy Dylan Parker —me presento—. Tengo una concesión de cerveza. —Saco la acreditación del bolsillo y se la enseño, aunque estoy bastante seguro de que desde su banqueta no distingue nada —. Buscaba a Alex, el encargado de mi zona…

—Oh. —Mi, a partir de ahora, nueva mejor amiga Brookie salta de la banqueta y las dos trenzas que lleva a los lados botan con ella—. Enseguida lo llamo.

Coge un *walkie-talkie* de la mesa vacía y susurra algo que la música me impide entender. Asumo que está llamando a Alex.

—Ya viene —anuncia—. ¿Quieres una botella de agua?

—No, gracias. Estoy bien.

—¡Genial! —Me dedica otra sonrisa forzada y se balancea sobre sus pies sin saber qué hacer ahora conmigo—. Bueno, me vuelvo a mi… —dice, señalando el lugar donde estaba sentada antes.

—Oh, sí, claro. Adelante. —Le hago un gesto con la mano.

Yo le sonrío y ella me imita.

Nos quedamos así durante más tiempo del socialmente aceptable.

Vaya qué incómodo.

«Alex, llega ya».

Doy una vuelta sobre mí mismo y acabo deteniéndome frente al póster del *draft*, uno enorme que ocupa casi toda una pared del contenedor. Sobre el *skyline* de Nashville, varios tipos posan con equipaciones de colores neutros, sin escudos ni nombres. Encima de ellos están los patrocinadores de este año.

Recorro los logos con la mirada: una marca de telecomunicaciones, otras de refrescos, coches… Y, destacando por encima del resto, una

marca de cerveza. A esta última le dedico un poco más de tiempo. ¿De verdad quiero llegar ahí?, ¿ese es mi objetivo?

Chrishell no para de repetírmelo una y otra vez, y yo siempre le he seguido la corriente… pero ¿solo le estaba dando la razón o de verdad pienso que la tiene?



CAPÍTULO 12

Savannah

HOLD MY HALO - LAINEY WILSON

Ya soy la novia oficial de Estados Unidos y también la de Ewan Brown. Ayer, durante el primer día, me pasé todo el tiempo pegada a él como una lapa.

El *draft* empezó con la primera ronda, presentada por el comisionado de la NFL, y durante todo el día siguieron eligiendo a promesas recién salidas de la universidad. El favorito de todos los equipos era Declan Johnson, de la Universidad de Alabama, la que tiene la cantera más potente de la NFL. No fue ninguna sorpresa que fuese seleccionado durante los primeros *picks*.

Estos se ordenan en función de la clasificación de la temporada anterior: cuanto peor hayas quedado en la liga, antes podrás elegir a los jugadores nuevos. Algo que me parece bastante injusto teniendo en cuenta que vivimos en el país de la meritocracia, pero Ewan dice que funciona así a propósito y que tiene todo el sentido si lo piensas en términos de equilibrio competitivo. Supongo que no tengo espíritu de equipo. Ni deportivo.

Nunca he sido una gran fan del fútbol, así que no tenía ni idea de esto. Ahora lo sé porque ayer Ewan se encargó de que me enterase de todo. Parece que es uno de los pocos temas de conversación que maneja…, pero al menos descubrí que no es tan mal tipo como creía.

Estuvimos en la zona VIP, rodeados de algunos compañeros de su equipo, jugadores de baloncesto, *influencers* y embajadores de los patrocinadores… Gente con la que ya estoy acostumbrada a relacionarme, pero que sigue dándome la misma pereza que la

primera vez. Por suerte, Ewan no se separó de mí en ningún momento, excepto cuando tuvo que presentar el *pick* de los Rams.

En cuanto me quedé sola, me adueñé de uno de los sofás de cuero mientras me terminaba un San Francisco sin alcohol tras otro. Hacía demasiado calor y la piel se me pegaba a toda la tapicería porque gracias a mi estilista, iba medio desnuda.

—¿Quieres que te traiga otro? —preguntó una voz al escuchar el sonido que hacía con la pajita de metal.

Al levantar la vista de mi vaso con forma de balón de la NFL, vi una cara que me gustó reconocer.

—¡Jeremy! —saludé—. Menudo *show* de medio tiempo te has marcado, ¿no?

—Ya me gustaría que esto fuese la Super Bowl… —se carcajeó. Jeremy Jensen es, sin duda, uno de los artistas del momento. Compartimos discográfica durante algún tiempo, pero desde hace un año trabaja de forma independiente—. ¿Cómo va todo?

—Ya sabes —seguí absorbiendo de mi pajita—, lo de siempre. ¿Tú qué tal? Desde que no estás en Colt Records veo a Alen mucho más triste… —bromeé, ya sin nada en el vaso.

No he visto a Alen triste ni el día que tuvo que volar a Michigan porque murió su padre.

—¡Seguro que sí! —se carcajeó, sentándose a mi lado.

—Entonces, ¿qué tal tu nuevo proyecto?

—¡Una locura, pero genial! Ahora estamos intentando hacer un acuerdo de distribución con una *major*.

—¿Y eso? —Me sorprendió bastante que Jeremy quisiera volver a una discográfica teniendo en cuenta su pasado con Colt Records—. ¿No te ha gustado la experiencia de ir por libre?

—Ni de coña, es lo mejor que he hecho. Solo quiero alguien que me respalde a nivel de logística, distribución… No te puedes imaginar el dolor de cabeza que nos está dando eso. Pero no pienso perder la libertad creativa que he ganado.

Lo vi tan contento que me lancé a abrazarlo. Compartía ese sentimiento de querer sentirme plenamente responsable de mi arte, pero no capaz de hacer algo así. Y aunque Colt Records tuviese sus cosas malas, jamás sería una desagradecida de no ver todo lo que

han hecho por mí a lo largo de estos años. No estoy insinuando que Jeremy lo sea, pero supongo que no estamos en la misma posición para tomar esa clase de decisiones…

Y con ese mismo pensamiento estoy desde ayer.

Dándole vueltas y vueltas…, pero literales, porque esta mañana han llegado mis bailarines desde Los Ángeles y, por octava vez, estoy ensayando el baile de la actuación de hoy.

En la anterior gira no bailé, de hecho, tengo a estos bailarines desde finales de diciembre del año pasado, y esta va a ser la primera actuación que hacemos juntos. Suerte si me sé sus nombres.

Con ellos también ha llegado mi coreógrafa y nueva archienemiga, Sasha, que no se ha enterado de que mis dotes artísticas acaban en la garganta. No soy elástica ni sé coordinar más de dos extremidades al mismo tiempo.

Al menos, deberían dar gracias de que no protagonizo los típicos vídeos virales de las giras donde se acumulan clips de artistas tropezándose por el escenario una y otra vez. Aunque creo que mi suerte se va a terminar en la próxima gira como tenga que hacer todo esto.

Llevamos practicando estos pasos desde enero y me gustaría decir que hay algún progreso, pero sigo siendo un pato con peluca y tacones.

—Savannah, ¡ahí es donde tienes que hacer el giro! Al tercer «oh, oh, oh» —enfatiza el tercer «oh» y da palmas al ritmo de la música —. ¿Lo pillas?

«Claro que lo pillo, Sasha, no soy idiota».

En lugar de eso, le sonrío y bebo un trago de isotónico antes de que le vuelva a dar al *play*.

Cantar y bailar al mismo tiempo está siendo más complicado de lo que pensaba, pero no pienso admitirlo en voz alta. Me niego a que me vuelvan a subir a la cinta de correr para aumentar mi capacidad torácica.

—Venga, cinco minutos de descanso y retomamos donde lo hemos dejado.

Sasha se va de la sala con el teléfono en la mano (seguro que está decidida a criticarme en su grupo de bailarines exitosos de Hollywood) y yo aprovecho que ya no está para tirarme al suelo y estirar las piernas. Y no, tampoco llego a tocarme los pies con la punta de los dedos.

—Hola.

Miro por el hueco que queda entre mi pierna y el brazo. Es una chica más menuda que yo, de pelo oscuro y ojos claros.

La decisión de que todas mis bailarinas fuesen morenas para que yo pudiera destacar más fue de mi equipo.

Son siete chicas y dos chicos. Y la que tengo frente a mí creo que se llama Michelle…

Le devuelvo la sonrisa, a la espera de que siga hablando.

—Soy Michelle. —Vaya, he acertado—. Creo que nunca hemos llegado a hablar demasiado…

Tiene razón, Sasha los lleva como perritos por todas partes y apenas he cruzado más de dos palabras con ellos después de los ensayos.

—No lo haces tan mal, de verdad. Sasha puede llegar a ser un poco cargante. Créeme, lo sé. Llevo bailando con ella desde que fundó su compañía.

Michelle se sienta en el suelo frente a mí y estira las piernas igual que yo. La diferencia es que ella sí llega a tocarse la punta de los dedos del pie con la mano. Claro.

—Solo quería decirte una cosa —continúa—, pero no te lo tomes mal, por favor. No quiero que me despidas.

Me hace gracia que lo diga, como si yo tuviera esa potestad.

—Dispara.

Apoya los codos en las rodillas y se inclina un poco más hacia delante.

«¿Cuánto tiempo más puede aguantar en esa postura?».

—Cuando bailas, se nota que intentas llegar antes que la música. Ahí es donde pierdes el ritmo y la respiración. Aprovecha los cambios de ochos para respirar. En cada giro, suelta el aire.

Asiento despacio, asimilándolo.

—Gracias —murmuro.

—Para eso estamos —responde, incorporándose—. Si quieres, luego podemos ensayarlo un par de veces más juntas. Estoy disponible.

Antes de que pueda responder, la puerta se abre.

—¿Se puede saber qué hacéis sentados? —grita Sasha—. Quiero energía y quiero que nadie se me adelante al tempo.

Suspiro. Cuando levanto la vista, Michelle ya está de pie, con la mano extendida para ayudarme a levantarme.

✦·····✦·····✦·····✦·····✦

Actúo en veinte minutos y estoy destrozada de la paliza de esta mañana. Es cierto que desde hace algún tiempo estoy haciendo más ejercicio del que hacía antes, que era nulo, y soy consciente de que algunos pasos me ayudan a moverme mejor en el escenario y animan al público, pero siento que todavía no encajan del todo con el estilo que quiero transmitir. Con quién soy yo.

No creo que tirarme al suelo y moverme como un gato persa en busca de premios sea lo mejor para mí. No soy Britney Spears en los Billboard Music Awards de 2016. Aunque, pensándolo mejor, debería estar agradecida de que no pretendan que saque una serpiente al escenario como en sus VMA de 2001…

Ahí sí que me negaría en rotundo. O eso quiero pensar.

—Tienes agendada ahora una entrevista rápida para las redes sociales de la NFL. No te llevará más de diez minutos. —La voz de Lucy se cuela en el camerino—. ¿Estás ya lista?

Miro mi reflejo, que prácticamente va vestida como una animadora de los Dallas Cowboys. No entiendo por qué no me dejan ser la misma que fui el año pasado. No me fue nada mal. Fui número uno durante siete semanas seguidas en la lista Billboard con el segundo *single* que saqué y estoy segura de que la discográfica se ha llevado una buena tajada de todo eso.

Lucy no espera a que responda en voz alta y tira de mi brazo para que salga del camerino cuanto antes.

—Te están esperando al lado de la *fan zone*, donde está el campo en miniatura —dice mientras me empuja hacia el carrito de golf que nos aguarda con el motor en marcha.

El conductor, un señor con gorra de la NFL y un bigote perfectamente recortado, nos dedica una sonrisa orgullosa.

—Después de eso, este señor tan simpático te llevará directa al escenario —continúa Lucy, ya con medio cuerpo fuera del carrito—. No te distraigas con nada, ¿te queda claro?

—Sí, Lucy, no tengo cinco años —respondo, forzando la sonrisa.

—Ya lo sé —suspira—, pero no me puedo permitir que nada salga mal. No sabes lo que Matt y Haley pueden hacerme…

—Lo estás haciendo genial, descuida. —Le aprieto la mano para decirle que lo entiendo—. Todo va a salir genial.

No sé si intento tranquilizarla a ella o a mí.

En menos de tres minutos llegamos al *fan zone*. Lo hacemos a través de unas carpas que rodean algunas partes clave del evento y a la que solo tienen acceso vehículos acreditados como el nuestro.

Cuando llegamos, bajo del carrito, me despido del señor, que me ha prometido quedarse esperando en el pasadizo y ando hacia la *fan zone* por la parte en la que no me puedo mezclar con el público normal. Tal y como me ha dicho Lucy, hay un campo de fútbol en miniatura con líneas blancas perfectamente marcadas y llena de balones deformados que en realidad son pufs. También hay *photocalls* y cabinas insonorizadas donde hay gente grabando pódcast o algún programa para YouTube.

Nada más poner un pie en la zona, un chico mucho más bajito que yo, solamente gracias a los zapatos que llevo, viene a atenderme.

—Buenas tardes, señorita Morgan, soy Mario y seré el encargado de que se sienta cómoda en la zona de prensa.

—Hola, Mario —le dedico una sonrisa amistosa—. ¿Crees que podría quitarme esto? Señalo mis tacones, que se están hundiendo en el césped.

—Oh, por mí no hay ningún problema, pero… —Alza el dedo—. Dame un segundo.

Mario, que lleva unas botas como las de todos los jugadores de la NFL, puede permitirse el lujo de correr por el campo y volver en menos de un minuto con unos utensilios que me tiende en la mano.

—También tenemos esto.

Observo los tapones de plástico que sostengo en la palma hasta que comprendo que son unos protectores de tacón con una base plana para evitar que se cuelen por todas partes.

Me los pongo sin demasiada fe, pero supongo que esto es mejor que ir descalza.

—No te preocupes, son seguros —me intenta tranquilizar Mario—. No dejaría que te tropezaras con ellos. Estaría despedido en menos de cinco minutos.

Su media sonrisa espera que yo le siga el juego, pero no me sale, porque no es la primera vez que hoy escucho algo parecido. No quiero que echen a nadie por mi culpa. Ni a Michelle, ni a Lucy, ni a este chico que no conozco de nada.

No quiero convertirme en el motivo por el que alguien tenga que recoger sus cosas en una caja de cartón.

Aunque supongo que siempre ha sido así. Hay miles de personas cuyo trabajo consiste en sostener a gente como yo, a quienes consideran «valiosas». Gente que depende de que yo sonría cuando toca, no tropiece, no meta la pata, no diga nada que incomode y no haga perder un par de millones a los de arriba. Y si no lo consiguen, si algo se tuerce, los sustituyen sin pensarlo dos veces. Porque son reemplazables. Porque siempre hay otro esperando el relevo.

¿Aunque «valiosa» por qué y para quién?, ¿para hacer más ricos a los que están por encima de mí?

No quiero que me pertenezca esa responsabilidad.

—Tu turno, Savannah.

Mario, enlaza su brazo con el mío y caminamos juntos hasta la zona donde están todas las cámaras. Estoy segura de que con ese gesto pretende ahorrarse un despido; no es que quiera ser mi amigo.

Subimos a una pequeña plataforma de madera que vibra ligeramente bajo nuestros pies por culpa del estruendo que llega del escenario principal donde alguien está animando a la gente. Y en seguida una chica que reconozco de las redes sociales de la NFL viene directa hacia mí.

—¡Savannah! —Me abraza. Ella sí que lo hace como si quiera ser mi mejor amiga. Huele a exceso de laca—. No me está permitido

fangirlear así que, por favor, —mira a su alrededor con dramatismo —, que no me esté enfocando ninguna cámara, pero te adoro, te adoro, te adoro. Soy muy fan tuya. Estuve en tres fechas de tu última gira, y a Nevada no pude ir porque se puso mi hermana de parto… y el coche era suyo.

—Al próximo estás invitada.

Se queda congelada.

—¿En serio?

—Claro, envíame un mensaje a Instagram, mi asistente te pondrá en lista.

—Oh —Parece desilusionada de que no sea yo misma la que lleve mis redes sociales, pero enseguida se recompone—. ¡Oye! Si en algún momento necesitas más ayuda… dejaría la NFL por ti.

—Lo tendré en cuenta… —digo, intentando recordar su nombre, pero creo que ni me lo ha dicho.

—¡Chloe!

Mario tose en busca de algo de atención y le hace un pequeño gesto señalándose la muñeca.

—¡Oh! Claro, claro. ¿Estás lista? ¿Necesitas algo? —me pregunta. Niego con una sonrisa, ajustándome un mechón que se ha descolocado porque es imposible manejar este dichoso nuevo corte de pelo—. Genial, pues ¡empezamos! Van a ser preguntas muy sencillas para Instagram y TikTok. No sé si ayer lograste revisar las cuentas…

—Lo cierto es que no he tenido mucho tiempo…

—No te preocupes, ¡yo tampoco! —se ríe y me muestra el teléfono móvil que está preparado en un trípode—. El caso es que serán preguntas cortas y vídeos divertidos. Nada de política, opiniones personales o cotilleos. Queremos vernos como una marca blanca sin distanciarnos del foco principal a causa de titulares que se puedan malinterpretar o que sean más interesantes que, bueno, esto… —Mueve la cabeza a su alrededor con el micrófono ya en la mano.

Lucy ya me había avisado de que no tenía nada que temer en esta entrevista. Por eso no hay nadie de mi equipo detrás de mí haciendo de niñera para vigilar que no diga ninguna tontería.

—Perfecto, estoy lista. —Muevo las piernas y los brazos para destensarme ante la cámara—. Cuando quieras.

Chole me pasa un micro igual que el suyo, y Mario, que ahora está detrás del teléfono, nos hace un gesto que interpreto como que estamos dentro del encuadre.

—¿Dónde prefieres ver la Super Bowl? Hoy, con Savannah Morgan —dice Chloe, sonriendo a la cámara y contoneando los hombros al ritmo de su voz.

—¿Palco o nivel inferior? —lanza la primera pregunta.

—Nivel inferior, siempre —respondo sin pensármelo.

Sigo respondiendo a sus preguntas y, entre una respuesta y otra, hasta me da tiempo a hacer un *trend* con una *influencer* que estaba rondando por la zona de prensa y me lo ha rogado. Espero que tenga buena reputación, si no, ya la he liado.

Me despido de Chloe y Mario prometiéndoles pases VIP para mi próximo concierto, cualquiera que sea, porque aún no tenemos fechas en el horizonte. El carrito de golf avanza hacia el escenario y, a medida que nos acercamos a la zona norte, el rugido de la multitud se vuelve ensordecedor; ahí está toda la gente apiñada, sin querer perderse ni una selección de sus equipos.

Cuanto más me acerco, más siento cómo la adrenalina me aprieta el pecho.

Y, al fondo del pasadizo, veo a Lucy y Nora esperándome. Les sonrío.

Mierda. También veo a Sasha.

Ya no sonrío tanto.



CAPÍTULO 13

Dylan

Move on - Kevin Powers

—Savannah se ha oscurecido el pelo con un *balayage* espectacular. ¡Ahora se parece más a mi tono!, ¡está preciosa! ¿Crees que a mí me quedaría igual de bien su corte?, ¿le molestará que me copie? —Mira su reflejo en el espejo, levanta las puntas, algo más claras que el resto, y las superpone en la parte de las raíces—. ¡Qué más da! No la voy a conocer jamás —se carcajea de su propia broma.

Chrishell, desde que ha visto en directo a Savannah, está pesadísima y no hace más que hablar y hablar de ella como si fuera un disco rayado. Yo, por suerte, me he librado de su concierto. He hecho de buen novio y le he dicho que fuese ella sola mientras yo me quedaba sirviendo cervezas. Y eso que el bueno de Zac se ha ofrecido a encargarse de nuestro *stand* durante los quince minutos que duraba su actuación.

Lo que ninguno de los dos sabe es que prefiero trabajar durante cuarenta y ocho horas seguidas antes que ser parte del público de Savannah Morgan.

Y, pese a que no he salido de mi puesto en todo el día, la jornada ha ido mucho mejor que el anterior, en la que Alex desapareció dos veces y me tocó recorrerme la avenida a las cinco de la tarde con un calor insoportable. Según él, estaba ayudando a la señora de los gofres de pollo rebozado, según yo, estaba ligando con su hija, porque la señora de Duck or Chicken ni siquiera está en nuestro cuadrante. Esta tarde, como compensación, me ha traído un gofre XXL (Alex, no la señora, a esa ni siquiera la conozco).

—¿Nos vamos o qué? —ignoro su pregunta. Estoy apoyado en la puerta de la habitación, esperando que deje de mover el pelo

delante del espejo y sea ella la que se mueva de una vez por todas.

—¿En serio vas a ponerte eso? —Hace una mueca al fijarse en mi reflejo.

—¿No íbamos a trabajar? No pretenderás que me ponga un traje…

Cosa que realmente espero, porque no he traído ninguno.

—Pero no es un trabajo cualquiera, cielo. —Deja de hablarle a mi reflejo y se gira hacia mí—. He conseguido que nos inviten a la fiesta de esta noche, así que no me dejes en evidencia, por favor te lo pido.

Cruza la habitación contoneándose hasta plantarse delante de mí.

—¿Sabes lo que puede suponer eso para la marca? —Su labio inferior se curva en un puchero calculado.

—Sí, lo sé… —cedo.

Significa contactos, fotos, historias etiquetadas… Significa ventas.

—Dime qué quieres que me ponga y me lo pongo —vuelvo a ceder. Levanto el brazo y señalo la maleta abierta a los pies de la cama.

—¡Claro que sí! —Me deposita un beso breve sobre los labios y se gira ya con media sonrisa dibujada.

Odio verla remover la ropa de mi maleta, porque luego voy a ser yo el que la tenga que ordenar.

—¿Qué te parece esta camiseta? —Extiende la prenda en alto. No contesto porque sé que no me lo está preguntando a mí—. ¡No! ¡Mejor esta!

Me lanza una camiseta azul claro que casualmente me regaló ella.

—No sabes lo *sexy* que estás con el cuello en V.

No tengo ni idea de lo que significa eso.

Me quito mi cómoda camiseta de algodón y la sustituyo por esta que se ajusta algo más a mi torso y me da mucha más pereza. Odio este tipo de tejido tan ceñido, pero no se lo digo.

Chrishell deja la maleta abierta y aprovecha para acercarse de nuevo a mí y arreglarme un poco el pelo.

—Si se nos da bien la noche, luego… —desliza un dedo por mi pecho, despacio— podemos celebrarlo.

«Sí, tiene pinta de que va a ser lo que más me va a apetecer al llegar».

Esto tampoco se lo digo.

En el ascensor intento indagar cómo diantres ha conseguido que nos inviten a la fiesta de Verizon, uno de los patrocinadores oficiales de la NFL. Dice que durante el concierto de Savannah se ha hecho amiga de la publicista, le ha hablado de la marca… y se ha interesado. Así, sin más. Lo cierto es que me suena un poco raro, pero lo dejo pasar porque nos darán una comisión por cada unidad y, aunque no ganemos tanto como en el festival, todo suma. Además, todavía nos quedan cientos de botellines a los que dudo que vayamos a dar salida. La gente aquí es más de barril.

Al salir de hotel, Chrishell se encamina directamente hacia The Hermitage, pero el festival está justo en la otra dirección.

—Creo que es mejor que primero vayamos a por la cerveza y luego ya directos hacia el hotel. He visto que Zac tiene una carretilla, se la podemos coger prestada —propongo—, no creo que le importe.

Ella se detiene. Baja la mirada hacia su vestido y las sandalias de diez centímetros.

—Oh, que quieres que te acompañe…

Sí, la verdad es que va demasiado arreglada para cargar cerveza, o incluso servirla.

—Había pensado ir yo a la azotea del hotel y esperarte allí. Así, cuando llegues, ya sabes dónde tenemos que dejar la cerveza y no tendrás que estar cargando con ella.

Visto así, tiene razón. Podemos ahorrar tiempo.

No he llegado a aceptar todavía cuando Chrishell interpreta mi silencio como una afirmación.

—Estoy pendiente de la entrada para cuando llegues, te lo prometo. ¡No tardes, te quiero!

Con eso último, me lanza un beso al aire y empieza a caminar más rápido hacia The Hermitage. El vestido vaporoso se le alza ligeramente con cada paso y los tacones repiquetean contra el suelo. Solo cuando la veo doblar la esquina, me pongo en marcha en la dirección contraria.

El ruido del festival todavía flota en el ambiente, pero los gritos ya no suenan a euforia, sino que es un bullicio cansado y apagado.

Cuando llego a la entrada, uno de los guardias de seguridad ya está negando el paso a un par de chavales que intentan colarse con

pulseras VIP visiblemente arrancadas.

—Está cerrado, muchachos —informa sin ganas.

Levanto la acreditación antes de que me pida explicaciones. Consigo entrar gracias a ella, porque ya no admiten público; más bien están echando a la gente que se niega a irse a dormir a su hostal de mala muerte para volver aquí dentro de unas horas oliendo incluso peor. Los técnicos siguen enrollando cables y los voluntarios ya han empezado a recoger la basura para dejar el recinto listo para mañana. El suelo está pegajoso y todo huele a cerveza rancia.

Dentro, los últimos rezagados apuran el vaso, y la avenida, ahora sin música tronando por todas partes, mejora por completo. Miro a mi alrededor y veo los neones de los locales brillar, deseosos de cazar a cualquiera que se haya quedado con ganas de fiesta.

Las ciudades siempre se alegran de que el *draft* se aloje en ellas porque deja millones y millones de dólares en apenas tres días, pero estoy seguro de que no todo el mundo piensa lo mismo. Quizá los hoteles, el transporte, las tiendas de *souvenirs*…, pero no los bares que están aquí. Ellos tienen que seguir abiertos mientras ven cómo alguien delante de ellos vende su mismo producto tres veces más caro y, aun así, la gente lo prefiere.

Entiendo que no es justo, pero nada está hecho para serlo. Sé cómo deben de sentirse ahora mismo, sé lo que es pasar noches sentado delante del televisor de tu bar rogando que alguien entre. Por suerte para mí, las cosas han mejorado mucho y Dukeforth ha vuelto a confiar en el Loopsie's. Y por suerte para ellos, están en Nashville y esto solo van a ser tres días, así que... sobrevivirán.

Cojo la carretilla de Zac y empiezo a cargar las cajas. Hace poco cambié los botellines: ahora el vidrio es algo más grueso y ligeramente más oscuro, un detalle que hace que todavía no me acostumbre a su sonido seco al chocar entre sí.

El nuevo cristal bloquea mejor la luz, algo esencial cuando de verdad te preocupas por la calidad de tu producto. Si la cerveza se expone demasiado al sol, los compuestos del lúpulo reaccionan y aparece ese olor agrio que arruina el sabor original. Y en festivales como este, donde las cajas y los botellines pasan horas bajo el sol, ocurre más de lo que debería.

Por eso cada vez me gusta menos venir a este tipo de eventos. Sí, es una buena oportunidad para dar a conocer mi cerveza, pero a veces siento que solo estoy rodeado de borrachos a los que le da igual beberla en un botellín marrón que en uno transparente mal conservado.

Meto una caja más en la carretilla y rezo para no romperlas todas de vuelta a The Hermitage. El camino hasta allí no es demasiado largo, pero sí lo suficiente como para mandarlas a la mierda con un solo tropiezo.

Tras cinco minutos de tintineo constante, por fin llego al hotel. No es tan alto como el nuestro, pero sí mucho más ostentoso. Mientras el Renaissance tiene un rollo moderno con líneas rectas, este se pasa de frenada con la decoración y ornamentos clásicos por todas partes.

Sin duda, pego más en el otro. Bueno. Lo cierto es que no. No pego en ninguno que exporte la fruta directamente desde Europa y no sirva polvos naranja para crear un zumo radioactivo a la hora del desayuno.

Reduzco la velocidad, la poca que me había permitido coger la carretilla, y subo por la pequeña rampa de acceso. Seguramente debería haber entrado por la zona de carga y descarga porque como me vean hacerle un solo rasguño a su mármol, me van a echar de aquí a patadas, pero paso de dejar las cervezas fuera mientras busco a alguien que me indique el acceso.

Ya estoy dentro. Me tomo la libertad de caminar hasta los ascensores centrales y pulsar el último botón, el que intuyo que me llevará hasta la azotea.

El ascensor se abre sin hacer ni un ruido y, tal cual, aparezco justo donde me imaginaba. La terraza se divide en dos partes, una cubierta por una cúpula de cristal repleta de plantas y enredaderas, y otra al aire libre con un mobiliario bastante más moderno de lo que me tiene acostumbrado este lugar.

Chrishell me ha dicho que se iba a quedar cerca de la entrada, pero no la veo por ningún lado. ¿Dónde demonios se ha metido esta mujer?

Dejo la carretilla en una esquina donde me aseguro de que no molesta y me acerco hasta el final de la azotea. Desde esta zona se ve el edificio de AT&T y, un poco más allá, el Four Seasons, que, por lo que tengo entendido, se inauguró hace poco. Ambos son de los edificios más altos de Nashville, pero dentro de unos años uno de ellos va a ser destronado por otro rascacielos aún más alto, una torre que medirá lo mismo que el 50 West Street de Nueva York. Nunca he estado ahí dentro, pero lo conozco bien porque me flipa todo lo que tenga que ver con los edificios altos; en plan, ¿cómo coño consiguen mantenerse en pie si cada vez los hacen más altos y finos, y encima la tierra no para de moverse? Hace poco vi un vídeo que explicaba que, en Japón, por ejemplo, ponen gigantescos contrapesos que balancean el edificio cuando hay un terremoto o usan columnas flexibles que permiten que todo se mueva sin romperse. Me parecen jodidas obras maestras de la ingeniería.

—¡Dylan! ¡Estoy aquí!

Chrishell me saluda desde detrás de una palmera gigante que la oculta casi por completo. Solo veo su mano asomando entre las hojas, agitándose con entusiasmo.

—¿Se puede saber qué haces ahí?

—Es nuestro puesto. —Señala una especie de carrito de palomitas colocado junto a una pared.

Me quedo mirando el armatoste de metal y madera con ruedas doradas.

—¿Esto?, ¿estás de coña?

—¿No es genial? Es como el carrito de The Nitro Bar. —Por mi cara, sabe que no estoy entendiendo nada—. ¡Sí! Audrey, la CEO, empezó en 2016 y este año ya ha conseguido facturar más de cuatro millones de dólares. ¡Cuatro millones! —Abre mucho los ojos—. Y solo llevó un carrito como este por todas las universidades de Estados Unidos con el objetivo de crear marca. Igual podríamos robarle la idea y hacer nosotros lo mismo cuando lleguemos a casa… ¿cuánto crees que tardarías en montar uno como estos?

Miro el carrito otra vez.

—¿Y si lo hablamos mejor cuando lleguemos a Dukeforth?

—Oh, ¡claro! Es que todo esto es una inspiración para mí. ¿Vas poniendo aquí las cervezas?

—No van a caber todas —murmuro.

—No pasa nada. Es más por imagen. Y he traído esto —canturrea mientras rebusca en su diminuto bolso de mano.

Saca un taco de tarjetas de visita y las alinea con cuidado sobre una de las tablas de madera del carrito.

—Nunca se sabe a quién puedes conocer esta noche —se justifica con una sonrisa.

Cojo una por pura inercia.

Al final, cuando me las enseñó la otra noche no me fijé demasiado. Estaba cansado del viaje y lo cierto es que no me pudo dar más igual. La tarjeta es marrón oscuro, del mismo tono que el vidrio de las botellas nuevas, y el logo destaca en relieve dorado; ese detalle sí se me quedó grabado. Lo que no vi fue la parte de atrás. Y de lo que tampoco me di cuenta es de que solo aparece el nombre de Chrishell y su número de teléfono.

Por un lado, lo prefiero, odio coger el teléfono y hacer de relaciones públicas, algo que a ella está claro que le encanta…, pero no me convence que no deje claro cuál es su papel en todo esto.

Antes de irme a por la carretilla, devuelvo la tarjeta al montón, sin molestarme en dejarla como la encontré. De reojo, veo que Chrishell la vuelve a realinear con el resto.

Muy bien, que se encargue de *sus* tarjetas mientras yo me encargo de *mis* cervezas.

Equilibrando en el carrito las últimas cervezas que he puesto sin que se me desmorone todo, me percato de que una nueva figura entra en escena. Los camareros, que estaban acabando de decorar las mesas altas, se ponen rígidos de golpe, pero no se detienen. Un tipo trajeado le susurra algo a una camarera que lleva un delantal algo más oscuro que el resto y esta asiente.

Y, con la misma rapidez con la que ha entrado, desaparece. Vaya, buenas noches para él también.

Y sin que la camarera tenga que abrir la boca, el equipo capta la indirecta. Meten el turbo y en menos de tres minutos lo dejan todo listo, deteniéndose como estatuas, cada uno frente a una mesa.

Yo, durante todo este rato, me he quedado detrás de mi carro de palomitas, observando la situación. Somos el único punto externo al hotel. Al menos en restauración, porque en la zona de la cúpula he visto un puesto de carcasas de móviles personalizadas con un microchip que reconoce tus constantes vitales. Los he buscado en internet. Tienen una *app* para configurar la carcasa y más de dos millones de seguidores.

Madre mía, en este país ya compran cualquier tontería…

De repente se escucha más alboroto, más voces cruzadas y un par de risas que no hacen el menor esfuerzo por pasar desapercibidas. La puerta del ascensor vuelve a abrirse y esta vez ya no es gente de organización.

Y a una de ellas la reconozco.

—Recuerda, hay que hacer contactos esta noche —me sisea Chrishell antes de que todos empiecen a cruzar la cúpula.



CAPÍTULO 14

Dylan

LATER TONIGHT - JOSH ROSS

Por suerte, Chrishell no ha visto a Savannah. Y Savannah no me ha visto a mí.

Todavía.

La azotea está a reventar y nunca me había alegrado tanto de ver a tantas personas juntas. Esta gente apretujada, intentando parecer glamurosa en una terraza en la que, encima, ha empezado a chispear hace cinco minutos, es lo único que me está librando del desastre más monumental de la noche.

Pero que Savannah no me vea no hace que yo no lo haga desde mi perspectiva. Bendita palmera. A la que no he visto en toda la noche es a Chrishell, que con la excusa de «hacer contactos» ha hecho de todo menos servir cervezas. Tampoco esperaba otra cosa, la verdad.

Savannah, por su parte, sigue enganchada como un mono a un tío de dos por dos metros. Sé que es jugador de la NFL, tampoco hay que ser un genio para sumar tres y tres, pero no ubico demasiado su cara. Solo sigo a los Tennessee Titans y ese no es uno de ellos.

Me gusta creer que no estoy al tanto de su vida amorosa. De hecho, no sé nada de ella desde que cortó con el chico ese con el que se prometió justo antes de que yo empezase a salir con Chrishell.

Recuerdo que la noticia salió un martes, yo estaba en el bar (dónde si no) y mis amigos se pasaron toda la tarde actuando de un modo jodidamente extraño.

No le di importancia. Pensé que estaban haciendo el capullo, o que a Knox se le había ocurrido probar alguna gilipollez nueva que había visto en TikTok y había convencido al resto para seguirle el juego.

Lo que no se me ocurrió pensar es que la gilipollez la había decidido hacer otra persona que no estaba allí.

«¿Cuántas decisiones de mierda puede tomar una persona en la vida?».

Eso fue lo primero que me vino a la mente cuando ya no les quedó más remedio que soltarlo.

No recuerdo exactamente quién lo dijo. Solo recuerdo el vacío que se produjo justo después, cuando todo se vino abajo. Una cosa era salir con tipos de Hollywood y otra muy distinta comprometerte con ellos.

Esa misma noche, lo siguiente que hice fue marcar el número de Chrishell para pedirle una cita formal.

Si ella sabía hacer tonterías yo también.

Ahora, viéndolo con perspectiva, igual sí que estábamos participando en el juego de Knox y ninguno nos habíamos dado cuenta.

O igual no. Igual simplemente necesitábamos una excusa para hacer algo que, en el fondo, ya habíamos decidido.

Joder.

Me he permitido el lujo de divagar tanto que, cuando vuelvo al mundo real, tengo a Savannah a menos de un metro.

Y la distancia se reduce a cada segundo que pasa.

Ahora mismo noto su perfume por encima del alcohol y la lluvia. Aunque ya no lo reconozco… La tengo tan encima que no me da tiempo a apartar la mirada antes de que ella levante la suya. Pero no está sola. Mierda. Viene con su nuevo guardaespaldas de la NFL.

—¡Eh! ¿Eso es cerveza artesanal? Me flipa.

Tardo más de lo que debería en reaccionar porque no estoy mirándolo a él. Estoy mirándola a ella. Solo es un instante, pero el suficiente para ver que Savannah ya se ha percatado de mi presencia y aparta la cara.

—Eh… ¿colega? —insiste el tío, dando un golpecito con los nudillos en el borde del puesto.

—Claro, perdona —me obligo a sonreír—. Así es, cerveza artesanal de Dukeforth.

Al contrario que Savannah, yo no oculto los comienzos.

—De locos. Pues ponme una. ¿Quieres otra, cariño? —Le pasa el brazo por la espalda desnuda.

Ella niega con la cabeza, pero no lo mira a él, sino a mí.

Es una suerte que no me importe nada esta chica, porque, si no, hasta tendría miedo de agarrar el botellín con tanta fuerza que terminara estallando entre mis manos.

Lo abro y se lo tiendo con un gesto rápido, evitando cualquier roce innecesario.

—Ewan —se presenta él, estirando la mano por encima del carrito —. Encantado.

«¿Tengo que hacer que lo conozco? Porque sigo sin tener ni idea de quién es».

—Claro —asiento, como si fuera obvio—. Yo soy Dylan.

—Genial, tío. Buen sitio tienes aquí montado, ¿eh? —añade, echando un vistazo alrededor—. ¿Es tuya? Quiero decir… ¿la has hecho tú?

—Así es. Es una receta familiar. —No amplío más información porque no quiero que sea mi amigo.

No me interesa caerle bien.

Quiero que se acabe su cerveza y se vuelva con sus amigos gigantes, a ser posible lejos de mi carrito de palomitas.

—Está muy buena, de verdad —dice después de unos cuantos tragos seguidos—. Dale un trago, Savannah. Estoy seguro de que nunca has probado ninguna igual.

No hace falta mirarla directamente para saber que está incómoda. Se le nota en cómo se ajusta el escote del vestido, en cómo cambia el peso de un pie a otro…

—De eso puedes estar segura, Savannah —digo con una carcajada que me sorprende a mí mismo.

Ante mi comentario, coge el botellín de las manos de su novio y se lo lleva a la boca.

—¿Y bien? —pregunta él, girándose hacia ella, expectante.

—Probé una parecida hace tiempo… —dice al final del trago, cuando sus ojos se encuentran con los míos—. Pero esta la ha superado.

—Te lo he dicho. —Le toca la punta de la nariz y le quita el botellín —. Bueno, un placer, hermano. Ahora te mando a un par de colegas, que esto lo tiene que probar Regan.

«¿Se supone que también tengo que saber quién es Regan?».

—Aquí le espero —contesto, manteniendo la sonrisa el tiempo justo, lo suficiente como para que no parezca que estoy deseando que desaparezca.

—Cariño, yo voy a ir un momento al baño —se justifica Savannah con una sonrisa, señalando con un gesto la puerta que queda al otro lado de la palmera—. Ahora voy, ¿vale?

—Claro, yo vuelvo con estos —dice él, inclinándose un poco hacia ella antes de apartarse—. No tardes.

Nos quedamos en silencio en cuanto su figura se pierde entre la gente y, por un momento, pienso que Savannah va a seguir caminando en la dirección contraria. Hace el amago, de hecho. Da medio paso, gira ligeramente el cuerpo, como si fuera a irse…, pero no lo hace.

—Parece un buen tipo —digo al cabo de unos segundos que se estiran demasiado.

—Lo es —asiente, e incluso entreabre los labios dispuesta a añadir algo más. Pero se lo piensa mejor.

Bien. Yo tampoco tengo nada más que hablar con ella.

Mira a su alrededor, incómoda. Somos demasiados para una conversación que debería ser privada.

—¿Podemos hablar? —pregunta al fin.

—¿No estábamos haciéndolo ya? —ironizo.

—En serio. Te prometo que solo será un momento.

La observo más de lo necesario, igual que durante toda la maldita noche, y ahí me da tiempo a todo: a recordar cada una de las veces que imaginé este encuentro, cada frase que ensayé en secreto, cada versión de mí mismo que se suponía que sabría cómo reaccionar… Y, sin embargo, ahora no me apetece ser ninguna de ellas.

—No creo que sea buena idea —sentencio, desviando la mirada lo justo para señalar con la barbilla el puesto—. Tengo que quedarme con todo esto…

Hago un gesto vago hacia las cervezas, pero en realidad aprovecho para buscar a Chrishell entre la gente. Como aparezca aquí y vea a Savannah Morgan plantada delante de mí, la noche se nos va a la mierda a todos.

—Dylan, por favor…

Ese «por favor» me atraviesa. Siempre ha sabido usarlo.

Resoplo, me paso una mano por la nuca y cierro los ojos, odiándome por lo rápido que me vengo abajo con ella.

—Cinco minutos —acepto—. Ni uno más.

Su alivio es inmediato, casi imperceptible, pero lo veo. Cómo me jode saber leerla tan bien. Incluso ahora, que es una persona totalmente distinta.

—Gracias.

No respondo. Me limito a caminar hacia la cúpula, abriéndome paso entre la gente sin comprobar si me sigue. Pero lo hace.

Y mientras avanzo, con ella a mi espalda, con en el ritmo de sus pasos acompasándose al mío, tengo la incómoda sensación de que nada bueno puede salir de esta conversación.

Aun así, no me detengo.

Y eso, probablemente, es el primer error de la noche.



CAPÍTULO 15

Savannah

SWEAR WORDS - ASHLEY COOKE

—¿Qué quieres? —me espeta.

Nos detenemos justo al final de la cúpula, en un rincón apartado donde el ruido llega amortiguado. Solo ahí, sin cincuenta cuerpos pegajosos rozándome a cada paso, logro ordenar mis pensamientos. Y la verdad es que no tengo ni idea de lo que quiero, pero no podía dejar pasar la oportunidad.

Ahora que lo tengo delante, sin música ni gente interrumpiendo… me doy cuenta de que no tengo ningún plan. Por eso, en un arrebato de estupidez, me invade la absurda sensación de que, si no digo nada, si me quedo completamente quieta, nos pasaremos aquí toda la noche y el mundo se solucionará por arte de magia.

—No me gusta cómo acabamos antes de ayer —comienzo, obligándome a sostenerle la mirada.

Él ni siquiera tarda en responder:

—Ni a mí hace tres años. ¿Quién lo resolverá primero? —pregunta con voz de un presentador que está a una pregunta de dar un millón de dólares.

—¡Dylan! Deja de estar a la defensiva, por Dios.

El tono me traiciona, sonando mucho más hostil de lo que quería.

Él suelta una risa rota, que no tiene nada de divertida.

—¿A la defensiva? —repite—. Savannah, vienes aquí, me sueltas eso y esperas que… ¿qué? ¿Que te diga que sí, que todo arreglado? ¿Nos volvemos de la mano a Dukeforth?

Niego con la cabeza, notando cómo la frustración empieza a colarse a cuentagotas.

—¿Podemos hablar normal? —pregunto, bajando un poco el tono —. Sin atacarnos cada dos frases.

Dylan me sostiene la mirada, valorando si merece la pena el esfuerzo, y, cuando por fin habla, lo hace más despacio.

—Depende de la tontería que vayas a decir.

Aprieto los labios intentando comprender su ira.

—No te estoy pidiendo que volvamos a estar juntos…

—Claro se me olvidaba que ahora tienes a tu jugador de la NFL.

—¡Deja a Ewan fuera de esto! —salto antes de poder pensarlo demasiado—. ¿No lo ves? Solo quiero no vivir con la sensación constante de que me odias.

—¿De verdad crees que te odio? Porque no es así...

Y de pronto, algo dentro de mí comienza a latir. Como si alguien hubiera metido la mano en mi pecho y hubiera apretado un interruptor que llevaba demasiado tiempo apagado.

Durante una ridícula y peligrosa fracción de segundo creo que aún estamos a tiempo de arreglar algo, pero decide continuar:

—No te odio porque creo que realmente no eres consciente de lo que hiciste. —El efecto es inmediato. Es como si ese mismo corazón que acaba de volver a latir se quedara suspendido, atrapado en mitad de un limbo a la espera de sus palabras. Y, aun así, no aparto la mirada. No puedo. Me quedo ahí, esperando, sabiendo que va a rematarlo—. Eres una egoísta que solo piensa en sí misma y ahora solo quieres que te perdone para sentirte mejor contigo misma.

Y justo ahí lo entiendo. No es que me haya roto el corazón. Es que me lo ha devuelto solo para poder destrozarlo con más precisión.

Acaba de destruirlo de un modo mucho más violento y sangriento del que me creía capaz de soportar.

—No, no… —susurro, sintiendo cómo se me empiezan a formar lágrimas en los ojos—. No piensas eso de verdad. Solo quieres hacerme daño y… lo acepto. Me lo merezco.

La distancia que nos separa se convierte en una línea invisible que me ahoga y me arrastra hacia un nuevo error.

Doy un solo paso hacia él.

Necesito tocarle, rozarle, comprobar que lo que dice no es cierto, que lo que veo en sus ojos es rencor, no verdad. Quiero inclinarme

hacia él, buscar algo que nos salve, una conexión que nos haga olvidar lo que pasó…

Mi respiración se acelera y, sin pensarlo, me inclino un poco más hacia él, buscando sus labios, un contacto que borre el pasado.

Pero él no lo permite. En cuanto avanzo, retrocede. Su cuerpo entero se tensa y su mirada me atraviesa con una mezcla de rabia y decepción que me paraliza.

—No tienes ni idea —gruñe—. Ya estás haciendo que todo gire en torno a ti otra vez.

Mis labios se separan de los suyos antes de que pueda siquiera rozarlos.

—Admítelo. No sabes por qué te tengo que perdonar —continúa—. Te propongo un plan: contesta bien a la pregunta y tendrás mi perdón. ¿Por qué te tengo que perdonar, Savannah Morgan?

Solo tengo una oportunidad y me da miedo abrir la boca y cagarla, pero tengo que decir algo rápido si no quiero perderlo.

Mientras Dylan sigue ahí, esperando la respuesta perfecta que aún no sé si tengo, un murmullo crece de repente en la cúpula. Levanto la vista y me doy cuenta de que la gente ha empezado a entrar de golpe, obligada por la lluvia que cae a cántaros sobre la terraza.

Y ahora, lo que antes era nuestro pequeño refugio, queda inundado por cuerpos mojados que se empujan entre sí.

Tengo que dar un paso atrás para no tropezar, y siento cómo Dylan ajusta su postura a mi lado, extendiendo el brazo apenas un centímetro para protegerme. Es un gesto diminuto, casi imperceptible, pero no para mí.

La burbuja estalla cuando Ewan emerge de la nada, brillante y mojado, con su pelo rubio pegado a la frente y un refresco en la mano.

—¡Cariño, estás aquí! —exclama con esa energía exagerada que ya empiezo a reconocer.

Disimulo rápido, levantando la mano.

—Sí… He salido del baño y justo empezó a llover —respondo, intentando sonar casual. Ewan se acerca, sacudiéndose el pelo con una mano, hasta que su mirada choca con Dylan, que se ha distanciado de mí.

—¡Amigo mío! —lo saluda, totalmente ajeno a la tensión que hay entre nosotros—, ¿has conseguido rescatar las cervezas antes de entrar?

—No es lo más importante que me hubiese gustado recuperar esta noche…

Ewan lo mira, divertido, sin comprender ni una palabra de lo que ha querido decir con eso, aun así, sonríe y le palmea el hombro.

—Eh… Nosotros nos vamos a ir ya, tío —Ewan aprovecha el movimiento para atraparlo y pegarlo contra su enorme pecho a modo de despedida—, pero espero verte en la próxima fiesta. Hoy me he quedado con ganas de otra cerveza…, pero ya sabes cómo es esto. Hay que cuidar la marca. Uno siempre está de servicio, incluso en *offseason*.

Dylan le devuelve una sonrisa escueta y nos hace una pequeña reverencia de despedida.

Sigo a Ewan por el salón que, con lo grande que es, me va abriendo paso entre la gente.

Lo cierto es que es un buen tipo. «¿Podría llegar a enamorarme de él?».

Al mismo tiempo que me hago la pregunta, me giro por puro instinto. Dylan sigue donde lo hemos dejado, medio oculto entre la gente, pero lo suficiente visible como para que no me haga falta pensar demasiado la respuesta.

—Menuda noche, ¿no? —comenta Ewan a mi lado—. ¿Has visto cuando esa amiga tuya y Tyler han desaparecido?

—¿Qué amiga? —pregunto, ya dentro del ascensor, justo cuando las puertas empiezan a cerrarse—. ¿Nora?

Sé que es una pregunta absurda. Es la única amiga que ha venido hoy. Y, además, la he visto tontear sin ningún tipo de disimulo con todos los amigos de Ewan, tal y como me prometió que no haría y, por supuesto, tal y como yo sabía que iba a hacer.

Lucy, en cambio, que parece ser la única que ha venido aquí a trabajar de verdad, se ha quedado en la habitación del hotel cuadrando agendas y enviando *mails*.

«¿Debería volver a la azotea y coger uno de esos pastelitos de cereza que tanto le gustaron la otra noche?».

—¡Sí, esa! —Ewan chasquea los dedos, sacándome de mis pensamientos—. Se me había olvidado el nombre, disculpa. ¿No te pasa que por mucho que te lo repitan hay algunos que no se te quedan? No es tan difícil. Nora, Nora, Nora…

Empieza a repetírselo en voz baja, con la intención de grabárselo a fuego en la memoria.

Madre mía. Qué dolor de cabeza me está dando.

Miro el ascensor. Todavía quedan seis pisos.

Mientras él sigue repitiendo el nombre de mi amiga como si fuese un niño de cuatro años que acaba de aprender a pronunciar la letra «r», yo comienzo una cuenta atrás.

Cinco.

Cuatro.

Tres…

Parecemos una clase de parvulitos.

Cuando por fin el ascensor se detiene en nuestra planta, bajamos sin decir nada más. Además de compartir planta también estamos en habitaciones contiguas.

—Bueno…, gracias por la fiesta. —No sé muy bien por qué he dicho eso, él no me ha invitado a nada.

Ewan se queda en silencio, ordenando las palabras en su mente antes de soltarlas.

—¿Sabes? Cuando me dijeron… —hace un gesto vago con las manos, refiriéndose a lo nuestro—, me pareció un auténtico coñazo. Es decir, mírate, siempre tan perfecta…, pero eres una tía guay, Savannah Morgan.

No puedo evitar una media sonrisa, pero también recuerdo que fue Nora quien me dijo que él me había elegido. Alguien miente. ¿Por qué todo el mundo se empeña en ocultarme información de mi propia vida?

—Gracias, supongo.

—¿Quieres continuar la fiesta en mi habitación, entonces? —me reta con una sonrisa.

—Ni de coña —replico divertida, ya plantada delante de mi puerta —. No soy tan guay.

—Lo sé, lo sé, solo amigos. —Alza las manos, rindiéndose—. Había que intentarlo, ¿no? Aun así, cuando te apetezca… ya sabes dónde estoy.

—Seguro que tienes una agenda llena de teléfonos que te pueden ayudar con eso —me río por lo bajo—. Buenas noches, Ewan.

Y antes de que pueda añadir nada más, entro en mi habitación, dejándolo plantado en medio del pasillo.

De algún modo, no me he sentido ofendida por su ofrecimiento. Con lo poco que lo conozco, se le ve bastante legal. El típico tío que no se complica, que no tiene doble fondo, que no juega a decir una cosa y pensar otra. Él solo quiere pasárselo bien; nada que ver con el resto de la gente de la que me rodeo últimamente.

Me apoyo en la madera, dejando caer la cabeza hacia atrás.

Quizá nunca llegue a estar con él, pero sí lo podría empezar a considerar un amigo.



CAPÍTULO 16

Dylan

LEAVE ME ALONE - BRETT YOUNG

Chrishell, que lleva toda la noche desaparecida, entra en la habitación casi una hora más tarde. Lo hace con los zapatos en la mano y una sonrisa relajada.

En cuanto Savannah y Musculitos se han ido, he empezado a buscarla, pero con toda la locura que había en la cúpula me ha parecido una hazaña imposible para la que apenas me quedaban fuerzas. Así que he optado por ponerle un mensaje rápido diciéndole que iba a llevar la cerveza al hotel y que ya la esperaba allí.

Ahora, que me ha dado tiempo a darme una ducha y a descubrir que el bueno de Ewan juega en los Rams como línea ofensiva, me estoy tomando una segunda cerveza tirado en la cama mientras veo al señor del tiempo asegurar que lo peor de la tormenta ya ha pasado. Que mañana vuelve el sol. Ojalá pudiese creerle.

Chrishell cierra la puerta de un golpe con el pie y, en cuanto me ve, una sonrisa de victoria absoluta le ilumina el rostro. Está claro que la noche ha ido exactamente como ella esperaba.

—Tengo tantas cosas que contarte —exclama casi sin aire, dejándose caer a mi lado.

«Yo también», pienso. Pero a diferencia de ella, no lo voy a hacer.

—¿Pedimos algo de cenar al *room service* y te cuento? —añade.

Miro el reloj de la mesita de noche, porque creo que esta chica vive en una realidad paralela.

—¿*Room service*? Son las dos y media de la mañana, Chrishell.

—Pero tengo hambre —se queja—. No he cenado y sabes que si no me tomo algo antes de dormir luego siempre tengo pesadillas. ¿Un sándwich de pavo y un bol de frutas, aunque sea?

—Vale, llamaré a ver qué pueden hacer —cedo una vez más hoy. Me incorporo lo justo para alcanzar el menú que han dejado sobre el aparador, justo al lado de la carta de almohadas (porque todo el mundo sabe que elegir entre plumas o viscoelástica es una decisión vital a estas horas) y confirmo lo que suponía: el servicio es veinticuatro horas solo que incluye un suplemento del veinte por ciento a partir de medianoche.

Perfecto.

Ya puede estar bueno ese sándwich.

Marco el número mientras Chrishell se tumba boca abajo en la cama, balanceando los pies en el aire.

—Buenas noches. Servicio de habitaciones —responden al tercer tono.

Pido el sándwich de pavo, el bol de frutas y, ya que estoy, un bocadillo de beicon y queso. Cuando cuelgo, me dejo caer de nuevo sobre la cama, mirando al techo.

—Vale —dice ella, girándose hacia mí—. No sabes con quién he estado esta noche.

—Déjame adivinar —resoplo—. ¿Con medio evento menos conmigo?

—Si te integrases más… —Mete la mano debajo de mi camiseta y me acaricia el torso—. No, en serio. He estado hablando con un chico que es el sobrino de un tipo que tiene un conocido que hizo las prácticas en *real estate* y dice que nos puede presentar a Lucas Whittaker porque una vez le enseñó un apartamento en Calabasas a su tercera exmujer.

«Claro, parece una conexión muy sólida».

—¿Y ese tipo es…?

Chrishell se incorpora un poco y me da un pequeño codazo.

—¡Dylan! Whittaker es el magnate de una de las compañías de bebidas más grandes de todo Estados Unidos. Tiene más de siete refrescos y como dieciséis cervezas bajo su poder. Y ahora quiere meterse en cadenas de comida rápida.

—Guau. Impresionante.

—¡Sí que lo es! Lo que me sorprende es que no lo conozcas teniendo una marca de cerveza.

—A mí me sorprende más que lo sepas tú… Sin ánimo de ofender, eh —digo al final, rascándome la barbilla.

—Soy una chica de *marketing*, Dylan. He hecho mi trabajo antes de venir aquí —responde, tomándoselo como un halago—. ¿Te imaginas todo lo que podríamos conseguir si lo conocemos?, ¿si le vendemos la marca?

Frunzo el ceño.

—¿Venderle la qué?

—Ya sabes, la cerveza —dice, como si fuese obvio—. Se la vendemos y que se encargue él de todo. Nosotros, a cambio, nos llevamos un porcentaje o una cifra cerrada, ya veríamos. Habría que negociarlo bien porque todavía no tenemos mucho nombre, pero si nos pasamos todo este año de evento en evento… —hace cálculos con la mano que solo ella entiende— para principios del año que viene podemos ponerle una oferta sobre la mesa.

Ella está convencida. Ilusionada. Construyendo un castillo entero con todos mis botellines de cerveza.

El problema es que ninguno de esos botellines le pertenece.

—Sabes que yo no quiero vender la marca, ¿verdad?

—Eso no es verdad, Dylan…

Sí lo es.

Lo ha sido siempre, solo que hasta ahora era fácil ignorarlo y dejar que soñase en voz alta. Pero, claro, quién iba a imaginar que iba a conocer al sobrino de un tipo que tiene una red de *networking* más grande que LinkedIn.

Nuestras conversaciones sobre el tema son como esas amenazas que dices en voz alta pero que nunca vas a cumplir. Como cuando juro matar a la vieja que me roza la *pick-up* en el *parking* del bar cuando va al supermercado. Pero ahí está la señora, con sus ciento ochenta años y su Toyota mugriento. Vivita y coleando y rozándome la camioneta todos los martes a las siete.

—Nunca hemos hablado de venderla de verdad —digo, incorporándome un poco—. Tú hablas, yo te sigo el rollo. No es lo mismo.

—¿Me sigues el rollo? —repite, ofendida.

—Sí —resoplo con desgana—. Además, no tengo por qué darte explicaciones, Chrishell.

—No te estoy pidiendo explicaciones —dice, apoyando la mano sobre mi brazo.

Odio cuando intenta ser tan comprensiva para llevarme a su terreno. Al principio, su forma de suavizarlo todo, de bajarle el volumen a la conversación, era una de mis cosas favoritas de ella. Ahora me irrita y solo me pone más nervioso.

Quiero que me grite y me diga que quiere que venda mi cerveza al tío del Monopoly. Que suelte algo lo bastante feo como para poder devolvérselo. Eso me daría derecho a hacer lo mismo con ella.

—Ya lo sé —digo, apartando un poco el brazo—, pero siento que me estás presionando para hacer algo que no quiero hacer.

Ella asiente despacio.

—Lo siento, cariño —dice, y su tono es tan calmado que me irrita —. Puede que esto sea mucho para ti de golpe, no pasa nada. No tenemos por qué tomar una decisión ahora —continúa—, pero sí es una opción que debemos tener sobre la mesa… y estaría bien valorarla. Podemos intentar llegar hasta él y el resto ya se verá, ¿no?

—Puede que tengas razón… —murmuro.

«¿Por qué demonios estoy cediendo otra vez?».

—¡Por cierto! —Chrishell vuelve a apoyar la mano sobre mi brazo, justo en el mismo sitio del que la aparté hace unos segundos—. Te prometo que no es por seguir metiendo el dedo en la llaga, pero me parece importante.

Hago un gesto con la cabeza para que siga, porque sé que lo va a hacer de todas formas.

—He oído que vas diciendo por ahí que vendemos cerveza artesanal de Dukeforth.

Asiento. Porque es exactamente eso.

—Yo estoy diciendo que es de Nashville —continúa—. Tenemos que ponernos de acuerdo con la imagen de marca que vamos a dar. ¿No ves que, si decimos Nashville en lugar de Dukeforth, un sitio que no conoce nadie, tendremos muchas más oportunidades?

«Nadie». Tan solo me quedo con esa palabra dando vueltas.

—Tanto mi cerveza como yo somos de Dukeforth, Chrishell —respondo, girando la cabeza lo justo para mirarla—. Y eso, por mucho que últimamente os empeñéis en reescribirlo, no va a ocurrir.

—No estoy diciendo que lo cambies. Solo que lo adaptes al discurso.

—Es que la que no está siguiendo ningún discurso eres tú, cielo —remarco la última palabra lo justo para que suene de todo menos cariñosa—. No pienso fingir ser quien no soy. Mi cerveza es una receta familiar y eso es precisamente lo que la hace especial. Así que no, no quiero vender la marca a un tío que va a hacer que sepa como la del resto del país para comercializarla en masa.

Para mí, venderla no sería hacer negocio, sería cerrar una puerta a lo único que me conecta con mi pasado. Con quién soy.

Chrishell no sabe que la receta familiar tiene una historia mucho más grande detrás. Que no es solo una mezcla de ingredientes y fermentación, sino el único legado que siento que realmente me pertenece. Que si la vendiese, estaría fallando a mis padres.

Ella, siendo nieta de Nolan Fraser, el viejo que competía contra mi cerveza en la fiesta de la cosecha anual, debería saber lo que significa. Pero no lo hace.

Además, ya no se trata solo de eso. No se trata de contentar a alguien que ya no está, sino de mantenerme fiel a algo con lo que me comprometí años atrás, cuando el resto de lo que me rodeaba era bastante más inestable.

Seguir mejorando mi cerveza y el bar me da un motivo para querer seguir adelante todos los días.

—Ay, Dylan… —dice Chrishell, fingiendo ser más razonable que nunca—. Te entiendo, pero… —niega con la cabeza antes de continuar—. Bueno, vamos a hacer una cosa, ¿sí? Disfrutemos de las horas del *draft* que nos quedan y, cuando lleguemos a Dukeforth, nos hacemos las preguntas necesarias para ver cómo seguir este año con la marca. ¿De acuerdo?

La única pregunta que tiene cabida aquí es por qué lleva toda la noche hablando de mi cerveza como si fuera suya. Pero como buen pringado funcional que soy, asiento y vuelvo a ceder, porque ahora mismo me da absolutamente igual todo. Son las tres de la mañana,

tengo hambre, estoy cansado y lo único que me apetece es comerme mi bocadillo viendo un capítulo de *The Office* y quedarme dormido antes de que el despertador me recuerde, dentro de cinco horas, que debo salir ahí fuera a seguir tomando decisiones de mierda.

—¡Genial! Me encanta que estemos siempre tan alineados. —Creo que no hemos mantenido la misma conversación, pero lo dejo estar —. Me voy a dar una ducha rápida mientras llega la cena, que mira cómo tengo el pelo después de la lluvia, perezco un caniche abandonado. ¡Te quiero! —canturrea antes de meterse en la ducha.

—Yo también —miento.

Y eso, con total seguridad, es el tercer error de la noche.

El segundo ha sido no haber besado a Savannah.



CAPÍTULO 17

Savannah

PAINT THE TOWN BLUE - ELLA LANGLEY

Hay dos cosas con las que una famosa siempre debe tener cuidado. La primera es ponerse carillas en un dentista poco cualificado. La segunda, buscarse en internet.

La primera la llevo bastante bien. Mis dientes siguen en su sitio y, de momento, no brillan en la oscuridad ni son más grandes de lo que mis encías pueden soportar.

La segunda…, la segunda es mi deporte de riesgo favorito. Sobre todo, tras un día de actuación, en el que debería estar rehidratándome y dándome una buena sesión de fisioterapia. En lugar de eso, aquí estoy, en la cama, con el móvil a cinco centímetros de la cara, leyendo opiniones de desconocidos que probablemente las escriban desde el baño con las extremidades dormidas.

Y aunque todavía no entiendo qué demonios quiere el algoritmo de mí y desconecto en cuanto me hablan de métricas —pese a que Nora y Lucy me lo han explicado mil veces—, me encanta pasarme horas perdiendo el tiempo leyendo los comentarios hirientes de la gente. Es un recordatorio constante de que, en el fondo, no soy buena para la industria. O al menos, no lo suficiente.

Podría hacer caso al resto de mensajes positivos, que son cientos de miles más, pero esos no los capta mi retina. Empiezo a sospechar que tengo algún tipo de enfermedad degenerativa muy específica que me impide procesar halagos y, en cambio, potencia cualquier mínima crítica hasta convertirla en un documental de dos horas en mi cabeza.

También podría hacer algo sano, como reeducar el algoritmo. Darle *like* a vídeos de cachorros de *bulldogs* franceses o fotos de Pedro Pascal. Pero acabaría enganchándome demasiado a internet… y eso tampoco sería bueno.

Así que, en lugar de mejorar como persona, decido hacer lo que cualquier adulta emocionalmente estable haría en mi situación: seguir *scrolleando* y hundirme más en la mierda.

A nadie le gustó mi baile de ayer, o al menos no a los antagonistas de mi documental de dos horas.

@Cynic_Queen99: Canta mal… pero baila peor.

@Dax_Survivor: Creía que Coyote Dax era lo peor que le había pasado al *country*… hasta hoy.

@NotAnotherClon: ¿Por qué tiene que empezar a bailar igual que todas? Para una que se salvaba…

@Drama_King_7x: ¿Le está dando un ataque epiléptico en directo? Que alguien llame al 112.

@ProfesionalMonkey: Savannah Morgan tenía un talento oculto… que lo siga ocultando.

Hay uno que es tan ingenioso que se me escapa una carcajada. Es una risa horrible atragantada con un sollozo. Me absorbo los mocos y lanzo el móvil sobre la cama.

Fue una actuación horrible. Directa al pódium de mis peores momentos profesionales.

Sasha me dijo que, «para lo que yo soy», no estuvo nada mal… Cada vez tengo más claro que esa mujer y yo no estamos destinadas a llevarnos bien.

Nora y Lucy, en cambio, me alabaron. Las quiero. De verdad que sí, pero últimamente empiezo a sospechar que me apoyarían aunque les confesara que, no sé, he raptado a un niño y estoy cruzando la frontera hacia México.

A veces siento que nadie me dice la verdad, que todo el mundo prefiere mantenerme contenta, estable, funcional… Así la rueda del dinero sigue girando.

Cuando acabó la actuación, me acerqué hasta donde estaban mis bailarines y, tras agradecerles su participación, le pregunté a

Michelle. Lo susurré tan bajito que tuve que repetírselo dos veces. No quería que nadie más lo oyera. No quería que mi inseguridad se hiciera eco en un sitio lleno de gente. Ella se limitó a sonreír y a darme un abrazo. Algo que, dependiendo del momento del día en el que lo recuerde, significa cosas completamente distintas. Y ahora mismo no tengo la mejor de las opiniones. Algo así como: «ha sido horrible, pero no voy a ser yo quien te lo diga a la cara».

Suspiro.

Vale. Ya está. Suficiente autocompasión por hoy.

Me incorporo de golpe, antes de que mi cerebro tenga tiempo de convencerme de que lo mejor que puedo hacer es quedarme aquí, en horizontal, sin enfrentar el día. Me arrastro hasta la maleta y me pongo lo primero que encuentro. Mi estilista probablemente se llevaría las manos a la cabeza, pero la verdad es que ya no me apetece ser Savannah Morgan.

Me recojo el pelo en un moño rápido frente al espejo y observo mi reflejo.

—Hoy, solo Savannah.

Cojo el móvil, la tarjeta de la habitación y salgo antes de que pueda arrepentirme y volver a esconderme bajo las sábanas.

Solo necesito aire.

Un paseo.

Cinco minutos sin pensar en nada.

El pasillo del hotel está en silencio y al fondo distingo el carrito de la limpieza, pero no hay ni rastro de huéspedes. Tiene sentido. Todo el mundo estará en el *draft*. Hoy, como es el último día, ha empezado mucho antes y terminará entrada la media tarde.

Camino hacia el ascensor con las manos metidas en los bolsillos de la sudadera. Dentro, me subo la capucha en un intento estúpido por esconderme. En cuanto veo mi reflejo con las gafas de sol y la capucha, la bajo enseguida. Siempre me ha parecido ridículo cuando los famosos intentan ir de incógnito. ¿No se dan cuenta de que así solo consiguen llamar más la atención?

A diferencia del hotel, la calle es un hervidero. Ríos y ríos de gente avanzan en la misma dirección, arrastrados hacia la entrada principal del *draft*. Hoy no hay ninguna actuación relevante salvo el sorteo del

día final, donde la marca de coches patrocinadora regalará tres todoterrenos. Más que suficiente para que nadie quiera perderse el cierre; un incentivo que, desde luego, motiva mucho más que verme bailar como un *husky* con pulgas encima de un escenario.

Por razones obvias, mi dirección es la contraria a la de todos ellos. Me abro paso entre codazos y conversaciones ajenas. Por suerte, nadie se fija demasiado, solo soy otra figura desplazándose contra corriente.

Cuando por fin dejo atrás el bullicio, el aire cambia.

El camino hacia el río Cumberland se abre más tranquilo, ajeno a todo lo que ocurre al otro lado de la ciudad. En mis anteriores visitas a Nashville nunca había venido hasta aquí, y la última vez que estuve en este mismo río fue en Kentucky, en las cataratas. En mi otra vida…

Mi mente vaga hacia años atrás.

Lo recuerdo tan bien.

Recuerdo a una Savannah libre, feliz, eufórica por ser capaz de sortear las olas junto a Dylan. Recuerdo que después de aquello terminamos en un recoveco del río donde toda esa corriente y adrenalina que habíamos vivido se disipó y la calma nos inundó durante un tiempo hasta que, no recuerdo muy bien cómo, terminamos discutiendo, como siempre.

Ese siempre fue mi gran problema con Dylan Parker. Parecía que hablábamos idiomas distintos y, pese a que queríamos llegar a decir lo mismo, dábamos vueltas y vueltas hasta que nuestras palabras se malinterpretaban y uno de los dos acababa enfadado.

Supongo que no nos dimos el tiempo suficiente como para entendernos, para comunicarnos…

No estoy diciendo que esa fuese la razón por la que hui, porque, de hecho, ni siquiera considero que lo hiciera como tal, simplemente me equivoqué de salida. Me vi abrumada por todas las decisiones importantes que parecían estar ocurriendo en mi vida al mismo tiempo y tomé la vía fácil, la de desligarme de todos y subirme a un avión que me prometía todo eso que ansiaba desde hacía tanto tiempo.

Jamás estuvo en mis planes que las cosas terminasen así con Dylan, pero no tuve la entereza suficiente como para afrontar una conversación que no sabía a dónde me iba a llevar. ¿De verdad estaba dispuesta a dejar todo lo que había soñado por algo que no sabía a dónde me iba a llevar? Intenté ponerme en contacto con él día tras día durante más de cinco meses hasta que una noche, Brooke, a la que me costó recuperar, me dijo que así solo le estaba haciendo más daño. Que volviese o lo dejase ir.

Y por aquel entonces, volver no era la mejor opción…

Igual sí que soy la egoísta que Dylan cree.

Intento salir de la burbuja en la que el maldito río me ha metido, pero me es imposible. Mi cabeza sigue anclada en lo mismo, girando en círculos, como una canción que se ha quedado atascada en la peor parte posible.

Conforme avanzo, el sonido del agua empieza a colarse entre esos pensamientos. Y, casi sin darme cuenta, dejo de reconstruir momentos. Dejo de imaginar finales alternativos. Dejo de intentar justificar decisiones que, por mucho que quiera cambiarlas, ya están tomadas. Y, al fin, consigo que mi mente se quede en blanco.

Sé que no es una paz absoluta, no soy tan ingenua, pero es suficiente como para dejar descansar mi cabeza un rato. Como para recordarme que, antes de todo esto, yo ya era alguien. Y que quizá me equivoqué escogiendo un camino.

Cuando me doy la vuelta para volver, el sol ya está en lo alto. Pica tanto que no me queda más remedio que quitarme la sudadera y atármela a la cintura.

Vaya, debería haberme traído una gorra para mejorar mi *outfit* de incógnito.

A medida que me acerco de nuevo al centro, el bullicio vuelve a crecer hasta tragarse cualquier rastro de calma que había conseguido arañar. Las calles principales están tan abarrotadas y el asfalto irradia tanto calor que no se me ocurre nada mejor para huir de todo que desviarme por una de las transversales y acabar metiéndome en un callejón.

Según Google Maps, esto es seguro. Lo cual, siendo sincera, no es precisamente el argumento más tranquilizador del mundo.

Aquí por fin el ruido se queda atrás, amortiguado, permitiéndome respirar sin sentir que me asfixio. Me tomo un respiro para reducir el paso y evaluar mis opciones. Me apoyo sobre la pared de ladrillo que, pese a estar ya en la sombra, todavía sigue algo caliente por el sol, e inspiro un par de veces con los ojos cerrados para liberar la tensión.

Cuando abro los ojos, desbloqueo el teléfono, abro el mapa y amplío la zona con los dedos, buscando la ruta más corta hasta el hotel. Técnicamente, desde aquí tendría que callejear un poco más, pero prefiero perderme un poco a volver ahí fuera donde el camino más corto se verá alargado hasta la saciedad.

Bloqueo el móvil y, al reincorporarme, lo oigo. Un ruido, un pequeño desplazamiento de aire. Algo que, definitivamente, no ha venido de mí.

Me detengo tratando de ubicar su procedencia. Miro a ambos lados, pero no veo nada fuera de lo normal. Sigo tan sola como antes.

Aprieto los labios, incómoda conmigo misma por haber sido tan descuidada, y retomo el paso intentando restarle importancia. No suelo ser asustadiza, pero tampoco soy tonta, y sé que esta no ha sido mi idea más brillante… sobre todo si tenemos en cuenta el pequeño incidente con aquel *paparazzi*. Así que, en alerta, aumento algo el ritmo, pero sin llegar a correr, y cruzo hasta el siguiente callejón.

Aquí, mis zapatillas resuenan un poco más de la cuenta y el eco rebota entre las estrechas paredes. A pocos metros, distingo la salida trasera de un local, probablemente un bar o un restaurante, y a dos personas apoyadas cerca de la puerta, fumando y hablando entre ellas. El humo se eleva lento en el aire caliente y, extrañamente, la escena me transmite algo más de confianza.

Estoy a punto de alcanzar la esquina, a solo un par de pasos de salir de este maldito callejón y reincorporarme a la civilización, cuando lo veo.

Camina hacia mí desde el otro extremo, mucho más relajado que anoche, pero con la misma mueca de cansancio acumulado.

Con el pasado que tenemos, me sorprende que el presente siga encontrando formas tan cuestionables de cruzarnos.

Me clavo en el sitio con la sensación de que igual debería haberme quedado en la cama viendo vídeos de perros.

Evalúo mis opciones con la rapidez mental de alguien que no sabe tomar buenas decisiones bajo presión, y, como estoy bastante segura de que todavía no me ha visto, considero fugazmente darme la vuelta, pero mi mente encuentra mucho más lógico esconderse detrás de uno de los contenedores de basura del local y esperar a que pase.

No quiero que piense que soy una acosadora. Lo cual, irónicamente, es justo lo que pareceré si me encuentra agazapada entre bolsas de basura.

Me deslizo detrás del contenedor intentando no hacer ruido, conteniendo la respiración, pero el aire aquí es denso, caliente y algo húmedo. Entre el humo del tabaco que llega desde la salida trasera y el olor a pis y basura acumulada, mi nariz empieza a quejarse. Parpadeo varias veces, intento concentrarme, pensar en otra cosa, en cualquiera que me permita reprimir el estornudo el máximo tiempo posible, pero eso solo empeora la situación, porque lo único que consigo es que, cuando salga, lo haga con mucha más fuerza de la esperada.

—¿Savannah? —pregunta Dylan que, para sorpresa de nadie, se ha girado ante tal estruendo y me ha encontrado agazapada entre el contenedor y la pared.

—Vale. —Cierro los ojos preparada para asumir mi derrota—. Antes de que digas nada, puedo explicarlo.

Él me observa en silencio. Lleva la vista al contenedor y luego vuelve a mí. Juro que puedo ver el momento exacto en el que da por hecho que estoy loca.

—¿Me estás siguiendo?

—¿Qué? ¿Yo? —Me señalo el pecho a la defensiva—. ¿Cómo iba a saber que estabas aquí?

—¿Entonces qué haces escondida ahí?

Esa es una gran pregunta que requiere una gran respuesta.

—Me seguía un *paparazzi* —afirmo tajante. Desde que soy famosa esa excusa siempre funciona.

—No te seguía ningún *paparazzi*. —«¿Qué?, ¿por qué con él no funciona?»—. Sé cuándo me mientes —añade, sin cambiar el tono—, y lo acabas de hacer.

Y ahí está. Dylan Parker, arruinando mis mecanismos de defensa.

—Vale —exhalo, dejando caer los hombros—. Igual tienes razón. He salido a despejarme —termino admitiendo en un tono más bajo —. Y te he visto. Y… bueno.

Hago un gesto vago hacia el contenedor, como si eso lo explicase todo. Que, en mi cabeza, lo hace.

—Era eso o enfrentarme a ti —continúo, encogiéndome de hombros—. Y supongo que he tomado una decisión equivocada. Otra vez… —Dejo eso último en el aire, por si quiere captarlo.

Mi comentario le arranca una leve sonrisa que no puede controlar, y odio lo fácil que es que eso me descoloque por dentro.

—Desde luego no ha sido tu movimiento más inteligente. ¿Sabes una cosa? Creo que no quiero seguir enfadado contigo.

Mi pecho da un pequeño vuelco.

—Si llego a saber que lo que necesitaba para que me perdonases era esconderme tras un contenedor, lo hubiese hecho muchísimo antes. ¿Quieres que me meta? —Hago un intento ridículo de levantar una pierna—. Porque creo que también puedo hacerlo.

—¡Savannah! —Me sujeta del brazo antes de que me caiga de espaldas—. Estoy hablando en serio.

«Lo peor es que yo también».

Noto que no está tan a la defensiva como ayer, que ha bajado un poco la guardia.

—¿En serio? —pregunto, intentando mantener la compostura.

—Sí —asiente—. No quiero decir que vayamos a ser los de antes porque ha pasado mucho tiempo y ninguno de los dos lo somos. Incluso puede que nuestras nuevas personalidades ni siquiera se puedan llevar bien. —Sonríe—. No te estoy hablando de ser amigos, pero sí intentar tener un trato cordial entre nosotros. Los dos hemos pasado página y es absurdo guardar un rencor que ya no nos

pertenece… porque, al fin y al cabo, nuestra historia pertenece al pasado, ¿no?

Si una buena noticia duele, es que no es tan buena como creías. Y esta es una de esas.

—¿A dónde ibas? —Con un movimiento rápido aparto el brazo que todavía seguía bajo su mano. Aprovecho el gesto para reconducir la conversación antes de que se dé cuenta de lo mucho que me han afectado sus últimas palabras.

—Al hotel —responde, metiéndose las manos en los bolsillos y alzando la punta de los pies—. Anoche dejé allí las cervezas que sobraron del evento y esta mañana no las he llevado porque creía que no las iba a necesitar. Sorpresa. Se han agotado.

Hay algo en su tono que no refleja lo mismo que sus palabras.

—Me alegro muchísimo de ver que te va tan bien con tu cerveza, de verdad.

—No tan bien como a ti. —Me da un codazo suave que me pilla desprevenida.

Y esto es raro. Nosotros. Este intento torpe de normalidad después de todo.

Se le nota a la legua que está haciendo un esfuerzo enorme por cambiar su actitud conmigo.

—¿Puedo acompañarte?

—Claro. —Se encoje de hombros y empieza a andar, saliendo por fin del callejón.

Y lo hacemos en absoluto silencio. No es incómodo, pero tampoco llega a resultarme natural. Siento la tensión. Por lo menos en mí.

—Pero, Dylan… —empiezo a hablar antes de que pase más tiempo —. Yo no quiero dejarte en el pasado.

No podía permitirme tragarme esas palabras.

Él no se detiene, pero noto cómo algo en su postura cambia.

—Por eso mismo. Cuando sea viejo y mire atrás quiero recordar lo que tuvimos como algo especial, y no podré hacerlo si te sigo guardando todo este rencor. Por eso quiero dejarlo de lado. ¿Me sigues?

Le sigo. Claro que le sigo. Sería incapaz de no hacerlo, aunque me pidiera que caminara en dirección contraria a todo lo que quiero.

Pero no es ahí a donde yo quería llegar.

Quiero recuperarlo, y está claro que no de este modo. Aun así, si es lo único que por ahora me permite, lo aceptaré. Si eso es lo que necesita, eso seré: la amiga que tiene sentimientos por él. Pero no me voy a rendir tan fácilmente. Ni de lejos.

Atravesamos el vestíbulo de su hotel. Creía que se iba a despedir de mí en la entrada, pero no lo ha hecho. Así que lo sigo hasta dentro del ascensor. Lo voy a hacer hasta que me eche.

—Anoche —empieza, con la vista fija en los números que cambian en la pantalla digital—, mientras intentaba dormir, no podía dejar de pensar en ti. Y llegué a la conclusión de que estaba enfadado por mis propias expectativas. Me gustabas mucho, Savannah. No sé si eres consciente de cuánto. —No me mira cuando lo dice. Lo cual, honestamente, lo hace peor—. Y cuando te fuiste echaste por tierra todo lo que yo ya había construido en mi cabeza.

Las puertas del ascensor se abren en su planta y salimos al pasillo.

—Sé que ayer me pasé de la raya. No debí de haberte dicho todo eso —continúa, girando apenas la cabeza hacia mí—. Supongo que tenía unas expectativas para nosotros y tú no tenías las mismas, pero no por eso tengo que enfadarme contigo.

Trago saliva, apoyándome ligeramente contra la pared, justo al lado de su puerta.

Ahora, aunque «me haya perdonado», sus palabras me suenan a despedida. Quiere sanar para olvidarme, para pasar página…, algo a lo que no estoy dispuesta.

Se ha dado por vencido conmigo.

Él sigue con la tarjeta en la mano. Yo, bloqueándole el paso sin tocarle siquiera.

Doy un pequeño paso al frente, lo justo para obligarle a prestarme atención antes de que abra la puerta.

—Pero tengo una duda —digo, alzando la vista hacia él. Sus ojos encuentran los míos al fin—. ¿En qué momento decidiste que lo mejor era conformarte con tener solo un buen recuerdo?

He dicho que no me iba a rendir, no que fuese a hacer algo imprudente. Pero, aun así, lo intento de nuevo.

Con un gesto rápido y decidido para que no le dé tiempo a hacerle caso a su cordura, rompo la distancia que nos separa, le sujeto suavemente de la camiseta y junto mis labios con los suyos.



CAPÍTULO 18

Dylan

Kryptonite - 3 Doors Down

Sabía que iba a pasar. Lo supe en cuanto me acerqué lo suficiente y su recuerdo dejó de ser una idea abstracta para transformarse en una realidad a escasos metros de mí. Estaba claro que si rompía la distancia que me mantenía a flote, iba a naufragar.

Y aquí estoy, ahogado y envuelto en su aroma.

Pero ya no huele a fresa ácida, ya no es aquella chica inocente. Ahora hay algo más atrevido, como un rastro de ámbar y especias; y aun así, sigue siendo ella: Savannah. Sigue siendo la única persona capaz de desarmarme con un roce.

Intenté poner límites. Lo juro. Me repetí mil veces que no, que ni de coña iba a volver a caer en esto, que ya había aprendido la lección.

Todas las barreras que levanté durante años se han venido abajo en un soplo en cuanto su mano ha rozado mi camiseta.

Mierda. Mierda. Mierda.

Sé perfectamente cómo va a acabar esto. Lo veo venir como un accidente a cámara lenta y, aun así, no hago nada por apartarme.

Porque no quiero.

Porque, por mucho que me joda admitirlo, llevo demasiado tiempo queriendo exactamente esto.

Y si va a ser una cagada histórica… al menos va a ser la mejor de todas.

No sé quién da el primer paso.

O quizá sí lo sé, pero prefiero no pensarlo demasiado porque tendría que asumir que podría haberlo evitado.

Que podría haberme apartado.

Que podría haber sido más fuerte.

Su mano sigue agarrada a mi camiseta, como si necesitara asegurarse de que no me voy a ir ninguna parte.

Intento decir algo, cualquier cosa que suene mínimamente coherente. Lo que sea con tal de frenarnos antes de que esto se nos vaya de las manos, si es que no se nos ha ido ya...

—Savannah… —empiezo.

Decir su nombre así, tan cerca, con su respiración mezclándose con la mía, solo empeora las cosas. Porque basta ese susurro para que ella alce la mirada y me observe.

Y, joder.

Esto ya no es solo deseo. Ojalá lo fuera, porque haría las cosas mucho más sencillas.

Mi mano asciende por su cuello hasta rozar la línea de su mandíbula, despacio, midiendo la resistencia de su cuerpo ante mi contacto.

—Esto es una idea horrible—murmuro, más para mí que para ella.

Pero no me aparto, al contrario. La empujo más contra mi cuerpo y aprovecho el movimiento para pasar la tarjeta por el detector y entrar en la habitación.

Y cuando al fin nuestros labios se encuentran de verdad, todo lo demás deja de importar durante un segundo. Uno solo. El suficiente para entender que, por mucho que intente engañarme, nunca dejé de querer esto.

El clic de la puerta al cerrarse a nuestra espalda suena demasiado alto, marcando el punto de no retorno que llevo años intentando evitar… Bloqueo la puerta, no solo para evitar que no escape otra vez, sino para que no entre Chrishell.

Su espalda choca con la pared nada más cruzar el umbral y el beso deja de ser contenido en cuestión de segundos. Se vuelve más profundo, más urgente, e intenta recuperar de golpe todo el tiempo perdido.

No es que no quiera parar, es que no puedo.

La sostengo con más firmeza de la que probablemente debería mientras la guío hacia dentro. Apenas podemos coordinar los pasos,

pero no me importa porque soy capaz de moverme a ciegas sin dar tregua a su boca.

Hay demasiadas cosas en esta habitación que no debería ver, demasiadas explicaciones que no estoy preparado para dar, pero ahora mismo mi prioridad es otra, mucho más inmediata y peligrosa.

No quiero que vea las maletas rosas que hay esparcidas por la habitación. Savannah no sabe nada de la existencia de mi novia y así quiero que siga siendo. Sé que no estoy actuando bien y esto no es propio de mí, pero desde luego que no es mi cerebro principal quien está al mando de mis decisiones.

La dirijo hasta la cama y la dejo caer con cuidado, aunque el gesto contradice por completo la intensidad con la que vuelvo a inclinarme sobre ella, atrapándola entre mi cuerpo y el colchón. Apenas hay espacio entre nosotros, apenas aire, y aun así siento que no es suficiente, que necesito más.

Le quito la sudadera que lleva anudada a la cintura y después dejo que mis manos bajen despacio por sus costados, memorizando de nuevo cada curva, cada reacción. Llevo años imaginando exactamente dónde tocar para hacerla perder el control.

Ella arquea ligeramente la espalda cuando mi boca empieza a trazar una línea de besos hacia su clavícula, y ese pequeño gesto…, joder, ese pequeño gesto me destroza.

—Dylan… —Mi nombre le sale en un suspiro que no sé si me está pidiendo que pare o todo lo contrario. Decido no analizarlo demasiado porque sé perfectamente la respuesta que quiero creer.

Busco sus ojos a la desesperada para encontrarme con la misma mezcla de duda y necesidad que me está consumiendo por dentro. Y eso es todo lo que necesito para terminar de decidir que es una locura horrible, pero que voy a cometer igual.

Mis manos siguen explorando, aprendiendo de nuevo todo lo que nunca olvidé. Mis dedos se cuelan bajo el borde de su camiseta, y cada pequeño sonido que se le escapa, cada reacción, es gasolina directa a un fuego que lleva años deseoso de prender.

Y en algún punto entre sus gemidos ahogados, dejo de intentar convencerme de que voy a parar, porque la forma en la que se aferra a mi cuerpo, en la que responde a cada movimiento, hace que

todo lo demás —las dudas, la culpa, el desastre que sé que viene después— quede relegado a un segundo plano.

Y ahora mismo, eso es lo único que me importa.

Savannah no se queda atrás. Sus manos bajan por mi espalda con urgencia, buscando el final de mi camiseta. Tira de la tela sin demasiada paciencia y yo acabo ayudándola, rompiendo el contacto lo justo para quitarme la prenda antes de volver a estampar mi boca con la suya. Soy incapaz de mantener la distancia más de tres segundos seguidos.

—Cómo te he echado de menos… —murmura sobre mis labios.

—No lo creo—respondo, en mitad de un beso—. Pero eso no importa ahora.

Ella gruñe contra mi cuerpo, distrayéndome el tiempo necesario para invertir la situación con facilidad. Con un giro rápido, me empuja con la fuerza justa para hacerme caer de espaldas sobre el colchón y atraparme bajo su cuerpo.

Sus labios no tardan en volver a los míos, pero ahora es ella quien marca el ritmo, la que decide cuándo acelerar y cuándo dejarme en vilo para hacerme perder la cabeza. Sus manos recorren mi pecho con una curiosidad que nada tiene de inocente… Y yo me quedo sin aire, incapaz de procesar el tacto de sus dedos sobre mi piel.

—No juegues a eso —le advierto en voz baja, aunque mis manos ya han encontrado su cintura de nuevo, negándose a soltarla.

—¿A qué? —responde, inclinándose en el ángulo exacto para rozar mi boca sin besarme del todo, provocando.

Y ese maldito gesto…

La giro con firmeza, atrapando su cuerpo bajo el mío en un movimiento tan rápido que nos deja a ambos sin aliento. Esta vez no tengo la menor intención de soltar el control, dispuesto a demostrarle quién va a llevar las riendas a partir de ahora.

—A esto —murmuro, antes de besarla de nuevo de un modo mucho más lento y profundo.

El tiempo corre en mi contra; se supone que yo solo venía a por las cervezas, y lo último que necesito es que Chrishell empiece a sospechar. Agito la cabeza para despejar mi mente y me concentro en lo verdaderamente importante: Savannah.

Mis labios abandonan los suyos solo para descender hacia la curva de su cuello, deteniéndome lo imprescindible en cada punto para notar cómo su respiración cambia, cómo su piel se eriza ante el contacto, cómo su cuerpo reacciona antes incluso de que ella sea consciente de mi caricia.

Sus manos vuelven a perderse en mi pelo, tirando suavemente, guiándome sin necesidad de palabras. Y su intento por controlarme solo aviva mis ganas de romper las reglas e ir un poco más allá.

El resto de nuestras prendas empieza a desaparecer entre movimientos torpes y respiraciones desacompasadas. Y cuando por fin no queda ninguna barrera entre nosotros, el tiempo se dilata lo suficiente como para dejarme ver mi propio reflejo en su mirada. Los dos estamos pensando exactamente lo mismo: nos importan una mierda las consecuencias.

Y aunque sea un espejismo temporal, me dejo llevar por esta maldita necesidad que he estado reprimiendo durante tanto tiempo, porque lo único real ahora mismo es Savannah y el fuego en el que nos estamos consumiendo.



CAPÍTULO 19

Savannah

Friends - Emma løv, Loote & Jordy

Me despierta el sonido de algo vibrando en la habitación.

Tardo unos segundos en ubicarme, en recordar dónde estoy, en comprender por qué las sábanas no huelen a mí, sino a él —y también a algo más femenino, como orquídeas, que intuyo que es el suavizante de este hotel—, y en entender por qué tengo el cuerpo pesado y a la vez tan… satisfecho.

Parpadeo un par de veces, todavía medio dormida, y alargo la mano hacia la mesita de noche, pero ahí no hay nada. El zumbido sigue, así que ruedo un poco sobre mí misma y estiro el brazo hasta el suelo. Tanteo a ciegas la moqueta hasta que doy con mi móvil, boca abajo, justo cuando deja de vibrar.

Cuando lo desbloqueo, la luz me golpea directa en la cara. La una de la tarde y tres llamadas perdidas de Brooke. Antes de ayer fui yo la que la llamó, pero me saltó el contestador.

Levanto la vista hacia el otro lado de la cama. La habitación está en penumbra, con las cortinas medio corridas, y Dylan sigue dormido, boca abajo, con un brazo perdido entre las sábanas y el pelo revuelto. Me quedo mirándolo embobada y respiro más despacio sin darme cuenta, temerosa de que cualquier movimiento brusco pueda romper algo que todavía no termino de creerme del todo.

El móvil vuelve a vibrar entre mis manos y doy un pequeño respingo. Como no coja la llamada, Brooke es capaz de presentarse aquí con un megáfono, pero tampoco quiero despertarlo. No ahora. No cuando todo está… en pausa. Así que rechazo la llamada y le escribo un mensaje torpe, todavía con los dedos medio dormidos:

Dame un momento. Ahora te llamo.

Me incorporo con cuidado, apartando las sábanas lo justo para no hacer ruido, y empiezo a buscar mi ropa entre el desastre que hemos dejado. Mis bragas aparecen, y los *leggings* y la sudadera no tardan en seguirlas. Me visto con cuidado y cojo el pomo de la puerta para salir solo un momento. Antes de hacerlo, miro una última vez a Dylan.

Sigo sin entender cómo hemos llegado hasta aquí, pero sí tengo algo claro: no puedo cometer la misma estupidez. No puedo desaparecer otra vez sin más. No quiero que abra los ojos y piense que me he esfumado y todo esto ha sido otro error del que me arrepiento. Cojo un papel y un boli, ambos con el logo del hotel, y le escribo una nota rápida:

No creas que me he ido a ningún lado. Tengo que contestar a una llamada, pero no quería despertarte. Ahora vuelvo. No te muevas de la cama si no es conmigo. S.

La dejo sobre el colchón, justo al lado de la almohada, para que sea lo primero que vea al abrir los ojos. Antes de irme, lo miro una última vez, grabándome la imagen en la memoria por si se arrepiente y todo esto se viene abajo.

Salgo al pasillo cerrando la puerta con cuidado. Una vez fuera, suelto el aire que estaba conteniendo, pulso el botón de rellamada y me llevo el teléfono a la oreja.

—Brooke —susurro cuando descuelga.

—¿Cómo que «Brooke»? —imita mi tono al decir su nombre—. Esperaba un «hola» algo más efusivo después de haber estado casi un mes sin dar señales, la verdad.

Cuando me fui de Dukeforth, Brooke —como todos— se enfadó muchísimo conmigo, pero también me dejó volver. Durante semanas la llamé a todas horas, como hacía con Dylan, solo que con ella fui un paso más allá y empecé a mandarle mensajes contándole mi día, aunque no obtuviera respuesta. No pensaba rendirme. Conozco a Brooke. Sé lo que la mueve. Y si algo le gusta más que enfadarse, es un buen chisme.

Por eso no me sorprendió —bueno, quizá un poco sí— que la primera vez que me contestó fuese seis semanas después de mi huida (aunque siga sin gustarme llamarlo así), justo cuando le conté

lo de la entrevista. Vomitarle al presentador en los pies cinco minutos antes de mi primera aparición en la televisión nacional, frente a una audiencia de millones de personas, fue un auténtico desastre. Se las dejé tan empapadas que tuvo que cambiarse corriendo. Acabó saliendo en antena con unas zapatillas de estar por casa con forma de pato; un regalo que su hija le había entregado por el Día del Padre y que él se había llevado al estudio como excusa para no tener que usarlas en casa. En cámara no se veían, pero el público hizo su magia y filtró las imágenes. Desde esa noche, estoy vetada en ese *late night*.

—Te llamé el otro día, pero fuiste tú la que no me lo cogió —me excuso, jugando distraída con el borde de la manga de la sudadera.

—Perdona, estos días están siendo una locura por aquí. El jefe se ha ido a un evento con… —hace una pausa— su marca de cerveza.

No dice su nombre porque yo se lo pedí. Necesitaba fingir que Dylan Parker no existía si quería mantenerme cuerda. Aunque me moría por saberlo todo, no era lo mejor para mi salud mental de aquellos meses.

Tenía que centrarme en sacar el mejor disco posible, y tener la cabeza todavía en Dukeforth solo me estaba retrasando.

—Lo sé, por eso te llamé. Está aquí conmigo.

Hay un silencio.

—Un momento, —habla por fin—, ¿qué quieres decir con «está aquí conmigo»?

—Brooke, ¿cuál de las tres palabras no entiendes? —susurro con fuerza, girándome por si alguien aparece por el pasillo.

—¿Estás con Dylan? Perdón, con…

—Puedes decir su nombre —la corto, más rápido de lo que pretendía—. Sí. Por eso te llamé el otro día. Tendrías que haberme avisado; me sentó fatal que no lo hicieras, por cierto. Así que, sinceramente, doy gracias de que no me lo cogieras —añado, pensando en voz alta.

—¡Cómo iba a saber tu agenda! Si últimamente no me has estado contando nada... —me recrimina.

—Tienes razón. Te tendré que perdonar, entonces... —bromeo soltando un suspiro fingido.

—¡Pero no me dejes así!, ¿qué ha pasado?, ¿habéis hablado?

Fijo la mirada en la puerta de la habitación, pensando qué contarle.

—Sí… Nos encontramos la primera noche y no acabó muy bien. Ayer nos vimos y me dijo cosas horribles, pero… —titubeo, midiendo las palabras— creo que ha vuelto a haber un acercamiento. Me ha dicho algo así como que quiere olvidar el pasado y…

—¡Eso es genial, Savannah!

—No sé hasta qué punto —murmuro, bajando la mirada—. A mí me ha sonado más a despedida que a otra cosa.

—Oye, ya que estás en Nashville..., ¿no crees que es una buena oportunidad para venir a ver a tu amiga? Yo no puedo volverme a escapar.

Hace algún tiempo la invité a Los Ángeles para la fiesta de mi disco de oro, y la excusa que le puso a Dylan fue que su madre había tenido una recaída y tenía que ir al centro en el que está ingresada. Centro de rehabilitación que, casualmente, está en Los Ángeles y estoy pagando yo. Algo que Dylan tampoco sabe.

—¿Crees que debería ir? —pregunto, aunque en realidad ya estoy empezando a imaginarlo.

—¡Claro que sí! El mundo no se va a caer si Savannah Morgan desaparece una semana.

Por un instante me imagino volviendo a Dukeforth junto a Dylan, en su *pick-up*, si es que la sigue conservando, claro… Debería decirle a Brooke que nuestro acercamiento ha sido algo más intenso de lo que le he contado, pero creo que bajar de su camioneta delante de la puerta del bar me resulta infinitamente más tentador.

—¿Sabes qué? —digo, notando cómo la sonrisa se me instala del todo—. Creo que me voy a tomar unas vacaciones. ¿Te viene bien que vaya hoy? ¿Me harías un hueco en tu sofá?

—¿Qué?, ¿de verdad? —Brooke grita como una nutria loca al otro lado del teléfono—. Mira que como no vengas, no te lo voy a perdonar en la vida, eh. Y ahora sí que hablo en serio.

—Que sí —la corto—. Tengo que solucionar unas cosas, pero creo que esta noche podré estar ahí.

—¡Esto va a ser genial, Savannah! Avísame cuando estés llegando y me escapo para darte las llaves… a no ser que quieras pasarte por el

bar.

Miro otra vez hacia la puerta.

—Bueno…, vamos hablando, ¿vale? Te cuelgo, que tengo que organizarlo todo.

—¡Nos vemos en unas horas! —canturrea antes de despedirse.

Cuelgo y me quedo parada en el pasillo, sin saber cuál es el siguiente movimiento que tengo que dar.

Doy la vuelta para entrar en la habitación, pero una chica muy mona me detiene a un metro de la puerta.

—¿Sav… Savannah Morgan? —tartamudea.

Sonrío y asiento.

—¡Oh, Dios! No quiero actuar como una quinceañera, pero soy muy, muy fan tuya. Ayer vi tu actuación y fue increíble. ¡Estuvo genial! Estuve bailando todo el tiempo.

Solo por eso ya me cae bien.

—Muchísimas gracias… —dejo la frase en el aire para que me diga su nombre.

—Chrishell —sonríe—. ¿Te alojas en este hotel? ¡Yo también!

—Oh, no, bueno… —Todo el mundo sabe en qué hotel me quedo durante el *draft*. No me puedo permitir un fallo así y que esto se filtre a la prensa—. He venido a hacer unas cosas... entrevistas —rectifico, forzando un tono casual— aquí.

—Vaya, ya creía que éramos compañeras de habitación —se ríe—. ¿Nos podemos hacer una foto juntas? —Señala su teléfono móvil.

Madre mía voy hecha un horror y ella va perfectamente maquillada, pero no por eso puedo negarle una foto a una fan, ¿no?

—Claro.

Desbloquea su móvil de forma torpe y activa la cámara en modo *selfie*.

Me veo en su pantalla y, aunque vaya sin maquillaje, con una sudadera cutre y sin peinar, vuelvo a ver el brillo de mi mirada.

—Eres la mejor. —Sonríe cuando se separa.

—Gracias, Chrishell.

Siempre se me da fatal los encuentros con fans. Aunque es algo que me encanta, nunca sé cómo actuar del modo correcto. ¿Qué se supone que le debo decir «tú también»? En lugar de eso, le doy un

abrazo y ambas nos quedamos paradas, mirándonos de un modo un tanto incómodo.

—Bueno…, me voy ya. Ha sido un placer conocerte.

Me quedo quieta, esperando a que sea ella la que se mueva, pero no lo hace. Yo tampoco puedo entrar en una habitación que no es la mía con ella delante. Si cuenta que ha visto a Savannah Morgan entrando en una habitación de como quiera que se llame este hotel, y más cuando ya le he dicho que no me hospedo aquí, puede liarse muy parda.

Así que no me queda más remedio que seguir recorriendo el pasillo. Cuando llego al final, me giro y la veo entrar en la misma habitación en la que lo iba a hacer yo.



CAPÍTULO 20

Savannah

Heels In Hand - Priscilla Block

No sé en qué momento exacto empiezo a caminar más rápido.

Tal vez es cuando mi mente comprende hacia dónde se dirige y acepto lo evidente sin estar preparada para ello.

Intento mantener el ritmo, aparentar normalidad mientras cruzo el vestíbulo de mi hotel, pero noto cómo el aire empieza a escasear en mis pulmones, cómo la respiración se me vuelve irregular mientras avanzo por un pasillo que, de pronto, parece mucho más largo de lo que era esta mañana.

Creí que ninguna traición superaría a aquella en la que vi a mi prometido acostándose con su nueva compañera de rodaje; que ese sería el fondo de mi abismo, el recuerdo respecto al cual todo lo demás quedaría inevitablemente relegado, pero me equivoqué.

Nada se compara a esto. Porque aquello fue un golpe directo, imposible de malinterpretar; una verdad dolorosa, sí, pero inequívoca. Ahora, en cambio, además del dolor, siento la incertidumbre de no saber si lo que acabo de ver es real o si es mi propia cabeza jugando conmigo, recomponiendo imágenes que ya viví una vez y encajándolas donde no corresponden.

Conocí a Colson Mason en el set de una película en la que participé en la banda sonora, justo el día que me invitaron a grabar unos planos del videoclip.

Todo con él fue rápido, intenso y demasiado fácil.

Recuerdo perfectamente cómo me miró la primera vez. De un modo en el que todo parecía sencillo, como si no hubiese nada detrás que pudiera complicarlo. Y yo necesitaba exactamente eso. Algo que no me hiciera pensar demasiado, que me permitiera

mantenerme centrada en el trabajo y que me hiciera sentir querida al mismo tiempo.

Durante las semanas en las que estuve conociendo a Colson, Dylan seguía apareciendo en mi cabeza. No lo hacía como una opción real, sino como un recuerdo lejano al que sabía que no podía volver. Era la viva imagen de la niña enamorada de su compañero de pupitre que, años más tarde, va al baile de graduación con el *quarterback*, convencida de que eso es lo correcto.

Me detengo en mitad del pasillo, obligándome a frenar porque siento que, si doy un paso más, todo lo que estoy intentando contener va a desbordarse sin remedio. No quiero empezar a llorar hasta que llegue a la habitación.

El recuerdo se mezcla con el presente de una forma que me revuelve el estómago. Intento convencerme de que estoy exagerando, de que probablemente no es lo que parece, de que Dylan no es esa clase de persona, y, sin embargo, la imagen de esa puerta cerrándose tras esa chica se repite una y otra vez en mi cabeza con una nitidez que me resulta imposible de ignorar.

Apoyo la mano contra la puerta de mi habitación y cierro los ojos, intentando recomponerme antes de entrar.

Me palpo por todos lados en busca de la tarjeta del hotel, pero no la siento en ninguna parte.

«No puede ser».

La había guardado en el bolsillo de la sudadera y ya no está.

—No… —murmuro para mí misma, notando cómo la calma que estaba intentando construir se desmorona en cuestión de segundos.

No puedo volver a la habitación de Dylan. Me niego. Es mucho más fácil bajar a recepción y decir que me he ido a hacer algo de deporte al aire libre y la he perdido.

Vuelvo a rehacer los pasos para plantarme enfrente de una chica que me hace un duplicado de la tarjeta en menos de un minuto. No puedo evitar arquear una ceja cuando me la entrega sin pedir absolutamente nada a cambio. Odio el doble rasero que tiene la gente con los famosos. Si fuese una don nadie, me habría ido de aquí con la tarjeta, sí, pero también con cincuenta dólares menos,

tal y como pone en sus políticas… y en el cartel que hay detrás de ella.

—Aquí tienes, Savannah —dice, como si nada.

—Gracias —respondo, devolviéndole la sonrisa, aunque por dentro estoy ligeramente ofendida en nombre de la justicia universal.

Cuando vuelvo a subir a mi planta, me encuentro con Ewan en mitad del pasillo.

—¡Mi novia favorita! —me saluda, alzando los brazos.

—Hola, Ewan —respondo, frenando justo delante de él.

Hoy ninguno de los dos tenía nada en el *draft*, así que, en teoría, es nuestro día libre.

Va con un albornoz y unas zapatillas del hotel, puedo intuir dónde se ha pasado la mañana.

—¿Dónde has estado? —me pregunta.

—He ido a correr —miento.

Arruga la nariz por reflejo.

—No te pega nada —comenta, cruzándose de brazos—. Yo acabo de salir del *spa*, pero si quieres podemos volver juntos. Tienes cara de necesitarlo.

—No, gracias —empiezo a decir antes de que me dé tiempo a meditarlo siquiera—. Bueno, ¿sabes qué? Que sí. Lo decías en serio, ¿no? —reconfirmo cuando me mira con cara de sorpresa.

—Totalmente.

—Vale. Dame un minuto que me cambie.

—Puedo entrar contigo a ayudarte —añade, sin perder tiempo.

—No te aceleres, amigo. Ahora salgo.

En la habitación, me quito la ropa y me pongo un bañador que normalmente utilizo como *body* con unos pantalones cortos, pero hoy le doy el honor de cumplir con la función para la que se creó. Cojo un coletero, me ato el pelo de cualquier manera y respiro hondo antes de salir.

Ahora mismo necesito un rato de *jacuzzi* a cuarenta grados para deshacerme del aroma de Dylan que siento que impregna todo mi cuerpo.

Adiós a mi vuelta a Dukeforth.



CAPÍTULO 21

Dylan

WHEN? - Tyler Rich

Oigo ruidos en la habitación, pero estoy tan cansado que no me permito el lujo de abrir los ojos. Estoy borracho de sueño, de satisfacción. Estoy en una especie de parálisis del sueño de la felicidad, donde el cuerpo pesa demasiado y la mente decide que cualquier cosa que esté pasando puede esperar unos minutos más.

Por mucho que perciba movimiento a mi alrededor, mi cerebro no me permite despertar, solo cedo cuando el colchón se hunde a mi lado y extiendo la mano para rodear a Savannah con mi brazo.

«¿A dónde había ido?».

Cuando hago el esfuerzo de abrir un ojo, lo hago despacio. Todo está ligeramente desenfocado, pero lo suficiente como para darme cuenta de que la silueta que tengo delante no es la que debería.

Parpadeo una vez a ver si mejora, pero no lo hace. Porque no es Savannah, sino Chrishell, que al darse cuenta de que estoy con los ojos abiertos actúa de un modo errático, torpe sin saber bien qué hacer. Se mueve rápido y recoloca la almohada de mi lado, sin venir a cuento.

—¿Qué…? —Mi voz sale ronca, arrastrada, todavía medio dormida. Me aclaro la garganta y me incorporo un poco, apoyándome sobre un codo—. ¿Qué haces aquí?

De pronto reparo en que solo llevo los calzoncillos, cuando se supone que yo simplemente venía a coger unas cervezas para volver al festival. ¿Cómo mierda voy a justificar eso?

—Eh… —empieza, mirando alrededor como si la respuesta pudiera estar escondida en algún rincón de la habitación—. Esta es mi habitación, Dylan.

Frunzo el ceño.

Su respuesta me desconcierta todavía más. ¿Podría ser que me lo haya imaginado todo?, ¿que me haya acostado con mi novia y haya vuelto a pensar en Savannah, como antes? No, no puedo estar tan loco.

—¿Cuándo has llegado?

—¿Cómo que cuándo he llegado? Dylan —dice despacio—, ¿estás bien?

Buena pregunta.

Me dejo caer hacia atrás y, al hacerlo, encuentro la excusa perfecta.

—No, la verdad. Me ha dado un golpe de calor tremendo viniendo hacia aquí. Iba a darme una ducha, pero… me he desmayado o me he quedado traspuesto.

Chrishell no parece del todo convencida, pero asiente despacio mientras sus ojos bajan por mi cuerpo, recorriéndome sin disimulo. Está intentando decidir si le compensa creerme o no.

—Ya… —murmura, frunciendo algo el ceño—. Pues te ha dado tiempo a desmayarte con bastante precisión, porque estás en la cama. Y sin ropa…

—Iba a la ducha —mantengo mi mentira.

Ella suelta una risa corta, pero no del todo relajada. Sigue mirándome raro, pero parece que acaba de decir que merece la pena creerme. ¿Qué otra cosa podría hacer en una cama desnudo si no?

—Bueno… —titubea, alargando un poco la palabra—. Supongo que tiene sentido.

Asiento.

—¿Y…? —pregunto, intentando sonar casual mientras alargo el brazo para coger la camiseta—. ¿Qué tal fuera?

Chrishell se levanta de la cama y se deja caer en el sillón, cruzando una pierna sobre la otra.

—Ha terminado ya.

—¿El… festival?

—Sí, genio —resopla, aunque sin mala leche—. Hace rato, de hecho. Y como no aparecías por ningún lado, he venido a ver si te

habías muerto por el camino o algo. La última hora ha sido un caos, pero hemos terminado todos los barriles. A falta de botellines… —señala lo obvio.

—¿Has servido tú las cervezas? —No sé si me sorprende más que hayamos agotado o que ella haya estado detrás de la barra.

—¡No digas tonterías! —salta de inmediato—. Creo que aún estás algo mareado… Zac se ha quedado al mando del puesto todo el tiempo. Está encantado, por cierto. Quiere que vayamos juntos a los próximos festivales.

—¿Todo el tiempo? —empiezo, buscando una forma que suene menos acusadora de lo que realmente es—. Era bastante curro para dejarlo solo, ¿no?

Ella se queda mirándome, intentando decidir si voy en serio o qué.

—¿Bastante tiempo como para echarte una siesta desnudo... o lo que quiera que hayas estado haciendo? —Hace un gesto vago señalando mi cuerpo sobre la cama—. Teniendo en cuenta que tú has desaparecido y has acabado aquí… tampoco sé si estás en posición de repartir tareas.

—Me ha dado un golpe de calor, Chrishell —insisto. Luego pensaré si es momento de contarle la verdad, pero aquí y ahora desde luego que no—. Solo digo que igual podrías haber echado una mano.

Noto que Chrishell se empieza a crispar y sé que la estoy empujando a algo que no debería, pero no me importa. Hay algo dentro de mí que necesita estallar, aunque sea con la persona equivocada.

No es por ella, ni siquiera es por el festival, Zac o las cervezas. Es por la sensación que me recorre el pecho desde que he abierto los ojos y Savannah no estaba.

Es un puto *déjà vu* del que no aprendo nunca.

Me paso una mano por la cara, arrastrando el cansancio, la frustración y esa rabia contenida que no termino de encajar en ningún lado.

—Dylan… —empieza ella, con un tono más serio esta vez—. ¿A qué viene eso ahora?

—A nada —respondo demasiado rápido, casi pisando sus palabras —. Olvídalo. Me doy una ducha, recogemos y nos vamos.

—Si te pasa algo, dilo —añade, más tranquila—. Pero no lo pagues conmigo.

Aprieto los puños y tenso los hombros. No lo hago a propósito, pero mi cuerpo va por delante de lo que intento aparentar.

—No lo estoy pagando contigo —digo, dejándome vencer por un tono más relajado—. Solo… da igual. Vámonos a casa.

Pero no da igual. Y los dos lo sabemos.

Chrishell suspira, esta vez de verdad, y descruza los brazos, relajando un poco la postura.

—Siempre haces lo mismo —refunfuña—. Te pasa algo, no dices qué es y luego acabas soltándolo por otro lado.

—No es por ti —murmuro.

«Mierda, ¿qué hago?, ¿voy a contárselo? ¿Estoy loco?».

No. Ni de coña estoy tan loco.

—Es el agobio de estos días y no haberte podido ayudar por… una mala decisión. —Ella me mira confusa—. Si no hubiese ido por el sol y corriendo para llegar antes al hotel… igual no me hubiese dado el golpe de calor —reconduzco rápido, apoyándome en la única parte medio creíble de esta mentira.

Chrishell me observa unos segundos más. Al final, su expresión se suaviza ligeramente, y da un paso hacia mí.

—Han sido días muy estresantes, cielo, pero nos vamos con muchísimos contactos nuevos —me anima—. Creo que esto ha sido bueno para nosotros, ¿tú no?

Para mí ha sido una cagada monumental. Un descenso a los infiernos.

Chrishell se acerca lo justo para darme un beso rápido en el hombro, un gesto automático y familiar que en cualquier otra circunstancia me habría resultado natural. Ahora, sin embargo, me deja una sensación distinta.

—Estamos juntos en esto, ¿recuerdas? —Entrelaza sus dedos con los míos antes de que pueda meterme en la ducha.

No le respondo porque sé que no lo estamos.



CAPÍTULO 22

Savannah

WHAT IF I DID? - ZOE CLARCK

Ewan no es un mal tipo, solo es un tío que juega al fútbol y la prensa ha decidido meterlo en sus filas porque da dinero. Y sí, probablemente la mitad de lo que dicen sobre él sea cierto, pero la otra mitad es puro *clickbait*… y, siendo honestos, yo últimamente tampoco estoy como para dar lecciones de imagen pública a nadie.

Desde que bajamos al *spa* nos dedicamos a hablar de cosas triviales, como el resto de los días, y, sin darnos cuenta, la conversación ha ido derivando a terrenos más personales. Nada demasiado profundo, pero lo suficiente como para ver más allá de la fachada que muestran los medios. Al final, hemos acabado conectando tan bien que incluso hemos prometido vernos en Los Ángeles fuera de nuestra agenda de novios falsos. Sin cámaras ni contratos de por medio, como dos personas normales. Bueno…, lo más normales que podamos.

Agradezco haber aceptado su invitación, porque después de todo lo que ha ocurrido, me siento algo mejor y con la cabeza lo suficientemente despejada como para fingir que sé lo que estoy haciendo. Me dejo caer en la cama todavía con el pelo ligeramente húmedo, notando cómo el olor del *spa* se mezcla con el de las sábanas del hotel.

Alargo la mano hacia el móvil, que está tirado sobre la colcha, y al darle la vuelta me encuentro con la pantalla llena de notificaciones y la batería al mínimo.

Si llegas antes de las siete igual puedo esperarte en casa, Dylan llegará después.

Bueno, no. Mejor te paso la dirección y te dejo la llave dentro del cactus con forma de cerebro. Creo que es el tercero desde la derecha.

Voy a ir a comprarnos algo para cenar para cuando vuelva del bar.

Mierda.

Brooke.

Se me ha olvidado decirle que ha habido un ligero cambio de planes.

Vuelvo a releer los mensajes y la ilusión que transmite detrás de cada palabra... No me veo capaz de hacerle esto.

No quiero ir a Dukeforth porque eso implicaría enfrentarme a algo que todavía no he digerido y que, siendo sincera, tampoco sé muy bien cómo hacerlo. Sé que lo lógico sería hablar con él, poner las cartas sobre la mesa y darle la oportunidad de que me explique quién era esa chica. También sé que no me debe ninguna lealtad después de lo que ha pasado, y que, a ojos de él, yo también estoy con Ewan, pero… Pero no pienso plantarme delante de su puerta. Y mucho menos llamarle por teléfono. Hace tiempo que cambió de número precisamente para que yo dejara de colarme en su vida cuando me daba la gana.

Mi dedo se queda suspendido sobre el chat de Brooke, dudando entre escribirle la verdad o soltarle cualquier mentira piadosa que sé que no se va a tragar. Aunque lo segundo dinamitaría aún más nuestra relación y eso es algo que no me apetece lo más mínimo.

Brooke, soy un desastre. Acabo de ver tus mensajes.

Antes de seguir, mantengo los dedos suspendidos sobre la pantalla. Ahora viene la parte en la que elijo qué tipo de persona quiero ser hoy.

Un minuto después, con la decisión tomada, salgo de mi habitación, todavía con el albornoz puesto, y bajo hasta la planta donde está Nora.

Aprovecho el trayecto en el ascensor para enviarle otro mensaje a Brooke.

Toco a la puerta de mi amiga más fuerte de lo que pretendía.

—Me voy —me limito a decir en cuanto me abre con unos calcetines enrollados en la cabeza.

—Ya, yo también —responde con total normalidad, apartándose para dejarme pasar—. Mañana por la mañana sale el vuelo. He

empezado a hacer las maletas ya.

Señala la cama, que está cubierta de montones y montones de ropa. ¿Cómo es posible que se haya traído más ropa que yo?

—¿Se puede saber qué haces así vestida? —Me mira de arriba abajo.

Ignoro su pregunta y la empujo suavemente hacia dentro. Cuando me aseguro de que nadie nos va a oír, suelto la bomba:

—A Dukeforth. Me voy a Dukeforth.

—¿A la avenida o al pueblo? —pregunta, confusa.

—¡Nora! —Intento sacudirla con el cinturón del albornoz, pero ella lo esquiva de un salto—. Te estoy hablando en serio. Siéntate.

Ella obedece, aunque lo hace dejándose caer sobre un montón de ropa.

—Vale, vale… Dispara. —Se acomoda sobre la irregular superficie, pero enseguida se desestabiliza y cae sobre el colchón.

—Me acabo de acostar con Dylan.

—¿Qué? —Se incorpora de golpe—. ¿Ahora? ¿Por eso vienes así vestida?

—No —respondo exasperada porque no me está entendiendo—. Esto es porque vengo de estar en el *jacuzzi* con Ewan.

—¿Qué? —repite, todavía más alto, alzándose del todo—. ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga?

—Siéntate como una persona normal y te lo cuento —digo, señalando la cama.

Tira la ropa al suelo sin ningún tipo de miramiento y se recoloca con las piernas cruzadas.

—Soy toda oídos.

Respiro hondo y empiezo desde el principio, haciéndole un resumen rápido (o lo más rápido que puedo) de la mañana, del encuentro con Dylan, de todo lo que ha pasado después. Me escucho a mí misma contarlo y hay momentos en los que suena tan surrealista que casi parece que esté improvisando sobre la mancha.

Mi historia termina justo donde estoy ahora, plantada en su habitación.

Nora sostiene la mirada en el vacío, procesando.

—¿Y qué tal la espera de tres años? —pregunta al final, ladeando la cabeza—. ¿Ha mejorado en todo este tiempo?

La miro, incrédula.

—¿De todo lo que te he contado solo te quedas con eso? —le suelto—. ¿Qué hay de la tal Chrishell?

Antes me había caído bien, ahora el nombre se me hace raro en la boca.

Nora se encoge de hombros, sin perder la calma.

—Creo que estás exagerando —dice, con una naturalidad que me irrita—. Estás volviendo a tener miedo y a poner excusas.

—¿Qué? Espérate, que ahora la culpa va a ser mía y todo.

—No, Savannah. Pero eres así, cuando las cosas se ponen intensas, huyes.

La acusación resuena en mi cabeza más de lo que me gustaría porque no es la primera vez que la escucho. Y porque, en el fondo, sé que tiene razón.

—¿Qué tontería estás diciendo, Nora? —replico, cruzándome de brazos—. Ha entrado una tía en su habitación. Yo estaba decidida a irme a Dukeforth hasta que he visto eso.

—Pero ahora vas a ir…

—Sí, pero por Brooke —la corto rápido, casi a la defensiva—. Nuestra relación no está muy boyante, la verdad, y si no aparezco después de prometérselo, no me lo va a perdonar. Pero desde luego que no voy por él. De hecho, espero no cruzármelo.

Nora arquea una ceja, despacio, como si acabase de confirmar algo que ya sospechaba.

—¿Ves?

—¿Veo qué?

—«De hecho, espero no cruzármelo» —repite, imitando mi voz con una exageración irritante—. Lo lógico sería que te plantases delante de él y hablaseis. Pero en vez de eso prefieres hacer como si no existiera. —Se inclina un poco hacia delante, apoyando los codos en las rodillas—. Tienes que enfrentar tus miedos, Savannah, si no, no vas a avanzar en la vida. Igual es un malentendido tonto. ¿Qué posibilidades reales hay de que sea su novia? Igual era la chica de la limpieza.

—Te aseguro que no iba vestida como una chica de la limpieza.

—Pues igual te equivocaste de puerta y entró en la de al lado. Me has dicho que lo viste de lejos, ¿no?

Abro la boca para contestar… pero me quedo en silencio.

Intento reconstruir la escena en mi cabeza, pero las imágenes llegan fragmentadas, como si hubiese recortado las partes clave. Me pasa más veces de las que me gustaría admitir. Cuando algo me sobrepasa, mi cerebro decide protegerme borrando detalles importantes, dejándome solo con la emoción.

—Eso… igual puede ser.

Según mi psicóloga no es que esté loca, sino que es un estado defensivo donde mi cerebro no almacena la información en la memoria a largo plazo.

—Ve allí y aclara las cosas. A no ser que prefieras ir ahora a su habitación del hotel y montar una escena. A eso también me apunto.

—No lo sé, Nora —confieso, dejando escapar el aire en un largo suspiro—. Ya veré qué hago con Dylan. Pero a lo que yo venía era a que me ayudases con mi huida.

Sus cejas se disparan hacia arriba.

—¿Cómo que huida?, ¿no vas a informar a nadie? —Ambas sabemos perfectamente el nombre que se esconde detrás de ese «a nadie». Niego con la cabeza—. Sabes que esto no le va a hacer ninguna gracia ni a Alen ni a la discográfica, ¿verdad?

—Estoy cansada de estar siempre a sus órdenes. El mundo no se va a caer si Savannah Morgan desaparece una semana —replico las palabras de Brooke.

—¡Di que sí!

A Nora le encanta sembrar el caos. Sabía que iba a estar a favor de esta locura.

—¿Te vienes conmigo?

Contengo el aliento al ver que va a decir que sí. Lo veo en cómo se le iluminan los ojos, en cómo se incorpora un poco más.

—¡Sí! —responde por impulso, pero enseguida duda. Y eso ya es mala señal—. *Nah*, no puedo —añade con una mueca—. Si te vas, tengo que quedarme yo aquí, porque, aunque creas que no trabajo,

hago cosas… Además, te va a venir bien alguien que te cubra. Si desaparecemos las dos, va a ser demasiado sospechoso.

Me dejo caer a su lado en la cama, sintiendo cómo la idea deja de ser una fantasía impulsiva para transformarse en algo irreversible.

—Tienes razón... Gracias por salvarme el trasero siempre —murmuro, girando la cabeza hacia ella. Cuando me sostiene la mirada, continúo, un poco más seria—: ¿Me ayudas a ver cómo puedo ir? No puedo coger el *jet*…

—Ni un avión comercial si no quieres que nadie se entere de dónde estás. Tendrías que dar tus datos, y eso deja rastro —explica.

—¿Nora? —Alzo una ceja, perpleja. A veces me sorprende que sea mi asistente—. Con lo del *jet* también me refería a un avión comercial. Sorprendentemente, el aeropuerto más cercano a Dukeforth es Nashville. Acabaría en el mismo sitio.

—Ah. —Parpadea, reajustando el plan en su mente—. Sí, hacer eso no tendría mucho sentido. ¿Un coche quizá? Aunque también tendrías que dar tus datos… ¡Lo tengo! —Se levanta de la cama de un salto—. ¡Tú no te muevas de aquí, ahora vengo!

Antes de que me dé tiempo a decir nada más, me quedo sola en la habitación, con el silencio cayendo a mi alrededor. Pero esta vez no siento ese nudo en el pecho de antes, ni la presión constante en la cabeza.

Me voy a Dukeforth. Y aunque sea una huida… también es el regreso al punto de partida.



CAPÍTULO 23

Dylan

Kick myself - Morgan Wallen

El camino de vuelta a casa ha sido un auténtico suplicio. He conducido en automático, con la mirada fija en el asfalto mientras mi mente estaba a años luz de allí. Llevo todo el viaje repasando el fin de semana, buscando de forma estúpida cualquier explicación lógica a todo lo que ha ocurrido.

Por suerte, ya estoy aparcando enfrente del bar.

Dios, qué ganas tenía de volver y de dejar este fin de semana atrás. Si alguien me llega a decir todo lo que iba a pasar, no hubiese salido del pueblo.

Apago el motor y me quedo unos segundos con las manos todavía apoyadas en el volante, sin moverme, dejando que el silencio sea quien llene el espacio. Silencio que agradecería si Chrishell se mantuviese callada por más de tres minutos seguidos. Ahí ha estado su récord en este viaje.

Giro la cabeza lo justo para mirarla de reojo. Tiene las piernas recogidas en el asiento (algo que sabe que odio), el pelo le cae sobre el rostro con una onda perfecta y mantiene esa expresión de falsa inocencia de la que me he percatado durante este fin de semana. De hecho, lleva todo el día con ella puesta, como una máscara que me impide ver lo que de verdad siente. Yo también he intentado ponerme una de esas, pero no lo he conseguido.

—Deberías descansar —añade, cuando me ve con la cabeza apoyada en el volante—. ¿Hoy nos vamos a casa pronto?

—Estoy bien —respondo sin incorporarme del todo—. Vete tú si quieres.

—¿Con tu coche? —pregunta, alzando una ceja.

A mí también me sorprende estar ofreciéndoselo, pero ahora mismo la idea de tenerla dando vueltas a mi alrededor toda la noche, hablando sin parar, me agota incluso más que el propio viaje.

—Sí —concedo con desgana—. Le diré a alguno de estos que me acerque a casa luego. No te preocupes. Así puedes aprovechar para darte un baño tranquila o…

—Preparar algo rico para cuando vuelvas —acaba la frase por mí y el brillo de sus ojos me confirma que el menú que tiene en mente no incluye solo comida.

Sello la conversación con un beso antes de salir del coche.

—Entro contigo a saludarles y luego me voy, ¿vale? —Chrishell me imita y cierra con suavidad.

Asiento, camino hacia la entrada y empujo la puerta. Lo primero que escucho es la voz familiar de la presentadora del canal de deportes; por fin, vuelta a la normalidad. Brooke está sentada sobre la barra con una cerveza en la mano y las piernas cruzadas mientras le cuenta algo a Devon, que la escucha algo recostado sin perder detalle. Knox está detrás de la barra, trasteando con algo que probablemente no necesitaba tocar, pero que lo hace igual porque quedarse quieto no entra dentro de sus capacidades.

—¡Mirad quién ha vuelto! —canta Brooke en cuanto me ve, alzando la botella en el aire.

—¿Se puede saber qué haces ahí, Knox? —saludo, haciéndole un gesto con la cabeza para que salga de mi barra.

Echo un vistazo rápido al resto del local. Están los de siempre, es lo que tiene vivir en un pueblo diminuto con una tasa tan pequeña de turismo (por no decir inexistente). Últimamente esto funciona mejor de lo que esperaba, y en parte es gracias a que el equipo de baloncesto del instituto está obsesionado con las alitas a la barbacoa de Danny y se tiran aquí todo el tiempo después de los entrenos.

Chrishell se acerca por detrás y se apoya a mi lado.

—Solo venía a devolveros a vuestro chico sano y salvo —dice, sonriendo—. Aunque tened un poco de cuidado con él, está algo más seco de lo habitual.

—¿Tan mal te han tratado los de la ciudad, chaval? —Devon apoya el codo en la barra, estudiando mi cara de pocos amigos.

—Para una vez que sales del pueblo, tío —se burla Knox.

—No dramaticéis —respondo, metiendo la mano por detrás de la barra para coger una botella al azar. La abro dándole un golpe medido contra la madera—. Ha sido un fin de semana largo, ya está.

Brooke no me quita el ojo de encima. No dice nada, pero tampoco le hace falta; me conoce lo suficiente como para detectar cuándo le digo la verdad y cuándo la esquivo. Y que no suelte ninguna pulla ni haya empezado con su clásico interrogatorio de tercer grado me pone en alerta.

—¿Y qué tal vuestro fin de semana, chicos? —Chrishell se interesa por mis amigos.

—Bien —dice Devon.

—Normal —añade Brooke, sin dejar de mirarme.

—Como siempre —remata Knox, encogiéndose de hombros mientras sigue trasteando con las botellas.

—Bueno, yo me voy a ir para casa ya —anuncia Chrishell, apartándose—. No me lo devolváis demasiado tarde, que tenemos planes luego, ¿eh?

Asiento sin mirarla demasiado. Ella se inclina lo justo para darme un beso rápido, marcando territorio. Se despide del resto con la mano y la veo salir por el rabillo del ojo, notando que el ambiente cambia en cuanto la puerta se cierra tras ella.

—Podríais cortaros un poco, ¿no? —murmuro, dejando la botella sobre la barra con un golpe suave.

—¿Qué? Si no hemos dicho nada —se defiende Brooke, alzando las manos.

Por eso mismo. Bastante tensa está nuestra relación ya como para que encima mis amigos se dediquen a poner de manifiesto lo poco que les gusta.

—¿Chicos, me acompañáis un momento dentro?

Devon arquea una ceja y Knox levanta la vista con interés. Acabo de activar una señal de alarma.

—¡Eh! ¿Y por qué yo no? —protesta Brooke, incorporándose un poco sobre la barra y cruzándose de brazos—. Me siento desplazada.

—Oh, es verdad… —Giro la cabeza hacia ella, señalando vagamente el bar con la mano—. ¿Quizá porque eres la camarera y

hay mesas que atender?

Brooke sigue mi gesto con la mirada, recorre el local con una lentitud deliberada y vuelve a clavar los ojos en mí.

—Sigue sin ser una razón de peso para no enterarme de eso de lo que quieres hablar con ellos —apunta con total tranquilidad—. Pero no te preocupes, me enteraré. Y puede que no por las mismas vías que ellos —susurra.

Entorno los ojos.

—¿Qué has dicho? —Pero lo he oído, vaya que si lo he oído.

Ella parpadea, totalmente inofensiva.

—Nada, que tienes razón.

—Venid —les indico con un gesto de cabeza hacia Devon y Knox. Luego planto una mano en el pecho de Brooke, que ya se había bajado de la barra y venía enfilada—. Tú, no —le reitero.

Mientras me encamino hacia la trastienda, noto la mirada de Brooke clavada en mi espalda. En cuanto Devon y Knox entran, cierro la puerta y apoyo la palma contra la madera antes de dar un par de pasos para rodear la mesa. Necesito ese breve respiro para ordenar mis ideas, aunque sé que no va a servir de mucho.

—Si me vas a pedir pasta, estoy pelado, tío. De hecho, te iba a pedir yo —suelta Knox, dejándose caer en la silla con total confianza —. He cerrado ya seis paseos a caballo para la semana que viene, así que si me puedes adelantar mi parte…

—Ni un centavo —le corto, sin paciencia—. Y si ya has acabado de pedirme dinero y me das permiso para empezar a hablar de una vez por todas… te lo agradecería.

—Joder, por una vez estoy de acuerdo con Chrishell. —Knox alza las manos—. Estás a la que saltas, tío.

—Me he acostado con Savannah —suelto la bomba antes de que siga haciendo el tonto.

—¿Qué?, ¿qué Savannah?

Devon ni siquiera se molesta en responderle. Pilla uno de los posavasos de una caja de propaganda y se lo lanza directo a la nuca.

—¿Eres idiota, tío?

—¡Eh! —se queja Knox, llevándose la mano a la cabeza—. ¿Qué he dicho ahora?

—Savannah —repite Devon para que retome el hilo.

Continúo con mi historia, aunque solo sea para Devon. Knox que se reincorpore cuando quiera.

—Hemos coincidido en el *draft*. Y os prometo que he estado haciendo todo lo posible por evitarla, ¿de acuerdo? —añado, mirándolos a los dos, en busca de algo de compasión—. De hecho, el primer día conseguí hablar con ella. Le dije todo. Todo lo que había hecho mal, todo lo que… —exhalo por la nariz, negando con la cabeza—. Cerré el capítulo. De verdad. O eso creía.

Devon asiente despacio, sin interrumpirme, dándome espacio para seguir.

—Pero el último día… —Me apoyo en el borde de la mesa, observando el dibujo que hacen las vetas de la madera—. No sé, tíos. Supongo que pensé que no la iba a volver a ver. Bajé la guardia… y me dejé llevar.

Parece que Knox ya se ha reincorporado a la historia porque deja escapar un silbido bajo.

—Ya… «Te dejaste llevar».

Le lanzo una mirada que debería bastar para que se calle, pero solo consigue que levante las manos otra vez, divertido.

—Vale, vale, no digo nada.

—Terminamos en la cama de mi hotel —continúo, ignorándolo.

Devon, al contrario de Knox, no sonríe. Se cruza de brazos, apoyando el peso en una pierna.

—¿Y Chrishell?

—Obviamente no sabe nada de todo esto.

—Esto se pone interesante —añade Knox.

—No tiene nada de interesante —le espeto, más brusco de lo que pretendía—. Es una cagada. Una enorme.

Me paso la mano por el pelo y doy un par de vueltas por la habitación, incapaz de quedarme quieto.

Cuando me paro, se produce un silencio expectante. Se nota en la manera en que Knox se inclina hacia delante, apoyando los

antebrazos en las piernas, y en cómo Devon no aparta la mirada de mí.

—Vale… —interviene Knox, al ver que no continúo—. ¿Y qué?

—¿Y qué, qué?

—¿Qué ha pasado después? ¿Cómo habéis quedado? ¿Qué… plan hay aquí? Porque entiendo que no te lías con ella y luego te piras.

Al ver mi cara, Knox sabe que ha tocado hueso.

Suelto una carcajada amarga, niego con la cabeza y planto las manos en la mesa.

—No hay plan.

Devon entrecierra ligeramente los ojos.

—Dylan…

—¡Que no hay plan! —repito, esta vez más claro—. Se ha ido. Me ha hecho lo puto mismo.

—¿Cómo que se ha ido?

Levanto la vista hacia ellos y siento cómo la frustración me golpea de nuevo, mezclándose con el cabreo que llevo arrastrando desde que puse un pie fuera de la cama este mediodía.

—Que se fue —insisto—. Me levanté… y ya no estaba.

Me desplomo en la silla. Apoyo los codos en las rodillas, hundo la cabeza entre las manos y me froto la cara.

—Es que soy imbécil —suelto sin filtro—. O sea, literalmente imbécil. Me digo a mí mismo que no voy a caer, que ya sé cómo acaba esto, que no merece la pena… y aun así voy y me tiro de cabeza como si no hubiese aprendido nada en estos años.

Knox chasquea la lengua, echándose hacia atrás en la silla.

—Vale, eso sí que no te lo voy a discutir.

Devon le lanza una mirada de advertencia, pero yo niego con la cabeza.

—No, no, déjale —murmuro—. Tiene razón. Es que es de manual. Aparece, me descoloca todo y en cuanto bajo la guardia, desaparece otra vez. Le dije que quería dejar todo esto atrás, que quería hacer borrón porque, ¡joder!, estoy feliz con Chrishell y no quería guardarle más rencor.

Knox se da la vuelta para mirar a Devon. Él hace una mueca que no me gusta ni un pelo.

—¿Por qué os miráis así?

Devon duda antes de contestar, midiendo hasta dónde le compensa meterse, pero al final suspira y da un paso al frente, apoyándose en el respaldo de la silla de Knox.

—Alguien te lo tiene que decir, tío —empieza, con el tono tranquilo que usa cuando sabe que lo que va a soltar no es bueno—. No eres feliz con Chrishell. Solo es un parche. Lo sabes tú y lo sabemos todos. Lo raro es que ella aún no se haya enterado.

—No tienes ni idea de lo que dices —respondo a la defensiva, pero sé que no suena creíble.

—Sí que la tiene —añade Knox, sin perder la oportunidad de meter baza—. O sea, no me malinterpretes, la chica está bien, es guapa y te organiza la vida… pero no la miras como…

—Ni se te ocurra terminar esa frase —amenazo, clavándole la mirada.

—No va de compararlas —dice Devon, más suave—. Va de ti. De cómo estás tú.

—Hecho una mierda, ¿no me ves? Ya no me jode por mí, sino por cómo la he cagado. Nunca le había puesto los cuernos a nadie.

—Felicidades…, estreno desbloqueado —Knox se echa hacia atrás en la silla, balanceándose con las patas delanteras en el aire.

Devon le lanza una mirada fulminante y luego vuelve a centrarse en mí.

—¿Te arrepientes? —pregunta sin rodeos.

La pregunta me pilla desprevenido. No porque no sepa la respuesta en sí, sino porque hay demasiadas mezcladas en mi cabeza.

—Sí —opto por contestar al final—. Claro que sí.

Me arrepiento de haber cruzado una línea que juré no volver a cruzar, de haberme metido en algo que sabía perfectamente cómo iba a terminar y de haberle fallado a alguien que, pese a todo, no se lo merece.

—Vale, sí, la has cagado —admite Knox—. Pero también hay niveles de cagada, ¿sabes? Yo la he cagado así un millón de veces. ¿Te acuerdas de Tatiana?

—Knox —advierte Devon.

—¿Qué? Estoy ayudando.

—No estás ayudando.

Knox levanta las manos una vez más, pero no se calla del todo. Nunca lo hace.

—A ver, lo que quiero decir —continúa, con un tono inusualmente serio para lo que es el—, es que lo de este fin de semana ha sido…, no sé, un cierre mal hecho, míralo por ese lado. Ha sido un error. Ninguno de nosotros se va de la lengua y aquí no ha pasado nada. No se lo cuentes a Chrishell y sigue en tu mierda de cuento de hadas que nadie se cree. Esto es como en Las Vegas: lo que pasa en Nashville, se queda en Nashville.



CAPÍTULO 24

Savannah

Mad About It - Dasha

La mejor idea de Nora ha sido que Eric Shawn sea el encargado de traerme hasta Dukeforth. Le ha pedido a la misma recepcionista que me hizo el duplicado de la tarjeta que le dejara su móvil para pedir un Uber, porque, al parecer, desaparecer del mapa sin dejar rastro también implica no usar tu propio teléfono. Solo que, según mi asistente, la chica no estaba especialmente colaborativa (otra vez más se confirma mi teoría sobre la amabilidad selectiva), pero en cuanto ha visto que el trayecto costaba ciento cincuenta dólares y Nora le ha plantado cinco billetes de cien delante, la actitud le ha cambiado lo justo para parecer casi encantadora.

Y así es como he acabado en el asiento trasero de un coche que no es mío, con un conductor que responde al nombre de Eric Shawn y que todavía no tengo claro si es nombre compuesto, apellido o nombre artístico. Estoy siguiendo la ruta con el mapa y ya queda menos de diez minutos para llegar a Dukeforth. Aunque no me haría falta el mapa para comprobarlo, basta con mirar por la ventanilla para ver cómo el paisaje va cambiando de forma sutil. Dejamos atrás la ciudad, el ruido y entramos en unas interminables carreteras donde todo parece igual.

Eric no habla demasiado, lo cual agradezco. De hecho, creo que ni me ha reconocido, en parte porque Nora me ha obligado a vestirme de incógnito (sí, con el *pack* completo: sudadera, gafas de sol y gorra). Aun así, de vez en cuando me lanza miradas por el retrovisor, intentando ubicarme en algún lugar de su memoria.

El silencio del trayecto me ha obligado a hacer algo que suelo evitar a toda costa: pensar. Pero hacerlo de verdad, sin

distracciones, sin ruido, sin notificaciones que me rescaten justo antes de llegar a la conclusión que no quiero admitir. Y aunque nunca me encanta lo que saco en claro, esta vez no puedo hacer como que no lo veo.

Sé que huyo cuando las cosas se complican. Lo sé desde hace mucho tiempo, pero siempre termino encontrando alguna forma bastante convincente de justificarlo. Que si no es el lugar, que si no estoy preparada, que si necesito concentrarme para escribir otra canción, que si tengo que ensayar un baile que nadie se cree… y, hasta cierto punto, todo eso puede ser cierto. Pero la realidad es que, cuando algo me importa demasiado, mi reacción más primitiva es desaparecer antes de que se vuelva más intenso y pueda empezar a… doler.

Y, a pesar de todo eso, aquí estoy, huyendo otra vez… Pero siento que esta huida, de alguna forma, es la que me va a permitir dejar de hacerlo. No sé si eso tiene alguna clase de sentido.

Apoyo la cabeza contra el cristal y me centro en repasar el fin de semana, aunque solo las partes en las que aparece Dylan.

Reconozco mi error y sé que no debería haberme ido en cuanto vi a esa chica entrar en su habitación. Lo lógico hubiese sido enfrentar la situación como una persona adulta y emocionalmente estable, pero conozco mis límites y, siendo sincera, salir de ahí fue lo más racional que supe hacer.

Cuando vi a la coprotagonista de Colson encima de él, actué de un modo errático, y no quiero volver a sentir aquella horrible sensación. Supongo que por eso he huido en cuanto mi cerebro ha empezado a procesar los mismos sentimientos.

Aun así, eso no justifica que la haya cagado.

Y esta vez no pienso dejar que pasen otros tres años más antes de hacer algo al respecto.

Me incorporo un poco en el asiento, inclinándome hacia delante.

—Eric…

—Shawn. Eric Shawn, por favor —corrige como si fuera James Bond, desde el asiento delantero.

—Vale, perdona… Shawn Eric —repito, desordenándolo aposta—. ¿Te importaría hacer una pequeña redirección? Te doy propina en

efectivo.

Él me mira por el retrovisor, evaluando si le interesa mi propuesta.

—Mientras no sea ilegal, todo es negociable.

Vaya. Ahora su seriedad me hace querer saber todas las propuestas ilícitas que ha recibido mi James Bond particular.

—Tranquilo. Solo… un pequeño cambio de planes.

Asiente, gira el volante cuando le indico la nueva dirección y el coche se desvía antes de llegar al pueblo.

No tiene ningún sentido ir a casa de Brooke con todo esto dando vueltas en mi cabeza. La conozco lo suficiente como para saber que, en cuanto me vea, va a empezar a hacer preguntas, y yo ahora mismo no tengo respuestas que suenen coherentes en voz alta. Necesito… cerrar algo antes. O abrirlo. No sé muy bien cuál de las dos.

—Toma este desvío —le indico, inclinándome todavía más hacia delante para ver mejor la carretera—. Y sigue recto un buen rato. Está un poco apartado.

—Perfecto —asiente Shawn.

Con el pueblo atrás, las farolas desaparecen y la carretera se vuelve más estrecha, rodeada de unos campos que reconozco incluso después de tanto tiempo.

Es una sensación extraña.

Apoyo el codo en la ventanilla, mirando hacia fuera.

No ha cambiado nada.

Cuando por fin entramos en el camino de grava, el crujido bajo las ruedas despierta mis recuerdos. No hay ningún cartel ni indicaciones, pero tampoco hace falta. Sigue habiendo baches en los mismos puntos y el polvo se alza por las ventanillas abiertas, justo antes de que el rancho aparezca ante mis ojos.

—Es aquí —murmuro, más para mí que para Shawn.

Todo sigue exactamente igual a como lo recuerdo. Al principio de la enorme parcela está el granero donde Dylan hace su cerveza. Un poco más allá diviso su moto y, todavía más adelante, veo la *pick-up* aparcada enfrente de la casa. Además, hay luz.

Se me encoge el estómago. Estaba preparada, pero no sé si tanto.

—¿Te dejo aquí? —pregunta Shawn, bajando la velocidad.

Asiento, sin apartar la mirada de la casa.

—Sí. Aquí está bien.

El coche se detiene y el silencio me atrapa allí dentro. No me muevo; solo mantengo la mano apoyada en la manilla de la puerta. Podría pedirle que arranque otra vez. Podría decirle que me lleve a casa de Brooke y fingir que esto no ha pasado.

Pero no.

Exhalo despacio, abro la puerta y el aire de fuera me golpea con un olor a campo que no sabía que echaba de menos hasta ahora. La cierro de un golpe, doy un par de pasos y escucho cómo el coche se aleja poco a poco, dejándome sola con el sonido de los grillos.

Camino por la tierra mientras arrastro mi diminuta maleta de mano. He venido decidida a darle un giro a mi vida, solo que aún no tengo claro qué va a pasar. Pese a todo, no puedo evitar que esa vocecita optimista —y completamente irresponsable— siga ganando terreno en mi cabeza.

Quiero creer que Dylan va a tener una buena excusa para lo que ha pasado hoy; igual era una compañera que le estaba ayudando con el *stand*, o incluso su prima de Nashville, todo el mundo tiene una prima en Tennessee. O mejor aún: quizá ni siquiera era su puerta. Igual yo estaba viendo borroso, confundida y emocionalmente inestable.

Me imagino llegando hasta el porche, de donde Dylan saldrá con ese gesto molesto que sé que pondrá (y que me merezco). Pero, en cuanto Chocolate corra a mis pies, él se dará cuenta de que lo mejor para ambos será pasar dentro. Hablaremos largo y tendido, pasaremos la noche juntos… y todas las que nos queden.

Después de todo lo que ha pasado este fin de semana, me apetece creer que todo esto no va a ser un desastre absoluto.

A medida que me acerco, comienzo a distinguir mejor el interior de la casa. Antes de subir los escalones del porche, me desvío hacia la ventana de la cocina, moviéndome con sigilo, y me inclino lo justo para echar un vistazo.

Un vistazo. Eso es lo necesita mi plan para irse a la mierda.

Dentro no hay ninguna conversación pendiente, ni reconciliación. Dentro está la misma maldita chica que entró en su habitación y

que, ahora mismo, puedo asegurar que no es ninguna prima.

Chrishell se mueve por la cocina con un conjunto de lencería bajo una bata rosa transparente. Desde el otro lado del cristal, apenas me llega el eco amortiguado de la música, pero las plumas de sus puños se balancean a ese mismo ritmo mientras camina con dos velas encendidas en la mano.

Me quedo mirándola, incrédula, procesando cada detalle, rezando para que en algún punto todo tenga un sentido distinto al obvio. Pero no lo tiene. Y lo único que se me ocurre, mientras la veo girar sobre sí misma con esa perfección irritante, es que, como siga moviendo así las manos, igual termina prendiendo fuego a esas plumas ridículas y me hace el favor de ahorrarme este bochornoso espectáculo.

Huyo, huyo de nuevo, porque, si en este preciso instante aparece Dylan en esa ventana juro que no respondo de lo que pueda salir de mi boca… o de mis manos.

Maldito embustero.

Corro por el terreno sin rumbo, con la respiración acelerándose más por la rabia que por el esfuerzo. Pese a todas las señales de alarma en el hotel, mi ilusa cabeza no había contemplado este escenario. Soy idiota. En mi versión ideal de los hechos, yo aparecía, él me miraba como si hubiese visto un fantasma y volvíamos atrás en el tiempo.

Y por supuesto que tampoco había pensado cómo salir de aquí si las cosas no salían bien. Como ahora.

Ni siquiera sé cuándo he soltado la maleta, pero ya no está conmigo. Y, sinceramente, ahora mismo me da exactamente igual todo lo que haya dentro. Lo único que veo es la solución delante de mí: su moto.

Antes incluso de que mi parte racional pueda sentarse a negociar, ya estoy encima de ella, rebuscando en el casco las llaves donde las ha dejado siempre. Porque, como era de esperar, Dylan sigue siendo igual en esas pequeñas cosas. Predecible. Constante. Idiota.

—Ni se te ocurra pensarlo —me digo, haciendo un esfuerzo por frenar mis instintos de comportarme mal.

Pero el motor arranca de un golpe y, antes de que me dé tiempo a replantearme absolutamente nada, ya estoy girando, saliendo de allí y dejando atrás la casa, las luces, las velas… y su estúpida noche de lencería.

El viento me golpea la cara, llevándose cualquier resto de esa versión conciliadora que había venido conmigo hasta aquí. Adiós a esa chica dispuesta a hacer lo que fuera por nosotros… Acaba de quedarse atrás, probablemente tirada en algún punto del camino junto a mi maleta.

Me niego a ir a casa de Brooke y esperarla con una moto robada y semejante enfado, así que, casi sin pensarlo, aprieto un poco más el acelerador mientras tomo el desvío hacia el Loopsie's. Es el mismo camino de siempre, el que podría hacer con los ojos cerrados, y eso es justo lo que necesito ahora mismo: algo que no me sorprenda, algo que no tenga a otra mujer en lencería ocupando el lugar que, por lo visto, nunca fue mío.

Sé que yo tampoco he jugado limpio y no he sido precisamente un ejemplo de transparencia todo este tiempo, pero hay una línea que no cruzo. No soy una mentirosa. Nunca lo he sido. Y, desde luego, jamás le he mentido a él.

Si Dylan sigue en su casa, eso significa que el bar es terreno seguro. Puedo entrar, sentarme con Brooke, emborracharme y soltarlo todo sin pensar demasiado en las consecuencias. Aunque, siendo sincera, tampoco tengo claro si voy a abrazarla nada más verla, porque ¿ella sabía todo esto y no me ha dicho nada?

También es cierto que yo le prohibí que me hablase de él, y la que todavía no ha abierto la boca para contarle lo que ha pasado este fin de semana soy yo, pero eso no quita que ahora mismo me apetezca enfadarme con todo el mundo.

Supongo que es más fácil repartir la culpa que quedármela entera.

En cuanto las rectas de la carretera terminan y empiezan las curvas, caigo en la cuenta de un pequeño detalle que, quizá, debería haber valorado antes de robarle la moto a Dylan. Hace años que no me subo a una y, desde luego, nunca he llevado una tan grande durante tanto tiempo seguido.

Aun así, su Kawasaki responde mejor de lo que esperaba. Es pesada y estable, algo que juega a mi favor. No es como la moto que tenía mi ex; esta se desliza de un modo mucho más tranquilo, permitiéndome dominar cada giro sin tanto esfuerzo. Y, por increíble que parezca, consigo no matarme por el camino.

Cuando entro en el enorme *parking* que conecta el bar con el supermercado de enfrente, respiro un poco más tranquila durante exactamente dos segundos, el tiempo que tardo en recordar que frenar esto no va a ser tan sencillo.

En lugar de dirigirme a la entrada principal, desvío la moto hacia la parte trasera del bar. No quiero que nadie me vea llegar, principalmente porque no me veo capaz de reducir la velocidad con suavidad.

Entro en el callejón más rápido de lo que me hubiese gustado y, cuando por fin aprieto el freno con decisión, la rueda trasera pierde un poco de agarre sobre la gravilla. No es un derrape exagerado, pero sí lo suficiente como para notar cómo las piedras golpean los bajos.

No era mi intención rayar la moto, y en otra situación me sentiría fatal por haberlo hecho. En esta, no podría importarme menos.

Y entonces levanto la vista.

Algo que no debería haber hecho tan rápido, porque ahí está él, junto a una Brooke a cuatro patas. Algo que no estoy entendiendo demasiado.

Dylan, en cambio, está plantado justo en mitad del camino con la mandíbula tensa, su mirada clavada en mí y ninguna intención de moverse.

Pese a que he terminado de detener la moto del todo, el motor sigue caliente entre mis piernas.

Sé que ahora debería quitarme el casco y fingir que esto tiene algún tipo de explicación lógica, pero antes de hacerlo, me quedo inmóvil, con las manos aún aferradas al manillar, bastante segura de que no hace falta que me descubra la cara para que sepa perfectamente quién soy.



CAPÍTULO 25

Dylan

Wreck my night - Lakeview

Cuando se quita el casco y lo deja caer sobre el depósito, la realidad me golpea tan fuerte que no sé dónde apoyarme para no caer. Empiezo a retroceder y tropiezo con el mismo puto escalón con el que casi se mata Brooke hace un momento.

Si todavía no he explotado es porque he empezado a disociar tanto que me parece estar viendo a Savannah montada en mi moto. Una moto que debería estar en mi casa y una Savannah que debería estar…, bueno, eso ni lo sé ni me importa.

Porque esto tiene que ser una alucinación, ¿verdad?

Brooke, tan oportuna como siempre, desde el suelo, consigue alzarse para sacarme de mi locura.

—¿Savannah?

Mierda, si ella también la ve, significa que esto tiene que ser real. No es un delirio colectivo, ni un efecto secundario del peor fin de semana de mi vida. Es real.

Me paso la mano por el pelo y suelto un bufido, totalmente incrédulo.

—¿Qué coño haces aquí? —digo sin una pizca de humor, recortando las distancias hacia mi moto.

Sigo avanzando hasta quedarme justo delante de ella, invadiendo todo su espacio, obligándola a quedarse ahí. A no poder salir corriendo otra vez.

—Bájate —ordeno en voz baja.

No tiene escapatoria posible, estoy peligrosamente cerca.

Ya no lleva el casco, pero mantiene la mirada clavada en el suelo, como si eso fuera a protegerla de mí.

—Bájate —repito en un tono mucho más firme.

Durante unos segundos, no se mueve. Un tiempo que se me hace eterno mientras las imágenes de esta mañana se reproducen en bucle en mi cabeza, torturándome.

Finalmente, pasa una pierna por encima de la moto y se baja con una lentitud que me está poniendo más nervioso de lo que ya estaba.

En cuanto sus botas tocan el suelo, doy un paso más.

La distancia que ya era inexistente desaparece del todo.

—¿En serio? —murmuro, clavándole la mirada—. ¿Esta es tu siguiente jugada?

No responde. Y eso me enciende más que cualquier respuesta.

—Mírame.

Nada.

—Has vuelto a jugar conmigo —empiezo, notando cómo se me acumula todo en la garganta—. Desapareces después de habernos acostado… y ahora apareces aquí. Con mi moto. ¿Qué pretendes conseguir con esto, Savannah?

Sigue sin mirarme. Y ya es suficiente.

Alargo la mano y le sujeto la barbilla, forzándola a levantar el rostro. No es un movimiento brusco, pero tampoco suave. Es firme y directo. Es exactamente lo que no debería estar haciendo: acercarme a ella otra vez.

—He dicho que me mires.

Y cuando lo hace..., se convierte en el peor error de todo el fin de semana.

Consigo verlo todo en sus ojos: la confusión, la rabia… Algo que se parece demasiado a lo que yo siento.

—¿Y quién demonios es Chrishell, Dylan? —dispara de golpe, apartándome la mano con más fuerza de la que esperaba—. Dime ahora mismo quién está jugando con quién, por favor.

—Savannah… no tienes ni idea de lo que hablas.

—Hablo de que me he encontrado con ella en el pasillo del hotel, y ahora en tu casa, pero tranquilo, no tiene ni idea de lo cerdo que eres —me corta—. Así que mejor no me vengas ahora con

explicaciones de mierda, porque no hacen falta ya. Sé muy bien lo que he visto, tanto allí como aquí.

—Vámonos a otro lado y te lo explicaré todo. —Rodeo mi moto, me subo y, en cuanto la arranco, le tiendo el casco para que se lo ponga.

—No pienso irme a ningún sitio contigo. —Niega con la cabeza y veo cómo la rabia de su mirada disminuye, ahogada por unas lágrimas que intenta contener.

Miro a Brooke, que me hace un gesto para que desista. Ahora mismo es la única imparcial en esto, así que le hago caso. Me pongo el casco que antes le había ofrecido a Savannah y doy un giro de gas. La moto vibra bajo mi cuerpo, y antes de que pueda pensar demasiado, ya estoy fuera, dejando atrás la luz neón del Loopsie's y las risas ahogadas de algunos clientes que estaban en la entrada principal.

Hago el camino de vuelta a casa acelerando más de lo que debería. Y mientras todo a mi alrededor se convierte en un borrón de luces y sombras, aprovecho cada cambio de marcha para distanciarme todavía más de Savannah.

Estamos metidos en un bucle asqueroso del que me encantaría salir, pero no tengo ni idea de cómo.

Ojalá no hubiese vuelto. Ojalá yo no hubiese ido a Nashville.

Cuando llego a casa, reduzco la velocidad al entrar en la parcela y dejo la moto junto al establo. Entro directo a por Machine, el primer caballo que volvió a pisar este sitio después de años.

Intento quitarme a Savannah de la cabeza, pero es imposible. Mire donde mire, todo me acaba llevando a ella. El establo, los caballos..., en parte, todo esto se lo debo a ella, a su cheque de despedida. Al dinero que me dejó por irse y que, en un principio, me negué a tocar por orgullo. Pero luego la rabia se apoderó de mí y me gasté hasta el último centavo. Al menos utilicé el sentido común y lo hice bien: empecé con la reforma de la cocina del bar y reabrí el establo.

Ahora, preparo la cerveza en la pequeña fábrica del abuelo de Chrishell, el viejo Nolan; unas instalaciones que no siempre fueron mejores que las mías. La última vez que competí en el concurso de la cosecha, me ganó, aunque solo porque a mí me desclasificaron y,

con el dinero del premio, él pudo mejorarlo todo, y vaya si lo hizo. Gracias a eso tengo el mejor fermentador y borboteador que podría permitirme.

Machine está enredado con el heno. Ha hecho lo de siempre, lo ha esparcido por todo el box y ahora se dedica a comerlo como si nada, obligando a alguien (normalmente a Knox) a recoger su desastre.

—Eres incorregible —murmuro, apoyándome en la puerta antes de entrar.

Levanta la cabeza al oírme, mastica sin ninguna prisa y resopla. Está claro que le da absolutamente igual mi opinión.

Le coloco la montura, ajusto la cincha para que quede firme y le pongo la brida. Cuando termino, le doy un par de palmadas en el cuello antes de sacarlo del establo.

Monto de un impulso, acomodándome en la silla de montar y, en cuanto me aseguro los estribos, aprieto los talones. El caballo arranca al paso y, en cuanto le dejo un poco más de rienda, rompe a galopar por el campo.

Antes solía salir a correr al bosque que hay detrás de casa para despejarme, ahora siempre lo hago con él.

A Machine lo encontré en uno de esos momentos en los que no sabes muy bien qué estás haciendo con tu vida, pero tienes claro que lo que estás haciendo no te sirve.

Un tipo de las afueras estaba vendiendo varios de sus caballos y Knox y Devon se empeñaron en acercarnos. Ni de coña pensaba reabrir el establo, pero en cuanto lo vi, supe que me tenía que quedar con él.

Machine estaba apartado del resto, en un cercado más pequeño.

—Este de aquí no te lo recomiendo, nos ha dado bastantes problemas —me soltó el tipo nada más señalarlo—. Demasiado nervioso. No se deja montar bien.

Me acerqué a él sin muchas expectativas y Gun, como se llamaba con sus antiguos dueños, en lugar de apartarse o tensarse como hacen la mayoría de los caballos cuando ven a un desconocido, se quedó quieto. Mirándome.

Resopló, como también hace ahora, y giró la cabeza, pero no se fue.

Ese mismo día le hice una oferta y me lo llevé.

Las primeras semanas fueron un desastre. El establo estaba todavía patas arriba y él se encargó de rematar el trabajo. Todo lo que podía romper, lo rompía. También intentó tirarme más veces de las que voy a admitir en voz alta, pero poco a poco nos fuimos conociendo y llegamos a un acuerdo.

Chocolate me dejó unos meses después de que Savannah desapareciera y, durante un tiempo, sentí que todo lo que tenía alrededor se iba cayendo a trozos sin que yo pudiese hacer nada. Siento que, en parte, Machine ha sustituido a Chocolate y ha ocupado su lugar. Eso, aunque me entristece, de algún modo también me da esperanza. ¿Podrá Chrishell hacer lo mismo con Savannah?

Niego con la cabeza en cuanto el pensamiento termina de formarse.

No pienso entrar en esa mierda de pensamiento.

Aprieto todavía más las piernas contra los flancos de Machine y le doy un poco más de rienda. Me inclino hacia delante, acompasándome con su movimiento y dejando que sea él quien lleve el control por un rato. Estoy agotado.

Después de varias vueltas por el bosque, empiezo a notar que Machine baja el ritmo y el galope se deshace en un trote más suave. Aflojo la presión de las piernas y recojo un poco las riendas, dándole a entender que es hora de regresar.

El camino de vuelta lo hacemos más tranquilos, envueltos por el canto de los grillos y el rítmico golpeteo de los cascos contra la tierra. Cuando llegamos al establo, lo detengo justo antes de entrar y le acaricio el cuello, que sigue caliente por el esfuerzo.

Me bajo de un salto y empiezo a quitarle las cosas con cuidado, aflojando la cincha un par de agujeros para que respire mejor antes de quitarle la montura. En cuanto le quito la brida, Machine sacude la cabeza con un resoplido.

Sin recrearme demasiado en el proceso, cojo la rasqueta que está encima de los montones de heno y se la paso varias veces por el cuello y los costados, deshaciéndonos del sudor y la tierra. Después,

le relleno el agua y le echo algo más de heno, aunque lo tenga todo esparcido por su cuadra.

Machine entra y vuelve a lo suyo en cuestión de segundos; coge el heno con la boca y lo sigue desperdigando por donde puede, solo que ya apenas le queda espacio libre para hacerlo y, al final, no le queda más remedio que comérselo.

Alargo la mano hacia el cubo de las zanahorias y cojo una. La golpeo un par de veces contra la madera de la puerta antes de tendérsela. El caballo levanta la cabeza al escuchar el sonido y la coge con ansia, devorándola de un bocado.

En cuanto desaparece la zanahoria, vuelve a su mundo de heno.

—Buenas noches, colega.

Apago la luz, cierro la puerta del box con un golpe suave y salgo del establo, sacudiéndome el polvo de las manos contra los vaqueros mientras camino hacia la casa.

Ahora mismo solo me apetece tomarme una cerveza delante de la tele sin que nadie me hable. Algo que sé que no va a ser posible. Subo los escalones del porche, deseando que Chrishell esté dormida, pero, como la suerte nunca está de mi parte, la encuentro sentada en el sofá con las piernas cruzadas y el ordenador sobre ellas.

Ni siquiera me hace caso cuando entro.

—Vaya, qué sorpresa. —Teclea un par de segundos más antes de levantar la vista para mirarme—. Ya pensaba que te había dado otro golpe de calor.

—Perdona, ha sido una noche larga… ¿Qué haces despierta a estas horas? Pensaba que ya ibas a estar dormida…

—Dije que íbamos a cenar juntos. ¿Te sigue apeteciendo o…?

—¿Cuánto te molestaría si lo dejamos para mañana? Estoy destrozado…

No me apetece nada sentarme delante de ella y sonreír pensando en lo que he hecho esta mañana. Joder, no sé cuándo voy a salir de este bucle.

—Vale.

Y así, sin más, cierra el portátil y lo aparta a un lado. Empieza a subir las escaleras y en el segundo peldaño se detiene para mirarme. Ahí comprendo que me espera una noche bastante larga.

Mierda, me debería haber quedado a dormir con Machine sobre el montón de heno que lleva preparándome toda la semana.



CAPÍTULO 26

Savannah

Country Girls (Just Wanna Have Fun) - Mackenzie Carpenter

Siempre que estoy en Dukeforth acabo emborrachándome. Aunque, si echo la vista atrás y hago un pequeño estudio estadístico nada fiable pero bastante revelador, hay un patrón clarísimo en todas esas borracheras. Un elemento común. Un nexo indiscutible: Brooke.

Cada vez que Brooke me dice «confía en mí», debería salir corriendo en dirección contraria. Y, sin embargo, aquí estoy. Sentada en una mesa al fondo del bar con un cóctel inventado por ella, mirándola mientras me sonríe, disfrutando de mi autodestrucción.

En cuanto se ha ido Dylan, Brooke ha echado a Knox y Devon del bar y me ha arrastrado hasta aquí. Ha chantajeado a Danny para que se quedase al mando de la barra y me ha obligado a narrarle, escena por escena, todos los capítulos que se había perdido del culebrón en el que se ha convertido mi vida estas últimas horas.

—Vale —dice cuando termino, apoyando los codos sobre la madera —. ¡Esto ha ido mejorando por momentos!

—Me alegra que mi colapso vital te entretenga. —Giro la sombrilla del papel—. Gracias, es muy alentador de tu parte.

—De nada. Pero continúa. ¿Qué pasó exactamente cuando viste a Barbie lencera?

Cierro los ojos y le doy otro trago al cóctel. Está demasiado bueno como para no hacerlo.

—No, Brooke, esa no es la pregunta. La pregunta es desde cuándo.

—¿Desde cuándo qué?

—Desde cuándo sabías lo de Chrishell.

Su sonrisa se borra y se levanta de golpe.

—¿Te preparo otro? —Alza mi copa a la que apenas le queda líquido.

—No. No me hagas eso. —Niego con la cabeza recuperando mi vaso vacío—. No me cambies el tema. ¿Desde cuándo sabías que estaba con ella?

—Desde que empezaron… Hace unos dos años.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿Qué? ¡Si podrían estar casados!

—¿Esos dos? ¡Ya quisiera Chrishell! No te preocupes por ella, de verdad, Savannah. Dylan no lo quiere admitir, pero estoy segura de que ni siquiera le pone lo suficiente. Igual al principio no estaba mal… Las primeras ¿treinta?, ¿cincuenta veces?, pero ¿ahora? ¡Por Dios! —Brooke se santigua—. Ahí no hay nada que hacer.

—Te estás inventando estadísticas otra vez, ¿verdad?

—No —niega, muy digna, aunque casi se le cae el vaso al hacerlo —. Te aseguro que Chrishell es solo la solución temporal a sus problemas emocionales. Dylan no te ha superado, Savannah. ¿Quieres saber cuándo empezó con ella? En marzo de hace dos años. ¿Te dice algo esa fecha? —Marzo fue el mes en el que me prometí—. Si estuviera realmente enamorado… —hace una pausa dramática y me señala con la pajita— no se habría metido hoy entre tus bragas.

—¡Brooke! —Le quito la pajita de los dedos y se la lanzo, horrorizada.

—¡Savannah! —me imita, llevándose una mano al pecho—. Ese chico no está enamorado. Está confundido. Que no es lo mismo.

Me encantaría creerla. De verdad que sí. Pero si en condiciones normales Brooke ya es cuestionable, con alcohol en sangre lo es muchísimo más.

—No sé… —murmuro, dejando caer la cabeza hacia un lado—. Supongo que estamos destinados al fracaso. Cuando no es una cosa, es otra. ¿Por qué no puede ser todo más fácil?

—Savannah, te lo he dicho mil veces, con las decisiones que has tomado, no lo puedes tener todo. Es como a la gente que le gusta la *pizza* con piña. O una cosa o la otra. No puedes tener las dos cosas al mismo tiempo.

—A mí me gusta la *pizza* con piña.

—Pero a la gente normal no —replica, tajante—. La gente normal se come una *pizza*… y, como mucho, se come la piña de postre. Separada.

—Supongo que tienes razón… y, por no tener, ni siquiera tengo ropa para dormir esta noche. ¿Me dejarías un pijama? He perdido la maleta en algún lugar de la enorme parcela de Dylan. La tiene cada día más grande, ¿te has fijado? —Cuando le encuentro el doble sentido a mis palabras, me tapo la boca para ahogar un grito de vergüenza—. ¡La casa quiero decir! Me ha parecido ver que ha construido algo cerca del granero.

—Sí, ha ampliado un poco la zona para guardar las cosas de los caballos.

—¿Caballos?

—Caballos —repite, dando un sorbo—. En plural.

—Sí, eso he dicho. —Madre mía, creo que está más borracha que yo.

—Savannah, tú sí que te has perdido capítulos. ¿Ves? Estas son las cosas que pasan cuando decides prohibirme hablarte de él.

En cuanto la última mesa del bar se vacía, Brooke se levanta con la seguridad de que tiene un as bajo la manga, y se acerca a Danny para susurrarle algo mientras me observa desde la barra.

—Nos vamos —me dice con una sonrisa que me hace sospechar que estoy a punto de meterme en un lío.

—¿A casa?

—No todavía —responde, ladeando la cabeza y apoyando una mano en la cintura—. Confía en mí. Tengo un plan.

Camino detrás de ella con la cabeza zumbando por el alcohol. Debería haber salido corriendo al oír esas tres últimas palabras, pero después de ahogar mi raciocinio en un último sorbo de cóctel rosa, lo único que me apetece es ver qué demonios se le ha ocurrido ahora.

✦···✦···✦···✦···✦···✦

Danny nos ha acercado con su coche hasta la enorme casa de Dylan. No lo conocía, pero creo que me cae bien, y a Brooke,

claramente, le gusta. Es moreno, alto, fuerte… y tiene una sonrisa bonita. Además, parece tenerlo todo siempre bajo control. Estoy segura de que, si se cayera un meteorito encima de nosotros, él todavía tendría tiempo de venir a salvarnos antes de correr hacia el búnker. Porque él fue militar, tiene que saber dónde están los búnkeres en caso del fin mundo, ¿no?

No sé, definitivamente si no estuviese enamorada de Dylan, creo que este chico también me podría interesar. Un momento, ¿«enamorada»? ¿he dicho yo eso? No, habrá sido el estúpido cóctel rosa que sabía a batido de fresa para niños pequeños.

—Os voy a dejar aquí, si me acerco más y están despiertos, Dylan va a ver los faros y paso de que me despida. Si os pillan, recordad, yo no he tenido nada que ver con esto.

—Está bien, pero no te vayas sin nosotras.

—No, Brooke, me quedo aquí con las luces apagadas. Y si en media hora no volvéis, me haréis ir en vuestra búsqueda. Así que no tardéis.

Brooke asiente con una seriedad ridícula para el puntillo que lleva encima, y yo la imito con la cabeza demasiado rápido, sintiendo todo el alcohol rebotar por mi cerebro.

Bajamos del coche de Danny a trompicones y nos metemos de lleno en la oscuridad. Por suerte para mis articulaciones ebrias, no hay que saltar ninguna valla ni hacer acrobacias ilegales; basta con abrir una puerta con dos tablones de madera y avanzar en línea recta hasta que el suelo cambie de gravilla a tierra.

Brooke tropieza con un montón de ramas secas y yo tengo que agarrarla del brazo antes de que caiga de morros.

—Esto es enorme —comento lo evidente—, igual no la encontramos a la primera. Podría estar en cualquier lugar: detrás del granero, junto a la moto, escondida entre los arbustos…

—¡Como un tesoro pirata! —susurra Brooke con ojos brillantes.

Avanzamos como podemos hacia el granero, esquivando sombras que juraría que se mueven (no se mueven, Savannah, céntrate). La luna ilumina justo la zona donde Dylan suele dejar la moto, que vuelve a estar en su sitio, perfectamente colocada.

—Vale —murmuro, girando sobre mí misma—. Esto empieza a parecer una muy mala idea.

Doy un par de pasos y no tardo en dar con el bulto en la oscuridad, medio escondido entre hojas y barro.

—¡Ahí está! —grito, corriendo hacia mi maleta y pateando suavemente las hojas para despejarla.

—¡Pero gatea! —me riñe Brooke en un susurro escandalosamente alto—. ¿Quieres que nos vea?

Me quedo congelada, con el pie suspendido en el aire.

—¿Quién?

Brooke me mira como si fuera idiota.

—¿Quién va a ser? ¡Dylan!

Con todo el esfuerzo del mundo, me agacho y avanzo en una especie de intento de sigilo. Consigo llegar hasta la maleta y la pesco por el asa, tirando de ella con cuidado para que no haga ruido. Un esfuerzo que, por supuesto, no sirve de nada.

Las dos nos quedamos quietas.

En silencio.

Conteniendo la respiración.

—Vale, no pasa nada.

—Brooke, deja de decir «no pasa nada» porque claramente sí pasa. ¡Nos va a pillar!

Una luz se enciende en la casa.

Las dos levantamos la cabeza al mismo tiempo.

—Corre —dice ella.

—¿Cómo que corra? ¡Si me has dicho que gatee!

—¡Cambio de plan!

Y con ese último grito, agarro la maleta como puedo y salimos disparadas hacia la oscuridad, tropezando, riendo y haciendo muchísimo más ruido del que cualquier persona que intenta pasar desapercibida debería hacer.

—¡Por ahí! —susurra Brooke, que claramente no entiende el concepto de susurrar.

—¡No!

Diviso los fardos de heno junto al lateral del granero y, con un movimiento rápido, tiro de ella justo cuando la luz del porche se

enciende de golpe.

Nos dejamos caer detrás del heno en una maniobra nada elegante.

—Me estás clavando algo en el riñón —murmuro.

—Es mi codo.

—Pues quítalo de ahí.

Nos asomamos apenas un centímetro, lo justo para ver sin ser vistas.

Dylan sale al porche, descalzo, con la misma camiseta gris que llevaba antes y el pelo algo más revuelto. La luz le dibuja el perfil y, en un estúpido y completamente inoportuno instante de delirio, suspiro en alto.

—Cállate. —Brooke me vuelve a clavar su codo.

Dylan baja los escalones despacio, mira hacia la zona de la moto y luego hacia el granero, alerta.

Mi corazón va tan rápido que estoy convencida de que puede oírlo desde allí.

Se queda ahí durante unos segundos, hasta que una voz lo distrae. Él gira la cabeza hacia la casa. No alcanzo a verlo bien desde aquí, pero me jugaría la maleta a que está molesto. Antes de entrar de nuevo, echa un último vistazo alrededor, pero la penumbra juega a nuestro favor y no distingue nada.

Tras su portazo, nos quedamos inmóviles detrás del heno, escuchando. Cuando nos aseguramos de que Dylan se ha ido y no es una falsa alarma, asomamos un poco más la cabeza. Desde nuestra posición solo vemos las cortinas, pero son lo bastante finas como para dibujar sombras y traicionar lo que ocurre dentro.

Primero aparece la silueta de él, quieta, en mitad del salón. No hace falta verle bien para saber que está tenso. Se le nota en la forma en la que ocupa el espacio. Después, la de ella, más pequeña, pero imposible de ignorar. Chrishell no para quieta. Va de un lado a otro demasiado rápido. Sus brazos se zarandean de forma exagerada, y aunque no escucho nada, casi puedo reconstruirlo. Estoy borracha, pero no lo suficiente como para no entender lo que está pasando ahí dentro.

—¿Ves? —susurra Brooke junto a mi oído—. Te lo dije. No se aguantan.

—Vámonos, Brooke. No deberíamos estar viendo esto.

—Porque odias darme la razón y sabes que con esto la tengo.

Estiro de su brazo y de mi maleta al mismo tiempo para salir del enorme fardo que nos cubre.

—Corre.

Pese a todos los intentos de Brooke por seguir criticando a Chrishell y de colarnos en el establo, hacemos el camino de vuelta al coche de un modo mucho menos divertido. Debería estar contenta porque la relación del momento no va tan bien como ellos pintan, pero no me siento así. Preferiría ver a Dylan bien, aunque no fuese conmigo, y sé que donde está ahora no es el lugar.

Está claro que por hurgar en la vida de alguien a altas horas de la madrugada no puedo sentar cátedra, pero en el fondo Brooke tiene razón y su relación no estará tan bien cuando ha vuelto a mí.

Con ese último pensamiento y el traqueteo del coche, en algún punto entre la casa de Dylan y la de Brooke, me quedo dormida.



CAPÍTULO 27

Dylan

HEARD IT IN A COUNTRY SONG - RUSSELL DICKERSON

Fui feliz hasta su vuelta. Aunque feliz es un eufemismo bastante potente para decir que había conseguido construir una realidad que no me obligaba a pensar en ella.

El bar, el nuevo establo, mi pequeño negocio de cerveza y Chrishell me ocupaban la mayor parte del tiempo, y acababa el día tan agotado que conseguía dormirme nada más tocar la cama. Ayer, pese a las horas acumuladas sin dormir, no conseguí pegar ojo en toda la noche, y nada tiene que ver con la discusión que tuve con Chrishell que se disolvió tan pronto como subimos a la habitación.

Esta mañana, en cambio, el ambiente vuelve a estar relajado, tal y como lo dejamos antes de irnos al *draft*. Al entrar en la cocina, me recibe un olor que instantáneamente me revela que Chrishell lleva horas despierta. El espacio está lleno de flores frescas, una de sus debilidades cada vez que pasa por el gimnasio del pueblo a primera hora. Lo que significa que su despertador ha tenido que sonar a las cinco de la mañana y yo no me he enterado de nada.

Ahora está pasando un paño mojado por la encimera y, en cuanto me ve, me regala una sonrisa mientras señala la pila de tortitas de avena. Cocinar algo saludable que sepa a corcho es su forma de destensar la cuerda.

—Buenos días, dormilón —me saluda, mientras se deshace de los restos de masa que han quedado en la batidora.

Aprovecho que me estoy estirando para mirar el reloj. Solo son las ocho de la mañana, no he dormido tanto, pero puedo entender por qué lo dice. Cuando yo me levantaba a las cinco de la mañana también llamaba dormilona a Savannah.

Agito la cabeza. «Joder, ¿puedes salir de mi cabeza?».

—No he descansado muy bien esta noche —me justifico.

—Pero estás igual de guapo que siempre —dice, pasando por mi lado y dejándome un beso rápido que sabe a tortitas sin azúcar—. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Pensaba pasarme por el bar, revisar la caja de estos días y ver si necesitamos pedir más suministros —le respondo, mientras ella recoloca los jarrones—. No me convence mucho el proveedor de la carne, así que quiero echarle un ojo a eso también.

—No te puedo ayudar. Sabes que no como de eso —me responde, abrazando contra su pecho el ramo de flores naranjas de las que no tengo ni idea de su nombre—. ¿Has pensado ya en meter algún plato vegano?

—Sí —respondo—, y la respuesta es la misma que la última vez: no.

Me lanza una mirada entre molesta y decepcionada, y yo no puedo evitar reírme. Creía que ya se le había pasado esta pataleta.

—¿Por qué no? No cuesta nada tener una opción para los clientes que lo prefieran.

—Ya te lo he dicho mil veces. No tendría ningún sentido, Chrishell. No somos un restaurante de Boston a los que solías ir; somos un bar. La gente viene a beber cerveza y a comer alitas mientras mira los resultados de la liga. No vienen a comerse una ensalada de quinoa. Si tú la quieres, sabes que Danny puede prepararte cualquier cosa.

—¿Con todo ese aceite? —Pone cara de estar viviendo su peor pesadilla—. No, gracias. ¡Pero no pasa nada! ¿Sabes lo que sí podemos hacer? Podríamos pedir el sello de certificación vegana para la cerveza, ya he estado gestionándolo.

—¿Para mi cerveza? —pregunto para ganar tiempo de respuesta.

—¡Claro, bobo!

—Entiendo la filosofía, la respeto… —digo, cogiendo un plato del armario y sirviéndome unas tortitas—, pero gastar dinero en un sello que no cambia nada me parece absurdo.

—¿Que no cambia nada? ¡Lo cambia todo! Mira, con este sello podemos posicionarnos en mercados nuevos, que la gente vea que

somos responsables, que nos importan los detalles… y, sobre todo, que tenemos cuidado con los ingredientes seleccionados. Mejora la percepción de la marca, Dylan, y podríamos crecer mucho más rápido si lo hacemos ahora.

—O crecer más lento si tiramos el dinero.

Casi todas las cervezas artesanas son veganas de base y, sí, algunas meten clarificantes animales o incluso miel en algunas etapas del proceso, pero nuestra receta no. Aun así, ¿poner un sello solo para que alguien más se fije en nosotros? Paso de gastar dinero en algo que cualquiera con un poco de curiosidad puede verificar. Me parece tirar el presupuesto.

—Dime un motivo real por el que no quieras. Porque solo oigo excusas de alguien que quiere quedarse en la zona de confort. Como el hecho de que aún no hayas registrado la marca ¡Eso es algo que ya tendría que estar listo!

Odio cuando empieza con su discurso de gurú que saca de las criptoprincesas que sigue en Instagram.

—¿No has visto los documentales que hablan de todo el lío de las etiquetas de «orgánico» y «vegano»? —digo, cruzándome de brazos —. Muchos alimentos ni siquiera cumplen los estándares, y aun así se venden como la octava maravilla y diez veces más caros. No me fío de esos logos ni de los supuestos sellos de calidad. Quien quiera comprobar lo que hay en la cerveza puede leer la etiqueta o venir a la fábrica y verlo con sus propios ojos. Ahí está la transparencia de verdad.

—¡Venir a la fábrica! ¡Qué buena idea, Dylan! Podemos hacer un día de puertas abiertas…

Mis palabras parecen abrirle una nueva dimensión en su mente, porque de repente empieza a hablar sola mientras camina por la casa organizando *tours* y talleres imaginarios. La dejo que siga soñando en voz alta con sus planes imposibles y yo salgo al porche a desayunar. Así, al menos, me gano un rato de paz hasta que vuelva con otra de sus ocurrencias que siempre me toca frenar. Si no fuese así, mi cerveza ya sería la cosa más comercial del mundo con diferentes etiquetados según la edición, colaboraciones con

influencers, sellos por todos lados…, justo lo que intento evitar a toda costa.

Quiero mantenerla como algo artesanal cien por cien. Me niego a perder el cuidado en cada botella y la sensación de que cada lote sigue siendo único. Sé que, si empiezo a despistarme y la dejo avanzar con sus ideas de *branding*, sus planes de *marketing* y esas «mejoras» que solo buscan impresionar a los demás, perderé la esencia familiar y tradicional que tanto me costó conseguir. Y eso no va a ocurrir. Por mucho que ella diga que mejoraría la marca, yo sé que no hay nada que pueda sustituir lo que hace que mi cerveza sea verdaderamente mía.

También sé que gracias a ella y a la pequeña nueva fábrica hemos conseguido mucho más de lo que jamás hubiera imaginado: contactos, ideas, incluso un poco de visibilidad que de otro modo me hubiese costado años… Pero no quiero que mi cerveza se convierta en una más, en otra marca que se pierda entre millones de latas de colores chillones y eslóganes pensados para impresionar a cualquier borracho de supermercado.

Sé que no vamos tan bien de dinero como había previsto para este año, que no ingresamos todo lo que generamos y que, con la mitad de sus ideas, probablemente haría mucha más caja. Pero eso también significaría perder la esencia de la cerveza, volverla algo comercial, estandarizado y predecible… Y eso no puedo permitirlo.

No quiero aumentar el volumen si eso va a hacer que deje de ser una marca nicho, especial. Quiero conectar con personas que de verdad valoren el esfuerzo, gente que sienta que hay una historia real detrás de cada botella. Mi objetivo es mantenerla auténtica, aunque a veces eso signifique decir «no» al dinero fácil.

Miro al horizonte, pero en realidad no estoy viendo nada. Solo recordando ese ruido extraño que creí escuchar ayer. Tengo que ir a comprobar que los caballos estén bien. Seguro que sí. Seguro que solo fue Machine haciendo de las suyas con el heno. Debió de chocar contra la madera y el impacto golpeó la verja.

Todas las noches antes de dormir, reviso varias veces que el establo esté bien cerrado, los cerrojos en su sitio y que ningún animal haya golpeado el pestillo sin querer. Es como cuando sales de casa y, a los

minutos, no recuerdas si cerraste con llave. Una pequeña duda que te carcome por dentro y no te deja en paz hasta que vuelves para comprobarlo. A mí me pasa con mis caballos, pero la diferencia es que yo tengo motivos para ser así de obsesivo. Mi abuelo tuvo un descuido y mis padres murieron a causa de eso.

Y pese a que me encantaría pasarme aquí toda la mañana, la tranquilidad es un lujo que no me puedo permitir. Me llevo a la boca el último trozo de tortita y entro de nuevo en casa, donde me recibe el murmullo lejano de Chrishell filtrándose desde alguna habitación.

Me meto en la ducha y abro el grifo hacia el lado del agua fría. Esto es mi cafeína. Apoyo las manos en la pared y dejo que el agua arrastre lo poco que queda del mal sueño y de los recuerdos que siempre esperan a que baje la guardia. Al salir, lo hago con una decisión, y esa es enfrentarme a Savannah. Cuando le dije que quería solucionar las cosas, lo dije de verdad. Y sigo pensándolo. No tiene sentido seguir enzarzados en este odio absurdo que ahora ella también parece sentir por mí cuando los dos hemos pasado página. Porque ella puede decirme lo que quiera, pero es igual de culpable que yo al engañar a su pareja.

Me visto rápido: camiseta vieja, vaqueros y botas. El aire de la mañana todavía es fresco, así que aprovecho para cruzar hasta el establo y abrir la puerta con cuidado. Los cinco alzan la cabeza al mismo tiempo. Todo está en orden. Aun así, recorro los boxes uno a uno y dejo preparado el equipo; hoy Knox tiene ruta.

Machine resopla cuando me ve.

—Hoy compórtate —le digo en voz baja—. No quiero sustos.

Una de las primeras veces que Knox organizó una excursión con el grupo de señoras de *spinning*, Machine decidió que era un buen día para explorar nuevas amistades. Yo todavía estaba por allí, limpiando el establo, mientras Knox explicaba las reglas básicas del paseo con la poca seriedad que le caracteriza.

Una de las abuelas, muy bronceada y con unos bíceps sospechosamente definidos para su edad, se inclinó demasiado para hacerse unas fotos con el caballo. Y el curioso de Machine, que no entiende de límites ni de espacio personal, alargó el cuello… y le quitó la peluca de un tirón limpio y perfecto. Él se quedó tan

tranquilo, posando orgulloso con el trofeo colgándole del hocico. La señora, en cambio, tardó un buen rato en reaccionar. Tanto que pensé que le estaba dando un ictus, pero, de repente, soltó una carcajada que resonó por todo el establo. Y, a partir de ese día, cada vez que vuelve, le trae manzanas para tenerlo distraído mientras sigue posando con él para sus redes sociales.

Cierro el establo y vuelvo hacia la casa con el sol empezando a subir por encima de los árboles.

Hora de irse al bar.

Cojo las llaves y conduzco con la ventanilla bajada, una de mis cosas favoritas en esta época del año, cuando todavía se puede respirar sin asfixiarte. Aparco delante del bar y frunzo el ceño al ver el enrejado de la puerta abierto.

—Espero que no se les olvidara cerrarlo ayer porque los mato —protesto, bajándome de la camioneta.

Cuando entro, me encuentro todas las luces encendidas y a Savannah, Brooke y Danny riéndose mientras juegan a los dardos como si fueran las once de la noche en lugar de la mañana. Danny está a punto de lanzar, Brooke le grita que va a fallar antes siquiera de que suelte el dardo y Savannah se carcajea con la cabeza hacia atrás, relajada. Hacía tiempo que mi retina no guardaba esa imagen y… la echaba de menos.

«¡Mierda! Otra vez me está pasando. ¡No, no! ¡No la echabas de menos!», me riño.

Tienen la música tan alta que no se han percatado de que he entrado.

Cruzo el bar despacio, observando cómo se desarrolla la escena, y justo antes de que Danny lance, alcanzo el altavoz y lo apago de golpe.

—Buenos días.

—¡Qué susto, Dylan! —protesta Brooke, llevándose una mano al pecho mientras Danny suelta el dardo en una mala dirección.

Pero yo ya no los estoy mirando a ellos, porque Savannah ha dejado de reírse y ahora me está mirando. De repente, siento que todo lo demás desaparece, incluso Brooke, que está diciendo algo, queda reducida a un murmullo sordo. Solo estamos los dos, frente a

frente, con todo lo que llevamos callando atrapado entre nosotros, a punto de estallar.

Savannah hace una mueca, y luego, con un gesto apenas perceptible, le indica a Brooke que no la deje a solas conmigo. Pero conozco a Brooke y mi amiga está muy lejos de ahí. Tanto que ya ha empezado a hacerle gestos al pobre de Danny, que vive ajeno a todo lo que está ocurriendo.

—¡Danny! —le sisea Brooke, clavándole las uñas en el brazo para que espabile—. Tenemos que… revisar el inventario de servilletas. Ahora.

—¿Qué? —pregunta él sin entender nada.

—Sin servilletas, el negocio se derrumba. —Brooke lo hace girar sobre sus talones y lo empuja sin miramientos hacia el almacén.

Mi cocinero me lanza una mirada de desconcierto. Me gustaría salvarle de las garras de Brooke, pero cuanto antes me quite esto de en medio, mejor, si no va a acabar siendo incomodísimo para todos.

Se alejan discutiendo sobre cómo colocarlas en los dispensadores para ahorrar más, algo que estoy casi seguro de que Brooke se acaba de inventar sobre la marcha, pero Danny la escucha y asiente, intentando buscarle el sentido. Al adentrarse en la trastienda, la cortina de tela gruesa se cierra tras ellos con un golpe suave que los envuelve. Y de repente, el bar se queda en silencio. Sé que ni de coña Brooke va a bajar al almacén. Ahora mismo estará tras la cortina, quieta, escuchando, pero no me importa, así luego me ahorro el resumen al que me iba a obligar.

—Yo, entonces —empieza Savannah a hablar—, me voy a ir…

—No, por favor, quédate. —Alargo la mano y señalo una mesa.

Ella suspira, agotada, y aprovecho el movimiento de su pecho para observarla. Viste de una forma tan distinta a la que recordaba... Supongo que todos hemos cambiado, pero a ella se le nota mucho más. Quizá sea porque antes tenía una personalidad que explotaba en colores, siempre cargada de accesorios y con purpurina en su maquillaje. Ahora es como si alguien hubiera condensado su esencia en una versión más neutra y estereotipada de lo que mi cabeza clasifica como estrella de Hollywood. Se acerca algo más al estilo de Brooke, pero mucho más caro y sofisticado. Lleva unos pantalones

negros cortos con flecos rasgados y detalles brillantes. Ese tejido contrasta con la intensidad de su top ajustado, de un rojo carmín, mientras que unas botas de terciopelo con un tacón que no parece pensado para caminar durante horas le llegan a medio muslo. Aunque todavía no hace tanto calor, dudo mucho que sea cómodo llevar eso pegado a la piel todo el día.

Ya no parece espontánea ni ligera. Ahora parece intocable, mientras que la Savannah que yo recuerdo podía ponerse cualquier prenda colorida que no combinara y, aun así, brillar más que nadie.

Se mueve hacia la barra para distanciarse de mí.

—Savannah, por favor. Solo serán cinco minutos —insisto.

Quizá sea contraproducente que esté suplicando yo ahora, pero ¿a quién quiero engañar? Sabía que esto iba a pasar en cuanto la tuviese delante. Por eso la he estado evitando todo este tiempo: porque es mi debilidad.

—Está bien, Dylan, solo iba a coger la botella de agua.

Espero a que vuelva a pasar por delante de mí para seguirla hasta la mesa. Escoge la que está más cerca de la pared.

—He estado pensando en cómo abordar esta situación toda la noche y no he llegado a ninguna conclusión posible. Sabes que ya no quiero estar así contigo. Te lo dije antes de que...

—¿Así cómo, Dylan?, ¿enfadados o acostándonos con tu novia de dos años al otro lado de la puerta mientras espera a que acabemos?

—Savannah, tienes razón y sé que fue una cagada por mi parte… Y aunque no quiero hacer de abogado del diablo ni volver a gritarnos, tú tampoco eres una santa, te recuerdo que tienes novio. Los dos la hemos cagado a lo grande.

—Sí, solo que yo un poco menos. No estoy con Ewan, ni siquiera lo conozco desde hace más de un mes. Es todo un plan de comunicación para limpiar la imagen de marca que se tiene de mí en los medios.

Como hoy vuelva a escuchar la palabra «comunicación» o «marca», me clavo todos esos dardos en las orejas hasta quedarme sordo. ¿Es que ya no queda nadie auténtico en esta vida?

—No me estaba beneficiando mucho ser la pobrecita cuernuda, lo que no saben es que ahora soy yo «la otra». Qué divertido, igual se

lo cuento a mi equipo para que lo utilicen a mi favor.

—Savannah, por favor, no quiero que lo veas así. Tienes razón en todo lo que has dicho, pero supongo que los dos la hemos cagado a lo largo de nuestra relación y, si yo estoy dispuesto a hacer borrón y cuenta nueva…, ¿por qué tú no? Ya te lo dije, no vamos a volver a ser los de antes, de hecho, no sé si eso sería bueno para nosotros, pero al menos podríamos tener una relación cordial. Y más sabiendo que Brooke lleva todo este tiempo siendo tu amiga y no me lo había contado.

—¡Porque me hubieses despedido! —La voz de Brooke resuena desde el pasillo, cortando la tensión.

Ambos nos reímos y miramos hacia la cortina, que está ondeándose de manera delatadora.

—Dile que salga —me insta Savannah—. Se está enterando de todo igual.

—¡No es verdad! —grita, todavía detrás de la cortina.

—Te están diciendo que salgas, no hagas el tonto. —Reconozco la voz de Danny.

Brooke da un pequeño salto hacia adelante, como si alguien la hubiera empujado desde detrás de la cortina, y aparece de golpe.

—Hola, Brooke —la saluda Savannah con una chispa de complicidad.

—¿Vais a contarme ya desde cuándo sois amigas? —Señalo a ambas.

Tengo un nuevo plan, igual, si desvío la atención de nosotros, puedo hacer que rompa el muro que ha construido en menos de veinticuatro horas contra mí. Sé de obras y eso aún no ha secado; debe de ser sencillo de derribar. Tiene que volver a ser la misma que me estaba rogando perdón en el *draft*.

—En mi defensa —Brooke arrastra una silla y se uno a nosotros—, diré que tarde unos cuantos meses. No sabes cuán insistente puede llegar a ser. —Alzo las cejas ante su comentario—. Bueno, igual sí.

Savannah no se ríe, pero casi. Se le curva una esquina de la boca, lo justo para que yo lo note y me agarre a eso como si fuese una señal, una grieta de su muro.

Danny aparece justo detrás, apartando la cortina con el hombro mientras se sacude las manos como si acabara de hacer algo importantísimo ahí dentro, cuando todos sabemos que no. Mira de reojo a las chicas y luego a mí, calibrando el ambiente.

—Puedes sentarte —le invito.

—¡Trae algo de beber! —salta Brooke, girándose hacia él—. Pero que lleve alcohol, ¿eh? ¡Esto hay que celebrarlo!

«Ya empezamos…».

A Brooke le basta medio gesto, cualquier cosa que se parezca remotamente a una tregua para montar una fiesta y acabar con mi botella favorita sin ningún tipo de remordimiento.

Justo cuando voy a protestar, miro a Savannah, que me devuelve una sonrisa contenida. Está bajando la guardia y esa sí que me parece la excusa perfecta por la que brindar. Total, hace mucho tiempo que no encontrábamos ninguna.

—¡Etiqueta negra! —le grito a Danny, antes de que pueda arrepentirme.

Brooke se vuelve de golpe hacia a mí.

—¿La negra? —Abre los ojos exageradamente—. ¿Estás seguro? ¡Esa es la buena!

—¡Solo un chupito por cabeza! —advierto, levantando un dedo y señalándolos a todos.

Puedo hacer esto porque no están ni Knox ni Devon, si no, sé que se convertiría en una ronda tras otra. Eso sí, como se enteren, me matan.

Danny reparte los vasos de chupitos en la mesa de madera.

—¿Por qué vamos a brindar? —pregunta Brooke.

Su pregunta se queda suspendida en el aire.

—Por las visitas inesperadas —se atreve Danny.

Me gusta, es algo sencillo, pero con significado.

Brooke es la primera en alzar su copa, Savannah tarda algo más en reaccionar, pero termina estirando el brazo. Los tres llevamos los vasos hacia el centro y chocamos con fuerza.

Y justo cuando el *whisky* empieza a quemar en mi garganta, las puertas del bar se abren con un estruendo que hace vibrar los cristales.

Es demasiado oportuno para ser una buena señal.



CAPÍTULO 28

Savannah

Small Town, Girl - Lainey Wilson

Estoy empezando a odiar las puertas. Y a Chrishell. Y no precisamente en ese orden.

La puerta del bar se abre de golpe, estampándose contra la pared, y ella entra disparada con unas gafas de sol enormes, el bolso colgando de un hombro y el portátil bajo el brazo. Deja este último sobre la barra sin mirar siquiera dónde lo apoya y sigue hablando a toda velocidad.

No veo los auriculares, pero rezo porque estén ahí. Si no, estaría manteniendo una apasionada conversación consigo misma y sería algo que me daría bastante miedo porque, sinceramente, nadie quiere ser la enemiga de una persona potencialmente inestable. Y yo, habiéndome acostado con su novio, no estaré en su lista de personas favoritas por mucho que le guste «Savannah Morgan».

Gesticula con aspavientos y se pasea por el estrecho pasillo que crea el espacio que hay entre la barra y las mesas. Nosotros intercambiamos miradas sin saber muy bien qué hacer.

Cuando por fin cuelga, porque sí, estaba hablando por teléfono, se gira, y todos nos quedamos incriminatoriamente quietos.

¿Qué hago?, ¿me escondo? No, eso no tendría ningún sentido.

—Chicos, no sabéis el día que estoy teniendo… —empieza, pero su voz se apaga cuando sus ojos aterrizan en mí—. ¿Chicos? —Me señala con el dedo como si ella fuera E.T. y yo su casa—. ¿Es.. es Savannah Morgan?

—Eh… sí. Está aquí porque… —empieza Brooke a hablar. Yo me limito a sonreír y a saludarla moviendo la mano de un lado a otro—, porque… está interesada en…

—¡La fiesta de la cosecha! —le ayuda Danny.

—¡Eso! Está interesada en tocar aquí. Su equipo está ahora mismo hablando con el ayuntamiento, y ella, mientras tanto, se está tomando un… un agua. —Brooke levanta la botella que hay tirada encima de la mesa.

—Demasiado calor. —Agito otra vez la mano, solo que esta vez lo hago para abanicarme en un gesto exagerado.

—¡No me lo puedo creer! —Chrishell se abalanza sobre nuestra mesa y coge una silla para sentarse entre Dylan y yo—. ¿Cómo habéis oído hablar de este pueblo? Por redes sociales, ¿verdad? Seguro que fue en los meses que yo estuve al mando. —Se lleva una mano al pecho, orgullosa—. Tengo que volver a hablar con Katherine para que me deje participar en el comité de fiestas. ¡Y más ahora que vas a estar tú!

En vista de que ninguno hablamos, ella sigue haciéndolo sin enterarse de nada de lo que está ocurriendo.

—Es que no sé si lo sabéis, chicos, pero Savannah y yo ya nos conocíamos de antes, ¿a que sí? Estuvimos juntas en el *draft*.

—Sí… —digo, estirando la palabra lo justo para ganar tiempo—. Coincidimos allí.

—¿Coincidimos? Venga —me da un toquecito con el hombro de forma amistosa—, demasiado modesto eso, ¿no? Mira. —Desbloquea el teléfono y me lo planta delante de la cara—. Eres mi nuevo fondo de pantalla.

Socorro.

Levanto la vista buscando auxilio en la mesa, pero lo único que encuentro son tres espectadores muy dispares. Brooke está expectante, Danny conteniendo la risa y Dylan evita mirarme.

—Guau. —Es lo único que mi mente puede procesar para contestar.

—Es genial, ¿verdad? —responde ella, guardando el móvil—. Bueno, ¿y qué? ¿Te vas a quedar todo el día por aquí? Podemos enseñarte el pueblo, ¿a que sí, chicos?

Chrishell mira a sus amigos y a su novio. Se está empezando a mosquear de que no estén tan efusivos como ella.

—No creo que le apetezca ver el pueblo —interviene Dylan, rompiendo su silencio.

—¡No digas tonterías! Si va a estar solo un día, no se va a ir sin verlo…

—Lo cierto es que me voy a quedar aquí un par de días más.

No tiene sentido mentir ahí. La verdad es que cuando llegué, en mi ilusa burbuja, quería aferrarme a la idea de que no habría ninguna chica pegada al culo de Dylan. Pero, menuda idiotez, era ridículo creerse eso. Debí asumir que lo más probable era que esa chica se moviera en el mismo pequeño ecosistema que Brooke y que, tarde o temprano, acabaríamos cruzándonos. Dukeforth no es precisamente Nueva York. Pero en mi cabeza ese encuentro pertenecía a un futuro borroso y manejable, no a las primeras veinticuatro horas aquí. Y menos siendo su novia de *dos años*.

—¡Eso es una noticia estupenda! —Chrishell mira a sus amigos para que se unan a su histeria colectiva.

—Sí, mi equipo va a quedarse aquí un par de días mientras evalúa las características del evento —improviso—. Yo podía haberme quedado en el hotel del *draft*, pero me apetecía desconectar de todo. Nashville estaba siendo… demasiado.

Chrishell asiente inmediatamente.

—Te entiendo tanto —alarga la última palabra—. A mí me pasa lo mismo. Aunque no lo parezca —mira a Dylan en busca de aprobación—, soy una chica de ciudad…, pero en Dukeforth encuentro esa tranquilidad que allí me falta.

—Sí, necesito parar y volver a conectar con quien era.

—Pues has venido al sitio perfecto —apunta, satisfecha—. Aquí nunca pasa nada.

Si ella supiera todo lo que ha pasado aquí…

—Pero no te preocupes —continúa, inclinándose un poco hacia mí en plan confidencial—, nosotros podemos ser tus amigos. Somos gente muy normal y siempre nos lo pasamos genial juntos, ¿verdad?

Brooke se atraganta con su propia risa y Dylan le clava una mirada que, de poder, la desintegraría allí mismo.

Lo cierto es que la chica ha comprado mi historia sin cuestionarse ni uno solo de los agujeros de trama que he ido creando, porque, al parecer, eso es lo que pasa cuando eres una auténtica fan de alguien, que no buscas incoherencias y solo quieres que todo

encaje. Algo que, lejos de aliviarme, solo consigue que me sienta todavía peor.

La miro mientras entrelaza los dedos con los de Dylan y dibuja círculos distraídos en su palma. Y, en un estúpido cortocircuito mental, se me ocurre que igual es buena chica.

No lo sé. Supongo que tengo estos días para averiguarlo… y decidir qué hago con ello.

—¡Chicos! —De pronto, Chrishell da una palmada que resuena por todo el local—. No seáis maleducados, enseñadle esto, ¿no?

Antes de que pueda reaccionar, arrastra su silla con un chirrido y me agarra del brazo para levantarme con ella.

¿De verdad nadie le va a contar que yo he estado en este bar mucho antes que ella?

—Perdona que haya tenido que llegar yo para poner un poco de orden aquí —añade mientras me arrastra—. No se les da muy bien ser anfitriones. Como te he dicho, por aquí no pasa mucha gente nueva. Vas a descansar muchísimo estos días, ya verás.

Dylan, desde la mesa, levanta su vaso en un gesto lento, muy lento, que básicamente significa que no se va a inmiscuir entre su novia y yo.

Brooke le da un codazo.

—Haz algo —oigo que le susurra a mis espaldas.

Chrishell me suelta por fin, pero solo para colocar una mano en la parte baja de mi espalda y pasearme por el todo bar como si fuese suyo. Me lleva hasta el billar, hasta los dardos…

—Y este es el escenario —remata, dejándome enfrente del pequeño altillo de madera donde yo, en mi otra vida, solía cantar todas las noches—. A veces hacemos cosas aquí, música en directo y eso…, pero bueno, nada del otro mundo —dice, quitándole importancia con un gesto.

Gira la cabeza en busca de algún apoyo.

Me sorprendo cuando me encuentro a Dylan a unos centímetros de mí, que se ve que se ha unido a nosotras en algún punto del *tour*.

—Es… especial —admite Dylan tras un instante.

Conserva el mismo crujido en la esquina izquierda; el mismo micrófono apoyado contra el amplificador.

Chrishell asiente, satisfecha, y vuelve a enfocarse en mí.

—Sí, seguro que a ti te encantará —añade Chrishell, girándose hacia mí con una sonrisa brillante—. ¡Podrías subirte algún día si te apetece!

Brooke emite un sonido extraño. Algo entre tos y risa histérica. La odio. Se lo está pasando genial con todo esto.

—¿Qué? —pregunta Chrishell.

—Nada —carraspea Brooke—. Me he tragado… Una mosca.

Yo miro el escenario. Luego a Dylan. Él me sostiene la mirada y después la aparta como si el foco estuviera apuntándole directamente a la cara.

—Sí —suspiro con añoranza—. Quizá lo haga. Parece… un buen sitio para conectar con el público.

—¡Pues ya está! —dice, dando una palmada suave, encantada consigo misma—. Planazo. Primera noche oficial en Dukeforth y ya tenemos actuación sorpresa.

—¡No! —gritan Brooke y Dylan a la vez, sospechosamente sincronizados.

Chrishell se queda paralizada y confundida al mismo tiempo. ¿Le están llevando la contraria?, ¿me ha parecido verle un tic en el ojo?

—No tenemos el material que ella necesita… —improvisa Brooke.

—No pasa nada, podemos organizarlo —dice Chrishell, dando un saltito sobre sus talones mientras habla a mil por hora—. Dylan, tú puedes montar el equipo, ¿no?

—No creo que Savannah pueda cantar donde le apetezca. De hecho, dudo que pueda tomar cualquier decisión sin consultarlo.

«Perdona, ¿y ese golpe bajo?, ¿no habíamos firmado un tratado de paz?».

—Bueno —digo, con una ligereza que no siento—, en realidad no te falta razón. Mi equipo suele… supervisar bastante.

Supervisar es una palabra bonita. Controlar suena bastante feo y opresivo en espacios públicos.

—Tiene sentido. No pasa nada. —Chrishell me señala con una sonrisa cómplice—. No te preocupes, ya se me ocurrirá algo mejor para tu bienvenida.

—No hace falta— empiezo.

—¡Hace! —me corta, con su sonrisa perfecta—. ¡Muchísima! Pero eso lo pensamos luego —añade, dando una vuelta sobre sí misma—. Ahora, lo importante es celebrar que estás aquí, así que vamos a hacerlo tú y yo y a ellos los dejamos trabajando, ¿sí?

Miro a Brooke.

Miro a Dylan.

Miro al techo, por si hay alguna fuerza superior interesada en intervenir.

—Han abierto un sitio nuevo en el centro donde hacen los mejores batidos de kale del mundo.

Brooke frunce el ceño.

—¿De qué?

—Kale —repite Chrishell vocalizando lentamente, como si Brooke fuese tonta—. Supersano. Superdétox.

—Suena… interesante —digo, todavía a la espera de que alguien me salve.

—¡Lo sabía! —Chrishell se ilumina y, antes de que pueda reaccionar, ya me ha enganchado del brazo—. Te va a encantar.

No. No me va a encantar.

Odio el kale. Odio los batidos verdes. Odio cualquier cosa que tenga el color exacto del césped recién cortado.

Esta chica y yo no tenemos nada en común, por favor, que me suelte el brazo.

—Vamos —insiste, tirando de mí hacia la salida—. Os prometo que después volvemos aquí.

Antes de cruzar el umbral, Dylan pasa por nuestro lado y Chrishell lo detiene. Rodea su cintura con una mano, tira de él con suavidad y lo atrae en un movimiento suave, casi automático, y se alza para besarlo. Es un beso breve y cotidiano, y en cuanto lo hace siento que algo dentro de mí se rompe en silencio. No por el beso, sino porque, en mitad de ese gesto que debería pertenecerle solo a ella, Dylan abre los ojos y me mira fijamente. No es un accidente ni un cruce casual de miradas. Es directo, sostenido, consciente. Sus labios siguen sobre los de Chrishell, pero su atención no está ahí. Está en mí.



CAPÍTULO 29

Savannah

PEOPLE CHANGE - ELLA LANGLEY

Cuando decidí venir a Dukeforth, fui lo bastante ingenua como para no imaginar que mi primer día acabaría convirtiéndose en… esto.

Al menos no he caído en la trampa del batido verde.

En cuanto Chrishell me ha plantado la carta delante, he hecho un escaneo rápido y he señalado el único que tenía un color mínimamente bebible. Me he pedido un batido de fresa y plátano, y me han mirado como si acabase de profanar el templo del kale cuando he pedido nata, algo que ni siquiera estaba en la lista de extras, llena de nombres de semillas que mi dietista amaría, pero que yo detesto.

Nos hemos sentado en una de las mesas junto a la cristalera. Chrishell ha elegido el sitio sin dudarlo, encantada con la idea de que se nos vea juntas; tanto que no ha dejado de saludar a todo el que ha pasado por delante con una familiaridad sospechosa. Lo divertido es que ninguno la ha reconocido (por suerte, a mí tampoco). Me ha estado contando cómo conoció a Dylan, lo que sintió nada más verlo y que apostar por su relación fue lo que la impulsó a quedarse aquí, porque ella tenía toda su vida en Boston. Y yo, por un momento, he estado a punto de contarle que yo también tuve esa oportunidad, solo que fui mucho más tonta que ella y la dejé escapar... Hasta que he recordado con quién estaba hablando de verdad y he cerrado el pico.

He apurado hasta el último trago y, con el vaso de plástico ya vacío, me he inventado una excusa y me he ido de allí, no sin antes prometerle a Chrishell que me pasaría por el bar esta noche.

Ahora, llevo caminando sin rumbo un buen rato y, francamente, no tengo ni idea de qué hago. Solo estoy aquí para recuperar a Dylan y lo estoy haciendo de la peor de las maneras posibles. Anoche, tras llegar a casa de Brooke con mi maleta, repasé todos los movimientos absurdos que hice durante el día y llegué a la misma conclusión que ahora mientras paseo por el centro de Dukeforth: estoy tan desesperada por volver al lado de Dylan que soy capaz de hacer cualquier tontería. Sí, cualquiera, desde robarle la moto a irme a comer con su novia.

Llego hasta las vías de tren abandonadas, las antiguas que conectaban Nashville con Knoxville y que ahora están llenas de maleza seca. Nunca había ido tan lejos sola. Me siento en el puente peatonal que cruza las vías, donde estoy casi segura de que nunca pasa nadie. Aquí, a diferencia de la plaza principal, que ya se ha rendido ante las sombras de los árboles, todavía alcanzan los últimos rayos del atardecer.

Saco del bolso la diminuta libreta de piel que siempre llevo conmigo y vomito todo lo que llevo dentro. Ya ni siquiera intento darle forma de canción, esta vez solo quiero desahogarme de verdad. Sin rimas, sin reglas… solo palabras que me ayuden a ordenar mis sentimientos. Y, pese a no forzarme a hacer una canción de esto, mi cabeza no puede evitar crear versos. Y en cuanto me doy cuenta de que ya he terminado de escribir, miro el resultado y me río como una histérica. Algún día merecerá ser escuchada.

Vuelvo al pueblo con la cabeza un poco más despejada, pero, sobre todo, con la sensación de que aún sirvo para esto. Durante años he estado luchando con mi pánico escénico y el miedo a que mis letras no fuesen lo bastante buenas para alguien. Aquí conseguí deshacerme de esos miedos, y, tras un disco que funcionó lo suficiente como para posicionarme en lo más alto de todas las listas de éxitos, la inseguridad volvió a llamar a mi puerta. Pero esta vez no lo hizo disfrazada de mi síndrome del impostor, sino bajo la forma de quienes me rodean y no creen que sea capaz de superar aquello otra vez. Y lo más triste es que no temen por mí, sino por lo que ellos podrían perder.

Cuando abro la puerta del bar, me invade una extraña sensación de alivio. Ayer, tras el incidente de la moto, ni siquiera me fijé en la gente que había dentro. Además, ya era más de medianoche.

Ahora, a las nueve, el lugar está hasta los topes. Y me alegro mucho; no porque sea imposible encontrar a Brooke entre la multitud, sino por lo que esto significa para Dylan y su familia. Ese pensamiento me arrastra directa al pasado para rescatar el recuerdo de su abuela, Davinia, y de mis chicas de oro. Tengo que preguntarle a Dylan por ella; espero que esté en algún crucero engañando a algún europeo setentón.

Esquivo a la gente con cuidado, zigzagueando entre las mesas para llegar hasta la barra. Lo bueno de estar aquí es que no hay demasiado público joven y los pocos que hay no me asocian con el tipo de música que tienen pinta de escuchar en sus *playlists*, así que me puedo mover sin sentirme observada.

—¿Dónde te habías metido? —pregunta Brooke cuando consigo asomar la cabeza entre dos personas apoyadas de espaldas a la barra.

—No me hagas hablar —le sonrío, apoyando los codos en la barra.

—¡Ya te digo que sí! Brooke arquea una ceja mientras seca un vaso con un trapo que ha visto días mejores.

—Ponme una copa, anda.

—¿Una copa por tus secretos? —me susurra como si estuviese ligando con alguno de sus clientes.

—No, mejor por los de Chrishell —replico, bajando la voz—. ¿De verdad se quedó aquí por él?

Brooke deja el vaso, me clava la mirada, seria, y hace un leve gesto con la cabeza para que la siga hasta el extremo de la barra, donde apenas hay gente y el ruido se diluye lo justo para que podamos entendernos.

—Está obsesionada con él, Savannah —dice sin rodeos—. Y eso no es bueno. Tú tenías tus motivos para irte y eso no te hace menos merecedora de él.

Sabe que mi pregunta no es curiosidad genuina, sino que no dejo de compararme con ella. De algún modo, siento que estamos en una competición absurda y silenciosa donde parece que la primera que

se queda es la que se lo lleva. Como si el amor funcionara por permanencia.

—¿Sabes lo que te hace merecedora de él? —continúa.

Me guardo la respuesta, conteniendo el aliento.

Brooke se inclina un poco hacia mí, bajando la voz.

—Que él te quiere a ti. Eso es lo único que importa.

El ruido del bar se cuela entre nosotras.

—Y que esta vez me has prometido que no te vas a ir, ¿no? —añade, señalándome con el trapo.

Hago una mueca. Porque no, no pienso quedarme en Dukeforth.

—A nivel emocional, quiero decir —se apresura a matizar—. A nivel físico ya sé que sigues sin aguantar este sitio más de dos semanas seguidas.

—Te sorprendería saber todo lo que he cambiado en este tiempo, Brooke.

—No hay más que verte, Morgan. —Brooke me mira de arriba abajo, sin disimulo, y silba por lo bajo.

Es un piropo, lo sé, pero yo no lo recibo del todo así. Soy consciente de que por fuera mi imagen ya no es la misma, pero no me refería a eso. La Savannah que se refleja en el espejo no siempre coincide con la que siento por dentro, y no quiero que lo que proyecto termine siendo lo único que la gente vea de mí, porque no es así. Yo hablaba de otra cosa. De que tengo una nueva perspectiva de vida. De que voy a luchar por hacerla realidad. Porque ahora quiero quedarme… aunque solo sea emocionalmente.

—Toma esto —me tiende una cerveza—, y llévale esto otro a Liv. —Saca un zumo de melocotón de la nevera—. Creo que están en la mesa del escenario. En cuanto despeje esto un poco, voy.

Me guiña un ojo antes de girarse para atender a un tipo con un gorro de vaquero que espera impaciente apoyado en la barra.

Me quedo plantada, con la cerveza en una mano y el zumo en la otra, respirando hondo antes de avanzar. Me voy a enfrentar a todos de una vez por todas.

Cuando me fui, tanto Devon como Knox cruzaron un par de mensajes conmigo, pero la cosa se enfrió rápido, sobre todo cuando

Knox me dejó claro que, si Dylan no tenía nada que decirme, él tampoco iba a hacer de intermediario.

Con Olivia, en cambio, sí he llegado a hablar un poco más y he seguido su vida por redes sociales. Cuando anunció que estaba embarazada le envié a la cafetería una cesta enorme con un pijama suave, un cojín de esos gigantes para dormir mejor, mascarillas faciales, infusiones…, todo lo que se me ocurrió para que se cuidara durante nueve meses. Lo que no pensé es que la volvería a ver cuando ya estuviera casi en la recta final, con esa barriga redonda e imposible de ignorar incluso desde esta distancia.

En la mesa solo están Devon y Olivia, algo que me alivia bastante porque será más fácil romper el hielo. Olivia está sentada con una mano apoyada sobre su vientre redondo y Devon está inclinado hacia ella, pero levanta la vista justo cuando entro en su campo de visión.

—Hola, chicos. —Le tiendo a Olivia el zumo y a Devon mi cerveza.

Ella lo recibe con una sonrisa que nace primero en los ojos y luego se le extiende por el rostro. Devon tarda un poco más en reaccionar, pero cuando ve cómo me acoge su chica, acepta la cerveza de la paz con un gesto lento.

Olivia arrastra con cuidado la silla y alza las manos para abrazarme. Ese movimiento sí que me pilla desprevenida y creo que ahora mismo podría llorar.

—Me haría la sorprendida, pero aquí las noticias vuelan —dice contra mi hombro, envolviéndome con sus brazos solo hasta donde su barriga nos permite.

La abrazo con cuidado, sintiendo la evidencia palpable de todo lo que ha pasado mientras yo no estaba.

—Enhorabuena, chicos. —Alzo la mirada hacia los dos y paso mi mano por la espalda de Olivia.

Devon, todavía sentado, asiente con una media sonrisa en la que se mezcla el orgullo con ese vértigo inevitable de estar a punto de convertirse en padre.

—Gracias… y bienvenida de nuevo a Dukeforth —añade, dando un pequeño toque con los dedos a la botella antes de mirarme—. Olivia me ha estado hablando de ti todo este tiempo.

La miro, sorprendida, y ella se encoge de hombros para restarle importancia. Ha estado intercediendo por mí.

—Alguien tenía que recordarles que no eres la villana.

—Te lo agradezco —respondo.

Devon apoya los antebrazos sobre la mesa, sosteniendo la cerveza entre las manos.

—No hacía falta mucho —añade—. Solo… algo de tiempo. Siéntate, anda.

—Supongo que no lo hice muy bien —admito mientras tiro de la silla libre y dejo el bolso en el respaldo.

Devon ladea la cabeza.

—Supongo que ninguno lo hicimos.

Está claro que todos éramos más jóvenes, más impulsivos y bastante peores gestionando lo que sentíamos. Yo la primera.

—Lo importante es que estás aquí —asegura Olivia en un susurro, buscando mi mano para darle un leve apretón.

Yo asiento y, antes de que la conversación pueda ponerse demasiado intensa, los obligo a ponerme al día. Les obligo a que me cuenten todo lo que me he perdido, sobre todo lo que envuelve a su relación. Ya me conozco la historia porque tanto Brooke como ella me la contaron en una llamada que hicimos a tres, pero me encanta ver las caras de Devon mientras Olivia lo cuenta y la interrumpe cada dos frases para corregir datos irrelevantes.

Pero, al poco de que Olivia empiece a narrar con todo lujo de detalles lo que denomina «la conversación que cambió su vida», noto que ambos levantan la vista por encima de mi cabeza al mismo tiempo.

Giro ligeramente el torso, todavía sentada, y veo cómo Dylan y Knox vienen hacia nosotros.

«Vamos, ya solo me queda uno», me autoanimo.

Me levanto antes de que lleguen a la mesa y me planto delante de Knox. No quiero que parezca que me escondo detrás de nadie.

—Ya me han contado que has vuelto. Bienvenida —me saluda con tono neutro.

—Gracias, Knox.

—¿Qué se te ha acabado antes, el dinero o los tíos con los que acostarte? —Recibo su comentario como una bala, tanto que doy un paso atrás.

El murmullo del bar sigue igual alrededor, pero en mi cabeza el sonido se vuelve más denso, más lejano.

Dylan, que está a su lado, reacciona incluso antes que yo. Le da un codazo limpio en las costillas, sin ningún tipo de piedad.

—¿Eres idiota o qué te pasa?

Knox suelta el aire por la nariz y se lleva la mano al costado, molesto, pero no aparta la mirada de mí.

—Está bien, perdona. He sido un capullo —termina cediendo. Mira a Dylan de reojo, en busca de su aprobación, y luego extiende la mano hacia mí.

La observo con recelo. Y cuando me decido a aceptarla, en el mismo impulso tiro suavemente de él para abrazarlo antes de que pueda arrepentirse.

Al principio se queda bloqueado, pero luego sus brazos me rodean, dándome dos palmadas en la espalda como si fuéramos dos jugadores después de un partido.

—Me lo merecía —murmuro contra su camiseta.

—Un poco —responde, sin apartarse todavía, aunque ya sin esa tensión en los hombros.

Cuando nos separamos, Knox, incómodo ante cualquier escena que contenga más carga emocional de la que su cerebro pueda procesar, se pasa una mano por el pelo, despeinándolo todavía más, y da un paso hacia la mesa.

Olivia pone los ojos en blanco y arrastra su silla unos centímetros para hacer hueco, Devon levanta su cerveza a modo de saludo, y Dylan… Dylan sigue donde estaba, mirándome. Yo tampoco aparto la vista. Abre la boca, dispuesto a decir algo, pero la vuelve a cerrar. Supongo que sigue dando vértigo intentar ser los que éramos antes.

—Eh, ¿os vais a sentar o qué? —Knox nos observa y, con torpeza, acerca dos sillas más.

Dylan da un pequeño paso al frente y, cuando pasa por mi lado, nuestros hombros casi se rozan. Siento un vuelco al notar el calor de

su cuerpo tan cerca. Me dedica una sonrisa contenida y, con un ligero movimiento de barbilla, indica que vayamos juntos a la mesa.

Esto es raro, pero creo que todos estamos haciendo lo posible para que parezca normal.

Knox ya ha empezado a discutir con Devon para que le cambie la silla porque la suya cojea. Es más, amenaza con tirarlo al suelo si no lo hace. Se levanta para comprobar el equilibrio y vuelve a sentarse indignado. Devon se ríe sin intención alguna de cederle la suya.

Olivia, por su parte, me está enseñando las últimas fotos de la ecografía de la semana veintidós.

—¿Eso es niña o niño? —pregunto a la vez que ladeo la cabeza intentando descifrar la imagen borrosa en la pantalla.

—No lo sabemos todavía —responde Olivia, mordiendo una sonrisa que apenas puede contener—. Tengo la carta de la ginecóloga en casa…, pero aún no me atrevo a abrirla.

—Yo veo un niño —interviene Knox desde el otro lado, olvidándose por completo de su cruzada contra la silla defectuosa.

—¿Ahora eres ginecólogo? —le suelta Devon con ironía.

Knox sonríe, orgulloso de su intervención, y nos mira como si estuviera a punto de decir algo brillante.

—No, ni se te ocurra decirlo. Guárdate tus guarradas para quien quiera oírlas —se adelanta Devon.

—No he dicho nada. —Knox alza los brazos a la defensiva.

Justo en ese momento, Chrishell entra como un elefante en una cacharrería mientras habla por teléfono. Deja caer su enorme bolso rosa palo sobre la mesa haciendo que las bebidas de Devon y Olivia se tambaleen. Al vuelo, logro atrapar el zumo antes de que se derrame.

—Adiós, mamá. Sí, descuida, le doy un beso de tu parte —dice al teléfono, ajena al pequeño desastre que casi provoca.

Cuelga, sonríe y se guarda el móvil en el bolsillo trasero del vaquero.

Mira a su alrededor buscando una silla libre. No hay ninguna, pero eso no la detiene. Da la vuelta a la mesa con paso decidido y, antes de que nadie pueda ofrecer alternativa, se deja caer sobre el regazo

de su chico. Él la recibe sin inmutarse, apoyando la mano en su muslo desnudo.

Con ese gesto, siento tres pares de ojos clavados en mí. Se supone que todos están al tanto de la situación, así que no deberían ser tan poco obvios.

—Estaba hablando con mis padres —se lo dice solo a Dylan, pero lo hace tan alto que está claro que quiere que nos enteremos todos—. Se han ido a Las Vegas a celebrar sus cincuenta años de casados.

—Qué bien viven —se limita él a contestar.

Yo bajo la mirada, fingiendo un repentino interés por la servilleta que tengo entre mis dedos.

Me pregunto si conocerá a los padres de Chrishell. ¿Habrá ido a Boston? Yo podría llevarle a New Jersey para que conociese a mi familia. Mi tío Joey fliparía con él. Tiene una pizzería en Atlantic City y le encanta la cerveza artesanal, sobre todo la europea. Siempre está importando marcas desde Alemania e Italia y obligando a todo el mundo a probarlas.

Chrishell, cuando ve que nadie se interesa por las bodas de oro de sus padres, hace un repaso rápido por la mesa y se detiene justo en mí:

—¡Savannah! ¡Has venido! —exclama como si no se hubiese fijado en mí en todo este tiempo—. ¿Ya te ha presentado Dylan al resto de nuestros amigos?

Dylan, a su espalda, alza ligeramente las cejas y hace un gesto casi imperceptible, una súplica silenciosa para que no nos riamos.

Notando el calor subiéndome por el cuello, asiento rápidamente y rezo para que cambie de tema de conversación. Por suerte, lo consigo.

—¿Y qué hacíais?

No llevo mucho tiempo por aquí, pero ya me he dado cuenta de lo evidente. Son incapaces de disimular. Ninguno de ellos aguanta a Chrishell, y puedo llegar a entenderlo porque es muy intensa, pero no parece mala gente.

—Nada. Olivia me estaba enseñando una foto de su bebé —me lanzo a contestar en vista de que ninguno más se anima.

Olivia me mira con una sonrisa tensa. Creo que intenta decirme algo. Sea lo que sea, ya es tarde.

—¡No! ¿A ella sí y a mí no?, ¿es porque es famosa verdad? —le increpa. Lo dice con un tono ligero, pero a mí me empieza a dar miedo—. Llevo todo este tiempo intentando que me enseñe la última ecografía ¡y aún no lo he conseguido! —me explica—. Seguro que también te ha dicho si es niño o niña… —Hace un puchero exagerado y se cruza de brazos mientras busca la complicidad de Dylan con la mirada, pero él está a otra cosa.

—No, de eso no me ha dicho nada —le aseguro.

—¡Ay, Dios! —Chrishell se lleva una mano al pecho—. ¡Se me acaba de ocurrir la idea perfecta! ¿Qué os parecería hacer una *gender reveal*?

—No quiero hacer ninguna fiesta, Chrishell —responde Olivia con una calma que suena demasiado ensayada. Tengo la sensación de que no es la primera vez que mantienen esta conversación.

—Vale, no hacemos ninguna *fiesta* —exclama Chrishell, subiendo el volumen a tope en la última palabra antes de encogerse de hombros y suavizar el tono—. Hacemos una... *fiesta* —susurra en un tono agudo, como si eso cambiara completamente el concepto.

Devon cierra los ojos, agotado, y se masajea el puente de la nariz.

Knox se inclina hacia mí lo justo para murmurar:

—Acabas de presenciar el momento exacto en el que empieza el desastre.

—Te estoy oyendo —lo acusa Chrishell sin mirarlo siquiera.

—Era la idea —contesta él, encogiéndose de hombros.

—No va a haber ninguna fiesta —repite Olivia, volviendo a apoyar una mano sobre su barriga.

Chrishell la observa, valorando si esa respuesta es negociable o simplemente una primera oferta.

—Pero piénsalo bien —insiste, inclinándose un poco hacia delante, con las manos apoyadas en las rodillas de Dylan—. Sería icónico. Una *gender reveal* con una famosa. ¿Quién más puede decir eso?

Hace un gesto amplio con la mano hacia mí, intentando que forme parte de su espectáculo.

—No creo que…

—¡Es que sería genial! —continúa, pisándome la frase al intuir que no le va a gustar mi respuesta—. Además, imagínate las fotos y los titulares de los medios «Una pareja de Dukeforth descubren el sexo de su bebé con Savannah Morgan».

—¡No! —grito tan alto que varias personas de las mesas contiguas se giran a mirarnos. Levanto una mano enseguida y les dedico una sonrisa rápida para que sigan bebiendo. Poco a poco vuelven a lo suyo—. Nada de prensa —suplico en un susurro, sosteniéndole la mirada a Chrishell.

—¿Por qué? —pregunta ella, frunciendo el ceño con una mezcla de incertidumbre y decepción.

—Porque… —«Piensa rápido, vamos»—. Si se filtra dónde estoy, se sabrá que tramamos algo aquí y queremos hacer una gira por los pueblos donde más se escucha música *country* del país para desligarnos de las típicas giras en arenas y estadios y del resto de artistas… y nos la jugaríamos a que nos roben la idea.

Ante mi horrible improvisación, se hace un vacío incómodo alrededor de la mesa.

Chrishell asiente lentamente.

—¡Tiene sentido! —concluye, dándole el visto bueno a mi mentira —. Bueno, no pasa nada. Sin prensa.

—Chrishell, no insistas, ya te han dicho que no —la frena Dylan por primera vez.

—¡Cómo no voy a insistir! Si me parece una fantasía. Ojalá yo estuviese embarazada para poder hacer una fiesta así.

Dylan se atraganta con su propia saliva. Golpea la mesa mientras tose, y Devon le acerca su cerveza para evitar que se ahogue.

Chrishell le da una palmada en el pecho a Dylan.

—Ay, por favor, no te pongas dramático. Solo decía que sería divertido. Liv, lo recordarás toda tu vida. No tienes que encargarte de nada, yo lo prepararé todo. ¡Será mi regalo!

—Está bien —acaba accediendo Olivia—. Pero solo nosotros. Nada de invitar a más gente.

—¿Cómo? Tendrán que venir vuestras familias, ¿no?

—Chrishell, de verdad. —Olivia deja caer la espalda contra la silla y se señala el vestido que lleva puesto, que parece tres tallas más

grande de lo que debería—. No me apetece nada. Solo quiero estar vestida con ropa gigante como esta y estar sentada. No quiero pasarme la tarde saludando a gente mientras me tocan la barriga.

—Nada de prensa y nada de tocar barrigas. ¡Hecho! —concede Chrishell con un guiño cómplice—. ¿Alguna norma más?

Devon levanta la mano.

—Sí. Nada de cañones de confeti, ni humo de colores, ni cosas que salgan disparadas de algún sitio —dice, señalándola con el cuello de su botella—. He visto demasiados vídeos como para saber que eso no va a acabar bien.

—Vale, vale, lo tengo claro: algo sencillo. ¡Genial! Os mantendré al tanto de cuándo será.

—¿Qué me he perdido?

La voz de Brooke aparece detrás de nosotros al mismo tiempo que deja una bandeja sobre la mesa con varias bebidas.

—Siéntate, que Chrishell te hace un resumen —dice Olivia con una sonrisa divertida.

Brooke me mira primero a mí, luego al resto, y por la expresión que pone está claro que sabe perfectamente lo que significa eso. Coge una silla libre para sentarse a mi lado y me desliza una botella de cerveza con el dorso de la mano.

Aprovecho que Chrishell ya ha empezado a hablar para sacar el móvil del bolsillo trasero del pantalón. Lleva vibrando todo este rato contra la cadera y ya empezaba a resultarme imposible de ignorar.

Las notificaciones de redes sociales las tengo desactivadas, así que solo hay unas pocas cosas capaces de hacer que el teléfono no pare de vibrar así. Despego los ojos de la pantalla hacia la mesa. Nadie se ha dado cuenta de que estoy mirando el teléfono. Chrishell sigue hablando, Knox está discutiendo con Devon y Dylan se ha inclinado hacia Olivia para decirle algo que no alcanzo a oír. Brooke sigue escuchando a Chrishell, aunque por su cara interpreto que no podría importarle menos.

Vuelvo a bajar la mirada y abro el último mensaje de Nora.

Savannah, tenemos un problema. Ya me han preguntado por ti. Llámame y te cuento.



CAPÍTULO 30

Dylan

Memories We Never Made - McCoy Moore

Este lugar le da mil vueltas a mi antiguo granero, pero sigo sin hacerme a él. Es demasiado grande y está mal distribuido, lo que me obliga a ser mucho más meticuloso con los detalles si no quiero que la producción se me vaya de las manos.

Me pongo los guantes, destapo el tanque de fermentación y hundo la nariz en el vapor. Dios, huele increíble. Reviso el medidor de presión y giro la válvula de desagüe mientras escucho el burbujeo del líquido. No me canso de repetir este proceso día tras día. Para cualquiera esto sería un auténtico coñazo, pero no para mí. Porque, aunque siga los mismos pasos, no hay dos lotes idénticos. Ahí está el truco.

Empiezo a preparar los barriles para embotellar. Purgo las líneas, ajusto el caudal y me cuclillo frente a la línea de botellas controlando la manguera mientras observo cómo sube la espuma antes de asentarse.

Un hilo de líquido resbala por el cuello de vidrio y lo limpio con el trapo mientras el aroma a malta y lúpulo lo inunda todo. En momentos así es cuando siento que controlo mi vida. Aprieto bien las chapas hasta asegurarme de haber escuchado el clac de seguridad, porque, como un tapón quede flojo, puede entrar oxígeno y hacer que la cerveza se oxide, pierda el gas... y a la mierda el trabajo de dos semanas de un plumazo.

Por último hoy, coloco las botellas en la zona de almacenamiento. Mañana volveré a controlar la carbonatación, pero ahora me voy a casa. Dejo las mangueras colgadas, me saco los guantes y me echo la chaqueta vaquera al hombro. Llevo aquí metido desde antes del

amanecer porque a mi cerebro le ha dado por boicotearme el sueño otra vez. Es la segunda noche que paso con insomnio y, esta vez, en lugar de quedarme atrapado en la cama dando vueltas hasta quedarme dormido (o loco), he preferido dar un paseo con Machine y después he terminado viniendo aquí.

Desde que heredé la receta familiar han pasado muchas cosas. Pasé de vender apenas un par de botellas en el festival de Dukeforth a recorrer los de todo el estado. Y hoy por hoy, los vecinos hacen cola aquí mismo para llenar sus camionetas, y todas las noches mi cerveza termina como la más vendida del Loopsie's.

El siguiente paso es crecer, pero de un modo que pueda manejar y con el que me sienta cómodo. Me gustaría hablar con Larry, el tipo que trae la cerveza al bar, para ver quiénes son sus clientes por si alguno estaría interesado en la mía.

Chrishell, en cambio, está empeñada en venderla directamente a través de nuestra página web. Ya le he dicho que eso es mucho más complicado de lo que parece. Tras la Ley Seca de los años treinta, montaron todo un sistema para evitar monopolios y controlar los impuestos, por lo que no es tan fácil como abrir una tienda *online* con envío directo al consumidor. Como mucho, puedes venderla desde tu web para que la gente la recoja aquí, en la fábrica, como hacemos ahora. Pero Chrishell, como no tiene ni puta idea de cerveza, por mucho que se lo explique, no le entra en la cabeza y sigue convencida de que tiene que haber una forma de enviarla a todo el país.

Sí, claro que la hay. Se llama aumentar la producción, firmar contratos con distribuidoras en distintos estados y empezar a perder el control sobre lo que hago aquí dentro. Y eso no va a pasar.

Aparco la *pick-up* de cualquier modo, y antes de entrar en casa ya he soltado la chaqueta sobre una de las sillas del porche y me he quitado la camiseta. Una de las mangueras se ha soltado y llevo apestando a cerveza desde primera hora de la mañana.

Tras darme una ducha rápida, me pongo otra camiseta, los mismos pantalones de antes y me encamino hacia el porche para recoger la ropa que he dejado tirada.

A lo lejos, veo que una silueta avanza por el camino de tierra que atraviesa mis terrenos. No hace falta que se acerque mucho para reconocerla.

Apoyo el hombro en uno de los postes del porche y alzo la voz.

—Chrishell no está —le grito desde mi posición.

Savannah levanta la cabeza al oírme y se lleva una mano a la frente, a modo de visera, para protegerse del sol mientras intenta verme mejor.

—Ya lo sé —contesta—. Brooke me ha dicho que está en el bar llenándolo de globos para la fiesta de Olivia. —Sigue caminando hacia la casa—. Y vengo a verte a ti. ¿Qué te hace pensar que venía a verla a ella?

—No lo sé, como ahora sois tan amigas y desayunáis juntas batidos verdes.

—Parece que te moleste que me lleve bien con tu novia.

—Porque no lo haces —replico sin rodeos—. Te cae tan mal como al resto.

Ella deja escapar una pequeña exhalación por la nariz.

—De eso te quería hablar. —Sube los escalones y se detiene frente a mí, apoyando una mano en la barandilla del porche—. No sé si esto tiene algún tipo de sentido…, pero ¿estamos haciendo mal en ocultarle todo esto? Es tu pareja, no deberías tener secretos con ella.

Resoplo.

—Uf, demasiado pronto para mantener esta conversación. —Empujo la puerta de la casa con el hombro—. ¿Quieres algo de beber?, ¿me acompañas dentro?

Savannah me sigue por la casa, mirando a todos lados. Se qué (o a quién, más bien) está buscando.

Yo abro la puerta de la nevera.

—¿Y… Chocolate?

—Muerto. —Entrecierro la nevera y alzo la cabeza para mirarla—. No pongas esa cara. Fue hace tiempo. Justo unos meses después de irte tú. —Vuelvo a abrir la puerta y comienzo a apartar botellas mientras hablo—. Empezó a tener mareos esporádicos. Al principio pensé que eran golpes de calor, ya sabes cómo se pone aquí en

verano. Pero un día convulsionó en medio del jardín y lo llevé al veterinario. —Saco dos cervezas y las dejo sobre la encimera con un pequeño golpe. No tengo ningún zumo que tenga tanta azúcar como para que le guste—. Me dijeron que su sordera había provocado complicaciones neurológicas y, aunque intentamos hacer lo indecible…, Chocolate no lo superó. Empezó a marearse con mucha más asiduidad y no solo eran los mareos, sino verlo convulsionar, perder el equilibrio, caerse por las escaleras… y tuve que hacerlo.

—Ay dios, Dylan. Lo siento muchísimo. Brooke no me había contado nada de esto.

—Está claro que ha estado manejando su discurso como ha querido. —Deslizo una de las cervezas por la encimera para que la coja—. Por cierto, ¿cómo has venido?

—Danny —dice, apoyando las manos en la madera—. Ha desayunado en casa con nosotras y luego me ha traído.

Levanto la cabeza.

—¿Ha desayunado en casa con vosotras? No digas eso delante de Knox. —Hago un gesto con la botella hacia los establos, donde creo que anda trasteando con algo.

Savannah gira la cabeza en esa dirección, como si acabara de recordarlo.

—¡Es verdad! ¡Hay caballos! —Sus ojos se iluminan de repente—. ¿Me los enseñas?

—¿Tú has venido aquí por los caballos o para…?

—Ya te lo he dicho, pero me has cortado. No me siento cómoda con esta situación.

Me encojo de hombros.

Sinceramente, no es mi problema.

—Savannah, tú en unos días te vas a volver a ir de aquí. Has venido a ver a Brooke, ¿no? Disfruta con tu amiga, finge que todo está bien y, después, vete.

—No es justo…

—¿Para quién? No me puedes decir lo que tengo que hacer si luego soy yo el que me voy a quedar aquí, en esta realidad. Estás volviendo a ser un poco egoísta.

—¿Egoísta por querer ser sincera? —exclama—. ¡Lo que hay que oír, Dylan!

—A ti no te afecta en nada que Chrishell se entere de esto —respondo—. Pero a mí sí. Lo haces porque es lo correcto y así limpias tu conciencia, no porque de verdad quieras.

Savannah inspira hondo, claramente intentando no perder los nervios.

—Vale —dice, intentando apaciguar la situación—. ¿Podemos calmarnos y hablar sin gritar? Parece que últimamente si no estamos rodeados de gente no sabemos ser cívicos.

Le hago un gesto para que siga hablando y aprovecho el silencio de su indecisión para escapar al porche en busca de aire fresco.

Apoyo las manos en la barandilla de madera y miro hacia el infinito mientras oigo sus pasos.

—Yo solo digo —empieza a hablar antes de detenerse detrás de mí— que me parece horrible estar haciendo que todo el mundo mienta por nosotros.

No me giro. Me quedo mirando el mismo camino por el que la he visto venir hace unos minutos.

—Ya no me refiero a lo del otro día. Me refiero a todo, a nuestra historia —explica—. Todos. Brooke, Knox, Olivia… hasta Danny, que no lo conozco de absolutamente nada, están obligados a mentir. ¿Por qué no le contaste nada de mí? ¿Sabes la que se puede liar si alguno se va de la lengua sin querer? Sería muy sencillo.

—Savannah —digo sin volverme—, eres consciente de que hemos estado todo este tiempo sobreviviendo sin ti y ocultándote, ¿verdad? —Ahora sí me giro hacia ella—. No tienes que venir ahora a darnos lecciones de lo que tenemos que hacer. Eso es lo que no es justo.

—Supongo que solo quiero buscar la mejor solución para todos. —Baja la mirada, rehuyendo el contacto visual—. Me preocupo por ti y no quiero que, si vamos a recuperar esto —hace un pequeño gesto entre los dos—, nuestra amistad, quiero decir, lo hagamos sobre una mentira. ¿Cómo le vas a explicar a Chrishell que de repente podamos tener…, no sé, una broma en común, por ejemplo? No quiero fingir empezar una amistad contigo los días que esté aquí. Porque tú y yo ya no somos eso.

¿Acaso se acuerda de nuestras bromas o momentos compartidos?

El viento le mueve un mechón de pelo sobre la cara y ella se lo aparta tras la oreja con un gesto distraído, pero el mechón se empeña en volver a caer.

—Tú y yo ya no sé lo que somos…, pero tienes razón: esto se nos está yendo de las manos.

Bajo dos escalones del porche y me siento en el que queda detrás, apoyando los antebrazos en las rodillas. La madera está empezando a calentarse, pero todavía se puede estar aquí.

Savannah arrastra los pies levemente, pero termina imitándome y se sienta a mi lado, dejando un pequeño espacio entre nosotros.

—Decidí no contarle nada de lo del hotel —continúo— porque no imaginé que te fueses a plantar aquí. Esto solo lo ha empeorado todo con Chrishell.

Y no solo por los motivos que ella cree.

—Si voy a ser un inconveniente para ti aquí…, puedo irme —dice tras una breve pausa—. Lo comprendería. No quiero causarte más problemas.

—No. —Poso una mano sobre su pierna y la miro a los ojos. Por mucho que todavía no sepamos cómo volvernos a comunicar, no quiero dejarla ir—. Quiero que te quedes…

La frase se me queda corta para todo lo que significa. Porque quiero que se quede hoy, mañana… Y quiero que se quede tanto como el día en que decidió irse, aunque entonces no tuve el coraje necesario para admitirlo.

Si en aquel momento hubiese tenido un deseo, no habría sido que me escogiese, sino que se quedase. Así podríamos haberlo intentado tantas veces como hiciera falta.



CAPÍTULO 31

Savannah

Back To Me - Callie Twisselman

—iSavannah!

Empiezo a pensar que esta chica me tiene geolocalizada.

En cuanto la veo aparecer, la pequeña burbuja de magia que Dylan y yo habíamos conseguido crear en medio de todo el caos estalla como una pompa de jabón. Plop.

Me levanto rápido del escalón del porche, me sacudo el trasero por si queda algo de tierra y le tiendo mi cerveza a Dylan.

Me siento exactamente igual que si nos hubiesen pillado desnudos.

—¿Qué haces aquí? —Camina hacia nosotros arrastrando todo lo que ha sacado del coche: su enorme bolso rosa que ya es una extensión de su cuerpo, una botella de agua y una caja gigantesca que le tapa completamente la cara.

—¡Chrishell! —Me apresuro hacia ella antes de que tropiece con algo—. ¿Te echo una mano? —La entretengo con la esperanza de que esta situación no le parezca sospechosa; cosa que no lo sería si Dylan le contase la verdad. Un momento, ¿eso quiere decir que él vuelve a tener razón y yo solo quiero que lo cuente para no sentirme incómoda? Mierda.

Le cojo la caja y juntas caminamos hacia la casa.

—¿Habías venido a ver a Dylan? —me pregunta con una sonrisa, y al ver que no le contesto, tensa el rostro—. No estarás intentando robarme a mi chico, ¿no?

—Yo…, esto… —empiezo a tartamudear.

—¡Es broma, chica! —dice, dándome un golpe con la cadera aprovechando que llevo la caja entre los brazos. Me tambaleo un poco—. Porque eres Savannah Morgan, si no, ya te habría acusado

de estar intentando ligar con mi novio —se ríe de su propia ocurrencia—. ¿Te imaginas, Dylan? —Lo incluye en la conversación en cuanto llegamos hasta él.

Fuerzo una sonrisa, deseando que la tierra me trague.

—Aunque con Ewan Brown… —Me mira, intentando sacar información de mi relación con el jugador. Subimos los escalones y cuando se asegura de que Dylan no nos está escuchando me susurra—: Es monísimo, ¡qué envidia!

Entramos en la cocina y dejo la caja sobre la mesa del comedor. El cartón se abre un poco y no puedo evitar echar un vistazo dentro. Bolsitas transparentes, confeti rosa y azul y diferentes botes de colores. Uf, creo que prefiero no inmiscuirme más.

Chrishell se apoya en la encimera y me mira con los brazos en jarras.

—Bueno, me vas a contar qué hacías aquí o ¿qué?

Abro la boca, pero no es mi voz la que sale por la boca.

—Había quedado conmigo para montar a caballo.

La voz llega desde la entrada de la casa.

Me giro.

Knox está apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y una media sonrisa de bienvenida. Y detrás de él está Dylan.

—¡Sí! ¡Exacto! —me apresuro a darle la razón.

Chrishell frunce el ceño.

—¿Así vestida?

Miro hacia abajo. Vale. Buen punto. Llevo unos pantalones vaqueros cortos con tachuelas y unas botas de tacón.

Levanto la cabeza muy despacio y sonrío.

—Son… botas *cowboy*.

—Y divinas, por cierto —dictamina con una sonrisa—, pero no para montarte en uno de esos caballos. Están locos, créeme. Puedo dejarte algo de ropa si quieres. —Me mira de arriba abajo—. Igual te queda algo apretada, pero…

—No te preocupes, seguro que se las apaña —Knox vuelve a hablar a mis espaldas—. He oído por ahí que Savannah Morgan monta muy bien.

Detrás de Knox, Dylan deja escapar una especie de tos extraña que suena sospechosamente a una advertencia.

—Como veáis. —Se encoge de hombros y vuelve a la caja que he traído de su coche—. Pero en unas horas os necesito a todos para que me ayudéis a montar la fiesta de Olivia.

✦···✦···✦···✦···✦···✦

Estoy bastante segura de que Dylan ha salido disparado hacia el establo para buscar a Knox y pedirle ayuda para sacarnos del marrón. No tengo pruebas, pero tampoco dudas. Dylan no es especialmente bueno improvisando, y Knox…, está claro que él disfruta cuando las cosas se complican.

Sea como sea, la estrategia ha funcionado.

Chrishell ha insinuado que mi culo probablemente no entraría en sus pantalones, pero no me lo he tomado como algo personal. Primero, porque es bastante posible que tenga razón. Y segundo, porque gracias a este pequeño desastre he vuelto a hablar con Knox. Lo cual no esperaba cuando he salido hoy de casa. Aunque tampoco esperaba acabar subida a un caballo, la verdad.

Como nos ha tocado llevar la mentira hasta el final (algo que, en teoría, sonaba mucho más sencillo de lo que ha resultado ser en la práctica), ahora estoy llena de moratones y arañazos por haberme montado a caballo con las piernas desnudas. Pero ha merecido la pena. Knox y yo nos hemos puesto al día y siento que la tensión que había ayer se ha disipado un poco. Puede que vuelva a ser el de antes conmigo.

De lo que no tengo ninguna duda es de que es parte del *team* Savannah. Aunque le he explicado que, técnicamente, no hay ningún equipo que elegir. Dylan ya lo ha hecho por todos.

—No hace falta que te pongas de mi parte —le he dicho mientras intentaba que mi caballo dejara de desviarse hacia un arbusto—. Yo ni siquiera soy una opción.

Parece estar a gusto con Chrishell. Supongo que me merezco esto: ver lo bien que está en una relación que no es conmigo.

En cuanto he dicho eso último, Knox casi vuelca del caballo del ataque de risa que le ha entrado. Tanto que ha tenido que agarrarse

a la silla mientras se carcajeaba hacia delante; por suerte, su caballo ha sido más sensato que su dueño y se ha detenido por completo.

Ahora, los tres llevamos más de una hora a las órdenes de Chrishell, algo que puede que a Dylan le ponga, pero Knox y yo estamos oficialmente hasta las narices. Hay azúcar glas flotando en el aire, cintas de colores ocupando media encimera y una montaña de galletas que no disminuye por mucho que avance.

A mí me ha dejado a cargo del *frosting*. Knox y Dylan, en cambio, están preparando las bolsitas para una rifa. Si alguien acierta el sexo y el nombre del bebé, se llevará una caja de cervezas y un vale por diez desayunos en la cafetería de Olivia. Al menos, Chrishell ha tenido la decencia de financiar eso.

Mi trabajo es monótono. Solo tengo que poner una capa azul sobre las galletas y, cuando se seque, dibujar encima un corazón rosa con una interrogación en el centro. Y alternar esos colores durante las cuatro bandejas que me quedan. Ya he hecho dos.

Las tengo perfectamente alineadas sobre el papel de horno, todas iguales. Levanto una galleta para observarla más de cerca, girándola ligeramente entre los dedos. Para no ser tan fácil como parece, lo cierto es que no me están quedando nada mal.

—Savannah.

La voz de Chrishell aparece detrás de mí justo cuando estoy colocando otra bandeja sobre la encimera donde estoy trabajando.

—¿Sí? —Me giro y ella se acerca un par de pasos y mira las galletas.

—Ay.

Un suspiro suave sale de la boca de Chrishell.

—¿Qué pasa? —pregunto, todavía con la manga pastelera en la mano.

Se inclina un poco hacia delante para observar mejor la bandeja de galletas.

—Creo que te has equivocado.

—¿Cómo?

Chrishell no responde inmediatamente. Alarga la mano y señala una de las galletas con la punta de la uña perfectamente pintada, sin llegar a tocarla, claro.

—Había que combinar azul con blanco y rosa con blanco —explica con paciencia—. No mezclarlos entre ellos.

Frunzo el ceño porque estoy casi segura de que no me ha dicho eso.

—Si no me has dado ningún *frosting* blanco —contraataco, intentando copiar su mismo tono dulce que ya empiezo a no creerme demasiado.

Chrishell no pierde la sonrisa. Ni siquiera un poco. Mira al frente y yo la imito. Cuando alzo la vista, veo un bol con *frosting* blanco colocado en un extremo de la encimera, perfectamente alineado con los otros recipientes, como si hubiera estado ahí todo el tiempo.

Me quedo mirándolo, porque juraría que hace un momento esa esquina estaba vacía.

—No pasa nada —dice enseguida—. En las siguientes ya lo harás mejor. Estas las dejamos como están.

Lo dice con tanta suavidad que casi parece que me esté haciendo un favor.

Levanto la vista hacia el salón, buscando instintivamente algo que confirme que no estoy loca, pero Knox y Dylan siguen absortos preparando las bolsitas de la rifa. Hay montones de papelitos y sobres abiertos en la mesa baja del salón, y ninguno de los dos ha levantado la cabeza de ahí. Normal. Como Chrishell habla con esa vocecita tan dulce, desde fuera la escena parece normal.

—De todas formas, están monísimas —añade, volviendo a adoptar ese tono adorable—. Seguro que a Olivia le encantan.

Aprieto la manga pastelera entre los dedos un poco más fuerte de lo que debería, y entonces, un chorro de *frosting* rosa sale disparado de la boquilla, manchando todas las galletas y parte de mi camiseta.

—¡Mierda! —Ahora sí. Knox y Dylan levantan la cabeza al mismo tiempo—. Voy a limpiarme.

Dejo la manga pastelera sobre la encimera con tanta fuerza que retumba contra la bandeja. Salgo de la cocina casi a toda prisa, cruzo el salón esquivando bolsas y un rollo de cinta que alguien ha dejado tirado en el suelo, y me meto en el baño antes de que el *frosting* se seque y sea imposible de sacar.

—¿Estás bien? —me pregunta Knox. Está apoyado en el marco de la puerta, observándome a través del espejo con los brazos cruzados y una expresión a medio camino entre la diversión y la preocupación —. Has salido hecha una furia.

Tengo los ojos algo acuosos, pero no pienso llorar.

—Sí, no te preocupes —digo rápidamente, bajando la vista otra vez hacia la camiseta—. Solo me han salido mal un par de galletas.

Quito los últimos restos de crema bajo la atenta mirada de Knox. Aunque ahora es peor porque todo el papel higiénico se ha deshecho y está hecho virutas sobre la tela.

—Savannah…

—Estoy bien, de verdad —insisto, forzando una sonrisa para que me deje en paz.

—Está bien. —Hace una pequeña pausa—. Pero he visto que sacaba el bol del armario y lo ponía sobre la encimera justo antes de ir a hablar contigo.



CAPÍTULO 32

Dylan

LONLEY ROAD - JELLY ROLL & MGK

Mierda. Entre todas las opciones posibles en mi mente, esta, desde luego, no era una opción. Y eso me da más miedo todavía.

He pasado toda la mañana sentado en la mesa del comedor metiendo papelitos de colores en bolsitas de seda transparente para la estúpida rifa de la fiesta del bebé de Olivia. Azul, rosa, azul, rosa. Una detrás de otra y vuelta a empezar. Un castigo artesanal por todas las malas decisiones que he tomado últimamente. La verdad es que la tarea tenía algo de actividad *mindfulness*, lo que me ha permitido dejar la mente en blanco y tomar una decisión. Y en cuanto Knox y Savannah se han ido, he cumplido con mi deber.

Nunca he sido un cagado ni un mentiroso, y no tomar conciencia de mis actos y dejar a los demás lidiar con las consecuencias, justo lo que llevo reprochándole a Savannah todo este tiempo, me estaba convirtiendo en un cínico y un hipócrita, dos cosas que no soy ni pienso empezar a ser ahora.

Así que he ido a buscar a Chrishell a la cocina, donde estaba organizando unas cajas con decoraciones de azúcar absurdamente pequeñas con forma de minichupetes, minibiberones, mini no sé qué más, y me he enfrentado a la situación: se lo he contado todo.

Le he revelado que Savannah Morgan, antes de ser la estrella *country* del país, era simplemente Savannah. Que trabajó en el bar hace más de tres años y que tuvimos algo… Algo que se quedó atrás cuando le ofrecieron su contrato discográfico. Chrishell se ha quedado boquiabierta y no ha parado de hacerme preguntas mientras yo intentaba responder sin parecer un completo imbécil. Estaba confundida, pero no molesta. Al fin y al cabo, podía

reprocharme que le hubiera ocultado mi pasado, pero no la relación que Savannah y yo tuvimos. Ahí no nos conocíamos.

Pero eso no es todo. He aprovechado su extraño buen humor y he admitido que le he sido infiel con una de sus artistas favoritas. Joder, dicho así, doy asco. Las palabras me han salido atropelladas y he intentado no justificarme demasiado.

Chrishell me ha mirado y, al principio, no ha dicho nada. Su rostro era todo un enigma. ¿Estaba enfadada? ¿Decepcionada? ¿Me iba a tirar los minichupetes a la cara? Todo lo que he leído han sido fragmentos de expresiones que se cruzaban demasiado rápido y me han dejado atrapado entre la culpa y la incertidumbre. He intentado mantener la calma, pero mi interior era un auténtico torbellino. He sentido que estaba cayendo a un precipicio, y la única forma de sostenerme era seguir hablando, sin omitir nada…, aunque estaba cagado por lo que iba a venir después.

Ahora, que he acabado de contarlo todo, vuelvo a buscar señales en su postura, en sus ojos…, pero no hay nada sólido.

No hay reproches, ni gritos, ni lágrimas…. Solo un espacio cargado de tensión donde todo lo que hemos sido y todo lo que he destruido flota entre nosotros. Quizás, entender lo que ella está sintiendo puede llevar más tiempo que cualquier explicación que yo pueda seguir dando. Así que sucumbo ante su silencio.

Solo me queda esperar y asumir que mis actos tienen consecuencias y que estoy a punto de descubrirlas.

—Mi FFP es Chris Evans.

Esas son sus primeras palabras.

«¿Qué?».

—Chrishell, ¿has entendido lo que te he dicho? —digo con cuidado. No quiero que piense que la estoy llamando tonta.

Ella asiente, convencida.

—¿Y tú sabes lo que es un *famous free pass*? —Hace referencia a las siglas anteriores.

Niego. No sé a dónde pretende llegar. Preferiría que me estuviese gritando, la verdad.

—Es un pase libre donde te puedes acostar con un famoso a tu elección sin que se considere infidelidad. Toda relación debería tener

al menos tres por persona.

—¿Estás hablando en serio?

La miro extrañado. ¿De dónde ha sacado esa mierda de idea libertina? ¿Son así de modernos en Boston?

—¡Claro! Si Chris Evans se pasease por Dukeforth sería la primera en echarme a sus brazos. Lo que nunca llegué a imaginar es que Savannah Morgan fuese tu tipo…

Me muerdo la lengua. Podría entrar al trapo, pero no lo voy a hacer.

—Chrishell, ¿te soy sincero? No entiendo por qué no estás enfadada.

—¿Prefieres que me vuelva loca y empiece a romper cosas? —Se limpia los dedos para quitarse los restos de azúcar—. ¿Que te diga que eres un imbécil asqueroso? Porque, si eso te hace sentir mejor, Dylan, puedo hacerlo.

—Esto no va de eso. No quiero que hagas nada para que yo me sienta mejor. —Niego con la cabeza.

—Pues, entonces, estamos bien.

No lo estamos, pero eso también lo dejo pasar.

—Además —continúa—, nada de lo que pueda decir o sentir cambia lo que ya ha pasado, ¿no?

Supongo que no. Pero a mí me abre una posibilidad nueva que no me gusta demasiado pensar. Si lo que he hecho ha sido solo una estupidez momentánea o una señal de que esto ya no funciona tanto como pensábamos.

Chrishell vuelve a la caja de decoraciones, dándole una leve pausa a la conversación. Coloca un minichupete encima de la galleta y luego otro tras otro.

—¿Ha sido solo una vez? —pregunta, sin mirarme.

—Sí.

Asiente, confirmando un dato más de su lista invisible.

—Vale.

Me quedo ahí plantado, esperando algo más, pero no ocurre nada. Chrishell cierra la caja, se limpia las manos en el delantal y suspira.

—Ya tengo esto terminado —dice—. Voy a darme una ducha y luego vamos a dejarlo al bar, ¿de acuerdo? He quedado con todo el mundo a las siete.

Chrishell coge la caja para llevarla hasta la entrada y pasa por mi lado sin rozarme siquiera.

—Sí… Claro.

Satisfecha con mi respuesta, desaparece por el pasillo.

Me quedo solo en la cocina observando el desastre que hemos causado. Al final, cojo una de las galletas manchadas de rosa, la miro, pero la vuelvo a dejar en la bandeja. Ni siquiera tengo hambre.

Estoy contento de que podamos superar esto, pero no estoy contento con lo que siento.

¿Tiene eso algún sentido?



Para sorpresa de absolutamente nadie, Chrishell ha convertido el bar en el putísimo plató de Nickelodeon.

Qué pereza.

Creo que, de todos los que estamos aquí, la única persona realmente eufórica con esta fiesta es ella misma. Bueno…, puede que también la madre de Devon. Conozco a la señora Louis desde que tengo uso de razón y lleva esperando algo así desde hace una década. Literalmente. Le pidió un nieto a Devon la misma semana en la que empezó a salir con su primera novia formal, hace ya diez años, durante una barbacoa en el jardín de mi casa. Recuerdo cómo Devon casi se atraganta con una hamburguesa.

Hago un paneo rápido por el local para ver a qué grupo me incluyo.

Tengo pocas opciones.

A la derecha está el grupo de señoras mayores, encabezado por la señora Louis, que sostiene una copa de vino a modo de trofeo. Están todas reunidas alrededor de la mesa de regalos, donde también están las bolsitas de la rifa. Seguro que ya están apostando por los nombres del bebé.

Paso de largo.

Cerca de la barra está Devon, que sería mi opción más lógica, pero está hablando con Matthew que, pese a la nota que hay en la puerta, no se había enterado de que desde ahora hasta dentro de dos horas más o menos no se va a servir alcohol en el bar. Y aunque

sé que debería ir a salvarle, tampoco es una opción demasiado tentadora.

Paso de largo también.

Mientras sigo observando el panorama, la veo.

Savannah está cerca del pasillo de los baños, apoyada contra la pared con un plato de galletas en la mano, distraída. Cuando levanta la cabeza y nuestras miradas se cruzan, me dedica una pequeña sonrisa. Al resto puede no llamarle la atención, pero a mí me golpea de lleno en el estómago.

Respiro hondo una vez. Y decido que, ya que estoy aquí, será mejor que le cuente las novedades.

—Hola, Savannah.

—¡Hola! —me saluda un poco más relajada que esta mañana. La tensión entre nosotros no ha desaparecido del todo, pero siento que se va diluyendo poco a poco—. Ya sé que no te hace falta, pero, si la cosa se complica, puedes alquilar el local para fiestas infantiles. Te ha quedado muy bien. —Mira a su alrededor, asombrada, y yo la imito.

Objetivamente, el bar ha quedado bastante bien. Hay globos color pastel atados a todas las partes posibles, una mesa entera de dulces y una guirnalda con letras doradas que dice «OH BABY» colgando sobre la barra. Pero, de un modo subjetivo, quiero explotar uno a uno todos los globos, poner Aerosmith y quitar lo que quiera que esté sonando por los altavoces, que están a punto de sangrar. Nadie los había preparado para esto.

—Tengo que hablar contigo.

Ella asiente a la vez que muerde una de las galletas que ella misma ha decorado. Cuando le da el primer mordisco, una miga se le queda atrapada en la comisura del labio. Toda mi atención se concentra en ese punto, mi cerebro deja de funcionar como debería y hasta me olvido de lo que le he venido a decirle.

—¿Y bien? —apremia cuando ve que me he quedado bloqueado, pero lo que ella no sabe es que estaba dándole la orden a mi brazo de que no se moviera para limpiarle la miga—. Estoy esperando a Olivia. —Con la misma mano que sujeta la galleta señala el baño de chicas.

—Se lo he contado todo.

—¿A Oliva? —pregunta, desconcertada.

—¿Qué dices, Savannah? A Chrishell.

—¿A Chrishel? —repite, ahora aterrada—. ¡No!

Niega tan rápido que casi pierde la galleta en el movimiento.

—¿Cómo que no? —mascullo, sintiendo cómo se me acelera el pulso—. ¿Me quieres volver loco? ¿Quieres que me dé un infarto? ¡Es justo lo que me has dicho antes!

—Sí, ¡pero no ahora! —jadea entre dientes, acercándose un paso —. ¡Vamos a fastidiar la fiesta de Olivia! —Mira nerviosa hacia el pasillo—. ¡Nos van a matar las dos! —sentencia en un soplido mientras se asegura de que Olivia no sale del baño.

—Savannah —digo—. No te preocupes, está todo controlado.

Ella abre la boca para replicarme, pero el chasquido de la puerta del baño al abrirse la detiene.

Ambos giramos la cabeza al mismo tiempo.

Olivia sale al pasillo secándose las manos con un trozo de papel rosa pastel.

Cuando nos ve plantados uno al lado del otro, se le dibuja una sonrisa curiosa en el rostro.

Savannah reacciona antes que yo. Me agarra del brazo con la clara intención de decirme algo, pero Olivia se nos adelanta.

—¿Qué hacéis, chicos?

Abro la boca para responder, pero antes de que pueda emitir el primer sonido, Savannah me mete sin previo aviso su trozo de galleta en la boca.

—Esperarte —responde con una sonrisa impecable.

Yo, por mi parte, sigo plantado y masticando en silencio como un idiota.

Olivia entrecierra los ojos y nos mira, sospechando.

—¿Y por qué mi olfato de embarazada me dice que me estáis ocultando información?

—Oye, Liv… —consigo decir por fin, tragando el último trozo de galleta antes de seguir hablando—. Qué bien te queda ese vestido, ¿no?

Espero que mi intento por subirle el ánimo nos saque también de esta.

Olivia ni siquiera se molesta en mirar el vestido.

—Dylan…, que nos conocemos.

Bajo los hombros como muestra de rendición.

—Está bien. Le he contado lo nuestro a Chrishell —admito, haciendo un gesto rápido con el dedo entre Savannah y yo.

—¿Lo de que os acostasteis el otro día también?

Savannah se gira hacia ella tan rápido que casi tira el plato de galletas.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Él se lo contó a los chicos. Y ya os he dicho que mis superpoderes de embaraza me permiten oler un chisme a la legua. Y, en cuanto Devon entró por la puerta de casa, supe que me estaba ocultando algo. —Picotea algunas migas que quedan en el plato de Savannah—. No tardó mucho en irse de la lengua.

—¿Y qué te parece? —inquiero.

Olivia levanta una ceja.

—¿Queréis saber la verdad?

Savannah y yo nos miramos y asentimos al mismo tiempo.

—Hacedme caso, porque mis nuevos poderes me dicen que…

Antes de que nos pueda contar su teoría, las interferencias del teléfono móvil acoplándose al micrófono se cuelan por los altavoces, haciendo que nos callemos y busquemos de dónde procede el ruido. Como no podía ser de otro modo, Chrishell ya está arriba del escenario.



CAPÍTULO 33

Savannah

COWBOYS+ANGELS - ASHLEY WALLS

Me siento dentro de *Chicas malas* donde Regina George me tiene en el punto de mira porque me he acostado con su chico.

«Estoy muerta».

Ahora mismo está dando un discurso de bienvenida a todos los que hemos venido a la fiesta de Oliva. Lo divertido es que se cree que es ella la que está embarazada. Yo miro a la que de verdad lleva el bebé dentro, que está a mi lado, y me hace una mueca para que le restemos importancia. Está encantada con que Chrishell tome todo el protagonismo, porque tiene toda la pinta de que a ella no le apetece nada. Prefiere seguir detrás de los focos comiéndose las migas de mi galleta.

—¿Quieres que vaya a por otra? —le ofrezco.

Olivia mira el plato vacío en mi mano.

—No, que me la como.

—De eso se trata. Me he pasado toda la mañana haciéndolas —pese a las erróneas indicaciones de Chrishell, pero eso me lo guardo —, y prefiero que te las comas tú a esa señora de ahí que no conozco.

Con la mayor discreción que puedo, señalo a una mujer mayor que está inspeccionando la mesa de dulces desde su silla de ruedas.

—Esa es mi tía Petunia y ha venido desde Alabama solo para pasar aquí un par de horas. Su autobús sale a las tres de la mañana.

—Ah… perdón.

Olivia aguanta la expresión seria exactamente dos segundos.

—Era broma, yo tampoco la conozco.

—Menos mal que iba a ser una fiesta íntima y discreta… —lo digo en voz baja para no echar más leña al fuego, pero estoy segura de que tanto Dylan como Olivia me han oído.

En el escenario, Chrishell sigue con su discurso.

—¿Me oís bien ahí atrás? —pregunta, llevándose una mano a la frente para mirar al fondo del bar—. ¡No os veo muy animados!

«¿En serio?, ¿dónde se cree que está?». No es por desmerecer al Loopsie's, pero he visto cuartos de baño más grades que este local.

—¡Sí, preciosa! —grita un hombre desde el fondo, levantando la mano.

Está justo al lado de Devon, apoyado en la barra con una sonrisa bastante pletórica para la situación. Si no fuese porque sé que Chrishell ha prohibido expresamente el alcohol durante la fiesta, juraría que está borracho.

Chrishell asiente, satisfecha, y vuelve a su discurso.

—¡Genial! —dice, dando una pequeña palmada—, porque ahora viene la mejor parte: ¡los juegos! Mi querida amiga Brooke os va a repartir unas bolsitas que hemos preparado para todos vosotros.

Los tres giramos la cabeza al mismo tiempo. Brooke está apoyada en la pared, al lado de la puerta, con cara de muy pocos amigos y sujetando la caja llena de las bolsitas que han estado preparando Dylan y Knox esta mañana.

—¿Sabéis de qué va todo esto? —nos susurra Olivia, inclinándose un poco hacia nosotros.

Le doy un codazo a Dylan para que sea él quien se lo explique.

Esta fiesta empieza a superarme un poco. No solo porque esté nerviosa ante la posibilidad bastante real de que Chrishell quiera mi cabeza en bandeja —algo que, siendo justos, puedo llegar a entender; al fin y al cabo, me he acostado con su novio—, sino porque estoy intentando verla con buenos ojos. De verdad que lo intento. Intento pensar que quizá es la mejor opción para Dylan, que quizá lo hace feliz, que tal vez yo solo estoy siendo injusta con ella.

Pero cuanto más tiempo paso aquí, menos claro lo tengo.

La veo ahí arriba, sonriendo, y empiezo a pensar que no ha hecho esta fiesta por Olivia, sino por ella misma. Le encanta ser el centro de atención.

—¿Te atreves a apostar el nombre y sexo de tu bebé? —pregunta Brooke, apareciendo de la nada frente a nosotros—. Por ser tú, tienes dos oportunidades.

—Estoy segura de que podría ganar incluso con una sola. Dame. —Olivia sonríe ante su comentario y le quita la caja de las manos, que todavía está hasta arriba de bolsitas—. Te hago el relevo. Además, tengo que ir a saludar a la gente.

—Ni hablar —dice Dylan inmediatamente, apoyando una mano sobre la caja antes de que Olivia pueda siquiera levantarla del todo —. Me niego a que apoyes esa enorme caja encima de tu barriga.

Olivia pone los ojos en blanco.

—Dylan, no pesa tanto. Solo son trozos de papel y tela.

—No es negociable —insiste él, quitándole la caja con suavidad—. Venga, yo la llevo y tú te encargas de hacer acto de presencia.

Olivia resopla, pero termina cediendo. Le da una pequeña palmada en el brazo y empieza a caminar entre las mesas. Dylan carga con la caja de bolsitas entre los brazos y comienza a repartirlas a cada grupo de invitados que encuentra por el camino.

Brooke observa la escena y deja caer los hombros con un suspiro.

—Esto va para largo.

—Tiene pinta —asiento, siguiendo con la mirada el recorrido de Olivia entre la gente.

—Uf, tantos colores pastel me están destrozando la retina —se queja mi amiga, llevándose una mano a la sien para masajearla con gesto dramático—. ¿Te vienes a por un chupito?

—Brooke —siseo—, Chrishell no deja servir alcohol.

—¿Y cuándo te ha impedido ella salirte con la tuya?

Brooke me guiña un ojo y, antes de que pueda abrir la boca, se da la vuelta y se encamina a la barra, dejándome plantada.

La sigo casi por inercia y me coloco delante de ella para taparla con mi cuerpo, apoyándome en la barra. Brooke, mientras tanto, empieza a moverse detrás de mí con una calma sospechosa. Cada vez que alza la mano para coger una botella o buscar vasos de chupito debajo de la barra, yo me estiro un poco más, intentando ocupar todo el espacio posible.

Me siento como si estuviésemos robando documentos clasificados del Área 51 en la Casa Blanca.

—¡Chist!

Miro de reojo.

Es el mismo hombre que hace un rato estaba apoyado junto a Devon al final de la barra. Ahora está sentado solo en un taburete, con los codos sobre la madera y observándonos con una sonrisa torcida.

—¡Chist! —repite al ver que intento ignorarlo—. Eh, rubita. O me dais uno de esos o me chivo.

Brooke asoma la cabeza por detrás de mi hombro con un vaso diminuto ya en la mano.

—Matthew, no empieces —le recrimina Brooke—. ¿No has leído el cartel? Si te pillan bebiendo alcohol te van a echar a patadas de aquí… para siempre.

Eso último lo pronuncia con voz dramática y grave, alargando el «para siempre» como si fuera la villana de una película de Disney.

Matthew ladea la cabeza, poco impresionado.

—¿De verdad no puedes aguantar un par de horas a que se acabe esto? —insiste ella.

—¿Y vosotras? —responde el viejo, ignorando toda la primera parte.

—Bueno —Brooke se encoje de hombros y saca otro vaso de chupito—, lo he intentado.

Le sirve uno con rapidez y lo desliza por la barra.

—Eso sí —añade, señalándolo con el dedo—, solo uno y ni se te ocurra chivarte a la policía de la diversión infantil. —Alza la cabeza y señala al escenario vacío, donde antes se encontraba Chrishell.

Brooke me hace un gesto con la cabeza que sé a la perfección lo que significa: «¿dónde diablos se ha metido?». Es vital tenerla controlada. Como nos vea con esto entre manos es capaz de sacarnos a patadas de aquí junto con Matthew.

—¿Me buscabais?

El grito me explota justo detrás de la oreja.

Doy un salto tan grande que casi tiro la botella que Brooke estaba intentando esconder. Mi mano se cierra instintivamente alrededor del

vaso de chupito con la intención de hacerlo desaparecer.

—¡Dios mío, Savannah! —se ríe llevándose una mano al pecho—. Tendrías que haberte visto la cara.

Mi cerebro tarda unos segundos en reaccionar. No sé cómo se supone que debo actuar ahora con ella. ¿Está enfadada conmigo?, ¿quiere coger la botella de *whisky* y estampármela en la cabeza? Igual debería pedirle perdón.

Chrishell, todavía detrás de mí, se inclina un poco sobre la barra y mira la botella con interés.

—¿Eso es alcohol? ¡Qué buena idea! —dice de repente.

Me quedo congelada. «¿Perdón?».

—Dios, necesito uno. —Brooke y yo nos miramos sin entender su juego—. Llevo toda la tarde organizando esto —continúa Chrishell con naturalidad—. ¿Sabéis lo que cuesta invitar a treinta personas, aguantar a una embarazada hormonal y preparar una caja entera de pasatiempos para todos los públicos? —Señala hacia el bar lleno de gente—. Es agotador.

Brooke levanta lentamente la botella.

—Entonces, ¿quieres un chupito?

Chrishell ve el vaso que todavía tengo en la mano y me lo quita con rapidez.

—Por favor.

Brooke se lo sirve.

Chrishell alza el vaso y se lo bebe de un solo trago. Ni siquiera hace una mueca. Lo deja sobre la barra con una sonrisa y da una de sus pequeñas palmadas al aire.

—Vale, necesito que no le contéis esto a nadie —nos pide. Y en ese mismo movimiento, vuelve a girarse hacia mí con una amplia sonrisa —. Ay, estás preciosa, Sav. Me tienes que contar cómo te has hecho esas trenzas.

Sin ningún reparo, invade lo poco que quedaba de mi espacio personal. Sus dedos se deslizan entre mi pelo con naturalidad, separando una de las trenzas y examinándola con detenimiento.

Yo me quedo completamente rígida.

Siento cada uno de sus movimientos con una intensidad absurda. Me da un leve tirón cuando ajusta la trenza y tengo la extraña

sensación de que, en cualquier momento, va a tirar con más fuerza de ella.

—Siempre he querido hacerme algo así —continúa, girando ligeramente la trenza entre los dedos. Se inclina un poco más hacia mí, lo suficiente como para que pueda sentir su aliento a alcohol cerca de mi mejilla—. Tú te has acostado con mi novio, no te importará que te copie el peinado, ¿verdad?

—Yo… —empiezo. Mi voz sale más aguda de lo que quería.

Tengo miedo de moverme, porque sigue sujetando mi trenza.

—Yo… —vuelvo a intentarlo— Chrishell, yo…

Tengo mil frases acumuladas en la garganta, pero no sale ninguna.

Chrishell me suelta el pelo al fin. La trenza cae contra mi hombro y siento cómo mis pulmones se llenan de aire otra vez.

—Savannah —dice con una voz sorprendentemente suave—. Respira. Solo era una broma. La gente se acuesta con gente todo el tiempo y eso no significa nada. Total, yo soy la que duerme con él todas las noches, ¿no? No voy a hacer un drama de esto. Sería muy incómodo para todos.

—Sobre todo para nosotros —murmura Matthew por lo bajo.

Brooke le da un codazo sin mirarlo.

—Aunque… —continúa, pensativa— siempre es interesante descubrir de quién te rodeas realmente, ¿no crees?

Sus dedos vuelven a merodear por mi trenza, alargando el contacto con un gesto casi distraído.

—¡En fin! Ya está bien de conversaciones deprimentes —dice, recuperando de golpe su voz de anfitriona—. Vamos a seguir con la fiesta. Y atentas porque habrá sorpresas. ¡Os van a encantar!

Y con eso, da media vuelta y desaparece entre la gente como si nada hubiera pasado, saludando a alguien por el camino y reconvertida de nuevo en la chica perfecta.

—¿Me puedes explicar qué acaba de pasar? —me susurra Brooke por fin.

Cuando nos aseguramos de que no puede oírnos... empiezo a hablar. Quizá va siendo hora de creer en todos los rumores que circulan sobre ella.



CAPÍTULO 34

Savannah

My Bar - Priscilla Block

No, no pienso hacer eso.

Si subo al escenario, estoy vendidísima. Ayer Nora ya me puso sobre aviso porque en la discográfica ya se ha preguntado más de uno dónde demonios está Savannah Morgan. Y aunque la prensa, que es como un tiburón hambriento, todavía no ha olido la sangre, mi plan estos días es mantener un perfil bajísimo, casi invisible. Y subirme al escenario del Loopsie's no es que encaje precisamente con esa estrategia.

Aunque nadie de los aquí presentes reconozca mi nombre, no puedo arriesgarme a que alguien saque el móvil y lo suba a sus redes. Ya se sabe cómo va esto: un vídeo y al día siguiente cualquier parte del mundo sabrá que Savannah Morgan está en Dukeforth. Un lugar que, por cierto, es territorio completamente prohibido para Alen.

Cuando desaparecí del *draft,* Nora tuvo que improvisar rápido. Se inventó que me había ido unos días a un *spa*. En el mundo de la fama, esa palabra no significa exactamente «masajes relajantes y agua con pepino», sino que es un código no escrito de «desintoxicación». Por lo que, en cuanto Nora soltó esas palabras, el equipo cortó la conversación automáticamente. Gracias a eso, estoy a salvo… por ahora.

Con un poco de suerte, Alen todavía no ha volado a Los Ángeles y sigue en Nueva York. Mientras él no pregunte directamente, puedo respirar. Pero sé que como llegue él a Los Ángeles antes que yo, estoy perdida. Me conoce y no se va a creer esa mentira.

Levanto la vista.

Chrishell sigue sobre el escenario, micrófono en mano y luciendo esa sonrisa que antes me parecía encantadora… y que ahora mismo solo me provoca ganas de lanzarle una servilleta mojada a la cara.

Toda la gente del bar me está mirando. Algunos con curiosidad, otros esperando a ver qué hago.

La odio. Lo está haciendo aposta. Le dejé bien claro que nadie más podía saber que estaba aquí…

Es su venganza por lo de Dylan, estoy segura.

Respiro hondo y trato de calmar el pequeño ataque de ansiedad que me está subiendo por la espalda.

—Chrishell… —digo, aumentando el tono para que me pueda oír desde su posición—. Hoy no puedo. Lo siento, de verdad.

Ella me observa desde el escenario, y en su expresión se mezclan dos cosas muy claras: decepción… y desafío.

Aparto la mirada y busco a Dylan entre la gente. Un movimiento casi imperceptible de su cabeza y sus brazos cruzados me hacen ver que está molesto, pero estoy segura de que no es por mi negativa a subirme.

—¿En serio, Savannah? ¿No lo vas a hacer por tu amiga de tanto tiempo? —remarca esas últimas palabras. Solo los que conocemos el pasado sabemos el trasfondo que oculta su tono—. ¿Por Olivia?

La odio, pero le sonrío.

Está convencida de que no voy a dejar a Olivia mal delante de toda esta gente, de su familia y de sus amigos. Sabe que por ella no lo haría, pero sí por Olivia. Y yo sé que tomar esta decisión solo me va a llevar al desastre, pero no tengo más remedio que arriesgarme.

Sin decir ni una palabra, empiezo a andar hacia el escenario. En cuanto paso al lado de Dylan, este me sujeta del brazo para que no continúe. Me hace gracia que sea él el que no quiera que ceda ante los chantajes de su novia, si parece que él es lo único que sabe hacer. Me zafo de su agarre con un movimiento leve y le sonrío para que no se preocupe.

Arriba del escenario hago un intento de quitarle el micrófono a Chrishell. Cuanto antes se acabe esto, mejor para todos. Pero ella es más rápida y da un saltito hacia atrás.

—¿Te importa que haga una petición? —pregunta—. Mi canción favorita siempre ha sido *Altitude was a lie*.

Entrecierro los ojos el menor tiempo posible, porque no quiero que lo note. Ahora conoce la verdad y sé exactamente lo que está haciendo. Quiere que me rebaje. Que recuerde que Dylan no me pertenece. Quiere que él recuerde de nuevo lo que hice, mis malas decisiones…

Con una actitud tan falsa y prepotente como la suya, tiendo la palma de la mano para que me dé el micro. Cuando lo tengo en mi poder, me acomodo en taburete que hay junto al teclado. Esta canción nació entre los acordes de mi guitarra hace mucho tiempo, y está hecha para ser tocada así, pero puedo adaptarla sin problemas.

Coloco las manos sobre las teclas, pero no las presiono todavía.

—Antes de empezar… —Levanto la vista y trago saliva para controlar el tono de mi voz—. ¿Os puedo pedir un favor? Sé que algunos queréis grabar, pero… —hago una pequeña pausa— os voy a contar algo. Esta canción… —bajo la mirada hacia las teclas— la escribí para alguien a quien dejé atrás. —Aprieto los labios—. Alguien a quien no supe valorar cuando debía. Y eso me ha hecho darme cuenta de algo —vuelvo a alzar la vista—: es importante vivir el presente. ¿Por qué no probamos a hacer eso? En lugar de querer inmortalizar algo, vivámoslo de verdad.

Uno a uno, algunos móviles empiezan a bajar.

—Olivia —añado, antes de empezar a cantar—, me alegro de poder vivir esto tan especial contigo. Me alegro de estar de nuevo aquí.

Con eso, se hace el silencio. Es una sensación diferente, una cercanía que no tiene nada que ver con lo que siento sobre los estadios.

Ahora sí: bajo la mirada hacia el teclado, curvo un poco los dedos y sonrío para mí.

La primera nota suena suave, la siguiente es mucho más profunda y envuelve todo el local. Y cuando encadeno los primeros acordes, estos me devuelven al pasado.

Hace años, este sitio era todo lo que tenía. Un escenario diminuto y pegajoso con luces que apenas funcionaban y un público que, con suerte, dejaba de hablar lo justo para escuchar una canción entera.

Y ahora vuelvo aquí, algo que daba por perdido, con una canción que escribí para Dylan cuando me di cuenta de que no iba a responder a mi llamada. De que lo había perdido.

Con esa última nota antes del primer verso, respiro hondo, dejo que la melodía termine en el punto exacto, y empiezo a cantar…

I thought the high ground was an advantage
But the clouds just kept me from the truth
I should've never broken your heart
When I still had the chance with you

Now every whiskey tastes like your name
Burning slow, running through my veins
We could try to start again
But I don't think you miss me the same

I tried to call, but the signal died
Way up there where I chose to hide
I thought the altitude was an advantage
But flying away from you was my mistake

If you'd let me fly back to you
I'd say all the things I never said
I thought the altitude was an advantage
But flying away from you was my mistake

If you'd let me come back down to you
I'd apologize for every promise I broke
I thought the altitude was an advantage
But leaving you behind was my mistake

Cuando acaba la canción, me niego a alzar la cabeza para mirar a los ojos a Dylan. Si lo hago, no podré contener las lágrimas que me he tragado tras el último verso.



CAPÍTULO 35

Dylan

Can't Love You Anymore - AJ McLean

Me quito la sábana de encima y salgo de la cama con cuidado de no despertar a Chrishell. Es raro verla dormida a estas horas. Normalmente, incluso antes de que salga el sol suele estar de un lado a otro de la casa, ordenando todo lo que ya ordenó días atrás o incluso reubicando lo que ya ha cambiado cinco veces de lugar porque, cada vez que desliza un vídeo, internet le dice algo distinto. ¿Antes tener un espejo delante de la puerta mataba la energía de la casa? Muy bien, pues ahora es lo que necesitas para ser exitosa. Yo, mientras no toque mis cosas, la dejo hacer y deshacer a su antojo.

Cojo el móvil y me voy directo al baño, cerrando la puerta con suavidad. La luz blanca me golpea de lleno y entrecierro los ojos mientras desbloqueo la pantalla. Tengo más de cinco llamadas perdidas de Brooke. Ni siquiera necesito escuchar el buzón para saber qué quiere. Seguro que pretende que vaya al bar a ayudarla a limpiar el desastre de anoche, pero paso, que se apañe ella solita. Además, últimamente Brooke parece haber olvidado ese pequeño detalle que nos mantiene a flote, la fina línea entre jefe-empleada y amigos, que parece no saber diferenciar.

Dejo el teléfono sobre el lavabo y abro el grifo. Me quito la camiseta, entro en la ducha y dejo que el agua fría me caiga por la cara, llevándose con ella todo el cansancio.

Siento una paz absoluta… hasta que el aparato del demonio vuelve a vibrar. Qué pesadilla.

—Brooke, te juro que… —murmuro, echándome el pelo mojado hacia atrás.

Intento ignorarlo. De verdad que lo intento. Pero vuelve a vibrar y vibrar…

Y otra puta vez.

Suelto un bufido desde lo más profundo de mí, deslizo la mampara de golpe y saco medio cuerpo fuera de la ducha, dejando un reguero de agua que va a empezar a acumularse en el suelo. Alargo el brazo, a ciegas, tanteando el lavabo mientras el móvil sigue rebotando contra la cerámica.

Si me electrocuto ahora mismo por esta mierda, juro que vuelvo del más allá solo para matarla personalmente.

Desbloqueo la pantalla, empapando todo el teléfono en el proceso.

—Más te vale que sea importante… —gruño—. ¿Qué quieres?

—¿Se puede saber dónde te has metido?

—Disculpa, ¿se me ha olvidado pasarte mi calendario semanal o algo?

—Joder, Dylan —corta, sin paciencia—. No estoy para tu mierda de ironía. Esto es importante. ¿Estás en casa? Sal.

—Me estoy duchando, Brooke. Piérdete.

—¿Y qué haces con el teléfono dentro de la ducha? Bueno, da igual —se corrige a sí misma—. Estoy en tu porche. Es urgente. Es Savannah.

Con eso último, cuelga.

Me quedo mirando el teléfono como un idiota a la espera de que alguien me dé más información. Pero la pantalla solo muestra mis aplicaciones y, a no ser que salga de la ducha, no voy a resolver nada.

Brooke no suele exagerar, bueno, sí lo hace. Aun así, su pereza es la segunda característica que mejor la define. Así que, si ha movido su culo hasta mi rancho, la cosa es seria. Y como no sé a quién pretendo engañar y sé que, si le pasase algo a Savannah, cruzaría de punta a punta el país para salvarla, salgo de la ducha a toda prisa, dejo el baño hecho un desastre y me planto unos calzoncillos y la primera camiseta que pillo antes de bajar las escaleras casi resbalándome.

Abro la puerta de golpe.

—¡Dylan! —exclama horrorizada mientras se tapa la cara al verme aparecer sin pantalones.

—Estoy bastante seguro de que no es lo peor que has visto —la provoco, dando un paso más hacia ella—. Venga, escupe. ¿Qué pasa?

—Savannah está haciendo la maleta. Se va.

No sé muy bien qué espera que haga con esa información. Estaba claro que se iba a ir tarde o temprano. Me molesta que, tras haber firmado una tregua, vuelva a huir de la noche a la mañana…, pero no estoy sorprendido. Y si lo estoy, no lo voy a demostrar.

—¡Dylan! —me corta, exasperada al ver mi cara—. No se está yendo porque quiera. Se está yendo por la que se ha liado.

La miro, frunciendo el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—¡Joder!, ¿no te has enterado de nada? —Niego con la cabeza antes de que siga hablando—. Se ha filtrado que Savannah está en Dukeforth. El pueblo sale en todos los pódcast, ¡hasta en el de TMZ! ¿Y sabes cómo se han enterado?

Acorta la distancia que nos separa y yo vuelvo a negar. No sé por qué sigue jugando a las adivinanzas.

—El rumor empezó en el pódcast de Alexis Lauren, *Quick Side*. ¿Y sabes quiénes se siguen mutuamente? Ella y tu novia.

—Eso no demuestra nada… Chrishell sigue a todo el mundo.

—Sí, pero el perfil personal de Alexis solo sigue a trescientas personas —afirma, desbloqueando su móvil con movimientos rápidos y plantándome el Instagram de la chica en toda la cara.

—No sé qué insinúas, pero Chrishell no haría eso. —La defiendo porque, aunque sé cómo es ella, nunca sería capaz de hacer algo así —. Además… le encanta Savannah —añado, más bajo—. Sabe perfectamente que no quería que nadie supiera que estaba aquí.

Brooke se ríe.

—Claro. Como tú digas, Dylan.

Paso una mano por mi pelo todavía mojado, intentando manejar la situación.

—Vale, vamos a ver —empiezo, más para mí que para ella—. Voy a hablar con Chrishell. Seguro que hay una explicación. Tú vuelve con

Savannah —continúo—. Cálmala, intenta…, no sé, entretenerla. Cuando aclare esto, voy para allá. ¿Vale?

Brooke me sostiene la mirada, evaluando si soy idiota o solo demasiado optimista.

—Espero que tengas razón, Dylan…, porque tu reina se ha coronado —escupe con desdén.

Se gira y camina hacia su coche sin despedirse.

Está claro que quiero proteger a mi novia…, pero no sé si voy a defender el lado correcto de la historia.

Conozco a Chrishell y sé cómo funciona su cabeza. Le gusta tener el control, hacer las cosas a su manera… y, sobre todo, le encanta salirse con la suya. Siempre he pensado que era uno de esos pequeños defectos inofensivos, algo que no iba a interferir de verdad en nuestra relación. Pero últimamente empiezo a verlo desde otra perspectiva.

Igual sí puede ser un problema.

Si de verdad ha cruzado esa línea, ya no hablamos de recolocar jarrones o cambiar un espejo de sitio porque ella lo diga; esto es trastornar la vida de los demás.

Subo las escaleras y abro la puerta del dormitorio sin temor a despertarla.

—¿Qué hacía Brooke aquí? —pregunta de espaldas a mí.

Ha estado despierta y asomada a la ventana todo este tiempo.

—¿Compartiste ayer la ubicación de Savannah?

—¿Cómo? —Se gira para mirarme y se cubre el cuerpo con la bata de seda, aparentando estar disgustada.

No voy a repetírselo porque sé que me está entendiendo a la perfección, así que espero a que termine su *performance*.

—Me conoces. Yo nunca haría eso. —Se hace la ofendida tan bien que hasta da repelús—. ¿Eso es a lo que ha venido esa de ahí?, ¿a ponerte en mi contra?

Quiero confiar en ella, pero me lo está poniendo muy difícil.

—Savannah se ha ido porque se ha filtrado que está en Dukeforth.

—¿Y qué tengo que ver yo en todo esto? ¡Ya te he dicho que no he hecho nada! ¿Por qué me atacas así? —solloza a la defensiva.

—Vale, salgamos de dudas. Demuéstrame que Brooke se equivoca. —Le tiendo la mano para que me dé su móvil. No he hecho esto en mi vida y me siento ruin y rastrero pidiéndole el teléfono a mi pareja, en quien se supone que debo confiar a ciegas, pero no me queda más remedio.

De repente, corta el sollozo y me reta con la mirada. Está esperando a que ceda; algo que no pienso hacer.

Al final, es ella la que se rinde. Pone los ojos en blanco, lo desbloquea y me lo tiende.

—No, no lo voy a ver —rectifico—. Solo sé sincera conmigo, Chrishell. ¿Subiste alguna foto o comentase algo por algún lado?

—¡No lo hice de forma pública! —se excusa—. Solo lo comenté con algunas amigas…

—¿Alexis Lauren está entre ellas?

—¿Cómo sabes…? —titubea—. Puede ser que… Subí una foto a «mejores amigos» de Instagram. Estudié con ella algunas asignaturas de medios de comunicación, no es algo a lo que haya que darle demasiada importancia.

—Ambos sabemos que sí cuando esa persona tiene uno de los pódcast más escuchados del país.

—Pero yo no… —vuelve a agudizar el tono, pero a mitad de frase se cansa y destapa su verdadera voz—: Agh, ¡está bien! ¡Claro que lo hice aposta!

—¿Por qué?

—¿De verdad creías que no sabía desde el principio que te acostaste con ella? No soy tan tonta como piensas, Dylan.

—No creo que seas tonta, Chrishell.

—Desde luego que no. —Su risa envuelve toda la habitación—. Llevo sabiendo que me has puesto los cuernos desde que salió de la habitación del hotel y he estado callada todo este tiempo porque me negaba a creer que tú fueses el tonto de esta relación, pero, ¡sorpresa!, lo eres. Y lo mejor de todo es que Savannah es igual o más tonta que tú. ¿Quién te iba a decir que yo, una de las mayores fans de Savannah Morgan, estaría diciendo esto ahora? Ay, las vueltas que da la vida.

Aprovecha sus últimas palabras para girar sobre su propio eje y abrir el cajón de la mesita de noche.

—Creo que ya te puedo dar esto.

Me lanza un papel, pero este tiene tan poca fuerza que planea y se queda a pocos centímetros de ella. En vista de que no se va a mover, me acerco y lo recojo del suelo.

No creas que me he ido a ningún lado. Tengo que contestar a una llamada, pero no quería despertarte. Ahora vuelvo. No te muevas de la cama si no es conmigo. S.

No había visto eso en mi vida, pero en cuanto leo la primera frase, sé de dónde proviene.

Savannah no huyó otra vez, no me dejó tirado como pensé.

—¿Sabes? Cuando entré a la habitación aquel día estaba muy preocupada por ti. Desapareciste casi toda la mañana. Me acerqué para ver qué te había pasado. Quería contarte que me había encontrado con Savannah Morgan casi en la puerta de nuestra habitación. ¿Sabes lo que significaba eso para mí? —En cuanto dice eso, corroboro la versión de Savannah: no volvió porque se cruzó con Chrishell tal y como me dijo—. Pero en cuanto me senté en la cama y vi un papel a tu lado, lo leí con el tiempo justo para guardármelo antes de que te despertaras. Ahí ya tenía claro que me habías puesto los cuernos, pero ¿una «S»?, ¿podría ser de Savannah? —Hace un gesto fingidamente pensativo—. ¡Era imposible! ¿Cómo te ibas a acostar con alguien como ella? Una famosa de su calibre jamás se fijaría en… ti. Eso fue lo que pensé, que podría haber sido cualquier chica de la ciudad. Pero en cuanto la vi en este dichoso pueblo horas después… todo empezó a oler demasiado raro. No puede haber tantas casualidades en el mundo, Dylan. —Entrecierra los ojos—. Así que me limité a fingir. ¿De verdad pensábais que me estaba creyendo vuestra mierda de numerito? Lo que no sabía hasta entonces era que ya os conocíais de antes, pero ayer acabé de resolver mis sospechas. Y siento decirte que ni siquiera necesitaba que me lo revelases tú, porque el juego de escribir el nombre lo organicé por algo. ¿También te has creído que me importa cómo llamará Olivia a su bebé? Era mi plan perfecto

para descubrir si esa era su letra. Lo que pasa es que te adelantaste y me lo confesaste antes de que pudiera comprobarlo por mí misma.

—¿Y has hecho todo esto por venganza…?

—¿Venganza? Depende de cómo quieras interpretarlo. La vuelta a Dukeforth fue rara, ¿sabes? Estuve pensando en qué significaba eso para nuestra relación, ¿iba a poder superarlo? —Niega con el dedo antes de seguir hablando—. Ambos sabemos cuál es la respuesta. Así que en cuanto puse un pie de nuevo aquí, supe que lo nuestro estaba roto. Por lo que no, no lo he hecho por una venganza directa por haberse acostado con mi novio.

—¿Y todo lo que me dijiste ayer?, ¿eso del *free pass* y acostarte con Liam Hemsworth?

—¡Menuda tontería! —dice, negando con la cabeza—. Además, nunca nombré a ese tipo. Dylan, cada vez que abres la boca, me sorprendes más. ¿También te creíste eso?, ¿igual debería apuntarme a clases de interpretación? Solo estaba estirando el chicle más y más. Tenía que pensar bien cómo os la iba a devolver.

Niego con la cabeza.

Es imposible procesar todo lo que está ocurriendo.

Yo asumo mi error y sé que lo he hecho mal, ¿pero ella? Ella es mala. Ahora mismo no tiene ni una pizca de bondad en su mirada. Joder, ¿cómo he estado tan ciego todo este tiempo?

—En cuanto vuelva, te quiero fuera de mi casa —escupo sin más ganas de discutir.

Esto ha terminado. No hay vuelta atrás.

—¿En serio? —dice, dando un paso hacia atrás y chocando contra la mesita de noche—, ¿vas a correr detrás de ella?, ¿después de todo lo que he hecho por ti?

—Chrishell, lo digo en serio. No quiero volver a verte.

—Te vas a arrepentir de esto, Dylan Parker.



CAPÍTULO 36

Savannah

WAIT IN THE TRUCK - LAINEY WILSON

He dejado que el móvil se apague. Algo que también tengo prohibido por contrato, claro. Pero qué más da ya. No es la primera cláusula que rompo esta semana.

Esta mañana me he despertado con el teléfono ardiendo. Literalmente. Llevaba tantas horas vibrando, encendiéndose y apagándose por las notificaciones, que la parte trasera estaba a punto de echar humo. Y doy gracias a mi yo del pasado que silenció la mayoría de las redes sociales.

Alen me ha dado un ultimátum y tengo setenta y dos horas para volver a Los Ángeles.

Al principio, no he entendido por qué tantas horas. Me ha parecido hasta generoso de su parte. Pero no podría estar más equivocada. Lo he entendido en cuanto, fruto de los nervios, he ido a comprar el primer vuelo directo a Los Ángeles desde Nashville.

Mil ochocientos dólares rechazados.

Antes de empezar a hiperventilar, he vuelto a intentarlo con la misma tarjeta, pero no ha funcionado, solo he obtenido los mismos resultados.

Maldito Alen Dixon. Me ha bloqueado la única tarjeta que llevo encima. La única que uso siempre y que les pertenece a ellos. Como todo.

Ahora sí que puedo perder los nervios.

Pongo el teléfono móvil a cargar y, tan rápido como se enciende, marco el teléfono personal de Alen.

—¿Me habéis bloqueado la tarjeta? Así no puedo volver a Los Ángeles.

—¿No quieres jugar a ser una chica normal? Pues las chicas normales no tienen dinero cuando hacen las cosas mal y no van a trabajar.

—Alen, necesito salir ya si quieres que esté allí —insisto, obligándome a mantener la voz firme—. Si me quedo más tiempo, el aeropuerto se va a llenar de prensa y *paparazzi*. Voy sin seguridad. Sabes que eso sería una locura. Por favor…, envíame el *jet*.

Hay un silencio al otro lado.

—No, monada. Búscate la vida, igual que hiciste para escaparte y llegar hasta allí. Eso sí, atente a las consecuencias si no apareces.

No se molesta en despedirse.

Agh, lo odio. De la rabia, lanzo el teléfono por los aires. El cargador se desengancha de la pared y sale disparado por todo el salón de Brooke, para terminar cayendo en el sofá junto al móvil.

Tengo un mensaje de Nora, que está en la discográfica comiéndose este marrón sola, y ya me ha dicho que no me puede pasar nada de dinero. También le han cortado el grifo por ser mi cómplice.

Cuando nos propusieron utilizar solo las tarjetas de crédito corporativas nos pareció una idea buenísima, ahora es una auténtica basura. Te hacen creer que tienes libertad ilimitada… hasta que deciden recordarte que, en realidad, nunca ha sido tuya.

Tengo que pensar otra solución.

Llamaría a Ewan, pero lo podría meter en un lío si se enterasen en la discográfica. Por suerte, conozco a alguien que estaría más que dispuesto a fastidiar a Alen. Me tiro en el sofá y deslizo el dedo por la pantalla en busca del teléfono de Jeremy. Nada más ponérmelo en la oreja, me levanto. No me puedo quedar quieta. Cuantos más tonos oigo sin respuesta, más rápido ando por el diminuto salón.

Directa al buzón de voz.

Vuelvo a marcar de forma compulsiva, una y otra vez, pero es inútil. Estoy jodida. Si no me planto en el oeste del país en menos de tres días, ya me puedo ir olvidando de todo.

Alen no se anda con tonterías, lo que promete, lo cumple, por muy despiadadas que puedan ser sus promesas.

Es que, ¿en qué momento pensé que esto era una buena idea?, ¿cómo me dejé llevar así? Soy una impulsiva egoísta. De repente,

noto cómo todo el agobio se me acumula en los ojos y, sin darle permiso, empieza a deslizarse por mis mejillas.

Y ahí, escucho el timbre sonar.

«¿Brooke?».

Pero no, no es ella. Dylan está plantado delante de la puerta y respira algo agitado. Si no fuera porque todavía tiene las llaves del coche en la mano, juraría que ha cruzado medio pueblo corriendo.

No sé qué está haciendo él aquí. Pero lo peor es que no sé cómo se supone que debo de actuar. Ahora mismo solo siento ganas de lanzarme a sus brazos, aunque reprimo mis instintos porque no estoy en las mejores condiciones para enfrentarme a un posible rechazo. Así que, en lugar de hacer eso, abro la boca, pero él se adelanta:

—¿Pensabas volver a huir?

Esas cuatro palabras me derrumban y, pese a mi primer pensamiento, me lanzo a la incertidumbre. Lo abrazo aun a riesgo de su reacción. Él no se mueve hasta que, sin quererlo, estallo contra la curva de su cuello y empiezo a llorar. Noto cómo su mano, todavía con las llaves del coche entre sus dedos, roza mi espalda. Al principio es un gesto torpe, casi dudoso, pero cuando mi respiración se descontrola y los sollozos empiezan a sacudirme el pecho, me aprieta contra él con más fuerza, intentando estabilizar mi jadeo.

—Brooke me lo ha contado todo. Vamos dentro.

Me guía con suavidad hasta el salón y me deja en el sofá. Se separa lo justo para cerrar la puerta y desaparece en la cocina. Escucho cómo abre un armario y vuelve con un vaso de agua. Se conoce el apartamento de Brooke a la perfección.

—Perdón.

Esas son sus primeras palabras, aunque deberían haber sido las mías.

—¿Por qué? —murmuro, secándome la cara con el dorso de la mano mientras intento recomponerme.

—Por la que ha liado Chrishell.

—Tú no tienes la culpa.

—Ya… —se pasa una mano por la nuca y mira al suelo, incómodo —, pero de algún modo me siento responsable.

—Sois personas independientes, Dylan —digo, dando un pequeño sorbo al agua para ganar tiempo—. Por mucho que ella se empeñe en fusionarse contigo cada vez que se sienta sobre tus rodillas.

—¿Celosa, Morgan?

«No te haces una idea, Parker».

Pero no digo nada. Me limito a mirarlo, y algo en mi expresión debe de delatarme, porque su sonrisa se evapora.

—Perdona —añade, bajando un poco la voz—. Supongo que todavía es demasiado pronto para este tipo de bromas.

Aprieto el vaso entre las manos.

—No puedo volver a Los Ángeles. Los de la discográfica me han bloqueado la tarjeta y estoy intentando contactar con alguien que me preste el dinero. Nora también está llamando ya a nuestro gestor.

—Yo puedo prestarte el dinero.

—¿Mil ochocientos dólares?

—¿Tanto? —Su cara pasa de la comprensión al horror en cuestión de milisegundos.

—Es el primero que sale dentro de cuatro horas y solo quedan dos asientos —le explico.

—Vale. Vámonos.

—¿A dónde?

—En dirección contraria a quedarte aquí parada —responde, mirando su reloj de muñeca—. Tienes setenta y dos horas… y bajando. Vamos avanzando. Seguro que o tu gestor o alguien de tu equipo soluciona esto. No te pueden dejar así.

—Su… supongo —vacilo.

—Vale, ¿qué te pasa? —pregunta al ver que tampoco me convence esa opción.

—Los de los próximos dos días están todos llenos. Joder es que estoy segura de que la discográfica los ha comprado todos solo para fastidiarme.

—¿Pueden hacer eso? —inquiere, preocupado.

Niego con un movimiento sutil de cabeza.

—O sea, por poder, podrían, pero…

—Podemos ir a Memphis —me interrumpe—. Hay vuelos directos desde allí, ¿no?

—Sí, supongo que Memphis sería mucho más seguro que Nashville porque nadie se espera que esté allí —divago en voz alta.

—Pues venga, te ayudo a terminar de hacer la maleta. —Señala el desastre que tengo montado en el suelo—. No hay tiempo que perder.

Por suerte, no vine con una maleta demasiado grande y en menos de media hora estamos montados en su camioneta. Echo un vistazo rápido, pero aquí no hay ningún rastro de Chrishell. No se le ha ocurrido llenarlo de ambientadores de selva tropical ni de reposacabezas con plumas como su bata.

Aquí todo es él.

Me abrocho el cinturón mientras él arranca el motor. El interior huele a cuero, a heno y a algo más que no sé describir, pero me es familiar. Descanso las manos sobre mis muslos, después las muevo hacia el salpicadero, pero acabo apoyando una en el reposabrazos de la puerta y otra en la consola central. Me parece absurdo que esté acostumbrada a estar en escenarios con miles de personas gritándome y ahora no sepa qué hacer con las manos en el asiento de un coche.

No quiero que esto sea incómodo.

Lo miro de reojo; él, al menos, parece tranquilo. Conduce con la mirada fija en la carretera, aunque unos mechones aclarados por el sol se le cuelan en el campo de visión. Me encanta su nuevo *look*, con el pelo un poco más largo y libre de gomina.

Aprieta ligeramente el volante cuando giramos para incorporarnos a la autopista y el motor responde con el mismo rugido atolondrado que recordaba.

—¿Por qué sonríes?

—¿No te parece esto divertido?

—¿Que tu discográfica te haya bloqueado el acceso a tu dinero y no tengas un modo normal de volver a Los Ángeles? Creo que tenemos un concepto distinto de la diversión.

—Visto así… —Desde hace algún tiempo me cuesta ver el lado bueno de las cosas, pero con él es más sencillo—. Pero no, me

refería a estar aquí los dos juntos. ¿Sabes? He soñado con esto un montón de veces.

No termino de soltar la frase cuando ya me estoy arrepintiendo, tanto que me aprieto los labios con fuerza. Al menos, mis palabras lo han convencido para apartar la vista de la carretera.

—¿Sabes? —me imita—. Yo también. Solo que tú no estabas precisamente montada encima de mi camioneta.

Trago saliva porque siento que el aire del coche ha desaparecido, o al menos ya no puedo respirar como antes. Pero consigo reunir el coraje necesario para mantenerle la mirada. Me parece notar que se le dilatan las pupilas.

Al ver que no digo nada, Dylan vuelve la vista a la carretera, pero la sonrisa no desaparece del todo.

Todavía tengo una oportunidad.

—No te creo —murmuro, forzando una media sonrisa—. Estoy segura de que en todo este tiempo no has soñado conmigo ni una sola vez.

—¿Por qué estás tan segura de eso?

Me encantaría seguirle el juego y ver hasta dónde puede llegar el Dylan Parker que intenta hacerme sonrojar con un doble sentido muy deficiente, pero quiero creer que ya tendremos tiempo para eso. Ahora me parece mucho más importante esto:

—Porque me odias.

Entrecierra los ojos y aprieta un poco más el volante.

—Esto ya lo hablamos, Savannah. No te odio, solo estoy dolido por…

—Por cómo acabaron las cosas entre nosotros —completo la frase por él—. Lo sé. Yo también. Y no me cansaré nunca de pedirte perdón.

Ahora sé responder a la pregunta que me hizo en el *draft*.

«¿Por qué te tengo que perdonar, Savannah Morgan?».

—Perdón por no haberte incluido en mis planes y haber huido. Por haber tomado una decisión sola cuando sé que tú me hubieses apoyado… y que entre los dos hubiésemos encontrado una solución mejor a la que tomé.

Asiente despacio, pero no dice nada.

—Perdón por no haber contado contigo. Por no haberte incluido como parte de mi vida, porque lo eras. —Hago una pausa, tragándome el nudo de la garganta antes de mirarlo fijamente—. Y lo eres.

Nada más pronunciar esas palabras sé que es la respuesta correcta a su pregunta, porque vuelve a apartar la vista de la carretera.

—Quiero que sepas que puedes contar conmigo —dice al cabo de unos segundos—. Te lo he hecho ver siempre que te he tenido cerca. Míranos ahora. —Nos señala a ambos—. ¿Quieres ir a Los Ángeles? ¿Quieres ir al puto fin del mundo? Está bien, pero vámonos juntos.

—Supongo que eso último puede ser un buen plan…



CAPÍTULO 37

Savannah

Fast Lane - Bellah Mae

Llevamos más de dos horas conduciendo rumbo al oeste. Eso quiere decir que ya hemos pasado el aeropuerto de Nashville y estamos en la frontera con Memphis.

Sigo esperando a que Nora o alguien dé señales de vida, pero lo cierto es que ya no estoy tan agobiada como antes. Tener a Dylan cerca me ha ayudado a relativizar un poco todo esto.

Hemos parado en medio de la nada en una gasolinera de la Interestatal 40. Dylan ha entrado a comprar algo de comer y yo me he quedado fuera, apoyada contra la puerta del copiloto.

Miro a mi alrededor.

Soy la única aquí fuera. Solo hay un par de coches aparcados frente a un motel cutre unos metros más allá, con la mayoría de las cortinas pasadas y un neón que se cae a cachos.

Echo la cabeza hacia atrás y la apoyo contra la ventanilla, pero la aparto enseguida porque incluso el cristal me quema la piel. Hoy hace un calor mucho más intenso de lo habitual. Ay, lo que daría por un café con hielo ahora mismo.

Resoplo y me meto las manos en los bolsillos de los vaqueros en busca de algo de dinero. Cien, cincuenta… Son los últimos billetes que me quedan. Asimilo lo poco que me separa de la miseria y luego los vuelvo a guardar, despacio. No tengo ni idea de cuánto voy a estar sin crédito ni de si voy a necesitarlo más adelante, pero tampoco puedo quedarme aquí de brazos cruzados viendo cómo Dylan lo hace todo. No puedo tener tanto morro.

Alcanzo el surtidor y alargo la mano hacia la manguera justo cuando el móvil vibra en mi bolsillo trasero.

Es Jeremy.

Su nombre aparece en pantalla y me giro instintivamente buscando a Dylan a través del cristal de la tienda. Está de espaldas, apoyado en el mostrador, esperando al tipo de la caja.

La llamada sigue vibrando en mi mano. Insistente.

Podría contestar. Y probablemente debería. Pero si lo hago, sé que aquí se acaba mi escapada con Dylan. Y no quiero que este momento se rompa todavía. Quiero un poco más de esto. Un poco más de él.

Suelto el aire despacio y, antes de pensarlo demasiado, rechazo la llamada. Guardo el móvil y cojo la primera manguera que encuentro. La encajo en el depósito con un poco más de fuerza de la necesaria y aprieto el gatillo.

Lleno el depósito hasta que no cabe una gota más en busca de sentirme menos culpable, porque sé que soy una egoísta por tomar esta decisión. Dylan no tiene ninguna obligación conmigo. No tiene que llevarme a ninguna parte.

En cuanto el sonido del combustible se detiene, saco la manguera del tanque y la devuelvo a su lugar.

Al abrir la puerta de la tienda, tintinea un atrapasueños.

—¿Qué haces aquí? —me saluda Dylan, que sigue esperando en la caja.

—He rellenado el tanque. —Señalo con la cabeza la *pick-up*.

—Sav, te he dicho que no hacía falta.

—No podemos ir al fin del mundo sin combustible. —Sonrío y me apoyo en el mostrador—. Ni tampoco a Arkansas… —dejo caer.

—¿Qué pasa con Memphis?

Si le digo que Jeremy me ha llamado, me tocará salir en el próximo vuelo de Memphis y no quiero.

—Nora todavía no ha conseguido desbloquear mis cuentas y solo estamos a cuatro horas de Arkansas. Podríamos seguir avanzando…

—Está bien.

Me siento fatal por mentirle, pero no quiero desaprovechar esta oportunidad, no sé cuándo volveré a estar así con él. Cuando me deje en cualquier aeropuerto, el volverá a casa con Chrishell y yo a lidiar con mi realidad. Prefiero alargar esta utopía en carretera todo

lo que pueda. Además, creo recordar que él hizo lo mismo cuando me metió en su casa a traición. Todavía tengo pesadillas con el Motel Muerte.

—¿Os cobro esto?

—Sí.

Arrastro la comida que Dylan ha dejado en el mostrador y se la tiendo al señor, que tiene la cara manchada de lo que prefiero asumir que es aceite de coche.

—Yo invito. Esto y el surtidor número… —giro el torso para localizar la *pick-up*— dos.

El hombre teclea sin mirarme demasiado.

—Noventa y siete dólares.

Saco el arrugado billete de cien y me despido de él alargando el brazo en un gesto dramático.

El señor ni siquiera me mira raro.

Madre mía, tiene que estar acostumbrado a todo en este lugar.

—No tenías por qué hacer eso —dice Dylan, alargando las manos para quitarme el cargamento que llevo abrazado contra el pecho. Pero soy más rápida y doy un paso atrás justo a tiempo para esquivarlo.

—Qué menos —respondo, caminando hacia la camioneta—. Tendré que contribuir de algún modo ya que no me dejas conducir…

—Hay cosas que nunca cambian, Savannah Morgan —responde, abriendo la puerta del conductor.

Ruedo los ojos sin insistir y me meto en el asiento del copiloto. El aire dentro sigue algo caliente, pero al menos no es el horno de fuera. Dejo la comida entre los dos y me abrocho el cinturón mientras Dylan arranca el motor.

Suelta el freno y avanza apenas unos metros por el pequeño aparcamiento que conecta la gasolinera con el motel, hasta que un tirón brusco sacude la camioneta.

—¿Has notado eso?

Me encojo de hombros sin prestarle demasiada atención a Dylan, y sigo rebuscando en la comida.

—Espero que hayas comprado algo con azúcar —digo, apartando una bolsa de patatas fritas sabor barbacoa.

Al ver que no contesta, frunzo el ceño y levanto la vista.

Dylan levanta el pie del acelerador solo para volver a pisarlo con suavidad, provocando otro tirón.

—Vale… —murmura, más para sí mismo que para mí.

Mueve ligeramente el volante, pero se queda quieto en medio de la salida, sin terminar de incorporarse a la carretera.

—Por favor, dime que no has tocado nada del coche mientras estaba dentro.

—Solo he echado gasolina. —No sé por qué teme lo peor de mí siempre.

—Savannah —dice, con una calma que da bastante más miedo que si gritara—. ¿Qué gasolina?

Trago saliva antes de contestar.

—La… normal —titubeo, poco convincente incluso para mí—. La que había ahí.

—Dime que no le has puesto diésel a mi coche.

—No lo sé —admito en un hilo de voz—. La que había ahí. —Señalo el surtidor exacto.

Dylan deja caer la cabeza hacia atrás contra el reposacabezas y ahoga una risa incrédula.

—No me lo puedo creer.

Vuelve a incorporarse despacio, mira al frente y luego al salpicadero.

—Vale —dice tras vaciar los pulmones de golpe—. Vale, no pasa nada. No pasa nada.

—¿Seguro? Si lo repites tanto…

Se pasa una mano por la cara, arrastrándola despacio.

—Vamos a volver hasta la gasolinera. A ver si el tío de ahí nos puede echar una mano.

Asiento rápido, aliviada por tener al menos un plan.

—Vale. Vale —repito yo también, deseosa de que funcione su extraña técnica de relajación.

Dylan abre la puerta y sale.

—Venga.

—Pero vamos en coche, ¿no?

—No, Morgan. Vas a empujar conmigo.

—¿Qué? Pero si aceleras un poco llegamos. Está ahí mismo.

—Ni lo sueñes —responde, apoyando una mano en el marco de la puerta—. Si hago pasar más el diésel por el sistema puedo cargarme los inyectores, el motor… Y, créeme, prefiero empujar esto cien metros que pagar un motor nuevo.

Me quedo mirándolo desde dentro, con el cinturón todavía puesto y la bolsa de patatas, que debo de haber abierto sin darme cuenta, sobre el regazo.

—¿En serio?

Se inclina un poco hacia mí, y ahora sí que noto su impaciencia.

—Sí, en serio.

—¿Esta camioneta? —pregunto, señalando todo el vehículo con las dos manos—. ¿Tú has visto el tamaño de esto?

Dylan sigue mi gesto con la mirada.

—No pesa tanto cuando se mueve, ya verás. Vamos —insiste, dando un par de golpecitos en la puerta—. Baja.

Miro el interior del espacio como si pudiera aferrarme a algo y evitar esta situación, luego, a él y, por último, al sol cayendo a plomo sobre el asfalto, que incluso parece vibrar por el calor.

—Te odio un poco ahora mismo.

—No hablemos de quién debería estar odiando a quién en esta situación —responde, rodeando el coche—. Así que, empuja.

—¿Dónde me pongo? —pregunto, plantándome las manos en las caderas mientras lo sigo con la mirada.

Él ya está colocado en el lado del conductor, con una mano apoyada en el volante desde fuera y la otra en la puerta abierta.

—Detrás. Empuja recto y yo te guío.

—Genial —murmuro mientras camino hacia la parte trasera del vehículo—. Tú diriges y yo me como la peor parte.

—Tú has puesto el diésel —responde sin mirarme.

—Eso ha sido un golpe bajo innecesario.

Resoplo, me coloco detrás y apoyo las manos en la parte trasera. El metal está ardiendo, como todo lo demás en este maldito sitio.

—A la de tres —dice Dylan.

—Espera.

Se gira un poco, ya sin paciencia.

—¿Qué?

Me quito la camiseta de encima y me la enredo en las manos para no abrasarme con el metal. Me quedo solo con el top deportivo blanco, sintiendo de golpe el sol directo sobre la piel.

A través del retrovisor cazo a Dylan mirándome fijamente.

—Venga —consigo articular, carraspeando para tomar aire—. Otra vez.

Aparta la vista.

—A la de tres —repite.

Me coloco mejor, ajusto los pies y respiro hondo.

—Una…

Me preparo.

—Dos…

Aprieto los dientes.

—Tres.

Empujo, pero la camioneta no se mueve ni un solo milímetro.

—¿Estás empujando de verdad? —pregunta Dylan.

—¡Sí!

—Pues no lo parece.

—¡Pues estoy empujando con todo mi ser!

—Pues tu ser necesita esforzarse más —suelta, sin un gramo de empatía.

—¡Mi ser está sudando! —alcanzo a replicar entre jadeos de esfuerzo.

Dylan resopla y sale del lado del conductor. Rodea la camioneta y se coloca junto a mí, demasiado cerca para lo grande que es el espacio.

—Apártate un poco.

—¿Qué?

—Confía en mí.

Me muevo medio paso, lo justo para dejarle sitio. Él apoya las dos manos en la parte trasera, flexiona ligeramente los brazos y, sin aparente esfuerzo, empuja.

El trasto se mueve.

—No es justo —murmuro mientras seguimos empujando.

Cada vez estamos más sudados y más cerca de la gasolinera, y por agotador y ridículo que sea, no cambiaría este momento por subirme a un *jet* privado sola.



CAPÍTULO 38

Dylan

SOUNDS LIKE YOU - MYLES ERLICK

—¿Cómo no va a poder venir nadie a solucionarlo hasta mañana? ¡Estamos en medio de un viaje de negocios! —repito, apoyando los nudillos en el mostrador con más fuerza de la necesaria.

El viejo de la gasolinera mira nuestras pintas. Está claro que no se lo cree.

—Muchacho —dice, arrastrando la palabra—, yo no tengo la culpa de que tu novia haya echado mal el carburante.

Me giro despacio. Savannah está a mi lado, todavía recolocándose la camiseta y con el pelo pegado a la sien por culpa del sudor.

—Está claro que solo se pueden dedicar a una cosa, eh —insiste el viejo con una sonrisa socarrona que solo pide problemas.

—Oiga, tío —digo—. Si va a decir gilipolleces, mejor cállese.

Savannah, al oír mi tono, me agarra del brazo, tirando de mí hacia atrás.

—Dylan —murmura, dedicándole al hombre una mueca rápida que pretende ser amable—. Creo que no estamos en posición de hablarle así.

No hace falta que susurre. Estamos a medio metro y el viejo está disfrutando de su espectáculo.

—Necesitamos salir de aquí —añade entre dientes.

—No —digo, sin apartar la vista del tipo—. Lo que necesitamos es que deje de ser un capullo integral.

Noto que los dedos de Savannah intentan apretar un poco más mi brazo.

—Dylan —insiste, más suave esta vez—. En serio. No pasa nada, vamos a llamar al seguro y nos olvidamos de este tipo.

—No tengo seguro, Sav.

—¿Hemos salido del estado sin seguro? —ahoga un grito. Vuelve a mirar al viejo, que sigue apoyado en el mostrador atento a nuestra conversación, le sonríe, y vuelve a mí—. ¿Cómo puedes ir sin seguro? Eso no tiene que ser legal.

Al oír su obvia deducción se me escapa una risa por la nariz.

—Claro que no lo es. Pero en Dukeforth nunca pasa nada —intento quitarle hierro al asunto para que no se estrese más.

—¡Y ahora no estamos en Dukeforth y estamos en problemas!

—No seas melodramática, no va a pasar nada... Nada más, quiero decir —me corrijo—. Lo solucionaremos.

—Por unos sesenta dólares la bomba es vuestra —interviene el viejo.

—No la queremos comprar —le respondo por encima de la cabeza de Savannah, sin mirarlo siquiera.

—Y nadie ha dicho que os la vaya a vender. Solo os la alquilo por una hora. Espero que en ese espacio os de tiempo, si no, sería más, claro.

—Creía que iba a venir alguien… —interviene Savannah, que sigue empeñada en hacerse amiga del viejo.

—Puedo decirle a Graham que venga, muñeca —responde, recreándose en la última palabra—, pero la mano de obra incrementará el coste…

—Déjese —le interrumpo—. Con la bomba de combustible será suficiente.

Savannah me tira de la camiseta como si fuese una niña pequeña en busca de atención.

—¿Y tú sabes hacer eso?

—No —digo, sincero—. Pero no puede ser tan complicado. Si no, llamaré a Randall.

No sabe quién es, pero eso da igual.

—Está bien, mañana a primera hora, entonces —le digo al tipo despidiéndome.

El viejo carraspea.

—No tan rápido. Treinta por adelantado.

Joder.

Me palpo los bolsillos y saco el dinero sin discutir, lo cual dice bastante de lo mucho que quiero salir de aquí.

—Una hora —añade él, guardándoselo—. Ni un minuto más.

—Nos sobrará tiempo —le aseguro.

No nos va a sobrar tiempo; estoy seguro.



La camioneta está tirada en la gasolinera y nosotros en el peor motel que he visto en mi vida. Es incluso peor que el Motel Muerte donde hice que Savannah se quedara la primera noche que la conocí. Todavía me acuerdo de ello. Reconozco que no fue mi mejor idea, pero Brooke, en cuanto se enteró, me obligó a mover el culo y rescatarla.

Aquello fue el principio del fin.

Abro la puerta de la habitación con la llave de plástico, que parece que se va a partir con cualquier movimiento brusco, y lo primero que me recibe es un olor a… algo. Algo no identificable.

Savannah pasa por mi lado y se queda quieta en mitad de la habitación. Estoy seguro de que ella también lo está oliendo.

Cierro la puerta tras nosotros con el pie.

—Está… bien —dice al fin, despacio y girando sobre sí misma.

La habitación es una caja de cerillas. Las paredes tienen un color indefinido y el ventilador del techo emite un zumbido constante que nos va a dar la noche.

—Al menos hay dos camas —suelta Savannah, buscando el lado positivo a este antro. Se deja caer sobre una de ellas y la colcha responde con un crujido plástico.

—Al menos desde aquí veo la camioneta —comento en un intento de animar el ambiente tras haber descorrido la cortina de un tirón.

Ella se incorpora un poco, mirando hacia fuera, y luego vuelve a dejarse caer hacia atrás con un suspiro dramático.

—Lo siento muchísimo, Dylan. Todo esto es por mi culpa.

—Pues no te voy a decir que no, porque sí que lo es.

Alza la mano por encima de su cabeza, sin incorporarse siquiera, y me lanza un cojín con una puntería bastante decente para ser ella.

Lo cojo al vuelo, pero no se lo devuelvo. Lo dejo caer en el butacón de flores de al lado de la ventana y aprovecho el gesto para sacar el móvil del bolsillo.

Tengo tres llamadas perdidas de Brooke. Son casi las cinco de la tarde. Querrá saber dónde me he metido y por qué no estoy ya en el bar. Tecleo un mensaje rápido, algo lo bastante vago como para no entrar en detalles, pero lo bastante concreto como para que no vuelva a molestar.

Guardo el teléfono, me tiro en mi cama e imito a Savannah: me quedo observando el movimiento de las aspas del ventilador de techo con las manos en el pecho.

—¿Era Chrishell? —pregunta Savannah al cabo de unos segundos, sin moverse, pero pendiente de mis movimientos —. ¿Está muy enfadada por llevarme hasta el aeropuerto?

—¿Te estás preocupando por Chrishell después de lo que te ha hecho? Que estemos aquí es técnicamente más culpa suya que tuya.

Ella se encoge de hombros.

—Supongo. —Gira la cabeza para mirarme. Yo ya lo estaba haciendo desde que ha empezado a hablar—. Una parte de mi quiere creer que… ¿no lo ha hecho aposta?

Arruga la nariz y de verdad creo que está sopesando esa opción. Me parece increíble que piense así. Sigue siendo tan ingenua como antes.

Me gustaría que la fama la hubiese cambiado tanto por dentro como lo ha hecho por fuera, sería mucho más fácil deshacerme de la idea de un nosotros.

—¿Lo dices en serio?

—Si has decidido estar con ella… —comenta, despacio— algo bueno le habrás visto, ¿no? Solo estoy intentando hacer lo mismo.

Me gustaría decirle que, a veces, cuando tomas una decisión, lo haces con los ojos cerrados. Y no siempre en el buen sentido.

—Ya no estoy con ella —me limito a decir en su lugar.

Savannah se reincorpora tan rápido que casi temo que se lleve la colcha de plástico pegada a su espalda.

—¿Físicamente o…?

No puedo evitar sonreír.

—No, Savannah. Hemos cortado.

—¿Qué? —Parpadea, completamente descolocada—. ¿Cómo no me has dicho nada? Llevo todo el viaje mareándote con mis problemas absurdos y del primer mundo mientras tú… —Se señala a sí misma con incredulidad—. Increíble. Perdóname, soy una amiga horrible.

Se deja caer otra vez sobre la cama, tapándose la cara con las manos.

—Relájate, Savannah —digo, girándome un poco más hacia su cama—. No lo sabías.

—¿Quieres hablarlo? —pregunta enseguida, casi atropellándose—. O sea, no tienes que hacerlo, pero… puedes. Si quieres.

La observo en silencio y luego vuelvo al techo..

—No hay mucho que contar —termino por confesar—. En cuanto Brooke me ha dicho lo que ha pasado, he cortado con ella.

Hago una pausa mientras el ventilador completa sus vueltas.

—No puedo… No. —Niego con la cabeza—. No quiero estar con alguien que no es justa con mis amigos. Y lo que ella te ha hecho no lo es. Sabía perfectamente que tú no querías que nadie supiese dónde estabas.

Todos sabemos que eso es una verdad a medias. No es la única razón, pero supongo que es la más fácil de decir.

Savannah baja la mirada hacia la colcha, pasando los dedos por el plástico.

—Me he acostado con su novio. Lo cierto es que puedo llegar a entender su enfado. No le guardo ningún rencor. Ojalá yo hubiese hecho lo mismo —fantasea en voz alta.

Sé a lo que se refiere. Todo el mundo con acceso a internet se enteró de que el cerdo de su prometido le puso los cuernos con una compañera de reparto.

—¿Estabas enamorada de verdad?

—¿Si te dijese que no, crees que tendría algún sentido?

Sí para mí. De hecho, es justo lo que quería oír.

Ella se gira del todo hacia mí. La cama cruje bajo su peso mientras se apoya mejor sobre el codo con la mano sosteniéndole la cabeza. El pelo le cae en forma de cortina hacia un lado, le tapa una parte del rostro, pero sus ojos están fijos en los míos.

—Fue una época rara. Todo a mi alrededor estaba cambiando. Tuve muchas dudas, ¿sabes? Por muchas semanas pensé que había cometido un error. Yo quería cantar, pero no sabía lo que todo eso implicaba. Ni a qué precio. —Su mirada se pierde en algún punto entre nosotros—. Y cuando él apareció fue como si todos los problemas de mi cabeza se callasen. Él es una persona que lleva muchísimo tiempo dentro del mundo de la fama y me ayudó a verlo con otra perspectiva. Todo empezó a ser más fácil. Pero no creo que la palabra fuese amor, sino conveniencia.

—¿De verdad te hubieses llegado a casar con él?

—¿Tenía otra opción mejor?

La pregunta se queda flotando en la habitación, porque, aunque la respuesta es fácil, ninguno de los dos nos atrevemos a decirla el voz alta.

Ambos teníamos mejores opciones. Pero la vida no siempre va de tenerlas, sino de ser capaz de verlas a tiempo. De elegirlas cuando aún estás a un paso de distancia y no cuando ya has avanzado demasiado en la dirección contraria. Y en eso, supongo, los dos hemos estado bastante ciegos.

Aunque ahora ya nos tenemos delante.



CAPÍTULO 39

Dylan

2AM Playlist - Myles Erlick

Busco la llave de la habitación a tientas porque, por mucho que alce la mano en el pasillo, el sensor de movimiento no está cumpliendo su función y estoy completamente a oscuras. Bueno, a ratos. El neón del motel parpadea al fondo y una farola ilumina lo justo para que todo dé el doble de mal rollo.

Menuda mierda de sitio.

Me he ido a por algo de cena y Savannah se ha quedado en la ducha. Ojalá todavía quede algo de agua caliente, porque hoy sí que la necesito.

Por fin, consigo sacar la llave, abrir y dejar la bolsa sobre la mesa de plástico. Como todo aquí dentro.

Espero que le guste lo que llevo, porque si no, su siguiente opción son los cacahuetes caducados de la máquina de *vending* del pasillo.

—Dylan, ¿eres tú? —Su voz sale amortiguada desde el baño, mezclada con el sonido irregular del agua.

Meneo la cabeza ante su comentario.

—¿Cambiaría algo si te dijese que no?

—Te sorprendería lo que puede llegar a hacer una chica indefensa con la alcachofa de la ducha.

Alzo una ceja y miro mi reflejo en el espejo.

—¿Seguimos hablando de posibles asesinos en serie?

—¡Dylan! —La puerta del baño se abre lo justo para que asome la cabeza. No veo mucho más, no sé si está desnuda. Solo alcanzo a ver mechones de pelo mojado pegados a su cara.

—He encontrado algo de cena —digo.

Abro la bolsa y empiezo a sacar las cosas, colocándolas sobre la mesa con más cuidado del que merecen. Dos sándwiches calientes de pastrami, unos aros de cebolla, una cerveza en la que no deposito demasiada fe y un zumo de mango.

—También he pillado un batido de fresa y unos cereales con miel para mañana desayunar.

Savannah frunce un poco el ceño desde la puerta.

—¿De dónde has sacado todo eso? —pregunta al fijarse de que ni el batido de fresa ni los cereales van en un envase normal, sino en una especie de táper de comida para llevar.

—Mejor no preguntes.

Vacila en el umbral, valorando si fiarse o no, y luego desaparece otra vez dentro del baño.

¿En serio no va a indagar más?

—Le he preguntado a la mujer del motel —añado, alzando un poco la voz— y me ha dicho que a unos veinte minutos andando había un hostal con restaurante y bufé libre.

Savannah sale del baño justo entonces, con una pequeña toalla rodeándole el cuerpo, y se detiene al ver la mesa.

—Este zumo es mi favorito.

Antes de que pueda responder, se alza de puntillas y me da un sonoro y rápido beso en la mejilla.

Lo sé. Cuando se fue, guardé el último envase en la nevera durante meses sin ninguna razón lógica que pudiera explicar en voz alta.

Savannah, ajena a mis pensamientos, sujeta con una mano la toalla contra el pecho y con la otra empieza a rebuscar entre los envoltorios grasientos hasta encontrar un aro de cebolla.

Aprovecho su movimiento para mirar su espalda desnuda, porque la toalla le hace bolsa y deja la mayor parte al descubierto. El brazo que tiene levantado crea un ángulo perfecto con el torso , y ahí, justo en el lateral de su espalda, pegado al pecho, veo algo. Unas letras escritas:

It started out with a kiss.

Sé perfectamente de dónde salen. Porque, aunque durante todos estos años haya estado intentando deshacerme de su recuerdo, ella ha seguido siendo Savannah Morgan. Y eso significa que su música

ha estado sonando por todo el país sin parar. Incluso dentro de mi casa.

Sé que muchas de sus letras, como la que cantó en la fiesta de Olivia, hablan de mí… o de nosotros. No es que sea un egocéntrico, es que es bastante evidente si prestas un poco de atención.

Pero con esta no estoy tan seguro.

It started out with a kiss fue su primer *single*, y me gustaría decir que no lo he escuchado más de cien veces, pero estaría mintiendo como un bellaco. Es un temazo.

Cada vez que sintonizaba la radio, ahí estaba su voz: vibrante, rítmica y la hostia de pegadiza.

Me encanta cuando cuenta algo importante sin ponerse demasiado intensa.

Es una de mis canciones favoritas, me parece que es la que más encaja con lo que es ella, con su brillo. Tiene ese aire despreocupado y juguetón tan característico de ella, pero, al mismo tiempo, hay algo en la letra que te engancha.

A mí me pasa con Savannah lo que al resto del mundo con sus canciones. Es pegadiza, dulce y tremendamente difícil de ignorar.

—¿Eso es un tatuaje? —pregunto, señalando lo obvio.

No recuerdo habérselo visto en Nashville. Culpable. Aunque, siendo sinceros, el otro día mi atención estaba bastante ocupada en otras partes de su anatomía.

—Me lo hice ya hace algún tiempo —responde, sin darle la menor importancia—. Tampoco es para tanto.

—No digo que lo sea. Te recuerdo que yo también tengo uno. —Me cruzo de brazos, mostrándoselo—. Pero a ti no te gustaban. Decías que eran «decisiones permanentes tomadas en momentos temporales».

—Aquello no fue temporal —se limita a decir.

Al hacerlo, pasa los dedos por su costado, siguiendo la línea de la tinta negra, repasando algo que ya se conoce de memoria.

—Supongo que tienes razón —murmuro—. Es tu primer *single*. Y eso es importante.

Desvía la mirada de su piel y asiente con una sonrisa tímida, pero no añade nada más.

Sus ojos se clavan en los míos y sé que se está mordiendo la lengua. Conozco esa expresión. ¿Acaso sabe que me muero por saber si esa canción también habla de nosotros? ¿Quiere que suplique? Porque soy capaz de hacerlo.

Intento rebuscar en mi memoria la letra completa de la canción. Por suerte, no me resulta difícil:

A kiss can't change everything
At least that's what I used to believe
But that goes out the window
When it's you leaning in on me

Drunk kisses, late night buzz
Yeah, you got me like that
I told you what I wanted
But with you I don't have to ask

It started out with a kiss
Didn't think it'd feel like this
«Just a couple nights,» I said
Now you're stuck inside my head

It started out with a kiss
In a nowhere bar like this
Funny how a little spark
Turned into my whole damn heart
A song in some old bar
Wasn't meant to change a thing
But somehow here we are now
And you changed everything

—¿Sabes? Me gusta que sepas esas cosas sobre mí.

—Supongo que no te eché de mi vida tanto como me hubiese gustado.

Tan pronto como lo digo, me arrepiento, porque la sonrisa que había dibujada en su rostro se desvanece.

Bocazas.

Estábamos empezando a salir del bucle y nos he vuelto a meter yo solito. Menudo imbécil.

—No ha sonado como quería —añado, pasándome la mano por la nuca. Necesito arreglarlo antes de que la tregua que hemos firmado se rompa del todo—. O sea… sí, ha sonado exactamente así, pero no es eso.

Alzo la mirada hacia ella. Sigue en el mismo sitio, apoyada contra la mesa, sujetándose la toalla con una mano y con el pelo todavía húmedo pegado a la cara. No se ha movido, pero algo en su expresión sí lo ha hecho.

—Lo que quería decir es que lo intenté. En serio —continúo, obligándome a no apartar la mirada—. Intenté pasar página, hacer lo que se supone que hace la gente normal cuando algo se acaba. No quedarme atascado en alguien que ya no está. Y no lo pasé bien. Suena algo injusto, lo sé, pero no te miento si te digo que fueron los peores meses de mi vida, junto con la muerte de mis padres.

Después de esa confesión, el traqueteo del ventilador llena el silencio.

—Pero yo no quise desaparecer de tu vida, Dylan. —Se atreve a hablar por fin—. Me fui así porque pensé que era lo mejor para los dos. Ya sé que fue una cagada y te he pedido mil veces perdón por ello. —Se humedece los labios, nerviosa—. Porque yo he querido estar contigo todo este tiempo. ¿Por qué no me cogiste el teléfono si tú también querías lo mismo?

—Supongo que la decepción y el orgullo sobrepasaron los límites de lo que sentía por ti entonces.

No suena bien, pero es cierto.

—Te dije que no, pero estaba enfadado —añado, en un susurro—. No sabía cómo dejar de estarlo sin volver a caer exactamente en el mismo sitio. Y, para sentirme mejor, te taché de algo que has demostrado no ser. Siento haberte llamado egoísta.

Savannah asiente despacio.

—¿Ya no estás enfadado?

—No. —Parece que vuelvo a ver un atisbo de su sonrisa—. Supongo que con el tiempo dejas de querer protegerte tanto y empiezas a darte cuenta de qué cosas merecen la pena, aunque puedan salir mal o no hayas tomado las mejores decisiones por el

camino. Y tú… —me encojo ligeramente de hombros—, tú siempre has merecido la pena.

Savannah alza un poco la barbilla, buscándome.

Ojalá esté pensando en besarme. Porque yo sí.

Llevo mi mano hasta la suya y, con un leve movimiento, la incito a entrelazar nuestros dedos. La toalla cede y cae a nuestros pies.

Intento mantenerle la mirada, de verdad que lo intento, pero yo soy jodidamente débil y ella jodidamente preciosa.

Mis ojos bajan sin permiso, deslizándose por su piel, recorriendo su camino favorito de memoria.

Mi mano libre sube despacio por su brazo, sin prisa, dándole tiempo a apartarse si quiere. No lo hace. Chica lista.

Su respiración cambia y veo cómo su pecho empieza a subir y bajar de un modo mucho más profundo.

Cuando por fin la beso, tardo exactamente dos segundos en perder cualquier tipo de autocontrol. Porque en cuanto Savannah responde, todo se va al garete.

Sus dedos se enganchan a mi cinturón primero y luego suben sin paciencia, buscando mi camiseta, arrugándola entre sus puños. Le molesta que siga puesta, y a mí también.

Sonrío contra sus labios, notando cómo se me escapa el aire en medio del beso. Avanzamos a ciegas hasta que sus piernas se topan con el borde de la cama. Savannah suelta una risa breve, sorprendida, y con los cuerpos ya enredados, caemos a plomo sobre el colchón.

Aquí apenas cabemos.

El plástico de la colcha se pega a su piel desnuda y hace ese ruidito incómodo cada vez que intenta moverse, lo que solo consigue que se ría otra vez, sin separarse de mí.

—Este sitio sigue siendo horrible —murmura, sin soltarme.

—Sí —susurro, pegándome a ella hasta que mis labios rozan su cuello al hablar—, pero esto está mejorando bastante la experiencia.

Mis manos vuelven a su cintura, esta vez con menos cuidado, pegándola más a mí. Ella aprovecha el movimiento para acariciar mi espalda y, cuando sus manos se cuelan por debajo de la camiseta y la empujan hacia arriba, ya no hay vuelta atrás posible.

Me separo lo justo para quitármela, rápido, dejándola caer en algún rincón de la habitación. En cuanto vuelvo a ella, Savannah ya me está mirando como si hubiese perdido la poca paciencia que le quedaba, y joder, eso me gusta más de lo que debería.

Me estoy empezando a obsesionar con los hoteles, moteles y todos los lugares donde me deje hacerla mía.

Vuelvo a besarla, pero esta vez más despacio, bajando el ritmo a propósito y saboreando cada reacción. Sus piernas se cierran un poco más alrededor de mí, buscándome sin ninguna clase de disimulo y encajándome mejor contra su cuerpo. Me recorre entero y, tan pronto como la siento contra mi entrepierna, retrocedo.

Savannah no entiende mi reacción. Ella está desnuda y yo sigo atrapado en estos putos vaqueros. Como continúe restregándome así contra ella, la tela le va a hacer daño.

—Espera —murmuro, casi en un gruñido, rozando todavía su boca.

Savannah ni se aparta. Al contrario. Se mueve otra vez, provocando justo lo contrario de lo que le estoy pidiendo.

—Demasiado tarde—gime contra mis labios.

Se me escapa una risa imposible de controlar.

—Confía en mí un segundo. —Suelto el aire por la nariz y, como puedo, intento desabrocharme el cinturón sin apartarme del todo. Me incorporo a medias, con movimientos rápidos y torpes. Mis dedos buscan el botón del vaquero y fallan la primera vez. Y la segunda.

Cuando ella por fin entiende lo que quiero hacer, decide intervenir.

—Quita. —Se incorpora un poco sobre sus codos y empieza a aflojar la hebilla.

Sus manos sustituyen a las mías, mucho más decididas y rápidas.

—Joder… —mascullo, más para mí que para ella, que continúa a lo suyo, empeñada en no soltarme.

Yo, por mi parte, sigo encima de su cuerpo desnudo, solo que aprovecho para meter la mano en el bolsillo trasero de mi pantalón. Busco la cartera sin mirar e intento por todos los medios no perder el hilo de lo que estamos haciendo. Todo va demasiado rápido y demasiado lento a la vez.

Antes de que pueda frenarlas, un par de monedas se me escapan y caen al suelo con un tintineo metálico que resuena por toda la

habitación. Ninguno de los dos nos inmutamos demasiado.

Por fin encuentro lo que buscaba entre papeles arrugados y tiques viejos. Lo dejo caer sobre la mesilla y, tras soltarme el cinturón, termino de deshacerme de los vaqueros y los bóxeres de un solo movimiento, apartándolos con el pie fuera de la cama.

Cuando vuelvo a mirarla, Savannah está justo donde la dejé… solo que ahora me observa de arriba abajo. Todavía sigue medio incorporada, con el pelo húmedo pegado a su pecho y la piel brillante por el calor que desprende esta maldita colcha de plástico.

Bajo la mirada hacia sus muslos, deseando perderme en ellos. Savannah lo nota y es la primera que se mueve. Alarga la mano hacia la mesilla con una calma espantosa, como si no estuviéramos a punto de perder completamente el control. Coge el preservativo que he dejado ahí y lo abre con los dientes sin apartar la vista de mí. El envoltorio cae a un lado y sus dedos se encargan del resto.

Deslizo las manos por su cintura. Su piel está ardiendo, jodidamente suave y húmeda. La pego a mi cuerpo de un tirón. Savannah se rinde al contacto, dándome vía libre mientras sus piernas se anudan a mis caderas para arrastrarme aún más profundo.

Le doy lo que pide. Al principio voy despacio, atento a cada una de sus reacciones. Registro el pequeño cambio en su respiración y el modo en que se le corta el aire cuando llego más hondo, con sus dedos clavándose con fuerza en mi espalda.

Ahí, arrastrado por el impulso, pierdo el control y acelero el ritmo. Joder. Siento que mi cuerpo está recordando algo que mi cabeza llevaba demasiado tiempo intentando olvidar. Bajo la cabeza para observarla de cerca mientras mis labios rozan su piel y se pierden en su cuello, sin prisa, solo lo justo para notar cómo tiembla a cada movimiento. Cada vez que acelero o varío el ritmo, la siento fundirse conmigo. Estoy pendiente de ella, de su vaivén, de su placer. Y cuando lo encuentro, lo sé.

Sus manos pierden el control: me recorren, me arañan. Su respiración se rompe, se acelera, y ese es el único detonante que necesito para no parar. Todo se vuelve más intenso, más rápido, más inevitable.

Y ahora, de verdad, ya no hay nada que nos obligue a frenar.



CAPÍTULO 40

Savannah

MILES ON IT - KANE BROWN & MARSHMELLO

Hemos entrado en un horrible y placentero bucle de sexo y películas del oeste, porque eso es lo único que sintoniza la televisión (con antena) de este motel.

Después de haber estado despiertos casi toda la noche, ahora mismo nos estamos tomando un descanso. Dylan está duchándose y yo estoy tirada en la cama en ropa interior viendo a un joven Clint Eastwood hacer girar su revólver antes de enfundarlo con una mano mientras cabalga. Impresionante. Yo ya me habría caído de ahí arriba.

Mientras cojo mis cereales de miel y mi zumo, marco el teléfono de Jeremy Jensen, que lleva llamándome y enviándome mensajes desde ayer por la tarde.

—¿Savannah?, ¿estás bien?

—Perdona, te he estado llamado mil veces como una loca —me disculpo antes de continuar—, y luego ya…

—Pero ¿estás bien? —insiste.

—Sí, sí. —Cojo un par de bolitas miel y me las llevo a la boca—. He tenido un problema con la discográfica y me he agobiado. No sabía a quién llamar y, bueno…

—¿Qué ha pasado? —se interesa.

Le hago un resumen rápido desde que salí del *draft* en Nashville hasta ahora, perdida en un motel de Memphis.

—¿Te has saltado algún evento programado?

—No. Solo me fui un día antes del *draft*, pero no teníamos nada agendado para ese día. Ni para estos…

—No te has saltado ninguna cláusula. No tiene derecho a bloquearte las cuentas.

Alen tiene a todos sus artistas bien atados. Sé que cualquier modificación en la agenda de última hora que pueda impactar directamente en sus ganancias o tenga repercusiones a largo plazo, está penalizada, pero aquí el que se ha saltado las reglas ha sido él.

Pero sé por qué lo ha hecho. Cuando nos conocimos, una de sus primeras obsesiones fue borrar todo rastro de Dukeforth de mi historial. Obviamente no le costó demasiado, nadie me conocía. Y, aunque no lo dejó por escrito, ese pueblo es una *red flag* enorme para él. Y haber vuelto, y más sin su consentimiento, supone toda una ofensiva militar para él.

—¿Cuánto?

—¿Cuánto qué? —le pregunto, desorientada.

—¿Cuánto necesitas para salir de allí?

Es cierto que en un principio le he llamado para pedirle dinero, pero ahora, visto con perspectiva y mucho más relajada, me muero de la vergüenza de haberlo pensado siquiera. No tenemos tanta confianza. Aunque también es cierto que para él dejar miles de dólares tiene que ser como cuando tu abuela te daba cinco dólares para comprar la *Teen Vogue*. Algo simbólico para ella, pero lleno de valor para ti.

—No te preocupes, Jeremy. Cuando te he llamado estaba agobiadísima y no sabía cómo iba a salir de esta, pero Nora ya se ha puesto en contacto con mi gestor. En unas horas debería tener acceso a algo de dinero hasta que se solucione todo esto.

—Me sentiría más tranquilo si aceptases mi dinero, la verdad.

Lo que decía, Jeremy Jensen es mi abuela de New Jersey.

—¿Cuánto quieres? —insiste—. ¿Diez mil?, ¿veinte mil?

—¿Te has vuelto loco? ¡Solo quiero volver a Los Ángeles, no dar la vuelta al mundo! No pienso aceptarlo, de verdad. Ya estoy a mitad de camino —miento.

—No flipes, Savannah. Estás a más de un día en coche. Y no sabes cuánto tiempo te va a tener Alen en esta situación. Mira, hacemos una cosa. Ábrete una nueva cuenta en el banco que sea, pásame tus datos y te hago una transferencia.

—Pero… —intento rebatirle en lo que me meto tres bolas más de cereales en la boca. Estas van por mis entrenadores personales. Les encantará ponerme a hacer *burpees* a la vuelta.

—Lo siento, no acepto un no. Estoy en Los Ángeles de promoción, si te sientes mejor, cuando llegues, nos vemos y me invitas a algo.

—¿A algo de miles de dólares?

—Siempre he tenido unos gustos muy caros.

—No, en serio. Te lo voy a devolver.

—Bueno, Savannah, te voy a colgar, no porque no quiera hablar contigo, sino porque si sigues hablando me vas a intentar hacer el lío, y eso no es una opción. ¡Te espero en Los Ángeles!

—¡Jeremy! —le grito a un móvil que ya no tiene a nadie al otro lado.

Al echar la cabeza hacia atrás, me golpeo contra el cabecero de mimbre, cuyo único propósito es atrapar mi pelo suelto entre sus vetas para darme tirones.

Me siento mal por pedir dinero de este modo, pero ahora mismo es mi única opción. Además, sé que es mucho más realista coger un vuelo en las próximas horas que hacer la Ruta 66 con Dylan, por muy tentadora que sonara la idea en mi cabeza. Pillo de nuevo el móvil, me descargo una *app* de banca digital y abro una cuenta en tiempo récord para mandarle los datos a Jeremy.

Antes de tirar el móvil sobre la cama, mando un mensaje rápido a Nora poniéndola al día de las últimas novedades y rogándole que me diga algo, lo que sea, porque no sé nada de ella desde ayer y me estoy empezando a impacientar más de lo que creía posible.

Y ahora sí, suelto el teléfono para no caer en la tentación de ponerme a revisar las miles de notificaciones rojas que tengo acumuladas en los iconos de las redes sociales y el correo. Todavía no estoy preparada mentalmente.

Porque sí, estamos de acuerdo en que puede ser que haya tomado una serie de decisiones cuestionables en los últimos días, pero, siendo honesta conmigo misma, tampoco me parecen para tanto. No sé, solo me gustaría volver a ser normal de vez en cuando y no tener tantos ojos juzgando las decisiones de alguien que solo ha

hecho lo que ha considerado mejor para recuperar al que cada vez está más segura que es el amor de su vida.

Mierda, si TMZ se enterase de eso que acabo de pensar, les daría titulares para todo lo que queda de año.

Camino descalza por la habitación, esquivando las bolsas de comida y ropa que hay por todo el suelo, y voy hasta la ventana.

—¡Dylan! —grito en cuanto distingo movimiento en la gasolinera.

—¿Qué? —imita mi tono.

—¡El tipo de la gasolinera está ahí y está descargando cosas de una furgoneta!

Me aparto el pelo hacia un lado y miro hacia el baño, donde ya no oigo el grifo de la ducha.

La puerta se abre justo después.

Dylan sale del baño con la minúscula toalla del motel anudada a las caderas. Un rastro de cientos de gotitas de agua le recorre el pecho, perdiéndose abdomen abajo sin ninguna prisa. Vale, puede que no sean cientos, pero no me importaría lo más mínimo sentarme a contarlas una a una hasta que se evaporasen.

Él, ajeno a mi repentino interés por las matemáticas, agita la cabeza para deshacerse del exceso de agua, se pasa una mano por el pelo y se acerca a la ventana sin perder tiempo.

—¿Nos cambiamos rápido y bajamos? —propone—. Igual con un poco de suerte podemos ponernos en marcha en un par de horas.

Mientras él recoge todo el desastre del suelo y yo me cambio, le cuento que he estado hablando con un antiguo compañero de la discográfica y que me va a prestar algo de dinero para que pueda volver a Los Ángeles.

—¿Te ha ingresado diez mil dólares? Joder, ¿eso es lo que entendéis los ricos por «algo de dinero»? Puedes fletarte un avión para ti sola con eso.

—Estoy segura de que no lo ha hecho porque me tenga un especial cariño, sino porque odia a Alen. Lo que sea por fastidiarle.

—Yo no tengo dinero, pero sí que le daría un puñetazo encantado. Ese tío es un capullo.

Le sonrío dándole la razón y él me abre la puerta del motel para que salga primero. En cuanto lo hago, el sol me da de lleno en la

cara.

—Madre mía… —murmuro, bajándome las gafas de sol que llevaba puestas en la cabeza.

El aire es denso, húmedo y pegajoso. Si Nashville y Dukeforth ya me parecían calurosos, Memphis es el infierno. Un infierno sofocante del que quiero desaparecer lo antes posible.

Dylan sale detrás de mí, cierra la puerta y, con dos zancadas, ya me ha adelantado y camina directo hacia la gasolinera.

—Eh. —Acelero el paso para alcanzarle—. Espera.

Noto cómo el calor sube desde el suelo, colándose incluso a través de la suela de mis botas. Todavía no llega a quemar, pero dale un par de horas. Hace más calor que ayer y apenas son las once de la mañana.

Empezamos a cruzar el aparcamiento y cada vez que pasa un coche por la carretera, levanta una nube de polvo que se queda suspendida en el aire el tiempo necesario como para hacerme toser. Cuando por fin llegamos, el tipo sigue descargando cajas de la furgoneta.

Dylan se detiene a un par de metros de él. Yo, en cambio, no tengo tanta paciencia.

—¡Hola! Buenos días, señor —le interrumpo, acercándome directamente—. ¿Se acuerda de nosotros?

Hago un gesto con la mano para señalarnos.

Él suelta la caja de nuevo en la parte trasera de la furgoneta y nos mira a ambos.

—Cómo olvidar a la princesita del diésel. ¿Habéis dormido en el coche? —Arruga la nariz y nos observa de arriba abajo.

No sé por qué nos mira con esa cara, porque incluso habiendo pasado la noche a la intemperie tendríamos mejor pinta que él.

—¿Tiene ya el sifón o qué? —le suelta Dylan.

El hombre se rasca la barbilla antes de contestar.

—Seguidme. —Hace un gesto con la cabeza y se da la vuelta sin comprobar siquiera si lo estamos siguiendo. Obviamente lo hacemos.

Dentro de la tienda hace el mismo calor, solo que también huele a café rancio. Miro la cafetera que hay al lado de la caja. Tiene pinta

de haber estado goteando toda la noche, porque una gran mancha marrón inunda el suelo.

El hombre empieza a rebuscar entre el montón de cajas apiladas que estaba descargando.

—Dónde lo había metido… —murmura para sí mismo mientras se rasca el trasero por encima del vaquero manchado de aceite.

Dylan y yo, todavía esperando a unos pocos pasos de la puerta, nos miramos. Él pone los ojos en blanco y yo le insto a que se calme.

—Tienes dos opciones. O lo encuentras o me devuelves el dinero —sentencia Dylan con los brazos cruzados. Al menos lo ha dicho tranquilo.

—¡Aquí está! —Alza la mano al aire.

No había visto ese artefacto en mi vida, pero se parece mucho a una manguera de jardín, solo que transparente y con una bola negra.

—Ya creía yo… —murmura Dylan, acercándose.

Le quita la bomba de la mano y se encamina hacia la puerta.

—¡Sesenta minutos, muchacho! ¡Sesenta minutos! —repite el hombre detrás de nosotros.

—Sí, sí —responde Dylan sin girarse—. No te muevas de ahí.

Va directo a su camioneta, a la que, pese a haberla dejado ayer a la sombra, ahora mismo le está dando todo el sol. Deja la manguera en la parte trasera, abre el depósito con un gesto rápido y se agacha un poco.

—¿Me la acercas, por favor?

Correteo hasta la parte de atrás y cojo el extremo de la manguera para pasárselo. Él la agarra, la desenrolla con un par de tirones secos y deja un extremo caer al suelo mientras sostiene el otro con firmeza.

—¿Has hecho esto alguna vez?

—Nunca he llegado a ser tan torpe como para necesitarlo, la verdad —me responde mientras mete el tubo dentro del depósito y lo empuja poco a poco.

Le dedico una sonrisa exagerada y le saco la lengua.

—Pero me he visto un par de vídeos esta mañana —añade, inclinando la cabeza para asegurarse de que encaja bien.

El sol le da de lleno, marcándole las sombras perfectas en el cuello y en los hombros. Tiene el pelo todavía algo húmedo de la ducha, pero ya no es agua lo que cae. Algunos mechones más largos se le pegan a la frente y pequeñas gotas de sudor empiezan a deslizarse despacio por la sien, bajando sin prisa.

Trago saliva e intento apartar la mirada. Pero, vaya, no puedo.

La camiseta empieza a pegársele ligeramente a la piel por culpa del calor. Es algo hipnótico.

Ahora está más concentrado, con el ceño algo fruncido y una mano sujetando el tubo, siguiendo con la mirada el avance del diésel por la manguera transparente.

—¡Mierda, mierda!

Dylan reacciona antes de que yo entienda siquiera qué está pasando. Se tensa de golpe y levanta un poco la manguera sin poder cortar el flujo.

—¿Qué? —exclamo, dando un respingo.

—Tráeme un cubo o algo —me ordena, alterado.

El líquido oscuro empieza a desparramarse por el asfalto caliente, extendiéndose en una mancha brillante y viscosa. Menuda liada.

—¡¿Cómo se te olvida lo más importe?! —le suelto, moviéndome alrededor sin saber muy bien qué hacer.

Dylan no me responde. Está demasiado ocupado intentando redirigir la manguera, levantándola, bajándola y cambiando el ángulo para detener lo inevitable.

—Date prisa—masculla entre dientes.

Giro sobre mí misma, buscando cualquier cosa que sirva, hasta que clavo mi mirada en ella: una papelera de plástico junto a la pared de la entrada de la gasolinera. Desde aquí parece vacía.

Salgo disparada, le quito la bolsa de plástico de un manotazo y vuelvo sobre mis pasos a toda velocidad. Madre mía, ya tengo las pulsaciones por las nubes.

—¡Toma! —digo, colocándola debajo del tubo justo a tiempo de no liarla aún más.

Con el líquido ya controlado, nos quedamos así, en cuclillas, mirando cómo el nivel sube lento pero constante. Cielo santo, ¿pero cuánto diésel puse?, ¿por qué esto no acaba?

Y justo cuando empezaba a plantearme si esto iba a durar toda la mañana, mi móvil rompe a vibrar. Dylan me mira, no dice nada, pero sé lo que está pensando. Si me muevo un centímetro de la posición que hemos conseguido estabilizar y descontrolo el cubo, provocando que esto se derrame otra vez, soy chica muerta.

Con una precisión milimétrica, saco el móvil del bolsillo sin dejar de sujetar la papelera. Al ver que es Nora, deslizo el dedo, activo el manos libres y lo dejo en el suelo, entre los dos, sin apartar la otra mano ni un milímetro.

Ojalá sean buenas noticias.

—¡¡¡Sav, tú hombre está en camino!!!

Me quedo petrificada.

—Nora —la saludo demasiado rápido—, estás en manos libres.

No quiero que suelte ninguna burrada. Lo cual, tratándose de ella, es básicamente pedirle a un tornado que pase de largo.

Aunque igual ya es demasiado tarde. Dylan, al escuchar la estridente voz de mi amiga, aparta la vista del flujo de diésel y clava los ojos en el móvil. Luego me mira a mí. No sé si está molesto por la interrupción o por lo que acaba de oír.

—¿Y a quién tengo el placer de saludar?

—Estoy con Dylan. —Lo miro de reojo, pendiente de todos sus movimientos.

—Interesante… —Nora alarga la palabra con una satisfacción peligrosa—. Pero bueno, no más interesante que lo que te voy a contar. Atenta, que no tengo mucho tiempo. He hablado con Ewan y vamos a ir a buscarte.

—¿Qué?, ¿cómo? —Me impaciento tanto que casi tiro el cubo de basura.

—Shhh —acalla mis palabras—. Si no me dejas hablar, no te lo puedo explicar.

—Sí, perdona.

—Vamos a ir en su *jet* privado.

—En mi nuevo HondaJet Elite II. —La voz de Ewan se mete de fondo, orgullosa y demasiado cerca del micrófono—. ¿Sabes lo que es eso?

—Ni idea —confirmo.

Dylan levanta una ceja, sin dejar de sujetar la manguera.

—Dile que ahora le mando una foto —insiste Ewan por detrás de Nora.

—Ewan, corazón…, sabes que te está escuchando, ¿verdad? —Mi amiga suspira, agotada.

—Esperad —interrumpo, intentando procesarlo—. ¿Estáis diciendo que vais a volar hasta Memphis… a por mí?

—Exacto. Tú solo encárgate de estar en la dirección que te voy a pasar en unas… cuatro horas. Nosotros estamos llegando al aeropuerto ahora.

Y antes de que pueda responder, la llamada se corta.

Cuando alzo la vista al frente, me percato de que la manguera no deja de gotear. El cubo está casi lleno, con el líquido rozando el borde, y en cualquier momento va a desbordarse.

Aun así, lo que más me preocupa de esta situación es que no sé descifrar la mirada de Dylan.



CAPÍTULO 41

Dylan

Where We Go - Marshmello & Thomas Rhett

Llevo más de tres horas intentando arrancar la camioneta y, por más que hundo el pedal, no hay manera. Tose peor que un gato moribundo.

Al principio, cuando hemos terminado de rellenar el depósito (de gasolina, obviamente), el motor ha hecho un pequeño intento de encender; ha vibrado en un amago fugaz bajo mis pies para luego venirse abajo con un quejido ahogado. En ese primer intento he querido confiar, pero a la quinta tentativa la paciencia ha empezado a abandonarme. No vamos a salir de aquí en la puta vida.

Hasta Roger, que así se llama el tipo de la gasolinera, ha terminado por salir de su garita para intentar ayudar. Me ha pedido que le diera al contacto una y otra vez mientras él hurgaba entre los manguitos e intentaba purgar el motor, soltando algún que otro taco entre dientes. Ahí ha sido cuando me ha dicho su nombre, justo después de quemarse los dedos con el motor hirviendo.

Después de un rato, se ha limpiado las manos en un trapo mugriento, se ha encogido de hombros y se ha pirado sin decir gran cosa. Espero que al menos haya sentido algo de culpa por cobrarme sesenta dólares por este resultado tan desastroso.

Bueno, que se joda por la quemadura.

Pero a quien de verdad le ha fastidiado todo esto, aparte de a mí, claro, es a Savannah. Sigue callada y en la misma posición: sentada en el asiento del copiloto, con la puerta abierta de par en par para que corra algo de aire, mientras golpea el suelo con la punta de la bota a un ritmo frenético e irregular. Está más nerviosa que yo, y no porque tenga prisa por llegar al aeropuerto —cosa que, siendo

sincero, no sé cómo va a conseguir—, sino porque teme haberla cagado de forma definitiva. Sabe lo importante que es la camioneta para mí, pero yo nunca sería tan superficial como para echarle en cara algo así.

Necesito que pare. Necesito decir algo antes de que el ambiente termine de asfixiarnos y volvamos a levantar el muro que tanto nos ha costado derribar.

—Quedan restos —acepto, rindiéndome y fingiendo un tono más ligero de lo que de verdad siento—. Hemos vaciado lo que hemos podido, pero el sistema sigue sucio. Hasta que no se limpie del todo…

Dejo la frase suspendida y, con un ademán despreocupado, fuerzo una sonrisa.

—Es lo normal —añado enseguida, tratando de convencerla—. No iba a arrancar a la primera.

Justo cuando parece que va a abrir la boca para disculparse por vigesimonovena vez, el teléfono vibra en su mano. Savannah baja la mirada a la pantalla y su expresión se ensombrece.

—Es Nora —murmura para excusarse.

Sin esperar mi respuesta, se baja de la camioneta y descuelga la llamada mientras se aleja.

En cuanto compruebo que está a una distancia prudencial, descargo la frustración con un último golpe al volante, el cual me devuelve un dolor punzante a la palma de la mano.

No quiero que Savannah me vea de mala hostia y piense que es por su culpa.

—¡Está bien, tú ganas! —Le grito a este viejo trasto inservible.

Savannah camina unos metros hacia el arcén, buscando refugio bajo la sombra de un cartel publicitario descolorido. La observo a través del parabrisas sucio. Gesticula con una mano mientras con la otra se aparta el pelo que no para de volársele por culpa del aire caliente. Anda en línea recta, haciendo equilibrios sobre la raya blanca que delimita la carretera, y patea las piedras que encuentra a su paso.

Cuando cuelga y regresa hacia mí, sé que Nora ya ha aterrizado en Memphis, pero no tengo ni idea de lo que eso significa para

nosotros.

—Vente conmigo a Los Ángeles.

Me quedo clavado en el sitio, incapaz de reaccionar y con los dedos todavía apretando el volante.

—¿Qué? Savannah, no puedo irme contigo a Los Ángeles y dejar esto aquí tirado…

—Dylan, mírame —me interrumpe, apoyando las manos en el marco de la puerta. Sus ojos brillan con tal determinación que me resulta imposible romperle la ilusión—. Sé que le tienes mucho cariño, y no sabes cuánto me fastidia haberla estropeado, de verdad. Pero es solo… —noto cómo mide sus palabras— un poco de metal encima de cuatro ruedas.

Se sube de nuevo de copiloto.

—No sé qué va a pasar con nosotros, Dylan. No tengo ni idea de cómo se arregla lo nuestro —admite con la voz algo rota—, pero tengo todas mis esperanzas puestas en que lo vamos a descubrir. Pero lo que no voy a hacer es subirme a ese avión y marcharme sabiendo que te quedas aquí tirado esperando un milagro que no va a llegar. Ya encontraremos la solución para mover la camioneta después, pero ahora… Ahora te necesito en ese vuelo. No voy a poder hacerlo sin ti. Súbete a ese avión conmigo —susurra y, al menos, el motor de mi pecho vuelve a rugir—. No dejes que Memphis sea donde nos volvamos a perder.

Exhalo todo el aire que llevaba retenido y, por fin, suelto el volante.

—Está bien. A la mierda. —Y el alivio en su rostro vale más que todo el oro de Tennessee.

No puedo contenerme más. La atrapo por la nuca y la beso con una urgencia que me hace soltar toda la tensión acumulada.

Savannah no tarda en reaccionar. Con un movimiento rápido y nada estudiado, se sube a horcajadas sobre mis muslos, ignorando el freno de mano y pegando su cuerpo al mío hasta que no queda ni un milímetro de aire entre los dos.

Por fin va a servir de algo este trasto.

El calor de la cabina deja de ser por el sol y pasa a ser nuestro. Me separo apenas lo justo para ver sus pupilas dilatadas y sus labios encendidos. Deslizo mi mano por su muslo desnudo, sintiendo el

contraste de su piel suave contra mis dedos callosos, y subo hasta su cintura para apretarla contra mí hasta arrancarle un jadeo que vibra en toda la cabina.

—Pero este es mi peaje a Los Ángeles —susurro contra su boca, mientras mis manos empiezan a deshacerse de los obstáculos que nos separan.



CAPÍTULO 42

Savannah

FAKE NAMES - PRISCILLA BLOCK

Ya vamos rumbo al Wilson Air Center, la terminal privada de Memphis. La camioneta se ha quedado con Roger, algo curioso teniendo en cuenta el desastroso inicio de nuestra relación, pero parece que pasar toda la mañana atrapados allí ha servido para estrechar lazos. Nos ha prometido cuidarla, o al menos echarle un vistazo para que no la desvalijen hasta que alguien vaya a por ella.

Dylan no se ha ido muy convencido, pero tampoco le ha quedado otra que dejarse llevar…, aunque sea justo lo que peor se le da. Para calmarlo, le he prometido que al pisar Los Ángeles buscaremos una empresa que mime a su pequeña chatarra como es debido. Obviamente, la palabra «chatarra» no la he dicho en voz alta porque mi objetivo es llegar viva a California.

Estamos en la parte trasera de un Mercedes Clase G que no tengo ni idea de dónde han conseguido tan rápido, porque apenas una hora después de colgarle a Nora, el coche ha aparecido en la gasolinera.

Puede que yo sea famosa, pero lo de Ewan es jugar en otra liga. Da la impresión de que el planeta entero respira única y exclusivamente para cumplir sus caprichos. Aunque con la fortuna que mueve al año en el país, tampoco es de extrañar. Alen siempre lo ha dicho: «los famosos nunca caemos bien, solo nos hacen la pelota por los billetes que dejamos a nuestro paso». Y ahora que lo pienso…, no sé por qué se califica a sí mismo de famoso, pero bueno.

Un frenazo suave me saca de mis divagaciones mentales. El chófer detiene el tanque de lujo tras cruzar la verja de seguridad,

dejándonos en el interior del hangar privado. Dylan clava los ojos en los cristales tintados y se le escapa un gruñido de incomprensión. No se siente nada cómodo en este tipo de ambiente, lo sé. Sigo la dirección de su mirada hacia el fondo del gigantesco espacio, donde Nora y Ewan están jugando al *pickleball* sin red en mitad del espacio, justo al lado de varios carritos de golf y vehículos de asistencia de gama alta.

Un par de operarios de rampa pasan por su lado cargando maletas hacia el *jet* que espera en la pista exterior y ni siquiera se inmutan. Se limitan a esquivar la pelota y siguen a lo suyo. En un aeropuerto privado, ver a alguien jugando con una pelota entre aviones debe de ser la menor de sus excentricidades.

Cuando el chófer nos abre la puerta y me devuelve mi maleta, Nora es la primera en vernos. Atrapa la pelota en el aire, le lanza a Ewan una mirada triunfal y se encamina hacia nosotros con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡¡Por fin!!

Sé que no me lo está diciendo a mí, sino a mi acompañante. Después de tanto tiempo, al fin lo ve en persona. Dylan se tensa un milisegundo, probablemente abrumado por la irrefrenable energía que desprende mi amiga, pero se deja abrazar justo después de que ella le haga un repaso general con la mirada.

—Ahora entiendo muchas cosas —comenta Nora en cuanto se separa de él, dedicándome un guiño cómplice.

Pongo los ojos en blanco deseosa de que deje de montar el numerito.

Por detrás, Ewan se acerca a nosotros sosteniendo las dos palas y la pelota con una sola mano.

—¡Savannah! Qué bien te sientan las vacaciones —exclama. Me envuelve en un abrazo rápido que casi me deja sin aire y, cuando se separa, repara en Dylan.

Lo escanea de arriba abajo, imitando el gesto de Nora, aunque sé de sobra que su cerebro procesa la información de forma totalmente distinta. Entorna los ojos, ladea la cabeza y frunce el ceño con un claro esfuerzo mental.

—Me suenas de algo, tío… —murmura, buscando en sus archivos mentales sin demasiado éxito.

De hecho, es el propio Dylan quien tiene que salvarlo y refrescarle la memoria.

—Coincidimos en el *draft* —le aclara—. Yo estaba…

—¡Oh, sí, ya caigo! —Ewan chasquea los dedos de la mano libre—. Tío, todavía tengo sueños húmedos con el sabor de aquella cerveza. Qué locura. —Se queda con la mirada perdida en el vacío hasta que, de pronto, su mirada rebota hacia mí—. Espera un momento… —Nos señala a ambos con una pala de *pickleball*—. Vosotros dos… ¿qué hacéis aquí juntos?

Está a punto de estallarle la cabeza, lo noto.

—Es una historia larga, Ewan —interviene Nora, que claramente no lo ha puesto el día por el camino—. ¿Qué tal si nos la contáis en el avión?

Y, sin darnos opción a protestar, nos empuja a todos en dirección al *jet*. Ewan camina a nuestro lado rascándose la nuca, todavía con la mirada fija en nosotros y los ojos entornados, intentando resolver la situación.

Antes de subir por la escalerilla plegable del avión, un señor me quita la maleta de las manos y se la lleva consigo. En cuanto cruzo el umbral de la cabina, el aire acondicionado me golpea la cara con un sutil aroma a cuero nuevo. Es una pasada de avión.

A ver, yo también tengo un *jet*, pero el mío (bueno, técnicamente es de la discográfica) parece un autobús escolar de los años noventa comparado con este armatoste futurista.

La cabina es alargada y tiene un diseño minimalista que contrasta por completo con la personalidad de Ewan. El espacio principal lo ocupan cuatro enormes sillones ejecutivos de piel *beige* colocados cara a cara, separados por mesas desplegables, mientras que en la parte de atrás se acomodan dos asientos más.

—Sentaos donde queráis. ¿Queréis algo de beber antes de que despeguemos? —nos ofrece Ewan.

Miro hacia la entrada, donde aparece de la nada una azafata de piernas infinitas y falda cortísima. Aunque igual es tan alta que esa es simplemente la medida estándar del uniforme.

—Unas copas de champán vendrían de perlas para celebrar el viaje —responde Nora.

La miro ojiplática. No quiero que se aproveche así de Ewan, pero a él parece no importarle lo más mínimo. La azafata, tan pronto como escucha la petición, asiente con profesionalidad y se pone manos a la obra en el pequeño espacio dedicado al minibar.

Dylan, que parece un poco desubicado, se deja caer en uno de los asientos de piel con la mirada fija en la cabina de mandos. Lo imito y ocupo la butaca que queda justo enfrente de él. El espacio es tan pequeño que nuestras rodillas casi se rozan. Aprovecho el ángulo y el cobijo de la mesa para estirar el brazo y buscar su mano por debajo.

—Bienvenidos a bordo —nos recibe el piloto—. Tendremos la pista libre para el despegue en unos veinte minutos. Disfruten del vuelo. —Y con eso, desaparece dentro de su cabina.

El ruido de los motores crece hasta convertirse en un ronroneo continuo. Al notar la vibración, Dylan me aprieta suavemente la mano. Le devuelvo una sonrisa rápida mientras Nora y Ewan se instalan frente a nosotros.

—Disculpen. —La azafata nos tiende una copa a cada uno—. Aquí tienen. Eso sí, tengan en cuenta que antes del rodaje vendré a por ellas.

No se me pasa por alto que, antes de irse, le guiña un ojo a Ewan y le pasa la mano de un modo muy cariñoso por el hombro.

Un momento, ¿esta chica sabe que ese señor al que acaba de sobar y yo estamos «saliendo»? Muy feo por su parte, desde luego.

Le echo una mirada rápida a Ewan, pero está demasiado ocupado con el culo de la azafata como para prestarme atención.

Aprieto el tallo de la copa y dejo escapar una risita incrédula, observándolo con un deje de diversión.

—A ver, Ewan —le digo en voz baja, inclinándome un poco hacia su zona—. Al menos disimula un poco. Te recuerdo que tú y yo estamos juntos —entrecomillo la palabra—. Un respeto a mi reputación. —Lo digo con una sonrisa, pero lo cierto es que me fastidiaría bastante que se me volviese a conocer por lo mismo—. ¿Le has hecho firmar el contrato de confidencialidad?

Ewan suelta una carcajada, relajando los hombros sobre el respaldo.

—¿Y tú? Porque todo apunta a que te fugaste del *draft* con el tío de la cerveza. Creía que ese no era tu estilo, pero bueno, bien jugado —replica él, devolviéndome el golpe—. Enhorabuena, tío, veo que tienes buen gusto para todo. —Eleva su copa en un brindis silencioso hacia Dylan.

—Ewan, cariño. —Nora suelta la copa y posa su mano encima de la de Ewan, que descansa sobre la mesa—. No te enteras de nada. Ellos ya se conocían de antes.

El avión da un giro suave en el asfalto, alineándose con la pista de despegue principal. Noto que el zumbido de los motores cambia a un rugido mucho más profundo y potente. La azafata reaparece a paso rápido para retirar las bebidas.

—Vamos a salir antes de lo previsto. Les tengo que retirar las copas.

Todos asentimos, a pesar de que nos queda más de media copa por terminar. Solo Nora, con una agilidad asombrosa, atrapa su copa y la de Ewan, se funde su champán de un trago y, acto seguido, se empina lo que le quedaba a él. Le entrega las dos copas vacías a la azafata con una sonrisa angelical, sin pestañear. La chica los recoge con una reverencia educada y desaparece tras la cortina, moviéndose con un equilibrio perfecto a pesar de sus tacones y de los primeros bandazos del avión.

De repente, la aceleración me empuja hacia delante y el cinturón de seguridad se me clava en la parte baja del estómago mientras el *jet* gana velocidad sobre el asfalto. Casi de inmediato, el morro se eleva con suavidad y esa conocida presión en el estómago me confirma que ya tenemos Memphis a nuestros pies.

✦···✦···✦···✦···✦···✦

En el aire, Nora se convierte en la encargada oficial de poner al día a Ewan. Le apasiona un buen chisme, es superior a sus fuerzas.

—Pero, para que yo me entere, ¿ahora estáis juntos o qué? —se interesa Ewan, que claramente se ha quedado con dudas.

Nora, que está sentada en el reposabrazos de su asiento mientras él la sujeta por la cintura, le da un pequeño empujón con el codo. Hasta ella sabe que esa no es una pregunta muy prudente ahora mismo. Aunque, claro, ella tampoco conoce las últimas actualizaciones de nuestra historia. Solo con recordarlas, un cosquilleo me invade todo el cuerpo.

Miro de reojo a Dylan. Lleva en modo avión, literal y mentalmente, casi desde que despegamos. Tiene la mirada tan perdida en la ventanilla que juraría que ni se ha enterado del comentario de Ewan.

—¿Estás bien? —Le aprieto la mano.

—¿Eh? Sí, perdona. Voy un momento al baño a echarme agua en la cara, ¿vale?

En cuanto se levanta y el pestillo del baño hace clic, me giro hacia ellos y tiro del brazo de Nora.

—¡Ya os vale a los dos! —siseo, bajando la voz para que no resuene en la cabina.

—¿Nosotros? Si no hemos hecho nada —se defiende mi asistente. Ya no es amiga.

—¡No me lo asustéis! —Lanzo una mirada de advertencia que incluye a ambos—. Dejad de hacer vuestras excentricidades de famosos, comportaos como gente normal y no cotilleéis.

Nora rueda los ojos y desbloquea la pantalla de su móvil.

—Apagaré mi personalidad durante… —mira la hora— unas dos horas.

—Lo que no puede ser es que le hayas contado a Ewan delante de Dylan que…

Ewan carraspea y me indica el pasillo con un gesto rápido de la cabeza. Dylan ya está de vuelta y esquiva las leves turbulencias dando pequeños bandazos de un lado a otro.

—¿Y qué, Dylan?, ¿es tu primera vez en Los Ángeles? —pregunta Ewan en tono casual. Menos mal que ha reaccionado a tiempo.

Dylan se deja caer en el asiento y se abrocha el cinturón con dedos torpes antes de asentir.

—Sí. No suelo viajar mucho, la verdad. Lo más lejos que he ido es a Nueva York a ver a mi hermano, y de eso hace ya bastante.

—Ah, ¿sí? ¿Vive allí? —Nora se inclina hacia delante—. ¿Y nunca te ha picado el gusanillo de irte de Dukeforth? ¿Salir de allí por una temporada?

—No, la verdad. Allí está todo lo que necesito.

Estaba claro que esa iba a ser su respuesta, pero oírla de forma tan directa me molesta. Es complicado intentar algo con tanta distancia y unos estilos de vida tan dispares. Si al menos eliminásemos uno de los factores...

—Vivir en un pueblo tiene su punto, a mí me flipa ese rollo —añade Ewan, estirando las piernas en el pasillo—, pero también tiene sus límites, tío. Yo soy de Lindsborg, Kansas, y cuando me fui de allí, apenas éramos tres mil habitantes. Si quieres hacer algo grande, un sitio así te pone un techo muy rápido. Estás condenado a ser uno más.

—Pero es que yo no soy así —contesta algo a la defensiva—. No quiero hacer algo grande.

—¿No tienes una marca de cerveza?

Me fijo en que Dylan se revuelve en el asiento, incómodo.

—Sí, y precisamente por eso. Es un negocio familiar, artesanal de verdad. Hacer algo grande significa acabar vendiendo la fórmula a una multinacional para que la metan en una cadena de montaje hiperindustrial, destruyan la esencia y mecanicen el proceso. Si hago eso, se convertirá en otra bebida genérica de supermercado y dejará de ser mi cerveza.

Lo escupe de carrerilla, como si llevara el discurso ensayado y no fuera la primera vez que lo recita. Ewan lo escucha concentrado y asiente a su mismo ritmo.

—Te compro el argumento, y además te lo respeto —concede, apuntándole con el dedo—. Ese romanticismo es el que le da valor a lo que haces. Yo también lo tenía al principio. ¿Sabes lo que hago ahora? Todo el mundo se cree que soy «el tonto de Ewan Brown», así que adiós al romanticismo. Les sigo el rollo y alimento el mecanismo mientras yo cobro facturas cada vez más grandes. —Ewan pulsa el botón del reposabrazos para ajustar la inclinación de su respaldo—. Pero el problema en tu caso es que ese romanticismo no paga las facturas cuando las materias primas suben o cuando

una mala racha con los distribuidores te aprieta. Mantener una empresa con esa filosofía hoy en día es casi inviable. Al final, si de verdad quieres proteger tu marca, necesitas un escudo. Un apoyo externo que asuma los golpes.

Dylan se queda mirándolo en silencio, procesando las palabras. La tensión de sus hombros cede un milímetro. Está bajando la guardia.

—Ya —murmura, clavando la vista en el suelo del avión—. Supongo que el truco está en encontrar a alguien que entienda el valor de lo pequeño y no intente eliminarte en el proceso. —Antes de seguir hablando, Dylan alza la vista de las deportivas de diseño de Ewan para mirarme—. Aunque, bueno, tampoco quiero darle más importancia de la que tiene. Supongo que no soy el único aquí que ha tomado malas decisiones por confiar en quien no debía..., ¿no?



CAPÍTULO 43

Dylan

HAPPEN TO ME - RUSSELL DICKERSON FEAT. JONAS BROTHERS

Estoy tan disociado que no hago más que asentir a todo.

«¿Te parece bien que tú y yo salgamos juntos, Dylan?». Eso es lo primero que me ha preguntado Nora antes de que se abriera la escotilla y, cómo no, he dicho que sí como un completo pardillo. ¿Qué otra opción tenía?

Nada más aterrizar en la terminal privada de Van Nuys, el jefe de seguridad de Ewan, que ya aguardaba en la pista, le ha informado de que ha pillado a varios *paparazzi* colocando teleobjetivos en los alrededores. Y como Ewan y Savannah siguen atrapados en su falsa fase de luna de miel, han tenido que bajar de la mano, entrelazando los dedos ante los focos. Nora me ha agarrado del brazo, obligándome a avanzar justo detrás de ellos, simulando que todo esto no es más que una idílica escapada de parejas.

Ahora, el jefe de seguridad nos guía a paso ligero hacia un gigantesco SUV de cristales blindados y completamente opacos que espera con el motor en marcha a unos metros del ala del avión. Ewan y Savannah caminan delante, manteniendo una distancia perfecta para las cámaras, sonriendo a la nada con una profesionalidad fría que me revuelve el estómago.

Me parece alucinante que esta sea su vida ahora.

—No mires hacia las vallas perimetrales, Dylan —me susurra Nora al oído, clavándome las uñas en el brazo a medida que aceleramos el paso—. Camina con naturalidad. Sonríe si puedes.

Intento torcer el gesto en lo que espero que parezca una sonrisa, pero me siento como un maldito extra en el rodaje de una película en la que no quiero actuar.

Cuando el escolta abre la pesada puerta trasera del vehículo, Ewan entra primero y deja paso a Savannah. Justo antes de subir, ella se detiene un milisegundo en el estribo del coche y gira levemente la cabeza hacia mí.

—Arriba, chicos, no tenemos todo el día —apremia el de seguridad.

Nora sube detrás de ella y yo me meto el último con un portazo que nos aísla del ruido exterior.

Dentro, Savannah vuelve a buscar mi mirada, arrepentida. Sabe de sobra que este no es el escenario ideal para ninguno de los dos. Y no se equivoca, pero lo que más me jode no es todo este numerito, sino que los *flashes* ya se han apagado, las ventanas están tintadas y Ewan todavía no le ha soltado la mano a mi chica.

«Mierda, ¿qué acabo de decir?».

No sé cómo procesar que mi estúpido cerebro ya la esté reclamando como si el pasado no hubiera existido. Sé que me prometí que jamás volvería a caer, pero sabíamos que esto iba a pasar. Con ella es imposible. Me siento atrapado por cada uno de sus movimientos, como si yo fuese una polilla y ella el puto cartel luminoso más grande de Nashville. Y aunque intente deshacerme de ella, la volvería a elegir todas las veces. Aunque su luz se apagara.

El SUV arranca directo hacia la salida. Y ahora sí, Savannah se deshace de la mano de Ewan con delicadeza.

—¿Cómo lo hacemos? —pregunta ella, mientras se frota la muñeca —. ¿Creéis que nos seguirán? Podemos ir todos a mi casa, pero no quiero que pierdas más tiempo por mi culpa, Ewan. Suficiente has hecho ya por mí.

—No hay problema —responde él sin levantar la vista de la pantalla del teléfono—. Esas fotos nos han venido de lujo a los dos. Alen te va a dar hasta las gracias.

—Mierda —murmura ella, cogiendo de nuevo su teléfono—. ¿Debería avisarle de que ya estoy aquí? Mañana tengo que ir a la oficina a primera hora.

—No te preocupes, si ese hombre tiene una alerta para tu nombre. Ya se habrá enterado de que has aterrizado gracias a TMZ.

Al final, deciden que lo mejor para no levantar sospechas es ir todos a casa de Savannah. Una vez allí, Ewan se marchará en el

mismo SUV; de ese modo, la prensa no sabrá si el coche va lleno o vacío.

El viaje por la autopista de la costa se pasa volando, sobre todo porque Nora no se calla y va haciendo de guía turística. Me recuerda a Brooke, solo que con un extra de cafeína. Según me ha contado, Sav vive en una zona llamada Pacific Palisades que no me suena de absolutamente nada. Ella insiste en que me tiene que sonar porque es el mismo barrio en el que viven Adam Sandler y Reese Witherspoon y, por si fuera poco, es donde se rodó *Ponte en mi lugar*.

Después de cuarenta minutos tragándome datos inútiles sobre famosos, el coche cruza una verja automática. Avanzamos por el porche de una mansión de hormigón blanco y cristal hasta desaparecer en el garaje. Sabía que Savannah y yo pertenecíamos a mundos distintos, pero no había dimensionado la brecha hasta ahora. Subimos a la primera planta en un ascensor privado y, en cuanto damos un paso fuera, las luces de la estancia se encienden de forma gradual, dándonos la bienvenida.

La iluminación me permite ver un espacio diáfano tan gigantesco que mi primera planta cabría dentro de su zona de sofás. Las paredes son cristaleras de suelo a techo que ahora mismo están cubiertas por un estor gris, pero me puedo imaginar las vistas. Bueno, seguro que la realidad le da mil vueltas a mi imaginación.

—¡Dylan! —me apremia Savannah.

Todos han avanzado hacia la cocina y yo sigo plantado delante de la puerta del ascensor. El suelo de mármol está tan jodidamente limpio que me da miedo dar un paso con mis zapatillas grasientas y desgastadas.

—¿Os apetece un chapuzón? —pregunta Ewan mientras pulsa un botón en la pared. El estor gris sube para dejar vía libre a los últimos rayos de sol y, tal y como esperaba, las vistas del atardecer tiñendo el salón de tonos rosas y dorados son una locura.

Savannah se encoje de hombros y desaparece escaleras arriba.

¿Qué hago?, ¿la sigo? No. Me quedo aquí plantado como un pasmarote.

Me repatea estar actuando así, tan indeciso con todos mis movimientos, pero me noto completamente fuera de mi zona de confort. Todo esto lo único que hace es recordarme que ella juega en las grandes ligas y yo sigo en el banquillo.

Por fin, obligo a mis pies a moverse y decido avanzar hacia la cocina. Me siento en uno de los taburetes mientras espero a que Nora termine de calentar algo en el microondas.

—Tienes que probar esto.

Me desliza el plato por la barra y arqueo las cejas. No tengo ni idea de lo que es.

—Son unos tacos de tartar de atún con crujiente de alga nori y una salsa de mango —añade ella, señalando el plato—. Los hace la cocinera de Savannah y están buenísimos. Hazme caso, pruébalos.

Me tiende un tenedor y apenas alcanzo a hincarle el diente al primer taco cuando el eco de unos pasos me obliga a levantar la vista.

Savannah baja las escaleras a toda velocidad. Adiós a las plataformas imposibles y al maquillaje de antes. Pese a la mansión, vuelve a ser ella. Va descalza, con el pelo revuelto por el viaje y recogido en un moño deshecho del que se le escapan decenas de mechones. Lleva una sudadera tres tallas más grande que probablemente le ha costado una fortuna. Sin embargo, hace que se vea tan pequeña y accesible que, de pronto, este lugar deja de ser tan intimidante.

—¡¿Ya le has dicho a Reneé que te cocine eso?! ¡Sabes que odio cómo huele! —se queja Savannah en cuanto pisa la cocina, arrugando la nariz.

—Aproveché que no estabas —se exculpa Nora, encogiéndose de hombros con total impunidad mientras le da otro mordisco a su taco —. Pero también tiene que haber algo por ahí para ti.

Savannah ignora a Nora por completo. Da un paso hacia la barra y se inclina sutilmente hacia mí.

—Ni se te ocurra acabar de meterte eso en la boca si luego quieres que te bese —canturrea al ver que sigo con el tenedor en la mano.

Con el taco a medio camino de mi boca, suelto el cubierto de golpe.

—Era broma, Dylan —añade de inmediato al ver mi reacción. Se alza de puntillas para coger un bol del armario y luego saca los cereales y la leche—. ¿Tú quieres algo, Ewan? —le pregunta a este, que contempla la costa apoyado en la barandilla de una de las terrazas de la casa.

—¡Ir a la playa! —Se gira, señalando la inmensidad oscura del exterior—. ¡Aunque ya os habéis perdido el atardecer!

—Está bien… —Savannah se prepara los cereales y se vuelve hacia nosotros—. ¿Vamos?

—¿Vas a bajar a la playa con eso? —Señalo el bol de porcelana rosa pastel y la cuchara.

—Sí, ¿por qué no?

Nora menea la cabeza con una sonrisa y se adelanta a abrir la puerta acristalada que da al jardín trasero a la vez que le lanza unas chanclas a Savannah.

Minutos después, nos encontramos los cuatro descendiendo por unos senderos empinados. La zona está llena de casas de diseño colgadas de los acantilados, conectadas por laberintos de vegetación y empinadas escaleras de piedra.

Ewan y Nora van delante, abriendo camino a zancadas con las linternas de sus teléfonos encendidas. Él va saltando los escalones, ella intenta seguirle el ritmo como puede.

Savannah y yo, en cambio, nos hemos quedado rezagados. Yo me he puesto delante para evitar que se despeñe por las rocas con el bol entre las manos. Aunque debe de estar más que acostumbrada a hacerlo, porque está manteniendo el equilibrio de una forma milagrosa para que la leche de sus cereales no salpique su sudadera de marca.

La luz de la luna se filtra entre las palmeras vecinas, iluminando las siluetas de Nora y Ewan, que ya están cruzando las escaleras peatonales sobre la autopista de la costa.

Seguimos bajando un par de minutos más hasta que, por fin, alcanzo a ver la arena a unos metros de nosotros. Savannah me ha adelantado para detenerse a mitad del último tramo de escaleras; hunde la cuchara en el bol de cereales y se la lleva a la boca antes de continuar. Se limpia la comisura del labio con el dorso de la mano

y se gira hacia mí, aprovechando que el ruido de las olas a pocos metros amortigua nuestras voces.

—¿Hacía mucho que no venías a la playa? —me pregunta, sosteniendo el bol contra su pecho.

—¿Cuenta Beach Island en el lago Norris?

—No tengo ni idea de donde está eso, pero si tiene la palabra «lago», no, no cuenta.

—¡Ah, sí! —caigo en la cuenta—. Cuando estuve en Nueva York estuve en la playa de Manhattan.

Savannah abre mucho los ojos y frena de golpe al final de la escalera, mirándome con una mezcla de horror y diversión.

—Oh, Dios, ¡Dylan! Esa es una de las peores playas de Nueva York. Cuando vivía en Brooklyn había una leyenda urbana que te prohibía pisar esa zona durante mínimo tres días si había llovido. Todo el sistema de alcantarillado acaba ahí…

—Tranquila, no toqué el agua —la interrumpo, soltando una carcajada ante su dramatismo.

—¿Me estás diciendo que nunca te has bañado en el mar?

Niego, haciéndome el interesante.

—No veo dónde está el problema. Para un tío de Tennessee como yo, el océano es algo que no es necesario.

Savannah tarda en contestar. Peligro. Conozco esa mirada.

Deja el bol y la cucharilla con cuidado sobre el último poste de madera de la barandilla y, de un salto desde el peldaño, hunde los pies en la arena húmeda.

Se gira hacia mí, extendiendo una mano en mi dirección.

—Bueno, tío de Tennessee —imita mi tono, y se quita la sudadera de un tirón para quedarse en una camiseta muy ajustada—. Prepárate. Hoy va a ser tu primera vez en el mar.

—Ni de coña, Sav —le espeto, dando un paso atrás en la escalera y cruzándome de brazos—. Olvídalo. No pienso meterme ahí dentro a oscuras. Lo mío es la tierra firme. Lo que quiera que flote ahí —señalo el agua negra— no es de mi incumbencia.

—Oh, venga, no seas un gallina —se burla, acortando la distancia con una chispa de provocación en la mirada.

Antes de que pueda procesar su movimiento, Savannah arremete contra mí.

Me gustaría decir que es un movimiento sutil, pero no. Me planta las dos manos en el pecho, tira de la camiseta y me atrae hacia ella. Al estar un escalón por encima, el equilibrio me traiciona y acabamos cayendo sobre la arena.

El impacto no duele, pero mi orgullo de tío duro acaba de quedar enterrado a tres metros bajo tierra.

—¡Savannah! —gruño, escupiendo un poco de arena mientras intento incorporarme.

Pero ella no ha terminado. Escapa de debajo de mí, rueda y se arrodilla en la arena, a horcajadas sobre mis muslos. El peso de su cuerpo no me pilla por sorpresa, pero lo que me descoloca es la urgencia con la que sus manos empiezan a recorrerme.

—¡Oye! ¿Qué haces? —protesto, tratando de agarrarle las muñecas.

Sus dedos se deslizan con urgencia por los bolsillos de mi cazadora y luego bajan a los de mis vaqueros.

Está tan cerca que su aliento a miel y vainilla me nubla el juicio.

—¡Esto se queda aquí! —celebra tras sacar la mano de mi bolsillo y coger el teléfono—. ¡Nora, Ewan! Pillad esto.

Savannah sale corriendo por la arena y lanza el móvil por los aires trazando una parábola perfecta hacia sus amigos. A unos metros, Ewan, que nos observa partido de risa junto a Nora, salta y atrapa el teléfono al vuelo como si estuviera recepcionando un pase de *touchdown* en la Super Bowl.

—¡A buen recaudo! —grita Ewan, dejando el móvil a su lado con unas palmaditas sobre la arena.

Savannah sigue girando sobre sí misma. Se aleja un par de metros con pasos ligeros y pequeños saltos antes de cambiar de dirección hacia la orilla. Se gira a medias, clavando sus ojos en los míos y haciéndome un gesto burlón con el dedo para que la siga.

Pobrecita, cree que ha ganado.

Sin embargo, cuando ve que no me muevo ni un milímetro de mi sitio, toma otra alternativa. Pone los ojos en blanco, resopla y vuelve a alcanzarme con zancadas rápidas. Se planta justo delante de mí y

tira de mi brazo hacia el agua, usando todo el peso de su cuerpo para obligarme a avanzar.

Me tengo que reír porque de verdad cree que tiene el control de la situación. Se piensa que tiene una especie de superfuerza con la que es capaz de arrastrarme, pero lo cierto es que solo le estoy siguiendo el juego. Me guardo una sonrisa de suficiencia para mis adentros mientras doy un par de pasos torpes, fingiendo que de verdad me está costando mantener el equilibrio.

Si de verdad me detuviese, clavaría los talones en la arena húmeda y sería completamente inamovible. Le saco una cabeza, peso el doble que ella y me paso más de cinco días a la semana cargando sacos de malta. Podría quedarme aquí plantado como un roble centenario si quisiera, pero ver cómo se le iluminan los ojos cada vez que piensa que me está ganando la batalla... Bueno, digamos que vale la pena fingir un poco de debilidad.

—¡Venga, vaquero! —exclama, dándome un último empujón que nos sitúa justo a dos pies de la espuma de las olas.

—Te vas a mojar, Savannah… —le advierto con un tono más grave.

—Esa es siempre mi intención contigo.

Uf, su réplica me impacta de tal modo que juro que el agua helada del Pacífico se evaporaría si me rozara ahora mismo.

Me sostiene la mirada con una valentía descarada, y el sutil cambio en su respiración y la forma en que sus pupilas se dilatan bajo la luz de la luna delatan que es perfectamente consciente del doble sentido que acaba de soltar.

—Cuidado con lo que deseas, Sav —le susurro, rozando el peligro —. Porque recuerda que cuando me propongo algo, no me rindo. Y no sé si estás lista para seguirme el ritmo...

Ella traga saliva, y esa pequeña muestra de vulnerabilidad es todo lo que necesito para tomar el control. Me agacho con un movimiento rápido, esquivando sus manos, y le rodeo la cintura con el brazo derecho. Antes de que pueda soltar el chillido que ya se le está formando en la garganta, la cargo sobre mi hombro.

—¡Dylan! —protesta, golpeándome la espalda con los puños mientras sus piernas patalean en el aire—. ¡Eres un idiota tramposo! ¡Bájame ahora mismo! ¡Esto es juego sucio!

Ignoro sus quejas y me adentro un par de pasos más en el océano. A lo lejos, escucho los vítores y los aplausos de Ewan y Nora, que están disfrutando del espectáculo desde la arena.

—¡No! ¡Está helada! ¡Te juro que, si me tiras, te mato! —amenaza Savannah, aunque su voz vibra cargada de emoción.

Sus dedos se entierran en la tela de mi camiseta, buscando algún tipo de agarre.

—Dijiste que querías que probara el mar, ¿no? —Me detengo cuando el agua nos llega casi a la cintura y ya me cuesta andar por el peso de la ropa—. Pues vamos a probarlo juntos. A la de tres.

—¡Dylan, ni se te ocu...!

No llego a tres. Me dejo caer hacia atrás con ella, hundiéndonos de golpe en una ola que rompe justo a nuestro lado.



CAPÍTULO 44

Dylan

Where the Blacktop Ends - Keith Urban

En menos de cinco minutos estamos fuera del agua, completamente empapados y helados.

—¡Corre! —la insto, plantándome frente a ella para que se pegue a mí.

Savannah me alcanza tiritando y yo la arropo de inmediato con mis brazos, pero de poco sirve mi cuerpo para calentarla porque estoy igual de calado que ella. Tiene los labios ligeramente agrietados, el pelo rubio pegado a las mejillas y la camiseta adherida como una segunda piel, revelando mucho más de lo que mis niveles de autocontrol pueden procesar ahora mismo.

—Que conste… que me has pillado… desprevenida —consigue articular entre dientes.

Caminando a trompicones de vuelta hacia la arena seca, divisamos a Ewan, que avanza hacia nosotros a paso rápido. No trae una toalla en las manos —lo cual ya es mala señal—, pero sí sostiene la sudadera de Savannah y mi teléfono móvil, cuya pantalla parpadea y vibra con insistencia en la oscuridad.

—Toma, Romeo. Lleva todo el rato dando la tabarra y ya me estaba estresando —dice Ewan, lanzándomelo al aire.

Lo atrapo, pese a las gotas que resbalan por mis dedos, y giro la pantalla para ver quién ha estado llamando.

—Es Knox —bufo, bloqueando el móvil sin siquiera plantearme responder—. Ya lo llamaré luego.

Savannah camina pegada a mi costado, de vuelta a casa.

—¿Qué tal le va todo? —pregunta en un susurro—. Al final hemos conseguido hablar algo más…, pero noto que es el que más me

guarda rencor. Y no le culpo por ello, no me malentiendas.

Rompo el ritmo del grupo, obligando a Ewan y a Nora a adelantarnos un par de pasos en el trayecto.

—Knox es un hueso duro de roer, Sav —le aseguro—. Protege mucho a los suyos, pero no te odia. Solo necesita algo más de tiempo que el resto para procesar las cosas. No te machaques por eso.

—Puede ser que tengas razón…

Ella asiente a medias, no muy convencida, pero no le da tiempo a rebatirme porque el aire, que empieza a soplar con fuerza a medida que subimos el empinado sendero, nos obliga a movernos.

—Si vuelves, verás que en nada volverá a ser el de siempre. —He utilizado esas primeras palabras aposta porque de verdad quiero que lo haga—. Bueno, no exactamente. Ha madurado bastante en este tiempo.

Savannah me mira de reojo, metiéndose el pelo mojado dentro de la capucha de la sudadera.

—¿Seguro? Brooke no me contó lo mismo.

—Yo hace tiempo que decidí no meterme entre esos dos. Es un terreno pantanoso —confieso, mientras echo la vista atrás—. ¿Sabes? Cuando Danny llegó a Dukeforth, Brooke empezó a hacer muy buenas migas con él. Y cuando Knox lo vio..., se puso hecho una furia. Se volvió completamente loco de celos. Se montaba unas películas mentales increíbles pensando que iba a perder a Brooke. Como si fuese suya...

—Uy, sí, muy maduro por su parte —comenta con sarcasmo.

—Todos sabemos que a Knox le gusta Brooke, pero el muy imbécil prefiere torturarse a sí mismo y seguir con el estúpido juego de siempre. Al final, actúa como si ella le perteneciera, y ver a Danny rondando lo sacó de sus casillas, tanto que hasta me planteé echarlo. Pero te prometo que, de un tiempo a esta parte, se ha calmado bastante; incluso ya no queda con tantas tías. Confío en que un día esos dos muevan ficha de verdad.

Nora se gira desde el final de la cuesta, justo al borde de una calle residencial, mirándonos con una mezcla de diversión y lástima

absoluta al darse cuenta de que parecemos unos perros mojados debajo de una farola.

—¡Venga!, que ya no queda nada —nos anima, al ver que no llevamos muy buen ritmo.

Tan pronto como entramos al patio de la piscina de Sav, me adelanto y cojo un par de toallas dobladas sobre una hamaca. Le lanzo una a Savannah y uso la otra para secarme el pelo; después me la paso por el resto del cuerpo, intentando quitarle a la ropa toda la humedad posible.

Ella, en cambio, se envuelve en la suya como un burrito y corretea directa al sofá del salón. Nora empieza a preguntarle algo, pero Savannah la hace callar con un gesto en cuanto mira la pantalla del móvil. Desliza el dedo y se lo lleva a la oreja a toda prisa.

—¿Brooke? ¿Pasa algo? ¿Olivia se ha puesto de parto? —Oigo la voz de mi amiga al otro lado de la teléfono, pero no escucho lo que dice—. Eh… sí. Claro, un momento. ¿Dylan? —Savannah gira el cuello en mi búsqueda—. Brooke quiere hablar contigo. —Levanta la mano ofreciéndome el aparato, pero no hace el amago de moverse ni un centímetro, así que soy yo quien se acerca al sofá a paso rápido, intrigado.

—¿Qué quieres? —la saludo, sentándome al lado de Savannah, que se pega a mí para no perderse nada—. Espera, espera, espera. No vayas tan rápido que no te entiendo.

Activo el manos libres para que Savannah deje de interrogarme con la mirada.

—¿Dónde te habías metido? ¡Knox lleva una hora llamándote! —vuelve a gritar mi amiga al otro lado de la línea.

—No exageres, Brooke.

—¡No exagera! —Ahora oímos la voz amortiguada de Knox—. ¿Se puede saber qué demonios hacías para no poder coger el puto teléfono?

—Insisto, ¿qué queréis? —pregunto, perdiendo la paciencia.

—Tienes que volver a Dukeforth ya.

—No puedo volver a Dukeforth ya —cansado, enfatizo la última palabra con el mismo tono de desquicio que ha empleado Brooke.

—Te aseguro que sí vas a querer volver —ladra Knox—. ¿Me estás escuchando?

—Estoy escuchando que no me estáis diciendo nada claro, así que voy a colgaros, ad…

—¡No, Dylan! ¡Chrishell te quiere joder! —grita Brooke, recuperando el control del teléfono.

—Aún más —apunta Knox.

Savannah y yo nos miramos sin entender nada, por suerte, Brooke sigue hablando a toda velocidad:

—Estamos en tu rancho y hemos oído a…

—¿Y qué hacéis vosotros dos en mi rancho a estas horas? —escupo desviando la mirada hacia el reloj gigante que hay en una de las paredes del salón—. Y lo más importante, ¿por qué demonios sigue en mi casa Chrishell?

—Bueno… Knox estaba con los caballos y yo he venido a… a recogerle —se excusa Brooke, titubeando por primera vez en toda la llamada.

A mi lado, Savannah alza una ceja con una sonrisa que ambos sabemos lo que significa.

—Eso no es lo importante ahora, ¡centraos! —nos regaña Knox antes de continuar—. La hemos oído hablar por teléfono con un tal Whittaker ¿Te suena de algo? Ha quedado con él mañana por la tarde para cerrar el contrato de su supuesta marca de cerveza. A las siete, exactamente.

—¿De qué coño estáis hablando? —les espeto.

No estoy procesando nada ahora mismo, pero Savannah me mira con los ojos muy abiertos.

—Joder, Dylan, ¿eres tonto? —brama Knox—. Que vuelvas ya, si no, esa bruja va a vender tu cerveza o no sé qué coño pretende hacer, pero estoy seguro de que no es nada bueno. Es una auténtica arpía. Ni siquiera Savannah te jodió tanto.

Nora y Ewan, que estaban cotilleando sentados en el sofá de enfrente, se quedan alucinados por sus últimas palabras.

—Hola, Knox. Está puesto el manos libres —musita ella.

—Es que eres idiota, Knox —le riñe Brooke de fondo, dándole un golpe limpio que resuena en el micrófono.

—¡Hola, Savannah! —exclama Knox de inmediato, cambiando el tono a uno ridículamente atropellado—. Sabes que no iba en serio, solo era un aliciente para que Dylan mueva el culo y venga a solucionar todo esto.

—Knox, deja de intentar arreglarlo, créeme —le corto de golpe, endureciendo la voz para zanjar el tema de Savannah y volver a lo que de verdad importa—. ¿Qué más sabéis de la cita con Whittaker?

Recapitulo rápido desde que volvimos del *draft*. Recuerdo que Chrishell me habló de ese tipo, es uno de los inversores más importantes de bebida del país.

—Poco más —responde Brooke—. No nos ha dado tiempo a escuchar más, ella estaba paseándose por el rancho, pero enseguida se ha vuelto a subir al porche y no podíamos acercarnos sin que nos pillase.

—Está bien, escuchadme bien los dos —sentencio, mientras calculo mentalmente lo que me puede costar un billete de vuelta a Nashville —. Voy a intentar estar ahí lo antes posible. No hagáis ninguna estupidez. Vigiladla, pero no la enfrentéis hasta que yo llegue. ¿Entendido?

—Descuida, no pensamos movernos de aquí —me asegura Brooke.

—Nos vemos en unas horas. Cortad ya.

En cuanto cuelgo, el silencio inunda el salón. Ninguno de los tres sabe quién debe hablar primero, así que soy yo el que toma la delantera.

—Lo siento, Sav —suelto por fin, rompiendo la tensión—. Siento lo que ha dicho Knox. Es un bocazas.

Ella niega con la cabeza, restándole importancia con un gesto rápido mientras se ajusta la toalla alrededor de los hombros.

—Eso ahora mismo da igual, Dylan. Tu ex está a punto de robarte el negocio familiar —sentencia, poniéndose en pie con determinación —. ¿Quién es ese tal Whittaker?, ¿lo conoces?

—No personalmente —admito—. Chrishell me habló de él de pasada después del *draft*, pero le dejé claro que no quería tener nada que ver con él. No tengo nada en contra de ese tipo, simplemente no quiero vender mi receta a nadie.

—¿Y crees que ella podría hacer algo así?

—No lo sé, Savannah. Quiero creer que no, de hecho, no sé siquiera si es legal, pero Chrishell es muy tozuda y orgullosa. Quién sabe de lo que es capaz de hacer estando enfadada. Brooke y Knox tienen razón, tengo que volver a Nashville.

Me levanto del sofá y comienzo a dar vueltas por la sala, sintiendo la presión del tiempo sobre mí.

—Vamos a buscar vuelos. —Savannah me imita y va hasta la cocina para coger un portátil que hay sobre la encimera—. Tengo el dinero de Jeremy, así que yo te lo pago.

—Me pondría digno, pero, a quién quiero engañar, te lo agradezco, la verdad.

—Mañana voy a ver a Alen a primera hora y luego nos iremos.

—No, Sav —la interrumpo—. Tengo que irme solo y lo antes posible.

—¿Cómo no te voy a acompañar? —pregunta, confundida—. Tú has venido hasta aquí por mí.

—Sí, Savannah, pero tú tienes que hacer cosas aquí. Toda tu vida está en Los Ángeles.

—Me da igual todo ahora mismo, Dylan.

—No debería. Eres Savannah Morgan, no lo olvides —le recuerdo con una sonrisa amarga—. Y mañana tienes una reunión con el capullo de tu mánager. No puedes tirar tu futuro para meterte en un avión por un problema que no te pertenece. Los dos tenemos fuegos que apagar.

—Hay un vuelo directo a Nashville a las cinco de la mañana —anuncia ella en un susurro, tecleando rápidamente sin mirarme—. Si salimos hacia el aeropuerto en unas horas, llegas a tiempo para el embarque.

—Eh. —Doy un par de pasos hacia la barra de la cocina, acortando la distancia que nos separa. Estiro el brazo y le tomo la barbilla con delicadeza para obligarla a levantar la vista del ordenador. Ella suspira, clavando sus ojos en los míos mientras desconecta por completo de la pantalla—. La vida se empeña en tirarnos hacia lados opuestos del mapa, pero te prometo que lo solucionaremos juntos.

—Odio esto —sisea, con los labios temblando levemente—. Odio a Chrishell. Odio que justo cuando parecía que por fin estábamos en el

mismo punto, tengamos que volver a separarnos. Siento que la distancia siempre gana, Dylan.

—Esta vez no —le aseguro—. Ve mañana a esa reunión, plántale cara a la discográfica y demuestra quién manda. Yo volaré a Nashville, sacaré a Chrishell de mi rancho a patadas y protegeré mi cerveza. Nos debemos este tiempo para arreglar nuestros propios desastres.

Apenas puedo mantener los ojos fijos en los suyos sin querer besarla de nuevo, pero necesito que me crea.

—Está bien. Prométeme que no dejarás que esa bruja toque tu receta —me ruega, y una pequeña sonrisa, todavía algo temblorosa, asoma en sus labios.

—Solo si tú me prometes que no dejarás que la discográfica te diga cómo vivir tu vida.

—Hecho.

Le planto un beso lento y profundo, saboreando la sal de la playa que aún queda en sus labios. Por fin hemos madurado lo suficiente como para aprender a separar nuestros caminos unos días sin que eso signifique tener que destrozar lo que estamos construyendo.



CAPÍTULO 45

Savannah

RODEO - JULLIAN ROSIE

Esta madrugada he acompañado a Dylan al aeropuerto. Ewan y Nora se fueron pasadas las doce y nosotros nos quedamos en vela el resto del tiempo. Estoy tan contenta de haber recuperado a Dylan que, pese a no haber dormido en toda la noche, tengo toda la energía del mundo para enfrentarme a Alen Dixon.

Bueno, en teoría no lo he recuperado como tal porque no hemos hablado de un «nosotros» oficial, pero estamos mejor que nunca. Ni en mis mejores sueños pensé que íbamos a estar así. Cuando soñaba con reencontrarnos, ni de coña me imaginaba a Dylan en Los Ángeles, en mi casa... Es ridículo. Mi cerebro está flotando en una nube de mariposas hiperactivas.

Tengo el corazón latiendo a mil por hora y no es por el café doble que me acabo de tomar. Es ese subidón absurdo de saber que, después de tanto tiempo, pese a no estar en mi mejor racha con la discográfica, me siento tranquila conmigo misma. No me importa no haber pegado ojo; me siento capaz de cualquier cosa. Sé lo que quiero y estoy dispuesta a conseguirlo.

Ese es el mantra que me repito mientras miro mi reflejo en el espejo del ascensor de la discográfica al lado de Nora.

Con todo lo que ha pasado en las últimas horas no hemos tenido mucho tiempo para prepararnos la reunión, pero, para ser sincera, tampoco es algo que me preocupe en exceso. Esta vez paso de estrategias.

Las puertas del ascensor se abren en la planta de los ejecutivos, una zona exclusiva a la que no subo casi nunca. Lo cierto es que no suelo venir mucho a las oficinas, solo cuando hay que firmar algo

crucial. Incluso las pruebas de imprenta o los diseños de las portadas de los vinilos exclusivos me los trae Nora a casa para que les dé el visto bueno. Sin duda, ella se conoce mejor este espacio, yo suelo preferir la seguridad de mi estudio de grabación.

—¿Lista? —pregunta Nora, dándome un sutil empujón con el hombro para que salgamos del ascensor.

—Más que nunca —le aseguro, y me sorprende darme cuenta de que es verdad—. Estoy extrañamente motivada.

Caminamos sobre la alfombra mullida del pasillo principal, pasando por delante de paredes decoradas con discos de oro y platino de artistas de la discográfica. Al fondo, la imponente puerta de cristal del despacho de Alen Dixon nos espera con las puertas abiertas de par en par. Hoy no está su secretaria.

A través del cristal, veo a Alen de pie junto al ventanal que da a las colinas de Los Ángeles hablando por teléfono mientras gesticula con una visible impaciencia. En cuanto nos divisa, cuelga de golpe y esboza una sonrisa que, pese a lo relajada que venía, no me infunde tranquilidad alguna.

—Pero ¡qué ven mis ojos! Y antes del tiempo acordado —se carcajea Alen a modo de saludo—. ¿Cómo has llegado tan rápido?

—Una tiene sus recursos —le respondo con una sonrisa idéntica a la suya, manteniendo el tipo.

Avanzo por la oficina, arrastro la silla y me siento delante de su mesa. Nora, unos metros atrás, me imita.

—Ya veo… Pero no os pongáis tan cómodas, chicas. Hoy no vamos a solucionar esto aquí arriba. Tenemos la sala de juntas principal reservada en cinco minutos —anuncia.

—¿Qué? —inquiero—. No hay nada que solucionar. Ya estoy aquí, ¿no es lo que querías? Ya puedes desbloquearme las cuentas.

—Ojalá todo fuese igual de fácil que en tu mundo —se toca con los dedos la sien en un gesto falsamente paternal que me revuelve el estómago—, pero ya sabes que esto no funciona así.

—Alen, jugaste sucio congelando mis fondos solo para obligarme a coger un avión de vuelta a Los Ángeles —le recrimino, plantándole cara sin pestañear—. He cumplido mi parte. He venido. Ahora te toca a ti devolverme el acceso a mi propio dinero.

—Y lo haré, Savannah, te lo prometo —dice él, rodeando el escritorio mientras guarda la *tablet* bajo el brazo—. Pero las cosas han cambiado desde que decidiste tomarte unas vacaciones sorpresa en Tennessee. El mundo ha seguido girando y hemos tomado decisiones en cuanto a tu carrera. Queremos garantías de que tu cabeza sigue metida en la industria, en el nuevo disco… No es solo cosa mía; la junta entera quiere ver que estás comprometida antes de liberar el presupuesto.

—Mi carrera es mía. Las decisiones las tomo yo.

—Oh, vamos, chica, no nos pongamos melodramáticos tan temprano —suspira él, restándole importancia. Acto seguido, abre la puerta del despacho e indica con un gesto que salgamos al pasillo—. Hemos estado trabajando muy duro por ti mientras estabas… de vacaciones. Digamos que os he conseguido a ti y a tu música la mayor oportunidad de exposición que se ha visto en la última década. Quedarás impresionada.

Nora y yo lo seguimos de cerca mientras camina hacia el ascensor, pero en el último tramo cambia de rumbo hacia las escaleras y se gira, esperando que nosotras hagamos lo mismo.

Cuando llegamos dos plantas abajo, el resto de mi equipo está esperando: mi estilista, mis agentes de prensa, mi productor musical… Hasta los directores de *marketing* de la discográfica. El asunto parece serio y está claro que Nora y yo somos las únicas que no estamos al tanto del orden del día.

En cuanto nos ven aparecer por el hueco de la escalera, se hace un silencio incómodo y evitan mirarme directamente a los ojos.

—¡Muy bien, todos dentro! —insta Alen—. Tenemos reservada la sala el tiempo justo.

Intento establecer contacto visual con Flavio, mi estilista, que es del que más me fío, pero ni él me devuelve la mirada.

—Están todos compinchados —masca Nora entre dientes, sentándose en una de las sillas que rodea la mesa de madera.

—Buenos días a todos —saluda mi mánager al equipo, que, al igual que nosotras, ya ha cogido sitio. Él es el último en hacerlo, pero no importa porque todo el mundo sabe que la silla que preside la cabecera es siempre suya—. Como sabéis, a lo largo de esta

semana, tras haber logrado desbloquear sinergias clave para la progresión y el posicionamiento de la marca Savannah Morgan, he ido teniendo reuniones individuales con cada uno de vosotros. Y quiero aprovechar esta sesión para poner todo en común. A nivel corporativo, debemos estar alineados en un mismo *roadmap*. Y para lograr una eficiencia total, tenemos que saber en qué está trabajando el otro. ¿Me entendéis?

Todos asienten.

Lo que yo no entiendo es por qué todo el mundo sabe lo que va a ocurrir en mi vida de aquí a cinco años menos yo.

Ahora sí, Alen coge sitio después de haber encendido el proyector y bajado las luces.

—El objetivo inicial es generar con nuestra querida Savannah el triple de ingresos de los actuales. —Me mira con una sonrisa condescendiente al pronunciar mi nombre—. No quiero decir que ahora no seas rentable, claro está, sino que en este negocio el estancamiento es el equivalente al fracaso; siempre hay que aspirar a la máxima escalabilidad. Lo comprendes, ¿verdad? —Siempre que acaba una frase, tiene que reafirmarse con ese tipo de muletillas—. Y, para ello, el siguiente paso estratégico e inapelable es introducirte en el mercado europeo mediante un impacto *cross-media*.

Nada más acabar de decir eso, pulsa el botón del mando y en la pared se proyecta un Excel con gráficos, números y proyecciones anuales.

—Como podéis observar en las métricas de previsión del primer trimestre —continúa Alen, paseando un puntero láser rojo sobre las barras de colores de la pantalla—, tu música ha alcanzado un techo de monetización en territorio estadounidense. Para romper la barrera transatlántica, no nos basta con lanzar un buen *single* y cruzar los dedos, porque en Europa el *country* cuesta de penetrar de forma orgánica. Y todavía no tenemos un buen catálogo pop como te hemos estado insistiendo los últimos meses. Necesitamos un catalizador masivo. Y ahí es donde entra esto —pasa la diapositiva —: tu nuevo proyecto cinematográfico. Felicidades, Savannah.

Alen empieza a aplaudir e insta a que todos hagan lo mismo.

Cuando acaban de aplaudir como robots, todos me miran, expectantes de que diga algo positivo, pero está claro que lo que pueda decir ahora mismo no es lo que quieren oír.

—Yo no he tomado ninguna decisión con respecto a esto.

—Por suerte, no tienes que hacerlo, Savannah, ¡ya está decidido! —me interrumpe Haley con una sonrisa—. Debes tener en cuenta que no eres nadie si a lo único a lo que te dedicas es a cantar. Por eso necesitas esta película. Con el *country* no vas a salir del país y necesitamos que se te empiece a oír por el resto del mundo. Es el momento perfecto, de hecho, salió una oportunidad antes, pero no queríamos que pensasen que la habías conseguido por ser la prometida de Colson. Menos mal que lo pillaste con una de tantas…

—Y tantos… —apunta Alen por lo bajo—. Te ha venido tan bien la relación con Ewan Brown… Te ha subido mucho en las listas de Hollywood. Me estaba volviendo loco pensando en cómo introducirte y ha sido tan sencillo como ponerte a un hombre de verdad al lado.

Siento que voy a vomitar.

Nora, al ver mi cara, posa su mano encima de la mía. No creo que eso evite que tire el café de mi estómago ahora mismo.

—¡Además! —continúa Haley—, no es un papel cualquiera, ¡es un papel de coprotagonista!

«Si tan emocionada está, que lo haga ella», pienso con rabia, pero no es lo que digo:

—Pero yo no he actuado en mi vida.

—¡No importa! Empezarás con clases de interpretación la semana que viene. La productora buscaba una cara fresca, con un buen *engagement* de chica buena en el país para que protagonice el romance del año y, de paso, firme la banda sonora. Es una estrategia de *marketing* redonda. Ellos consiguen tu público, tú consigues la pantalla grande en Europa y nosotros..., bueno, nosotros multiplicamos los beneficios por tres.

—Bien, entremos en el desglose del *timeline* de ejecución —retoma Alen, dando un toque en su mando para mostrar un calendario que me provoca nauseas—. Las grabaciones principales comenzarán en unos cinco meses como tarde en Londres. Es un margen ajustado, tiempo en el que tienes que optimizar tu preparación física. El

director quiere una estética muy pulida, así que el equipo de nutrición te ayudará a bajar un par de kilos más para dar el perfil exacto en cámara.

Noto cómo los dedos de Nora se clavan con fuerza en mi mano.

—Paralelamente, durante estos cinco meses, compaginaremos las clases de interpretación y el estudio del guion con la grabación del nuevo disco y toda la campaña de promoción previa —continúa, paseando el puntero láser—. Eso quiere decir que, sintiéndolo mucho, este año no nos queda más remedio que desligarnos de los Grammy, pero viendo la proyección que había, es incluso mejor. Así que te damos más tiempo y el álbum saldrá al mercado dentro de un año, justo después del estreno de la película y del *soundtrack*, que será un producto de *merchandising* increíble. Así, nosotros aprovecharemos todo el tirón del *marketing* de la productora y, justo después del estreno, iniciaremos la venta de entradas de tu primera gira por Europa. Será un formato sutil, en salas de mediano aforo y algunas arenas, ideal para testear el mercado y medir el impacto que ha tenido la promoción de la película. Así podremos decidir si continuamos con la secuela o no. ¿Queda claro?

—¿Y cuándo se supone que voy a componer? ¡Es físicamente inviable seguir todo eso! —consigo articular, con la voz pastosa y los ojos fijos en el calendario imposible que muestra la pared blanca—. Las canciones no salen de la nada, Alen.

Alen suelta una risita condescendiente.

—Sabía que me ibas a hacer esa pregunta y, de hecho, me encanta que me la hagas, porque nosotros, como tu equipo —resalta esas últimas palabras como si fuese una secta—, hemos cubierto esa contingencia. ¿A que sí, chicos? —Cómo no, todos asienten—. Como vas a estar desbordada memorizando el guion, yendo a clases, a entrenamientos…, no podemos arriesgarnos a sufrir bloqueos creativos. Por eso mismo, hemos contratado a un equipo de compositores externos pop de primer nivel. —No se me pasa por alto que ha dicho la palabra pop y no *country*—. Ellos ya están trabajando en las maquetas. Tú solo tendrás que llegar al estudio, poner tu maravillosa voz sobre la pista y listo.

Es oficial, me están convirtiendo en lo que siempre han querido. Alguien manejable y sin voz propia. Me están quitando las canciones. Me están quitando lo único por lo que realmente vine a Los Ángeles y por lo que dejé atrás Dukeforth. Y a Dylan.

Me quedo flotando en un vacío de incredulidad absoluto. Me tiembla tanto la mano derecha que Nora no hace más que apretármela para que no se me note.

Flipo con cómo a todo el mundo le ha parecido bien vender mi autenticidad a cambio de un porcentaje más alto de ganancias.

—Y esto nos lleva al último punto del orden del día —continúa Alen, interrumpiendo el zumbido de mis propios pensamientos mientras apaga el proyector con un clic del mando—. Debido a las altas exigencias logísticas que va a requerir este despliegue en Europa y los meses de rodaje en Londres, vamos a acometer una reestructuración interna del equipo. Necesitamos profesionales habituados a gestionar marcas de gran volumen transatlántico.

Giro la cabeza hacia Nora de inmediato. Sus ojos reflejan el mismo pánico que me está congelando la sangre. Sé exactamente lo que significa la palabra «reestructuración» en el vocabulario pedante de Alen: quieren deshacerse de ella porque es la única que me defiende.

—Pero, como el tiempo es un recurso escaso y yo tengo otra reunión en menos de diez minutos —añade Alen, señalando a Haley, que mete la mano en su carpeta para sacar un fajo de folios grapados que desliza sobre la mesa de madera hasta que choca contra mis manos—, nos hemos tomado la libertad de imprimir toda la documentación aquí.

—Llévatelo a casa, monada. Léelo con calma esta noche y mañana nos volvemos a ver para cerrar los flecos sueltos y proceder a la firma del contrato cinematográfico —sentencia—. No te preocupes por la burocracia. Dado que la productora audiovisual pertenece al mismo grupo empresarial que nuestra discográfica, el papeleo legal va a ser un proceso rápido y sencillo; más bien mero protocolo… Ya sabes, estamos todos en la misma familia.

Cojo los papeles mecánicamente, sintiendo el peso muerto de mi futuro atrapado entre esas páginas. Alen se levanta de la silla, dando

por concluida la reunión, y el resto del equipo empieza a recoger sus cosas con una sonrisa. De verdad piensan que esta reunión ha sido fructífera y que me acaban de hacer el favor de mi vida. Me dedican palmaditas en el hombro y miradas de felicitación antes de enfilar la salida de la sala de juntas.

—Alen, una última pregunta. —Cuando todos se han ido y nos quedamos a solas, me acerco a él dispuesta a plantarle cara. Él se detiene junto a la puerta, ajustándose los puños de la camisa y me mira como si le molestara que me acercase tanto—. ¿Y si digo que no me interesa actuar?

Alen deja de juguetear con sus botones y levanta los ojos hacia mí.

—Decir que no a la junta directiva con las cuentas congeladas y un disco a medio financiar, monada..., digamos que no es una opción muy inteligente para tu salud financiera. Eso lo entiendes, ¿verdad?



CAPÍTULO 46

Savannah

FATHER FIGURE - TAYLOR SWIFT

La rabia que tengo acumulada es un muro que frena mis lágrimas. Soy incapaz de soltar ni una sola en todo el trayecto a casa.

—Estoy atada de pies y manos, Nora. ¡No sé qué hacer para deshacerme de todo esto! —exclamo, dejando caer la cabeza contra el respaldo del asiento mientras muevo los papeles en la mano con frustración.

Estamos atascadas en el tráfico de Sunset Boulevard, en la parte trasera de uno de los coches de la discográfica. Nora me mira de reojo, controlando que la mampara de cristal del chófer esté bien subida antes de inclinarse hacia mí. Habla en un susurro, por si acaso el conductor también está infiltrado:

—Alen es un maldito sociópata. Utilizar tus cuentas como rehén para obligarte a firmar un contrato es lo más rastrero que te ha hecho nunca. Y mira que la lista es larga… —se interrumpe ella misma cuando el coche da un pequeño tirón en mitad del atasco—. Pero tampoco sé de qué nos sorprendemos ya, no eres la única con la que ha sido un cerdo. Tienes que hablar con tu abogado, tiene que haber algo que destruya todo esto.

—¿Mi abogado?, ¿el mismo que trabaja para ellos? —le espeto en el mismo tono bajo y una risa amarga—. No tendría ningún sentido. Tengo que hablar con alguien que odie a Alen tanto como yo ahora mismo. Alguien que ya haya pasado por esto mismo y haya conseguido salir con vida.

Antes de decir nada más, desbloqueo el teléfono para marcar su número.

—Sí, pero él no pudo rescindir el contrato, Sav —me recuerda Nora, porque sabe a quién me refiero—. Tuvo que tragarse el orgullo y cumplir con los discos que le exigía la cláusula de permanencia antes de poder largarse de forma legal. Todo el mundo en la industria se enteró de las condiciones en las que se fue.

—Lo sé, pero necesito que me diga si hay alguna forma de esquivar esta bola sin que congelen mi carrera para siempre… No sé, igual él sabe algo que yo no.

Tan pronto como encuentro su nombre en la lista de recientes, el coche enfila la recta de entrada de mi urbanización. Por fin. Solo quiero encerrarme en casa.

—¿Vas a llamarlo ya? —me pregunta Nora.

Asiento, salgo dando un portazo en cuanto el motor se detiene y me encamino hacia la entrada con el teléfono ya pegado en la oreja.

—No pienso pasar una sola hora más siendo la marioneta de Alen Dixon.

El tono de llamada resuena en altavoz mientras subo las escaleras a paso ligero, con Nora pisándome los talones.

Al quinto tono, la línea hace un clic distintivo.

—Vaya, Savannah, ¡menuda sorpresa! ¿Está todo bien?, ¿ya estás en Los Ángeles?

Respiro antes de responder para que mi voz no suene tan desesperada como me siento por dentro.

—Jeremy, hola —consigo decir—. Necesito pedirte un favor enorme. ¿Sigues en Los Ángeles? Dime que no te has ido todavía, por favor.

—Sí, sigo por aquí. De hecho, acabo de salir de una sesión de fotos. ¿Todo bien? —insiste.

—No, la verdad. Vengo de una reunión con Colt Records y me la han jugado. Me tienen completamente acorralada —admito—. Sé que estás ocupado, pero… ¿crees que podríamos quedar para comer hoy? O no sé, en cualquier rato libre que tengas, donde sea. Me da igual. Necesito hablar con alguien que conozca las reglas de esta maldita empresa y me pueda echar un cable. Estoy perdidísima…

—Oye, oye, tranquila —me frena él con un tono suave y una ligera risa—. Ya sabemos cómo se las gasta Alen. Tengo libre hasta las cinco. Podemos quedar ahora, si te va bien. ¿En alguna cafetería?

—No, prefiero que sea en casa. Pero ¿de verdad? ¿No te viene mal?
—Me sabe fatal chafarle los planes en la ciudad. Seguro que tiene mejores cosas que hacer en Los Ángeles que esto.

—Para nada. Paso por una cafetería a pillar algo de comida y nos vemos en tu casa.

—Ni se te ocurra, te invito a comer. —Miro a Renée, que ya está enredada en la cocina—. Te debo una de las grandes, Jeremy. Te paso la dirección y nos vemos ahora.

Cuando cuelgo, Nora, que me ha estado observando apoyada en la consola del recibidor, alza una ceja.

—¿Y bien?

—Viene hacia aquí —sentencio con una sonrisa de alivio.

✦···✦···✦···✦···✦···✦···✦

He aprovechado el tiempo antes de que llegara Jeremy para darme una ducha rápida —necesitaba purgar de mi piel la mala energía de esa gente—. También he estado hablando con Dylan, que ya ha aterrizado en Nashville y espera a que Knox o alguien vaya a buscarlo al aeropuerto. Y después de eso me he puesto ropa mucho más cómoda para estar por casa.

Con todo el caos, se me había olvidado por completo llamar a la grúa para la camioneta de Dylan, que sigue abandonada en la gasolinera. Confío en que el dinero de Jeremy me dé margen, al menos hasta que encuentre otra forma de recuperar el mío. Así que hago un par de llamadas exprés y dejo a Nora encargada del seguimiento. En cuestión de minutos, todo queda coordinado para que la recojan y la lleven a uno de los mejores talleres de la zona. Ojalá tenga arreglo. Bajo las escaleras y voy directa a la cocina para servirme un vaso de zumo de mango. Lo hago bajo la atenta mirada de Renée.

—¿Le apetece algo más, *chérie*? A la comida aún le faltan unos veinte minutos, pero puedo prepararle algo mientras tanto.

—No, gracias, Renée, con el zumo estoy perfecta —le respondo con una sonrisa de agradecimiento—. Viene un amigo a almorzar con nosotras. ¿Habrá suficiente?

—Por supuesto, no se preocupe por eso —asegura, volviendo a sus quehaceres.

Justo cuando le voy a dar el último trago a mi vaso, el móvil empieza a vibrar en la encimera.

—¿Jeremy? ¿Ya estás por aquí? —pregunto, saliendo de la cocina hacia el recibidor.

—Sí, bueno, más o menos —se ríe, algo resignado—. Estoy en la garita de control de la entrada de tu urbanización, pero el guarda de seguridad se niega a levantar la barrera. Dice que no estoy en la lista de visitas autorizadas.

Me llevo una mano a la cabeza, soltando un bufido. Mierda, es verdad, el vecindario tiene unas estrictas normas de seguridad.

—¡Lo siento muchísimo! —me disculpo, dando vueltas por el pasillo —. Se me ha pasado por completo dar el aviso de acceso. Pásame al guarda o dame tu matrícula y llamo yo ahora mismo a la centralita para que te dejen pasar enseguida.

—Apunta. —Me dicta los números de su matrícula y yo los escribo en un trozo de papel que encuentro en la mesita de centro—. En nada me planto en tu casa.

Dicho y hecho. En menos de cinco minutos, tras haber hecho la llamada rápida a la garita de seguridad, suena el timbre.

Al abrir, la figura de Jeremy se recorta en el porche contra el sol de Los Ángeles, que me da justo de pleno. Viste una cazadora marrón de corte *oversize*, lleva la gorra hacia atrás y luce una barba de tres días.

—Vaya, pero si es la nueva víctima de Alen Dixon —lo entona como si hubiese salido de *Downton Abbey*, tendiéndome la mano con una reverencia exageradamente teatral—. Un auténtico placer conocerte.

Entrecierro los ojos, apoyando el peso en un pie.

—¿Por qué tengo la impresión de que te estás riendo de mí?

—Porque lo hago —suelta con una sonrisa de lado, colándose en el vestíbulo sin esperar invitación.

Jeremy pasea la mirada por el espacio.

—Me flipa cómo tienes esto montado. Transmite una paz increíble... Me tienes que pasar el contacto de tu decorador. Aunque creo que no pegaría demasiado en mi ático. —Se detiene ante el gran

ventanal, metiendo las manos en los bolsillos del vaquero—. Me mudaría a la costa oeste mañana mismo, pero mi mujer me mataría —comenta más para él que para mí.

—¿No le gusta Los Ángeles?

—No le entusiasma, pero ese no es el problema. Si la separo de su mejor amiga, le daría algo y yo, al final, paso demasiado tiempo fuera de casa sin ella, sobre todo desde que dejó de ser mi *road manager* para montar su negocio.

—No, no te lo perdonaría, Jeremy Jensen… —dramatizo—. En fin, ¿comemos algo? —Señalo la encimera de la cocina que ya está preparada.

Renée ha cocinado una de sus recetas francesas estrella: crepes de champiñones y una *quiche lorraine* que tiene una pinta buenísima. En cuanto mis ojos se posan en el hojaldre dorado, mi estómago ruge con tanta fuerza que rezo para que Jeremy no lo haya escuchado. Qué hambre, maldita sea. No me había dado cuenta de que llevaba todo el día con el estómago cerrado por la ansiedad hasta ahora, cuando el olor a mantequilla y queso fundido me ha golpeado de lleno.

—Dime que todo esto es para nosotros y te juro que te ayudo a esconder el cadáver de Dixon en el maletero de mi coche —dice Jeremy, frotándose las manos mientras caminamos hacia la isla—. Qué buena pinta tiene.

—Y para Nora, que no sé dónde…

Tan rápido como la nombro, hace acto de presencia.

—¡Hola, Jeremy! —Nora agita la mano con los ojos muy abiertos.

—¿Te acuerdas de mí? —insiste ella, sentándose en el taburete que hay libre a su lado. Él le dedica una rápida sonrisa cortés, pero detecto el sutil parpadeo en sus ojos oscuros. No tiene idea de quién es—. Nos vimos hace menos de un mes en una *pop-up* de café. Te conté que era la asistente de Savannah y…

—¡Ah! Sí, por supuesto. —No se acuerda. Apostaría todos mis ahorros bloqueados—. Nora, ¿verdad?

Ella se muerde el labio conteniendo un grito de alegría, pero lo que mi dulce y no tan inocente amiga no sabe es que yo he pronunciado su nombre justo antes de que apareciese.

—¿No tenéis hambre? Porque yo me estoy muriendo...—intervengo antes de que mi amiga empiece a hiperventilar—. ¿Te quedas a comer con nosotros?

Soy consciente de que he preguntado una obviedad, porque ya se ha puesto un plato delante.

—Y tanto. Hoy me he ganado cada caloría de ese hojaldre —advierte Nora, arrebatándole la espátula de las manos a Jeremy.

—Menudo día… —la secundo—. De verdad, sabía que Alen nos lo iba a poner difícil, pero esto ha superado mis peores expectativas. Me ha dicho que estoy obligada a tragar con su nueva línea de proyectos. Sí o sí —le explico a Jeremy—. Tengo que aceptar un contrato como protagonista en una película.

Dicho así, en voz alta, parezco idiota. ¿Quién se queja de que le pongan en bandeja el papel de su vida y la posibilidad de una fama mundial? Cualquiera mataría por esto. El problema es que yo no quiero esa vida. Si ni siquiera me gustaba participar en las obras de teatro del instituto. Cada vez que miento me entran ganas de vomitar, ¡y actuar es como mentir! ¡Lo pasaría fatal!

—¿Y por qué ese giro? —pregunta extrañado—. O sea, no me malinterpretes, sé que bordarías lo que te propusieras, pero no entiendo esa diversificación de mierda tan de repente. ¿Qué gana él con eso?

—Alen cree que con mi música *country* no voy a llegar a ninguna parte —escupo, sintiendo cómo los ojos me escuecen de la rabia—. Dice que ese estilo fuera del país no vende estadios, que necesito algo más para ser rentable. ¡Pero es que yo solo quiero cantar! ¡Y cantar mis malditas canciones *country*! ¿Soy una desagradecida por no quererlo? —pregunto al aire, pinchando un trozo de beicon con tanta rabia que el tenedor chirría sobre el plato plano.

Busco desesperadamente una respuesta en sus caras.

—¡Eh! —Jeremy me agarra suavemente por la muñeca, obligándome a soltar el tenedor—. Ni se te ocurra castigarte con eso, Savannah. No te sientas mal ni lo más mínimo. A ese capullo solo le interesa engordar sus números. A él le beneficia que seas cuanto más famosa mejor. El peaje para que conozcan tu música es la fama.

—Y no todo el mundo está dispuesto a pagarlo —apunta Nora, apoyando la barbilla en la mano.

—Es que ya ni siquiera será mi música. Me quiere meter en el molde del pop, contratar nuevos compositores y que sean ellos los que me hagan mi nuevo disco. ¿Tenéis idea de lo que me costó convencerme de que mis letras valían la pena? —Nora asiente despacio, recordando todo lo que hemos vivido juntas—, ¿el tiempo que tarde en salir del último bloqueo? —La voz se me quiebra, pero trago saliva para recuperar el control—. Si firmo ese contrato y acepto esa película, me vaciaré por dentro. Como acepte, estoy perdida.

—No vas a perder nada, Sav —dice en un murmullo bajo—. Porque no vas a firmar una mierda.

—Jeremy, no tengo opción —le recuerdo—. Ha congelado mis cuentas y literalmente estoy viviendo de tu caridad.

—Alen cree que tiene la sartén por el mango porque piensa que solo juegas bajo sus reglas —suelta Jeremy, inclinándose un poco hacia mí—. Pero lo que ese imbécil no sabe es que lleva meses cometiendo errores y demasiado graves.

—¿De qué estás hablando?

Jeremy se pasa una mano por la cara, y sonríe. Parece que llevase horas esperando a que le hiciera esa misma pregunta para poder escupirlo todo.

—Llevo mucho tiempo detrás de esto —confiesa—, y creedme si os digo que no voy a parar hasta verlo hundido. Cuando me salí de Colt Records, me prometí que le haría pagar cada una de las putadas que nos hizo a mí y a mis hermanos. ¿Sabes que él fue el auténtico culpable de que nos separásemos como grupo?

Todo el mundo pensó que la ruptura de Related 4 había sido en buenos términos. Yo nunca me tragué del todo esa versión, pero tampoco llegué a saber qué pasó realmente.

—Es cierto que nosotros no estábamos en nuestra mejor época y discutíamos bastante por diferencias artísticas —continúa él, apretando los labios en un gesto amargo—, pero siempre encontrábamos la forma de arreglarlo. Éramos hermanos, joder. El problema es que Alen decidió meterse de por medio. Nos apuñaló

por la espalda para forzar la ruptura. Y todo como siempre, para su propio beneficio. Se ahorraba el dolor de cabeza de nuestras discusiones y los problemas que, según él, dábamos en las giras o en las entrevistas. Al disolver el grupo, nos dividió para renegociar contratos individuales mucho más lucrativos. A mis hermanos los metió en un estilo puramente comercial y a mí me dejó continuar con algo más alternativo. Más nichos de mercado significa más dinero directo a sus bolsillos.

—Ya veo que el club de damnificados por Colt Records no para de crecer… —comenta Nora que se ha levantado para coger algo más de beber.

Jeremy esboza una media sonrisa, dándole la razón.

—Y nosotros solo somos la punta del iceberg. Durante el tiempo que estuve grabando mi último disco con ellos, dediqué el poco tiempo libre que me quedaba a mover cielo y tierra. Me obsesioné con buscar cualquier trapo sucio que Alen intentara esconder. Y vaya si lo encontré. Claire, mi mánager, pasó años metida en el departamento de administración de Colt Records antes de largarse, y conoce los entresijos mejor que nadie. Mientras yo movía mis hilos hablando con antiguos contactos de producción y técnicos de las giras, Claire hizo el resto. Consiguió los balances de cuentas de las giras de los grupos principales que siguen en la discográfica y los comparó con las auditorías y los datos fiscales que Colt Records está obligada a presentar públicamente en el registro mercantil por ser una sociedad limitada.

Nora nos rellena los vasos de agua y vuelve corriendo a su taburete.

—Las piezas no encajaban ni de coña —añade Jeremy, negando con la cabeza—. Alen lleva años estafando a sus propios artistas con el truco más viejo del sector: el inflado de facturas logísticas. Claire descubrió que, en los informes de gastos de las giras, concretamente en las partidas de transporte, alquiler de escenarios, luces, seguridad… —empieza a enumerar—, Alen os duplica los costes reales.

Frunzo el ceño, intentando procesarlo, porque todo lo que tenga que ver con números y logística hace que me explote el cerebro.

—El caso es que, si montar el escenario de tu concierto cuesta cincuenta mil dólares, él os pasa una factura interna de cien mil a deducir de vuestros beneficios —explica al ver que me está costando seguirle el ritmo—. Ese excedente nunca va a la discográfica, va directo a una red de cuentas puente que él mismo gestiona en paraísos fiscales. Os está robando millones de dólares de vuestros propios *royalties* y conciertos en vuestra cara.

—Qué fuerte… —murmura Nora, atónita.

Yo no tengo palabras para añadir nada.

—Es un delito federal —concluye Jeremy con una sonrisa peligrosa —. Alen cree que te tiene acorralada con el contrato de la película porque piensa que estás sola y sin fondos. Pero no tiene ni la más remota idea de que Claire y yo tenemos los registros de transferencias clonados en un disco duro —añade, sosteniéndome la mirada—. No íbamos a sacar todo esto a la luz hasta que no lo tuviésemos mejor atado, pero creo que ahora es el momento. Vamos a recuperar hasta el último centavo de tu música, Sav. Y vamos a ver cómo se lo llevan a rastras de su propio despacho. Va a ser algo legendario, hazme caso.



CAPÍTULO 47

Chrishell

Better Off - Lauren Alaina

No soy una persona vengativa, de verdad que no, pero no he tenido más remedio. Nada de esto hubiese ocurrido si él se hubiese quedado a mi lado. ¿No he tragado yo con que se acostase con mi artista favorita? ¡Ahora no voy a poder escuchar a Savannah Morgan nunca más! ¿Nadie tiene en consideración eso? Si él solo hubiera dejado pasar la pequeña broma de integración que le gasté a su ex, ahora ella ya sería una más de nosotros. ¡Pero no! Tuvo que dejarme y echarme de su casa, algo que obviamente no he hecho todavía, porque sé, gracias a Olivia, la única que todavía se digna a dirigirme la palabra, que se ha fugado con Savannah. Supongo que así cree que me está dando algo de espacio para irme…, pero eso es algo que no va a ocurrir. ¿A dónde pretende que me vaya?, ¿a la vieja y destartalada casa de mi difunto abuelo? Ni de coña. Suficiente tengo con tener que pisar el granero.

De hecho, esta también sigue siendo mi casa. He dejado demasiadas cosas aquí como para que pretenda borrarme así, sin más. Todos mis tacones siguen en el vestidor (que no es más que una habitación con unas literas que nadie usa), mis cremas favoritas siguen en el baño y todavía me queda comida en la nevera.

Además, la damnificada en todo esto soy yo. ¡Él es el mentiroso traicionero! Y como mentiroso traicionero se merece todo lo malo que le pueda ocurrir. Como, por ejemplo, que antes de recoger mis pertenencias de la casa, me haga con lo que de verdad es mío: la cerveza que está en el granero de *mi* abuelo.

No he parado de trabajar desde que Dylan me dejó hace ya tres días. La marca todavía no me pertenece, solo he presentado todos

los documentos para el registro, pero eso no me va a detener, porque para cuando Whittaker empiece a fabricar y comercializar, ya estará a mi nombre.

Menos mal que he logrado cerrar una reunión con Lucas Whittaker a última hora. Llevo en contacto con él desde que conseguí su número unos días después del *draft*; de hecho, le envié un lote a escondidas de Dylan. Y Dios sabe que lo intenté convencer de todas las formas posibles, pero está tan empeñado en hacer algo artesanal y familiar que es incapaz de ver el verdadero potencial que tiene entre manos. ¡Lo único que he hecho siempre ha sido creer en él!

Y es curioso, porque eso fue justo lo que me enamoró de él: su lealtad. Su forma de aferrarse a lo que quiere. Pero, al final, lo que te enamora de alguien puede ser lo mismo que acabe minando ese sentimiento. En su caso, fue tan leal con Savannah que se le olvidó algo bastante lógico: que no puedes seguir acostándote con alguien que ya no te pertenece. Y menos cuando tienes pareja.

Aparte, es tan obstinado que, por mucho que intentase explicárselo, no lo entendería. Y eso, ahora, le va a traer consecuencias. Como cuando le dije mil veces que registrase la marca para evitar sustos, y, para sorpresa de nadie, se negó porque «¿quién iba a robar un nombre tan básico como Parker Brewing?». Pues yo. Ahí tiene su dichosa respuesta.

Sonrío para mí misma mientras cojo el bolso del sofá y le echo un último vistazo al salón, analizando cómo está todo por si acaso reaparece en mi ausencia. Me deslizo las gafas de sol sobre la cabeza y camino hacia la puerta principal con calma. Sinceramente, empieza a molestarme un poco que no haya vuelto ni siquiera para discutir. Qué poca consideración por su parte.

Mi teléfono vibra con la notificación de Uber: el coche ya está en la entrada del rancho. Salgo al porche, cierro la puerta detrás de mí y camino bajo el sol de la tarde. Desde aquí veo el vehículo con el motor en marcha. El conductor tamborilea los dedos en el volante con una cara de impaciencia insoportable. ¡Como si tuviera algo mejor que hacer! Podría apurar un poco el paso para no hacerlo esperar, pero no lo hago. Que se aguante, por impertinente.

—Buenas tardes —dice con una voz monótona, mirando por el retrovisor.

—Hola —respondo, sin molestarme en sonar simpática.

Después, me reclino en el asiento y miro por la ventana mientras el coche avanza hacia el centro del pueblo. En la pantalla del conductor ya sale el destino, así que, no me hace falta abrir la boca para guiarlo.

Poco más de cinco minutos después, el Uber frena suavemente frente al ayuntamiento. Le pago al conductor con el móvil, me bajo del coche y me coloco el bolso en el antebrazo.

Ahí está Whittaker, puntual, con su traje impecable que desentona por completo con este lugar. Me hubiese encantado quedar con él en Boston y no aquí, pero si todo sale bien, ya habrá oportunidades para ello.

Avanzo hacia él sin ninguna prisa, sabiendo que aquí estoy a salvo. Ninguno de los amigos de Dylan suele pisar esta zona; ellos son más de quedarse en el bar o, como mucho, en la plaza. Nadie va a enterarse de lo que va a ocurrir esta tarde, y menos Dylan. Él se cree muy listo por haber desaparecido, pero yo soy más. Cree que voy a guardar sus juguetitos de hacer cerveza como una exnovia sumisa. Lo que no sabe es que estoy a punto de compartir con el hombre que tengo delante su mayor secreto. Si él no va a explotar ese negocio, lo haré yo con alguien que sí tenga una cuenta bancaria decente.

Acorto los últimos pasos de distancia y le dedico mi mejor sonrisa.

Es hora de hacer negocios.

—Buenas tardes, señor Whittaker —lo saludo.

Es la primera vez que nos vemos las caras en persona. Hasta ahora todo han sido correos y llamadas telefónicas con intermediarios. Obviamente, para Whittaker, yo soy el genio detrás de la receta. Y pienso seguir manteniendo esa versión.

—¿Chrishell Fraser? —Me mira de arriba abajo y yo asiento con una sonrisa—. Vaya… Nada me diría que tú eres la creadora de la cerveza artesanal que tanto me ha sorprendido. ¿Tienes más talentos manuales?

«Contar billetes», pero como eso no se lo digo, continúo con mi sonrisa y le hago un gesto con la mano para que entre al ayuntamiento, que ya está cerrado al público.

Subimos las escaleras hacia la primera planta y, al fondo del pasillo, diviso la pequeña sala de juntas. Conseguir que la cedan para una reunión privada a estas horas de la tarde habría sido imposible para cualquiera, pero no para mí. Un par de mensajes a la mujer con la que estaba liada mi abuelo y que se piensa que soy su nieta y la llave estaba en mi bolso antes de comer.

Abro la puerta y pasamos. Whittaker se quita la americana gris toda sudada y se acomoda en la silla de cuero, revelando una barriga prominente que pone al límite todos los botones de su camisa. Se apoya en la mesa ovalada, haciendo crujir la madera vieja.

—Muy bien, Chrishell —dice, resoplando un poco por la subida de las escaleras—. Vamos al grano. Tu marca no es buena. Tu cerveza tiene muy buen sabor, pero tu puesta en el mercado deja mucho que desear. —Frunzo los labios de la impotencia. Si Dylan me hubiese dejado trabajar de verdad en el *marketing* el tipo este se estaría tragando sus palabras—. ¡Pero no pongas esa cara, mujer! Para eso estoy yo aquí. De hecho, debes saber que estos tratos nunca los suelo cerrar yo personalmente, sino mis *closers*. Así que eso te dará una idea de lo mucho que estoy interesado en tu sabor.

Eso último lo dice echando otro vistazo a lo poco que puede ver de mi cuerpo gracias a la mesa que nos separa. Finjo no darme cuenta de su mirada babosa. Saco mi portátil del bolso y lo deslizo por la mesa para sacar mis números, lo único que importa aquí.

—Mis condiciones son sencillas: un pago inicial fijo por la transferencia de la receta exacta de la cerveza y un siete por ciento de *royalties* netos por cada botellín comercializado bajo su red de distribución, ya que la marca está a mi nombre y así seguirá. —Ese último punto no es del todo cierto, pero él no lo sabe ni me ha pedido ninguna comprobación, por lo que eso es problema suyo, no mío.

Whittaker tamborilea sus dedos gordos sobre la madera, analizando la pantalla.

Al final, suelta una carcajada ronca que hace vibrar su barriga antes de atragantarse y empezar a toser. Se lleva un pañuelo arrugado a la boca y tarda unos segundos en recuperar la compostura, poniéndose ridículamente rojo.

Espero que permanezca vivo al menos hasta que firmemos el contrato.

—Bien —continúa, aclarándose la garganta con rudeza mientras saca un contrato impreso de su maletín—. Acepto el siete por ciento y el pago fijo inicial de ochenta mil dólares por el traspaso de la información. Y aunque ese registro comercial, como comprenderá, no vale demasiado, ya que no tiene el suficiente bagaje, está de suerte, porque me gusta cómo suena. Así que vamos a dejar esto blindado aquí mismo. —Pasa las hojas del contrato—. Según esto, si mi distribuidora decide vender la receta en el futuro a un tercero, tus condiciones y tus *royalties* se mantienen de forma vinculante con el nuevo comprador.

—Me parece justo —respondo, intentando ocultar lo rápido que me va el corazón al ver cómo escribe la cifra en el contrato que acaba de sacar de su maletín.

—Y, por supuesto, incluimos la cláusula estándar de saneamiento y garantías de calidad —añade Whittaker de pasada, señalando el papel con la punta de su estilográfica—. Ya sabes, lo habitual en este tipo de contratos: una penalización recíproca de quinientos mil dólares por daños y perjuicios en caso de incumplimiento de cláusulas o vicios ocultos. Por ejemplo, si yo no te pago o si el desglose de activos que me vendes tuviera algún defecto de origen, se anularía el contrato y el culpable asumiría la deuda acumulada más la penalización. Es un trato limpio. No construí un imperio a base de timar a nadie.

—Trato hecho.

No le tengo ningún miedo a eso. Hace un par de horas he cogido personalmente la receta de la fábrica. Así que, saco el *pen drive* del bolso y lo planto delante de él, sin dárselo todavía.

—Perfecto —dice él, estampando su trazo grueso en la línea de puntos justo antes de que yo firme con mi elegante caligrafía.

Con ese último gesto, alarga la mano para coger la receta y conectarla a mi portátil.

—Pero… —empieza a revisar las líneas de datos con los ojos entrecerrados—, ¿qué es esto, niña?, ¿me pretendes timar? Está la lista de ingredientes, pero falta la mitad de los datos de producción. No veo los picos de temperatura, ni los niveles de presión de los tanques… Sin los datos técnicos esto es papel mojado para mis ingenieros.

El estómago me da un vuelco, pero soy demasiado buena actriz como para que note mi ignorancia sobre la química cervecera. Abro un poco los ojos, fingiendo una perfecta sorpresa condescendiente.

—¿Oh? ¿No está adjunto? —pestañeo, soltando un suspiro de frustración mientras me coloco un mechón de pelo tras la oreja—. Debe de haber sido mi asistente técnico. Le ordené que empaquetara todo el bloque de datos del servidor y se le habrá pasado esa partición. Ya sabes cómo es la gente del pueblo, hay que dárselo todo masticado.

Whittaker bufa, cruzándose de brazos sobre su prominente barriga.

—Es una absoluta pena que me dé igual tu excusa. Si no tengo en menos de cinco minutos el resto de los parámetros informáticos, tendrás que pagar una indemnización. Te recuerdo que tenemos un contrato firmado.

—Bueno, no se ponga así —digo, intentando mantener mi tono de superioridad. Aunque el corazón me va a mil por hora—. Puedo llamar a mi asistente y exigirle que...

—No tengo tiempo para que tu incompetente ayudante haga nada —me corta Whittaker, poniéndose de pie con pesadez—. Nos vamos a la fábrica ahora mismo. Copiaré los datos de fermentación y los niveles de presión directamente de las pantallas digitales de tus tanques de maduración. O me llevas ya, o considero esto un vicio oculto y activo la penalización de quinientos mil dólares.

No. No. No. Ir allí ahora mismo es un riesgo. Justo he ido antes porque sabía que no iba a haber nadie. Ahora me la juego a que aparezcan Danny o alguno de los perritos falderos de Dylan a cargar cajas para el bar.

Me muerdo el interior de mi mejilla, calculando el riesgo. Entre los amigos de mi ex y el señor Whittaker, tengo claro quién me da más miedo.

—De acuerdo —digo, cerrando la tapa del ordenador mientras me pongo de pie y cojo mi bolso—. Pero entraremos por la puerta trasera; no me gusta llamar la atención.

Whittaker me mira extrañado por encima de sus diminutas gafas de lectura.

—Ya sabe —le dedico una sonrisa cómplice e improvisada—, todavía no le he comentado a mis artesanos las buenas noticias y no quiero que se relajen antes de tiempo.

Madre mía, después del largo día de hoy, me debería abrir un *cabernet sauvignon* del Valle de Napa, pero lo máximo que he encontrado en la nevera ha sido un *chardonnay* de supermercado. No es malo, porque yo jamás compraría un vino malo, pero desde luego no es merecedor de brindar por el contrato que he conseguido cerrar yo solita. Ochenta mil dólares fijos en la cuenta y un siete por ciento de *royalties* bien valen una copa de cristal fino. Pero brindo sola, así que qué más da. Al fin y al cabo, me puedo emborrachar con un vino de veinte dólares perfectamente.

Cierro el cajón de los cubiertos con un golpe de cadera y descorcho la botella al ritmo de la música. Me sirvo una copa generosa y doy el primer trago mientras me apoyo contra la encimera de madera. La soledad de la casa se me clava un poco en el pecho, pero la ahogo saboreando mi victoria. He ganado.

Llevo esperando un trato así toda mi vida. En la universidad intenté vender todas las ideas posibles, pero ninguna era lo suficientemente buena. Se ve que soy buenísima mejorando una idea, pero no creándola.

Subo el volumen de mi nueva *playlist* de Spotify, donde por supuesto no hay ni rastro de Savannah Morgan. Aunque ahora que lo pienso, debería brindar en su honor. Todo esto se lo debo a ella.

Alzo mi copa de *chardonnay* barato hacia el salón vacío, dedicándole un brindis imaginario a la chica que arruinó mi relación,

pero salvó mi futuro. Si a Savannah no se le hubiese ocurrido volver a Dukeforth, y si a Dylan no se le hubiera ocurrido tener la brillante idea de ponerse de su parte en lugar de defender a su novia, ahora mismo mi cuenta bancaria no estaría salvada para el resto de mi vida. Yo seguiría atrapada en el papel de la novia secundaria y sumisa, viendo cómo él se llevaba la gloria con su estúpida marca de cerveza artesanal que ni siquiera quería explotar.

Yo sabía que se habían acostado. Claro que lo sabía. Pero tragué saliva, me guardé el orgullo y decidí pasarlo por alto —con una pequeña indirecta a Savannah de por medio, por supuesto— porque mi único objetivo era estar con Dylan a toda costa. Y gracias a su obsesión por proteger a Savannah, hoy me voy a la cama con un buen sabor de boca. Me he quedado con su marca y con su maldito legado, algo que carece de sentido si no le puedes sacar una rentabilidad a cambio.

Estoy saboreando el final de la copa, cuando, por encima de la música, el sonido de una llave girando en la cerradura me hiela la sangre. No me da tiempo ni a dejar la copa sobre la encimera. La puerta principal se abre de golpe, estampándose contra la pared con violencia, y la figura alta y tensa de Dylan invade el recibidor.

Lleva el pelo revuelto, la cazadora vaquera colgada del hombro izquierdo y su mirada ámbar está peligrosamente encendida en fuego.

—¿Qué coño haces aquí todavía, Chrishell? —suelta, sin molestarse en saludar ni en cerrar la puerta tras él. Su voz es un rugido bajo que hace que se me tense cada músculo del cuerpo.

Tras todo el vino que llevo en las venas, parpadeo un par de veces por si me lo estoy imaginando. Mierda, no debería estar aquí. Debería seguir en Los Ángeles. Esperaba tener un par de días más de margen para diseñar una buena estrategia y ver cómo le contaba mis buenas noticias. Pero bueno, vista su actitud, parece que me tocará improvisar antes de tiempo.

—Dylan, cielo…, te he estado cuidando la casa estos días. ¿Ni siquiera me lo vas a agradecer?

—No me vengas con gilipolleces, Chrishell. Te dije que te fueras de aquí —dice entre dientes, invadiendo su propia cocina con pasos

pesados.

Exhalo un suspiro dramático y doy un sorbo lento a mi copa.

Mierda, no me queda ni una gota.

—¿Qué pasa, Dylan? —Sonrío al ver que no se ha percatado de mi despiste—. ¿La muñequita de Los Ángeles ya se ha cansado de ti? Era algo bastante obvio que iba a pasar, pero no lo pagues conmigo. Si te ha mandado de vuelta al pueblo con el rabo entre las piernas, no es mi responsabilidad.

Los ojos de Dylan se oscurecen de una forma que me pone los pelos de punta.

—No metas a Savannah en esto. Esto va de ti y de lo rastrera que puedes llegar a ser. ¿Qué hacía Whittaker en el pueblo?

Al oír ese apellido se me tensa el cuerpo. ¿Lo sabe? No, es imposible que lo sepa y no haya hecho nada para evitarlo. Pero tampoco tiene pinta de ser un farol. Lo que más me descoloca es la línea temporal: si Dylan estaba al corriente, ¿por qué se ha quedado de brazos cruzados? Habría tenido horas para hablar con Whittaker antes de la firma. Debe de acabar de pisar el pueblo.

No hay vuelta atrás.

Suelto la copa de cristal vacía, cojo la botella de *chardonnay* directamente por el cuello y le doy un trago largo, sintiendo cómo el alcohol me quema la garganta y me devuelve el valor que creía que estaba empezando a perder. Me relamo los labios y me planto frente a él.

—¿Quieres saber qué hacía Whittaker aquí, Dylan? —le suelto, con una sonrisa—. Estaba firmando el contrato de su vida. El contrato que tú fuiste demasiado inútil para conseguir. He registrado la marca a mi nombre, vaciado tu base de datos y vendido los derechos de distribución en exclusiva. Y para rematar, nos hemos dado un estupendo paseo por la fábrica.

Dylan ni se inmuta, lo que me pone todavía más nerviosa.

—No me mires así, como si yo fuera el monstruo de esta historia —le escupo, apuntándolo con el cuello de la botella—. Sabes perfectamente que yo hice todo lo posible para que sacáramos esto adelante juntos. Te di soluciones, te di mi tiempo y te ofrecí todo mi apoyo y los recursos de mi familia. Pero tú decidiste tomar otro

camino. Incluso aguanté que te acostases con… otra. Pero tú preferiste largarte antes de resolver tus asuntos y dejar tirado tu negocio.

Su falta de reacción me arrastra a justificarme con más fuerza, sacando a relucir la artillería pesada.

—A nadie con dos dedos de frente se le ocurre largarse a la otra punta del país y dejar toda la fabricación desatendida en una propiedad que ni siquiera le pertenece. Fuiste tú el que se fue, Dylan. Es el granero de mi abuelo, lo que significa que todo lo que hay dentro, cada tanque, cada máquina y cada maldito litro de esa cerveza, también me pertenece. Es mi derecho de propiedad. Yo solo he hecho lo que tú no tuviste el valor de hacer, así que ahora no vengas a hacerme responsable de tu incompetencia.

Aguanto la respiración, esperando que estalle, que me grite que soy una ladrona o que me exija que rompa ese contrato.

Él no habla, en cambio, da un paso largo hacia mí, invadiendo por completo mi espacio, y me sostiene la mirada.

—Te arrepentirás de haber hecho esto, Chrishell —dice con una voz tan baja y peligrosa que me hace dar un paso atrás—. Y ya que te gusta tanto hablar del derecho de propiedad privada, te recuerdo que esta casa está a mi nombre. Si mañana no estás fuera de aquí a primera hora, te aseguro que seré yo mismo el que te eche a patadas.

Intento recuperar mi fachada de superioridad. Suelto una risa forzada, aferrando el cuello de la botella con tanta fuerza que me duelen los nudillos.

—Me da igual —le espeto, forzando mi mejor tono de desprecio—. El contrato ya está firmado. Yo he ganado.

—Qué previsible eres. —Una sonrisa lenta y gélida empieza a dibujarse en la comisura de sus labios. Es una expresión tan despectiva que jamás se la había visto—. Sabía que tu orgullo no te iba a dejar quedarte quieta, pero sobre todo sabía que una simple lista de ingredientes no te bastaría para convencer a nadie que tenga la menor idea de producción. Estaba claro que te iba a exigir los puntos de fermentación exactos y las curvas de temperatura que controlan el *software* de los tanques. Datos que solo se pueden

sacar conectándose al servidor local, algo de lo que no tienes ni idea de cómo hacer porque nunca te ha interesado mi cerveza. Así que, tal y como deduje, te habrá obligado a llevarlo a la fábrica para comprobar los tanques... ¿Qué tal el paseo?, ¿instructivo?

Un sudor frío me baja de repente por la nuca. No respondo.

—Igual lo que le has vendido a Whittaker no es lo que pensabas…

Me quedo sin aire. Las paredes de la cocina parecen cerrarse a mi alrededor.

—Disfruta del *chardonnay* —dice Dylan, dándose la vuelta—. Vas a necesitar cada gota cuando Whittaker fabrique la primera tanda.

El portazo de la entrada resuena en toda la casa. La parálisis se rompe de golpe cuando la botella se me escurre de entre los dedos y estalla contra el suelo, salpicándome las piernas desnudas de cristales y alcohol. Me quedo mirando el desastre mientras asimilo, con una angustia atroz en el estómago, que es muy probable que esté completamente arruinada por culpa de Dylan Parker.



CAPÍTULO 48

Dylan

Backup Plan - Bailey Zimmerman & Luke Combs

Seis horas antes...

Odio los aeropuertos. Por un lado, tenemos a la gente que corre de un lado para otro y, como no te apartes, te arrolla. Y luego, por otro, tenemos a la gente que va con sus auriculares de cancelación de ruido, lentos y mirando sus pantallas, los cuales, si tampoco te apartas, también te arrollan. Justo el tipo de entorno egoísta que detesto.

Acelero el paso hacia la salida de la terminal, esquivando a un gordo trajeado que casi me clava su maleta de ruedas en la espinilla. Apenas he dormido un par de horas en el avión y, pese a que acabo de hablar con ella por teléfono, todavía tengo el regusto amargo de las últimas horas con Savannah flotando en la cabeza. Sé que no hemos acabado mal, pero, al igual que a ella, me aterra volvernos a separar. Aun así, ante ella debía mostrarme fuerte.

Cruzo las puertas correderas de cristal y el calor de la media mañana me da la bienvenida. Al fondo de la zona de recogida de vehículos, diviso la vieja furgoneta de Knox. He aterrizado hace un rato, pero no ha podido venir a recogerme hasta ahora.

Knox está apoyado contra la puerta del conductor. Viste sus vaqueros desgastados de siempre y una camisa de franela con las mangas remangadas hasta los codos. Huele a sudor y a establo; es evidente que viene directo de pasar la mañana con mis caballos. Al verme, escupe el palillo que lleva entre los dientes y me dedica un asentimiento de cabeza.

Me subo a la furgoneta cerrando la puerta con fuerza.

—Arranca de una vez, Knox. Tenemos que llegar al pueblo ya.

Knox mete la marcha con un golpe brusco y salimos del carril del aeropuerto con un derrape. Me mira de reojo, notando mi impaciencia.

—Siento haber llegado justo de tiempo… se me ha complicado la mañana en el rancho. Si le metemos caña a la furgoneta, todavía podemos pillar a Chrishell en tu casa. Solo hay que enfrentarla antes de que salga de allí.

—No —le interrumpo de golpe, fijando la vista en el paisaje árido de la carretera—. Eso sería lo fácil. Y Chrishell no se merece que se lo ponga tan fácil.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amigo?

—He tenido cuatro horas de vuelo desde Los Ángeles para pensarlo muy bien, Knox. Su gran sueño siempre ha sido ser una empresaria de éxito, una tía respetada en el mundillo de los negocios. Si voy ahora y la detengo, no aprenderá la lección; necesita vender mi cerveza a mis espaldas para escarmentar... y va a vender una auténtica mierda.

Knox desvía los ojos hacia mí, perdiendo el hilo de la conversación y la noción de la carretera.

—¿Y qué quieres hacer?

—Si va a vender mi cerveza, al tipo no le va a bastar con la receta en un papel, que es lo que ella pretende —le explico, entrelazando los dedos mientras trazo la jugada en mi cabeza—. Cualquiera con dos dedos de frente sabe que los ingredientes no sirven de nada sin el proceso técnico, cosa que estoy seguro de que Chrishell no tiene, porque nunca le ha interesado la producción. Whittaker querrá ir a la fábrica para comprobar el proceso exacto y, como ella no tiene ni idea de nada de eso, se verá obligada a llevarlo hasta allí para enseñarle los paneles. Así que voy a joder todos los lotes que están en las diferentes fases, pero va a merecer la pena.

—¿Te vas a cargar tu propia producción? —Knox silba bajito, impresionado—. Estás colgado, tío.

—Voy a llamar a estos. Necesitamos refuerzos.

Knox me mira de reojo y esta vez su sonrisa es idéntica a la mía mientras pisa el acelerador a fondo.

El trayecto de vuelta al pueblo se convierte en una ronda rápida de llamadas en manos libres. Devon es el primero en descolgar, pero su respuesta es un susurro apurado entre el ruido de fondo de una sala de espera. Olivia tiene ginecólogo y ni de coña va a jugarse el pellejo saltándose eso. La siguiente llamada es para Danny. No le digo que se sume al plan, sino que le pido que cubra la barra el rato que voy a necesitar a Brooke.

Cuando llamamos a Brooke, se supone que debería estar ya entrando por la puerta del bar para empezar su turno, sin embargo, responde con la respiración algo agitada y jura que justo la hemos pillado saliendo del coche. Sé que es una mentira del tamaño de Tennessee. Llegaba tarde, como siempre. Pero no le recrimino nada, le cuento el plan por encima y le digo que en un cuarto de hora la recogemos.

Aparcamos en doble fila cerca de su casa y, para mi alivio, no nos hace esperar demasiado. Se sube de un salto a la parte de atrás antes de que Knox vuelva a pisar el acelerador hacia el rancho del viejo Nolan.

Para cuando aparcamos entre los árboles que ocultan la entrada trasera del granero, Brooke ya está metida de lleno en su papel. Baja disparada y corre hacia la entrada.

—No hace falta que entres así. ¡No hay nadie! —le grito.

Para esta misión se ha vestido completamente de negro. No es raro verla de este color, pero sí tan tapada.

—Shhh —me sisea, rodando por el suelo de hormigón hasta parapetarse detrás de un palé de malta vacío—. ¿Puedes asegurar que no está Chrishell aquí?

Miro alrededor y abro mucho los ojos, señalando lo obvio. El granero está en absoluto silencio, bañado por la luz de mediodía que entra en diagonal por los altos ventanales.

—No subestimes nunca al enemigo —me recrimina.

Knox entra detrás de ella caminando con total parsimonia.

—Brooke, te has puesto una camiseta térmica y hace treinta grados a la sombra —le dice—. Creo que te ha dado un golpe de calor y estás empezando a desvariar.

—Se llama compromiso, Knox.

Knox suelta una carcajada que resuena por todo el granero.

—¡Vaya! ¿En serio sabes lo que es eso? Quién lo diría… Pensaba que esa palabra no existía en tu vocabulario.

—Sé perfectamente lo que significa —suelta ella, todavía desde el suelo—. Otra cosa es que a ti te guste confundir el compromiso con la necesidad de tener a alguien atado a tu correa las veinticuatro horas.

—A lo que tú llamas correa, yo lo llamo madurez —replica Knox, cruzándose de brazos—. Pero claro, pedirte que no salgas huyendo en cuanto las cosas se ponen un poco serias es pedirte demasiado… ¿Le dirías lo mismo a Danny?

Me limito a observarlos en silencio mientras avanzo por el pasillo central. Me voy un par de días y estos dos ya vuelven a estar exactamente igual que antes. Creía que ya lo habían solucionado, o al menos eso parecía ayer por teléfono, pero a estas alturas ya ni me molesto en preocuparme. Su relación siempre será un ciclo destructivo que se repite cada tres semanas. Cuando no se están acostando, se están matando. Y ahora parece que todo a la vez.

—No metas a Danny en esto, Knox. Danny no tiene nada que ver con que tú sigas tonteando con todo el pueblo...

—¡Ya basta, chicos! —les riño. No me apetece nada escucharlos gritar, y esto solo puede empeorar.

—Está bien, perdón —refunfuña Brooke, desviando los ojos de Knox con un esfuerzo descomunal—. Es que el cavernícola este me saca de mis casillas. Ya estoy centrada de nuevo. A lo que vamos. —Gatea decidida hacia la caja de fusibles principal, pegada a la pared de ladrillo visto—. ¿Qué cables hay que cortar?

—¿Qué dices, Brooke? Solo hay que teclear una contraseña en el portátil. No estamos robando el Pentágono —digo, cruzando el espacio entre los enormes cilindros de acero inoxidable hacia la mesa de control—. Y, por favor, levántate del suelo.

Abro la tapa de mi ordenador mientras escucho a Knox soltar un suspiro pesado detrás de mí. Lo observo de reojo avanzar hacia la caja de fusibles, donde sujeta a Brooke suavemente por los hombros y la alza del suelo como si fuera una niña pequeña. Hace oídos

sordos a sus quejas mientras se esmera en sacudirle el polvo de los vaqueros oscuros.

Me llevo una mano a la cara y me froto los ojos por el cansancio acumulado del viaje. Madre mía, qué gente… Siento que aquí me hace falta alguien con dos dedos de frente para igualar el terreno.

—¿Podéis callaros un momento? —pido, mientras abro el *software* de control central y ellos siguen cuchicheando enfadados a mis espaldas. Si lo llego a saber, vengo solo—. Brooke, ¿puedes echar un vistazo a la puerta principal?

Si los separo, igual se calman. Brooke le dedica una última mirada asesina antes de darse la vuelta y caminar hacia la entrada con sus botas militares haciendo eco en el hormigón. Cuando se aleja lo suficiente, me concentro en el monitor. He pasado noches en vela midiendo la densidad y controlando el lúpulo para mejorar la receta de mi abuelo. Sabotear mi propio trabajo me duele en el alma, pero no tengo más remedio.

—¿Cuál es tu plan? —me pregunta Knox ahora que estamos solos, dejando caer una mano sobre mi hombro.

—Básicamente, modificar el *software* de control y reprogramar las pantallas digitales de los tanques para que muestren un perfil técnico distinto —le enseño los gráficos—. Lo más sencillo sería subir los grados hasta una temperatura ambiente. Si dejas que la levadura fermente demasiado caliente en mitad del ciclo, devora los azúcares y empieza a producir alcoholes más agresivos. En lugar de nuestro sabor suave, saldría algo parecido a disolvente —le explico, sin apartar los ojos del monitor—. El problema está en que eso se lo puedes colar a Chrishell, que no tiene ni idea…, pero no a alguien competente. Vería esos números en la pantalla y sabría que el sistema de refrigeración está fallando.

—Vale… —Knox se inclina más sobre la pantalla—. Entonces, ¿cómo se la vas a colar a un profesional?

—He dejado la temperatura intacta —le digo, ejecutando una línea de comandos—. Lo que he cambiado está en el informe del servidor… y en estos valores de aquí. —Señalo los números—. La cantidad exacta de levadura y los niveles de presión de los tanques.

Knox arruga la frente, intentando descifrar los nuevos números verdes que parpadean en el monitor.

—¿Y eso qué cambia?

—A simple vista, nada raro. De hecho, parece hasta mejor optimizado —respondo—. Pero cuando metan estos mismos parámetros en reactores industriales… La levadura no responderá igual a gran escala. Con esa presión y esa cantidad de inoculación, se estresará a mitad del proceso. Y cuando se estresa… empieza a producir diacetilo.

—¿Y eso es malo? Sabes que no entiendo ni una palabra de lo que dices cuando hablas así.

—Sabor a rancio —respondo sin rodeos—. Una textura densa y pesada, como mantequilla en mal estado. Imposible de vender, vaya.

Knox asiente, pero entorna los ojos con duda.

—¿Y si al tío le da por hacer una prueba en un barril pequeño para asegurarse antes de fabricar a lo grande?

—También la he blindado para eso —admito con una sonrisa fría mientras tecleo los últimos parámetros—. He recortado a la mitad el tiempo de maduración en frío. Sin esos días extra de reposo, la levadura no termina de asentarse y el lote se irá a la mierda. —Levanto la vista hacia los tanques—. Da igual si lo intentan en un tanque industrial o en un cubo de plástico: la cerveza les va a salir turbia y se les va a oxidar. No hay forma de que repliquen el sabor de la receta de mi abuelo con estos datos.

Un leve pitido digital resuena en el almacén. A unos metros de nosotros, las pantallas de los tanques de acero parpadean, adoptando de inmediato los datos falsos.

—Ya está —sentencio, cerrando el *software* de producción—. Chrishell va a firmar el contrato de su vida.



CAPÍTULO 49

Dylan

After All The Bars Are Closed - Thomas Rhett

Ahora...

Salgo de mi casa con una sensación extraña. Es una mezcla entre el alivio de saber que el plan ha salido exactamente como quería y el peso de la culpabilidad de haber tomado las decisiones que me han traído hasta aquí. Está claro que, a veces, nos autoconvencemos de que estamos haciendo lo correcto pese a que todo el mundo esté viendo lo contrario. Nos ponemos una venda en los ojos y avanzamos destrozándolo todo a nuestro paso.

Hasta que por fin se cae la venda.

Ahora entiendo a Savannah. Entiendo el mecanismo exacto que la llevó a tomar aquella decisión en el pasado y que le he estado reprochando desde que se fue. Es jodidamente fácil juzgar desde fuera hasta que te encuentras tú solo en mitad de la tormenta, eligiendo la carretera que parece menos inundada.

Savannah, poniendo tierra de por medio, creía que hacía lo correcto; al igual que yo al intentar formar algo junto a alguien narcisista al que nunca le importé lo suficiente, solo porque me hacía sentir… menos vacío. Ella se dejó engañar por Alen y yo por Chrishell. Pero al menos los dos estamos saliendo del bache.

Cruzo el rancho, hacia la furgoneta de Knox, no sin antes hacer una parada rápida en el establo. Arrastro la pesada puerta de madera con las dos manos y tiro de la cuerda que da luz a este lugar. La bombilla parpadea un par de veces antes de alumbrar el pasillo con un brillo amarillo y cálido, suspendido entre motas de polvo. Unos resoplidos bajos y rítmicos rompen el silencio.

Camino por el pasillo hasta el último box de la izquierda.

—Hola, chico —murmuro, con la voz más agotada de lo habitual.

Machine asoma su enorme cabeza oscura por encima de la valla de madera, agitando las orejas al reconocer el sonido de mis botas.

Meto la mano en el bolsillo de mi chaqueta y saco un par de terrones de azúcar que siempre acabo olvidando ahí dentro. Se los ofrezco sobre mi palma y él los hace desaparecer de un lengüetazo.

—¿Me has echado de menos, aunque solo sea por esto? —Apoyo los brazos en el borde de la madera y dejo que descanse su pesada frente contra mi hombro.

Knox no suele consentirlo tanto, como mucho, le da medio plátano cuando acaba con un recorrido. Dice que darle demasiada azúcar puede provocarle problemas digestivos. Me gustaría saber cuándo se ha convertido en un experto en caballos, porque mi familia los ha tenido toda la vida y no pasa nada por un terrón al día.

—En nada vuelvo a estar en casa, compañero —le prometo, dándole una última palmada suave—. Volveremos a salir a primera hora de la mañana, antes de que el sol empiece a pegar fuerte.

Machine resopla contra mi cuello, de acuerdo con el plan.

Me separo del *box* y echo un vistazo rápido alrededor para asegurarme de que tanto él como el resto de los caballos tienen todo lo que necesitan. Me cercioro de que el goteo del bebedero automático funciona y esparzo con la bota el heno fresco de la esquina. Tengo que admitirlo: Knox hace bien su trabajo.

Antes de marcharme, me acerco a la cesta de mimbre que hay al principio del pasillo y cojo unas cuantas manzanas rojas. Corto tres de ellas a la mitad con la navaja que llevo en el bolsillo y voy recorriendo el establo. Le dejo un trozo a cada caballo y guardo el más grande para el comedero de Machine, que me sigue con la mirada mientras mastica feliz.

—Pórtate bien —le digo con un último silbido bajo.

Salgo del establo y arrastro de nuevo la puerta de madera para dejarla encajada. Knox me espera en el arcén, a las afueras de la propiedad; no hemos metido la furgoneta para que Chrishell no oyera el ruido de la verja. Tiene las luces de emergencia encendidas y desde aquí ya puedo oír el bajo amortiguado de la música.

—Ya estoy —le digo, subiendo de un salto al asiento del copiloto.

—¿Qué tal ha ido? —Baja el sonido de la radio.

—No me apetece mucho hablar ahora. ¿Lo dejamos para luego? —Vamos directos al bar, donde hemos dejado a Brooke antes de venir aquí —. Siento que tengas que estar haciendo de chófer, tío. Debería haber cogido la moto.

—No hay problema. ¿Cuántas veces has hecho tú lo mismo cuando íbamos ciegos? Uf, cómo echo de menos una buena borrachera —divaga en voz alta, metiendo primera—. Por cierto, ¿dónde está tu camioneta?

Apoyo la cabeza contra la ventanilla, soltando un bufido.

—Tirada en una puta gasolinera en mitad de la nada en Memphis.

Le cuento el resto de la historia lo más rápido posible, pero es que es imposible de resumir.

«Menos mal que no me apetecía hablar…», pienso cuando termino.

—Me estás vacilando.

—Nada me gustaría más. Pero no. —Mi amigo empieza a reírse tan fuerte que el volante le tiembla en las manos. Tengo que darle un empujón en el hombro para que pare—. Le he tenido que dejar las llaves al tío de la gasolinera para que la grúa se la pueda llevar al taller, vacíen el tanque y limpien los inyectores si pretendo seguir usándola.

—Eres un santo, tío —dice Knox, recuperando el aliento mientras reduce la velocidad para entrar en la calle del bar—. Si a mí una tía me mete diésel en el motor, la dejo en el arcén con sus maletas y que se busque la vida en autostop.

—Ya, bueno. A ver si dices lo mismo cuando te pase algo parecido a ti —le suelto, sabiendo que, enamorado, él también lo dejaría pasar.

Knox gira a la izquierda y mete la furgoneta en el callejón trasero del bar, justo al lado de los contenedores de reciclaje y el enorme cartón del nuevo cartel del Loopsie's. Lo mandé hacer hace casi un mes y por fin está aquí. Con todo lo que ha pasado estas semanas, se me había olvidado por completo.

A través de la puerta trasera metálica del local, que está entornada para que corra un poco de aire, ya se escucha el chisporroteo de las

freidoras de la cocina.

Knox va delante, empuja la puerta de metal con el hombro y el calor de los fogones, mezclado con el olor a patatas fritas y beicon, nos da de lleno.

Joder, qué hambre.

Danny está de espaldas a nosotros, concentrado frente a la plancha. Al escuchar nuestros pasos, ni siquiera se digna a girarse. Cuando pasamos por detrás de él, Knox estira el brazo hacia el mostrador y echa el guante a unas alitas de pollo recién rebozadas que Danny acaba de emplatar.

—Suelta eso, troglodita. Son para la mesa cuatro —le espeta Danny, dándole un golpe seco en la mano con el reverso del metal de la espátula. Knox ni se inmuta; le da un mordisco enorme a una de las alitas con una sonrisa de suficiencia—. Te he dicho mil veces que no toques la comida.

—Pues esta está fría —masculla Knox con la boca llena, apoyando el hombro contra la mesa e invadiendo a propósito el espacio de Danny.

Mi cocinero lo ignora y yo también, porque sé que eso es imposible; se ve perfectamente el humo salir del plato.

—Cuando ya no queden más comandas, vente con nosotros fuera —le propongo—. Hoy vamos a cerrar antes.

Me apetece tener una noche con mis amigos en mi bar sin que nadie nos interrumpa. Ya es hora de volver a las viejas costumbres.

Danny echa un vistazo al puñado de tiques que tiene colgados en la barra metálica y se pasa el dorso del brazo por la frente para secarse el sudor.

—Dame diez minutos. Solo me queda sacar un par de platos y cierro ya —responde, bajando el fuego de una de las freidoras—. Eso si el parásito que hay ahí deja de comerse todo lo que preparo. —Le lanza una mirada asesina a Knox, que ya le está hincando el diente a la segunda alita.

—No te preocupes, ya nos vamos. —Agarro a Knox por la nuca para arrastrarlo fuera de la cocina.

—Pero esto me lo puedo llevar, ¿verdad? —Alza el plato de alitas a medio comer.

Asiento para salir de ahí lo antes posible y le pido perdón a Danny con un gesto.

Cruzamos hasta el salón principal del bar, que hoy, al ser entre semana, tiene un ambiente mucho más tranquilo. Echo un vistazo rápido al fondo y diviso a Devon y Olivia sentados en una de las mesas circulares de madera. Tienen las manos entrelazadas y hablan agachados, como si no quisieran que nadie los escuche. Espero que todo haya ido bien en el ginecólogo.

Me giro para decirle a Knox que se vaya con ellos mientras yo echo una mano en la barra, pero mi amigo ni siquiera me está mirando. Tiene los ojos clavados en otro lugar.

Brooke está allí, de espaldas a nosotros. Se ha quitado la camiseta térmica negra y ahora lleva un top negro de tirantes que deja al descubierto todos sus tatuajes. Está hablando y ganándose la propina de un tipo que no he visto en mi vida. Knox aprieta tanto la mandíbula que casi puedo oír el crujido de sus dientes desde aquí.

—¿Qué tal si antes de irte a la mesa con Olivia y Devon cambias el canal? —improviso lo primero que se me ocurre para hacer que desconecte—. El mando está detrás de uno de los altavoces.

Knox sacude la cabeza y aparta la vista de la barra. Asiente, pese a que creo que no me ha escuchado una sola palabra de lo que he dicho, y hace el amago de dirigirse hacia las mesas, pero se arrepiente justo antes.

—Voy a pedirle a Brooke que me ponga una cerveza y ahora voy… —masculla, dejando caer el plato de alitas todavía lleno sobre la mesa más cercana.

—Knox, en serio, deja que trabaje y cambia el canal… —intento ponerme firme, devolviéndole el plato de alitas a las manos.

—Me estoy muriendo de sed, Dylan. Las alitas secas y picantes de tu cocinero me han dejado la boca hecha un trapo —me corta.

—Mala suerte. Así la próxima vez no metes las manos donde no te toca —le espeto, plantándome frente a él para cortarle el paso hacia la barra—. Yo mismo te llevo la cerveza a la mesa, pero muévete hacia allí, anda.

Knox se rinde, coge su plato y arrastra los pies hacia el final del local. No me muevo de mi sitio hasta que me aseguro de que ha

plantado su trasero y no va a seguirme hasta la barra. Lo observo desplomarse con brusquedad en una de las sillas de la mesa redonda, dedicándole una sonrisa forzada a Olivia para disimular el cabreo.

Con ese fuego controlado, me giro sobre mis talones y me meto detrás de la barra. Brooke, a diferencia de Danny, tiene el radar encendido. Corta la conversación con el cliente con una sonrisa fingida y se acerca a mí a toda prisa con una bandeja de acero inoxidable bajo el brazo.

—¿Qué tal ha ido? —se interesa en un susurro nada propio de ella.

En lugar de contestarle, echo un vistazo de reojo al tipo del traje, que sigue intentando captar la atención de Brooke, y luego miro de reojo la mesa del fondo donde Knox, Devon y Olivia me esperan.

—A ese tipo de ahí, ¿le queda mucho? —le pregunto, con la voz cargada del cansancio de todo el día.

Ella niega con la cabeza.

—Ya está servido y ya ha pagado. ¿Por qué?

—Genial, pues pon el cartel de cerrado en la puerta principal y, en cuanto se vacíe, echamos el pestillo. Necesito desconectar de este día de mierda antes de que me estalle la cabeza.

Ella me mira un poco estupefacta, pero no me cuestiona, no vaya a ser que cambie de opinión y tenga que seguir trabajando. Pero no lo pienso hacer. Estoy cansadísimo.

—A sus órdenes, jefe —dice Brooke, guiñándome un ojo antes de salir disparada hacia la entrada, celebrando tener el resto de la noche libre.

Aprovecho que me quedo solo en la barra para tomar el control de los grifos. Saco cinco jarras del congelador y tiro las mismas cervezas con una densidad de espuma perfecta. Para Olivia, busco en la nevera un té frío de melocotón. En la bandeja pongo algo de picar y salgo de la barra justo cuando Brooke regresa.

—¿Te llevas esto? —le pregunto, indicándole la bandeja con un gesto de la barbilla—. Yo voy a rescatar a Danny.

—¡Rescata algo más de comer ya que vas para allá! —me grita sin frenar el paso hacia la mesa del fondo.

En la cocina, Danny está terminando de limpiar la plancha, con la música del móvil a todo volumen.

—Eh, chef —le anuncio, dándole un toque en el hombro—. Ya hemos echado el cierre. Dime que has dejado algo más de sobra.

—Tengo un par de platos gigantes de patatas fritas que acabo de sacar de la freidora —señala.

—De sobra. Con eso y unos botes de salsa, tendremos que apañarnos.

Pillo los dos platos y sigo a Danny, que cruza el salón hasta llegar a la mesa redonda del fondo. Brooke ya ha colocado las cervezas frente a sus respectivos dueños y ha añadido unas sillas más para que quepamos todos.

Dejamos la comida en el centro, Danny se sienta al lado de Brooke, y yo, por descarte, me desplomo en la silla libre al lado de Devon.

—¿Qué tal el ginecólogo, chicos? —me intereso.

—La niña está genial, ya pesa dos kilos —nos informa Olivia, pasándose una mano por la barriga con una sonrisa.

Se le nota cansada, pero está más radiante que nunca y se le ilumina la cara cada vez que habla de la pequeña. Es verla y resulta imposible no acordarse de la fiesta. Fue hace solo cuatro días, aunque, con todo lo que me ha pasado de por medio, a mí me parece una eternidad. Por culpa de Chrishell sé que hubo tensión y que estuvimos a punto de cargárnoslo todo. De hecho, tuvimos que hacer milagros para disimular lo que pasaba por detrás, pero en cuanto Devon abrió la carta y descubrieron que venía una niña en camino, rompió a llorar como una magdalena. Solo por verle esa cara, volvería a montar aquel circo una y otra vez.

—Y no solo hemos ido al médico —añade Devon, mirándola con una ternura que me da hasta envidia—. Después hemos ido a comprar los muebles para la habitación del bebé. Ya tenemos reservado el cambiador, la cuna…

Lo cierto es que, cuando empezaron a salir, yo no daba un duro por ellos. De hecho, llevan casi el mismo tiempo embarazados que saliendo de forma oficial, pero cada mes que pasa los noto más unidos. ¿Estaré en algún momento de mi vida así? ¿Será con Savannah? Ojalá.

Tampoco es que lo quiera ya de ya, claro. Ni siquiera sé si me gustaría ser padre en un futuro cercano, y con el ritmo de vida que ella lleva sé que sería algo jodidamente complicado de manejar… Pero, no sé, supongo que verlos así me hace desear esa misma tranquilidad.

—¿Dylan? —Oigo mi nombre en la lejanía—. ¿Dylan?

—¿Qué? —Agito la cabeza para obligarme a salir del bucle.

—Que si crees que me podrás echar una mano con el montaje —me repite Devon con una mueca nada paciente—. Eres al que mejor se le dan estas cosas.

—Oh, claro, tío. Perdona, he disociado fuerte por un momento. Estaba pensando en… No sé qué estaba pensando, la verdad.

—Yo sí que sé lo que estabas pensando —salta Olivia—. En contarnos de una vez por todas qué ha pasado con Chrishell.

Está claro que el embarazo solo ha aumentado sus ganas de cotillear.

—Yo le he preguntado en el coche y ha pasado de mí —apunta Knox—. A ver si tú tienes más suerte.

—De mí también ha pasado —corrobora Brooke, llevándose una patata a la boca.

—El otro día vino a la cafetería —continúa Olivia—, y yo estaba echándole una mano a mi madre con algunas mesas, y me preguntó por ti… Igual me fui de la lengua diciendo que no estabas en el pueblo. Lo siento.

—Tú no tienes la culpa de nada, Olivia. Tú no has llamado a un distribuidor de cerveza con la intención de robarme todo mi trabajo.

—O sea que ha llegado a firmar el contrato —concluye Olivia con la voz apagada.

Asiento.

—Pero gracias a Knox y a Brooke hemos conseguido modificar la receta y salvar mi cerveza. Si no llega a ser por vosotros, chicos… —Alzo la jarra que llevo en la mano antes de darle un trago largo—. Solo estoy jodido porque ha registrado la marca a su nombre —les desvelo—, pero bueno…, solo son letras, ¿no? —intento consolarme.

—¿Qué dices, Dylan? Sabes de sobra que no son solo son letras. Tiene tu apellido —me discute Danny—. Tienes que demandarla.

—Lo he estado pensando de camino aquí y es prácticamente imposible que tenga la marca concedida. Las cosas no funcionan tan rápido. Lo habrá dicho solo para acojonarme, ¿o quizá es un farol? Ni idea, pero ya me da igual. Podría hablar con mi hermano, que es abogado —explico por si alguno de ellos no se acuerda, sobre todo Danny—, pero no sé si me merece la pena. Tengo la opción de presentar una apelación o incluso meterle una demanda por registro de mala fe; el problema es que tendría que entrar en un laberinto de abogados, juicios… un trámite que no me apetece nada y se podría extender fácilmente durante más de un año. ¿Tengo energía para eso? Probablemente sí, pero no me compensa. Si impugno la solicitud ahora, el lanzamiento se paralizará y prefiero que se lo quede todo. Va a ser mucho más divertido cuando la distribuidora pruebe a producir mi cerveza modificada en su fábrica. Además, si el grupo de Whittaker hace un anuncio de que ha comprado una nueva marca, ya no quiero recuperar ese nombre. Lo sentiría sucio, me recordaría a todo esto… ¿Y no decía Chrishell que mi *marketing* no era nada bueno? Entonces no me costará nada empezar de cero. Tengo lo más importante: la receta y mi conocimiento.

—Dios, eres jodidamente maquiavélico cuando te lo propones —admite Brooke, mirándome con una mezcla de absoluto respeto y diversión—. Lo cierto es que no sé cómo la cabeza hueca de Chrishell llegó a pensar que todo esto era una buena idea.

—Le podría haber salido muy bien la jugada si no llega a ser por vosotros. Porque, aunque luego hubiese conseguido demandarla, mi receta ya estaría en manos de otra persona, que es lo que más temo —explico—. Os quiero, chicos.

Brindo por todos, chocando mi jarra contra la de los demás.

Olivia suspira, notablemente aliviada, y se apoya en el hombro de Devon con una sonrisa.

—Me alegro tanto de que estés bien, Dylan —me dice, mirándome con unos ojos que, de repente, empiezan a brillar más de la cuenta.

—Cariño, ¿por qué lloras? —le pregunta Devon, abriendo mucho los ojos mientras le limpia una lágrima de la mejilla con el pulgar.

—No lo sé —solloza ella, sorbiendo por la nariz con una sonrisa tímida—, son las hormonas.

Brooke alarga el brazo, coge una servilleta de la mesa de al lado y se la tiende a su amiga.

Hay un último problema que no he compartido, pero están tan felices, que me lo trago con un sorbo más de cerveza. Ahora, lo primero que tengo que hacer es sacar toda mi producción de la fábrica de Nolan cuanto antes, pero lo que todavía no tengo muy claro es qué coño voy a hacer con ella después.

Es cierto que todo esto me ha hecho reflexionar y ver lo que de verdad quiero hacer con mi cerveza. Es algo demasiado importante para mí y, aunque al principio me costó verlo claro, ahora tengo una nueva idea de negocio rondándome la cabeza. Pero para eso, primero tendré que hacer unas llamadas…



CAPÍTULO 50

Savannah

Kiss My Levi's - Bellah Mae

¿Cuánto tiempo puede aguantar una persona sin dormir bien? Llevo más de tres noches sin pegar ojo. Desde que se filtró mi paradero todo ha sido una vorágine de sentimientos encontrados, y si llego a saber todo lo que me deparaba mi vuelta a Los Ángeles, me hubiese quedado a vivir en aquel asqueroso motel de carretera de Memphis.

La única parte buena de mi insomnio la tiene Dylan; me quedé hablando con él por teléfono hasta las tantas de la madrugada. Me alegro tanto de que haya conseguido cantarle las cuarenta a Chrishell… y no solo por fastidiarla a ella, que también, sino porque, si hay alguien en el mundo que se merece que las cosas le salgan bien, ese es él.

Dylan va de tipo duro, pero yo sé todo lo que carga a sus espaldas... y lo mucho que le cuesta pedir ayuda. Si le hubiesen arrebatado todo por lo que lleva años sacando adelante él solo, se habría roto en pedazos, por mucho que se esfuerce en ocultarlo tras esa fachada fría y de que nada le importa. Pensar en él me oprime el pecho con una extraña sensación de orgullo y una nostalgia tremenda que no sé muy bien dónde meter ahora mismo. Solo quiero acabar con todo esto y que él pueda volver unos días a Los Ángeles, como me prometió por teléfono.

Me miro al espejo de mi vestidor mientras le doy un trago a una taza de café que ya se ha enfriado. No me gusta mucho el último café molido que hay en casa, está demasiado amargo, pero no importa, hoy lo necesito. Tengo unas ojeras que ni el corrector de alta gama va a conseguir disimular. Anoche, mientras daba infinitas vueltas en mi cama, se me pasó por la cabeza atrasar la reunión de

hoy con Alen, pero ¿qué conseguiría con eso? Como mucho, saltar todas sus alarmas. Así que, aunque no quiera, tengo que enfrentarme a esto. Cuanto antes lo deje cerrado, antes podré empezar a tomar decisiones coherentes.

Estoy decidida a plantarle cara, a tomar las riendas de mi carrera de una vez por todas, cueste lo que cueste. No puedo dejarla en manos de alguien que no valora mi arte como se merece, pero, sobre todo, no puedo dejar mi vida en manos de alguien que me miente y me manipula.

Abro las puertas del armario y deslizo los dedos por las perchas, observando hileras de ropa que de repente me parecen de otra persona. Soy consciente de que, desde que empecé en la discográfica, mi estilo ha ido evolucionando… pero ¿hasta qué punto ha sido un cambio genuino?, ¿de verdad yo misma me hubiese comprado por propia voluntad este *blazer* con flecos? Probablemente no. Y si quiero dominar desde el principio esta reunión, mi ropa debe ser toda una declaración de intenciones.

Dos golpes suaves en la puerta del vestidor me sacan de mis pensamientos, seguidos por la cabeza de Nora que se asoma con cautela. Nunca aprenderá a esperarse a recibir una respuesta para entrar.

—¿Has podido dormir algo? —me saluda.

Le señalo la taza de café frío sobre la cómoda para que sea ella la que saque sus propias conclusiones. Nora me sonríe en un gesto de compasión, entra del todo pisando la moqueta mullida, aparta mi albornoz y se sienta con las piernas cruzadas en el puf de terciopelo granate. Ella ya está lista para salir de aquí. Miro el reloj, porque siempre suele ser ella la que va con retraso, pero esta vez soy yo la que va tarde.

En ropa interior, rebusco en un cajón hasta dar con un top básico blanco, y unos *shorts* desgastados. Después, me muevo hacia la zona en la que están los zapatos, me deshago de la primera fila de botas aburridas de colores tierra empujándolas con el pie y rebusco detrás. Ahí está, mi colección de botas: las blancas decoradas con pedrería azul y tachuelas plateadas alrededor del empeine; las rojas llenas de remates blancos; las metalizadas y verdes… Todas.

Las pobres no han visto demasiado la luz desde hace algún tiempo porque, según mis estilistas, «hay una línea muy fina entre ser *country* y hortera, y tú no sabes distinguirla». Pero hoy es el día de empezar a cruzar líneas.

—¿Cuál de las dos te parecen peor?

Me doy la vuelta y dejo boquiabierta a Nora enseñándole dos pares que sostengo por el tacón: uno rosa con la suela roja y corazones a juego repartidos estratégicamente, y otro plateado con purpurina y flecos.

—Cualquiera de las dos le horrorizaría —se ríe, refiriéndose a Alen.

—¡Adjudicado! ¡Me quedo con las rosas!

Me siento en la alfombra para calzármelas. En cuanto asimila que voy completamente en serio, su cara cambia por completo.

—Savannah…, sabes que esto a Alen no le va a gustar ni un pelo, ¿no? —advierte, inclinándose hacia delante—. Va a tomárselo como un desafío antes de que abras la boca.

—Estoy segura de que mi conjunto es lo que más le va a gustar de la reunión de hoy —le aseguro, guiñándole un ojo mientras tiro con fuerza de las cañas de mis botas rosas para encajarlas bien.

Al ponerme en pie y escuchar el golpe firme de los tacones contra el suelo, me siento un poco más yo.

Salimos de casa en menos de veinte minutos, pero el tráfico de la ciudad no está de nuestra parte y tardamos más de una hora en llegar al centro de Los Ángeles. Sesenta minutos eternos en los que me da tiempo a repasar lo que le tengo que decir a Alen, cambiar el discurso, ponerme nerviosa, volverlo a analizar y desecharlo por completo antes de empezar de nuevo. A estas alturas, ya he ensayado mentalmente todas las formas posibles de decirle que no quiero actuar, pero ninguna me convence.

Jeremy, que al parecer lleva despierto desde hace mucho más tiempo que yo, no ha parado de mensajearme en toda la mañana para saber si he tomado una decisión ya o si necesito su ayuda antes de lo previsto. El problema es que ahora, justo cuando me vendría bien tenerle al otro lado, ha desaparecido. Debe de haber entrado ya al set de grabación de la marca con la que está colaborando. Ayer, se fue de mi apartamento poco antes de las cinco

y quedamos en que, una vez él acabase, se pasaría por la discográfica por si algo se salía de madre. Aunque, siendo realistas, ambos dudamos de que lo dejen pasar de la recepción, la verdad.

Y, por si fuera poco, esta noche tengo la gala benéfica con Ewan. Sé que, si las cosas se ponen feas de verdad en el despacho de Alen, no tendría ni por qué aparecer en la alfombra, pero lo haré de todos modos. Ya no lo hago por la discográfica ni por la nueva imagen que quieren construir a mi alrededor, que ya me importa bien poco, sino por Ewan. No pienso darle la espalda después de todo lo que ha hecho por mí… y porque, siendo sincera, es de las pocas personas que últimamente no me hacen sentir que todo esto de la fama es un intercambio constante de falsos favores. Con él es todo lo contrario.

Supongo que, al final, pese a lo que me habían repetido una y otra vez —y la versión que yo misma me había tragado sin darme cuenta —, sí puedes encontrar gente de verdad en la industria.

El chófer nos deja en la puerta de la discográfica. Ya en la calle, inspiro una última bocanada de aire fresco y Nora me da un sutil apretón de manos antes de cruzar las puertas giratorias.

Una vez dentro, saludo a Jimmy, el recepcionista que lleva en su puesto casi un año desde que acabó sus prácticas y decidió continuar de manera totalmente altruista. «Todo por la música», me dijo en la última fiesta de la empresa. Yo pienso lo mismo, y por eso estoy haciendo esto. Supongo que cada uno lucha a su manera.

Camino hacia los ascensores privados manteniendo la espalda recta. El sonido de estas botas contra el suelo de mármol de la recepción resuena como disparos en un desierto. «Devolvedme el dinero si no queréis que apriete el gatillo», eso es lo que diría Savannah Morgan en una película de Clint Eastwood.

Entramos en el ascensor, Nora pulsa el botón del ático y las puertas de cristal se cierran, tragándose el ruido que siempre hay en el vestíbulo. La planta de Alen, pese a ser un espacio abierto como el resto de la discográfica, hoy la veo lúgubre e infinita, como el pasillo del Hotel Overlook de *El resplandor*. Solo que, en lugar de las gemelas Grady, a quien me encuentro hoy es a Kelly, la secretaria de Alen.

—Buenos días, Kelly —la saludo, pasando por su lado a buen ritmo.

No pienso detenerme.

—Oh, Savannah —consigue articular, saliendo de detrás de su mesa. Intenta corretear detrás de mí, pero no llega a alcanzarme—. El señor Alen me ha dicho que debes esperar a…

No la dejo terminar. Agarro el pomo de su despacho, empujo la puerta de cristal sin molestarme en llamar y entro como un torbellino con unas horterísimas y monísimas botas rosas dispuesto a arrasar con todo.

—¿Savannah? ¿Qué haces aquí? —Alen levanta la vista del ordenador, desubicado—. Le he dicho a Kelly que todavía no estaba disponible.

—¿Kelly? Debe de estar en el baño o algo, porque ahí no había nadie —miento sin pestañear. Tampoco es cuestión de que despidan a la pobre chica por no saber pararme los pies—. ¿Quieres que espere fuera a que termines… lo que quiera que estés haciendo? —le sonrío con una inocencia fingida.

Él intenta mirar a través del cristal hacia el puesto de Kelly, pero yo muevo la cabeza a su mismo ritmo para bloquearle la visión. Nora, al percatarse de lo que estoy haciendo, se suma al boicot y comienza a bostezar mientras estira los brazos, desperezándose hasta convertirse en una barrera que tapa el ángulo por completo.

—No, ya da igual —resopla Alen, dándose por vencido frente a nuestra barrera humana—. Sentaos, pero dadme un minuto, por favor.

Ambas le hacemos caso y Alen vuelve a clavar los ojos en la enorme pantalla que tiene por ordenador mientras teclea a una velocidad absurda. Cruzó las piernas a propósito, dejando que una de mis botas rosas quede apuntando directamente hacia él, balanceándose con un ritmo que contrasta con el estresante repique de sus dedos sobre el teclado.

—Listo —dice, después de más de tres minutos que llevamos mirando la capa de contaminación que se ve en el horizonte de la ciudad—. Siento la espera. Ya sabéis cómo es esto antes de una gran firma. Los de la productora están puliendo los últimos detalles del contrato de distribución internacional en la sala VIP.

Cuando acaba de hablar, su mirada baja y se detiene en mis *shorts* vaqueros. Luego se desliza, centímetro a centímetro, por los bordados y los corazones de mis botas.

—Veo que has decidido venir... cómoda —comenta, forzando una nota de falsa ligereza en la voz, aunque el tic que le acaba de salir en el ojo izquierdo dice todo lo contrario—. No es lo más adecuado para una firma de tal envergadura, pero no pasa nada. Los directivos ya te conocen, saben que eres una artista con… personalidad. Aunque para la rueda de prensa de la semana que viene no podrás elegir tú la ropa, claro. El estilista te ha escogido un vestido con un escote que...

—De eso quería hablarte…

—¿Del vestido que llevarás? —pregunta, confundido.

—No, Alen. Del contrato. Me gustaría afinar unas pequeñas cláusulas antes de firmar.

—Claro que sí, pero eso lo podemos hacer en la sala con el resto del equipo —se levanta, decidido a emprender camino.

Yo ni me muevo, y continúo hablando.

—Me gustaría recuperar el control total de mis cuentas antes de seguir adelante con nada.

—Ay, Savannah. ¿No quedó eso bastante claro ayer?

—Sí, pero si yo acepto algo así, me gustaría tener una muestra de buena fe por vuestra parte. Al fin y al cabo, somos un equipo y me gustaría sentirme parte de él.

—Claro que lo eres. Sabes que no iríamos a ningún lado sin ti, pero hay veces que los capitanes de barco no saben ver las cosas. ¿Has visto *Titanic*?

—Solo te estoy pidiendo que desbloquees mis fondos de una vez. Lo de congelar mis cuentas porque decidí tomarme unos días en Dukeforth ha sido una puñalada trapera. Ya estoy aquí, estoy dispuesta a hablar del proyecto, pero necesito recuperar el acceso a mis activos financieros hoy mismo.

Alen se detiene a medio camino entre la mesa y la puerta. Se le borra la sonrisa y regresa despacio a su sillón, apoyando las palmas sobre la mesa de cristal. El mánager encantador acaba de evaporarse.

—Vamos a hablar como adultos, Savannah —comienza—. Ese «bloqueo» no ha sido un castigo, sino una medida de protección de la discográfica. Te largaste sin avisar, pusiste en riesgo todas tus campañas de *marketing* y tuvimos que retener tus fondos para cubrir las posibles penalizaciones legales por incumplimiento. El dinero se quedará congelado en la cuenta hasta que entres en esa sala de juntas y pongas tu firma en el contrato de la película. Es la única garantía que tiene el sello de que no vas a volver a huir a mitad del rodaje.

—¿Garantía? ¡Es mi dinero! —La rabia me quema por dentro y me pongo en pie de un salto. El impacto de mis botas contra el suelo resuena en las paredes de cristal, pero ya no siento sus superpoderes—. Son los *royalties* de mis anteriores álbumes, mis adelantos de composición... No podéis retener mis ingresos para obligarme a aceptar un proyecto cinematográfico que ni siquiera he elegido yo ¡y no quiero! Me niego a que me chantajees de esta manera. Si no me devuelves el control de mis cuentas ahora mismo, no pienso firmar absolutamente nada. Me planto.

Se recuesta en su sillón, entrelaza los dedos y me clava una mirada cargada de una superioridad insultante.

—Te estás equivocando de estrategia, Savannah. Lo siento, pero no tienes otra opción. O firmas hoy, o vas a salir perdiendo. Y mucho. ¿Quieres que te recuerde los términos de exclusividad que firmaste con nosotros? —amenaza—. Siento decirte que esto no es un proyecto separado, sino que forma parte de tus obligaciones vinculadas de un mismo paquete contractual. ¿Acaso te leíste lo que firmaste? Porque tienes prohibido hasta cambiar de *look* sin permiso. Justo lo que has hecho hoy, así que, Savannah, no me toques las narices.

—¿Es eso una amenaza?

Si ahora mismo no supiese todo lo que sé de él, estaría llorando como un bebé abrazada a su pierna. En cambio, me mantengo firme.

—Nada me gustaría menos que eso. Solo te estoy informando del posible escenario que se desarrollaría si se rompiese el contrato por tu culpa. Sabes perfectamente que ya somos los propietarios

absolutos de tus másteres. Si te declaramos en rebeldía contractual, tenemos el derecho legal de congelar tu catálogo. Cada canción que has grabado, cada letra y cada acorde que has compuesto desde que estás con nosotros pasará a ser propiedad exclusiva de este sello, con todo lo que ello conlleva. Así que piénsatelo bien: ¿de verdad quieres destruir tu carrera entera por un berrinche de orgullo?

De verdad cree que me tiene acorralada. No quiero sacar la artillería pesada. He venido a luchar por mi futuro y mi carrera yo sola, pero me lo está poniendo muy difícil.

Cruzo una mirada de reojo con Nora. Sigue rígida en su asiento, pero asiente sutilmente.

Es todo lo que necesito.

Se acabó el ir de buenas.

—Te crees muy listo, Alen —le digo, metiendo la mano en el bolso para sacar la carpeta con los informes financieros de Jeremy—. Pero resulta que mientras tú estabas ocupado bloqueando mis cuentas para darme una lección, yo he estado investigando en qué te gastas tú el dinero de la discográfica. Abre la carpeta. Vamos a ver si tienes tanto valor para hablarme de cláusulas de rescisión cuando los abogados de la productora vean cómo desvías los presupuestos de tus artistas a tus cuentas fantasma.

Alen hace el ademán de coger la carpeta, pero se le congelan los dedos a medio camino. Cree que es un farol. Está convencido de que soy la misma chica ingenua que firmó aquel papel a los veintitrés años, pero no lo soy.

—Oh, puedes quedártelo —insisto, empujando más la carpeta hacia él—. Tengo copias.

—Eres una maldita niñata desagradecida —escupe, y ahora, por fin, veo una grieta de pánico en sus ojos—. No sabes la maldita suerte que tuviste de que me fijara en ti.

—Puede que yo tuviera suerte, pero tú la tuviste más. Cogiste a una niña con talento que hubiese dado lo que fuese por alcanzar su sueño. Y así lo hice. Lo he dado todo. Y os habéis beneficiado de ello durante todo este tiempo. Y, aun así, claro que estoy agradecida por la oportunidad. No sé si podría haber conseguido esto sin vosotros,

pero lo que sí sé es que ahora mismo puedo llegar a donde quiera sin vuestra visión. No os estoy echando nada en cara. De verdad. Porque esto es un negocio y soy la primera que lo entiende. Pero como he tardado tiempo en comprender que yo soy mi propio negocio, tengo que mirar por mí. Y ahora mismo, Alen, no tenemos la misma línea de futuro.

Mi plan inicial era negociar un trato justo. De hecho, si me hubiese devuelto mi dinero de buenas, quizá, tonta de mí, hubiese vuelto a caer y hubiese salido de aquí siendo un proyecto de actriz, pero mirarle a la cara y escuchar sus amenazas ha roto el último hilo de esperanza que me quedaba. Ya no quiero arreglar las cosas con esta discográfica. No puedo seguir aquí ni un minuto más.

—Así que esto es lo que va a pasar —continúo, inclinándome hacia él—. Vas a desbloquear cada uno de mis centavos y vas a firmar la liberación absoluta de todos mis másteres y los derechos de mi música. Si intentas bloquearme o ejecutar esa cláusula de rescisión de la que tanto presumes, esta misma tarde le entregaré una copia de estos informes a los altos cargos de la discográfica.

Alen intenta recuperar la compostura, suelta una risa nerviosa y se recoloca la corbata.

—¿Crees que a los de arriba les va a importar? —se mofa, aunque le tiembla la voz—. No seas ingenua, Savannah. En este nivel, todo el mundo se cubre las espaldas.

—Oh, contaba con eso —le sonrío con frialdad—. Por eso, en caso de que ellos ya estén enterados y decidan mirar hacia otro lado, no pasa nada. Yo misma se lo enseñaré a la prensa. Y lo que es mejor: se lo mandaré personalmente a los propios cantantes, grupos y productores de este sello. Les encantará saber cómo usas el dinero de sus presupuestos. Te aseguro que hay un montón de gente en esta industria interesada en conocer esta información.

A Alen se le escapa todo el color de la cara, quedándose completamente lívido. Abre la boca para replicar, pero no le salen las palabras. Sabe que lo tengo atrapado.

—¿Qué quieres? —consigue formular con un hilo de voz.

—¿Otra vez, Alen? —le pregunto con sarcasmo—. Ver tanto número junto te ha nublado un poco la mente, ¿no? Tienes hasta que

termine el día de hoy para tener listos los papeles de mi liberación y el desbloqueo de mis cuentas. La relación no continuará de ningún modo, ni en términos de catálogo ni distribución. Ni mucho menos de imagen. Si a medianoche no está todo en mi correo, mañana amanecerás siendo tendencia.

Miro a Nora, que se pone en pie de un salto.

—Que tengas un buen día —se despide ella con su mejor sonrisa.

—Por cierto —añado, agarrando mi bolso antes de darme la vuelta —, Nora también se viene conmigo. Por si no había quedado claro.

Salimos del despacho con un paso firme y acompasado. La puerta de cristal se cierra a nuestras espaldas y Kelly nos mira desde su mesa, sin tener ni idea de todo lo que ha pasado ahí dentro. O puede que sí se hayan oído los gritos de Alen Dixon, quién sabe. Caminamos erguidas, manteniendo una fachada de absoluta seriedad, y solo nos permitimos dejarla atrás cuando ya estamos en el ascensor, viendo cómo los números del panel empiezan a descender hacia la planta baja.

Y, por fin, sin testigos, estallamos.

—¡OH! ¡DIOS MÍO, SÍ! —chilla Nora, pegando un salto en el aire que casi hace tambalear el ascensor—. ¡Lo has conseguido!

—¿Lo he conseguido? —pregunto, todavía totalmente disociada.

—¡Y tanto que sí! ¿No has visto la cara que se le ha quedado? ¡Bien cogido por los huevos!

—¡Madre mía! ¡Lo he hecho! ¿La he cagado? Por favor, dime que no. Miénteme si es necesario —sollozo, todavía con los nervios metidos en el cuerpo.

—No la has cagado en absoluto, te lo juro. —Nora me agarra por los hombros, zarandeándome con una sonrisa gigante—. Has estado increíble, Savannah.

De golpe, los ojos se me llenan de lágrimas con una mezcla de adrenalina, insomnio y alivio. Me tapo la boca para ahogar un sollozo que se debate entre el llanto y una risa histérica. Apenas tengo tiempo de derrumbarme cuando los brazos de Nora me envuelven en un abrazo, justo cuando el ascensor se detiene.

Tan rápido como se abren las puertas, me limpio las lágrimas de las mejillas de un manotazo y salgo al vestíbulo con Nora pegada a mí

como un guardaespaldas. Pero al levantar la vista, me quedo paralizada. Sentado en uno de los sofás de diseño de la recepción, con los mismos vaqueros de ayer y con una taza de café para llevar, está Jeremy. Al escucharnos aparecer, levanta la cabeza y una sonrisa de expectación le ilumina la cara.

—Fuera —le susurro a toda prisa, agarrándole del brazo antes de que pueda ponerse en pie del todo o decir una sola palabra—. Salgamos ya de aquí. No quiero que nadie nos vea juntos ni que Alen te relacione con esto.

Él no protesta; se deja empujar a través de las puertas giratorias. En cuanto el ruido del tráfico nos golpea y dejamos atrás el edificio de cristal, expulso todo el aire que tenía retenido en los pulmones.

—Ha funcionado —suelto de golpe, mirando a Jeremy con los ojos todavía empañados—. Me va a devolver mi dinero y me libro de hacer la película. Y lo mejor de todo… es que le he cerrado la puerta en las narices a la discográfica. ¡Soy libre!

Oh, madre mía. Al decirlo así tan de golpe, me viene todo el vértigo y tengo que apoyarme contra la pared de ladrillo que tengo a mis espaldas para no marearme.

Jeremy deja caer el café en una papelera cercana, da un paso hacia nosotras y nos envuelve en un abrazo.

—Estoy tan orgulloso de vosotras, chicas. ¡Cómo me hubiese gustado verle la cara! ¿Lo tenéis grabado?

Al separarme de ellos, me limpio otra lágrima rebelde con el dorso de la mano y los miro con una sonrisa agridulce.

—Gracias. Aunque oficialmente soy una pringada sin discográfica y con la carrera en el aire —bromeo con ironía, intentando quitarle peso a mi nueva realidad.

—Mi propuesta sigue sobre la mesa, Savannah. Y ahora que he conseguido cerrar el acuerdo y firmar con una *major label* mucho más grande…

—¿Qué? ¿Cuándo ha pasado eso? —salto.

—Llevo días de reuniones secretas en Los Ángeles, Savannah. Eso es lo que había venido a hacer de verdad —confiesa, apoyándose también en la pared, a nuestro lado—. Sabes que necesitaba una

distribuidora mucho más potente a nivel internacional para mis discos y estaba de negociaciones. Y ya es oficial.

Nora suelta un silbido de asombro y le da una palmada en la espalda a modo de felicitación.

—¿Y por qué no me habías dicho nada? —pregunto.

—Primero, porque todavía no podía por contrato. Y segundo, porque no quería condicionarte —admite, cruzándose de brazos—. Sabía que estabas quemada con Alen y no quería contártelo para que no sintieses que te estaba manipulando de algún modo para tomar una decisión más sobre seguro. Quería que, si decidías irte de ahí, tomases tu decisión con respecto a Alen de forma libre, sin que esto te influyese o te hiciese sentir presionada. Además, no es ningún secreto —añade Jeremy—. Desde el día en que nos conocimos te he repetido miles de veces que me flipa tu música, la tuya de verdad. Creo que juntos, dentro de esta nueva estructura, podríamos hacer cosas muy buenas. Sigo teniendo total libertad para gestionar mi catálogo y mis fichajes, lo que significa que, si te vienes conmigo, vas a tener el control creativo absoluto de tu carrera.

Me quedo mirándolo, asimilando la propuesta como una opción real, cuando un codazo de Nora me estalla en las costillas.

—Chicos —murmura ella entre dientes, sin mover apenas los labios —, tenemos problemas a las doce.

Sigo su mirada, pero ya es demasiado tarde para disimular. Alen acaba de salir a la calle hablando por teléfono a toda velocidad, y en cuanto da dos pasos sobre la acera, sus ojos se clavan en nuestro pequeño grupo.

Cuelga la llamada de golpe y avanza directo hacia nosotros.

—Vaya, vaya, vaya —escupe Alen en cuanto llega a nuestra altura, plantándose con una sonrisa venenosa—. Sabía que tenías que estar detrás de todo esto, Jeremy Jensen. Lleva la firma de alguien tan acomplejado como tú. —Mira a mi amigo con desprecio antes de clavar sus pupilas en mí—. Debí imaginar que tú sola jamás habrías sido tan lista ni valiente como para urdir todo este plan contra mí.

¿Cómo has entendido todos los informes de Delaware*?, ¿te los ha tenido que masticar tu amiguito, monada?

—Puedes subestimarme todo lo que quieras, Alen, de verdad —le respondo, encogiéndome de hombros—. Me da exactamente igual lo que pienses de mí, ya no me afecta. Eso no cambia lo despreciable y perverso que eres. Me das asco, Alen, y me alegro de no tener que volver a mirar a la cara a un tipo tan falso como tú.

—Esta noche tendrás los papeles —sentencia entre dientes, con los ojos inyectados en sangre—, pero como vea que algo de todo esto sale a la luz a través de alguno de vuestros círculos, yo mismo me encargaré de patearos el trasero y no dormiré tranquilo hasta que los dos estéis arruinados.

Declaración anual obligatoria para las empresas registradas en Delaware. Las discográficas se registran allí por privacidad y beneficios fiscales; este trámite actualiza sus datos y paga sus impuestos.



CAPÍTULO 51

Savannah

THE EASY PART - GABBY BARRETT

El enésimo *flash* me deja una mancha flotando en la retina, pero sigo sonriendo. Toda esta prensa no tiene ni idea de lo que ha pasado hace unas horas en la oficina de Los Ángeles de Colt Records, pero me imagino que muy pronto se enterarán. Aunque no sabrán toda la verdad, de momento…

En cuanto me subí al coche con Nora, lo primero que hice fue intentar llamar a Dylan. Necesitaba escuchar su voz, contarle que por fin soy libre. Pero el buzón saltó después de varios tonos. Con quien sí terminé hablando fue con Brooke. Nos cruzamos un par de mensajes rápidos y, conociéndola, sé que Dylan no tardará nada en enterarse también. Estoy tan feliz por cómo está saliendo todo… Ni en mis mejores sueños habría imaginado un giro tan perfecto. Y lo mejor de todo es que, pese a que ahora estoy sola —al igual que al comienzo de todo, solo Nora y yo—, no siento miedo por el futuro.

¿Quiero dejarlo todo de lado mientras pienso cómo reorientar mi carrera? ¿Quiero buscar otra discográfica o irme con Jeremy? Sé que su propuesta es buena, pero no sé si nuestra relación está preparada para ese salto. Es decir, nos llevamos demasiado bien y me da miedo que meternos en algo estrictamente profesional termine estropeando nuestra amistad.

Pero no quiero pensar en nada de eso en este momento. Me merezco un descanso mental. Lo único que me apetece es tomarme unos días libres, y dentro de nada podré hacerlo. No puedo dejar de imaginármelo: Dylan y yo paseando por la playa de Los Ángeles sin que nadie nos moleste… Aunque sé que es una utopía. Con todo lo

que puede salir a la luz, tendremos a muchísima prensa y a decenas de fotógrafos detrás, pero sabremos manejarlos. O eso quiero creer.

Y para llegar hasta ahí sin sentir que estoy dejando cabos sueltos por todas partes, primero tengo que hablar con Ewan. Ya le he puesto al día de todo lo que ha ocurrido de camino aquí, pero no nos ha dado tiempo a concretar nada más. Lo que ambos tenemos claro es que no tiene sentido continuar con esta farsa. Nuestro romance termina aquí.

Sé que no es nada inteligente que me pillen con Dylan estos días porque todos sabemos lo que la prensa supondrá y cuáles serán los titulares. También soy consciente de que el lavado de cara no será fácil para mí: «¿Despecho o adicción? Savannah Morgan encadena dos romances en menos de un mes tras su boda cancelada», pero me niego a salpicar a Ewan en el proceso.

Y mucho menos quiero que Dylan sienta que no voy en serio con él. Aunque todo sea un desastre, romper mi relación falsa es lo único que ahora mismo puede demostrar lo mucho que apuesto por lo nuestro. Al fin y al cabo, si los papeles se invirtieran, a mí tampoco me haría ninguna gracia verlo fingir que está con otra.

—Oye, Sav. —La voz de Ewan me llega desde las alturas, sacándome de mi cabeza de golpe. Me da un toquecito casi imperceptible con el codo—. Llevas casi treinta segundos sonriéndole fijamente al mismo fotógrafo de ahí abajo. Va a pensar que te gusta.

—Perdona, el último *flash* me ha cegado y no sé ni dónde estoy —le confieso en un susurro, parpadeando para recuperar la vista.

—Tranquila, sígueme el rollo en tres, dos, uno...

Ewan se inclina hacia mí, rodeándome con sus enormes brazos de la NFL. Pega su frente a la mía con una ternura perfectamente ensayada y me planta un beso en la punta de la nariz.

El gesto me transporta a nuestra primera alfombra roja en el *draft*, poco menos de dos semanas atrás. Aquel día me enfurecía tanto la idea de este montaje que ni siquiera soportaba que se me acercase más de la cuenta. Hoy, en cambio, casi tengo que aguantarme la risa. Sé que es un movimiento sin doble intención; solo sigue el guion. Ya somos lo bastante amigos como para notar su cercanía sin sentirme intimidada.

Creo que en este tiempo he conseguido calarlo de sobra. Ewan es el típico ligón por naturaleza, tontea con cualquier chica de un modo directo y divertido porque le sale solo, sin malicia ninguna, pero entre nosotros esa fase ya pasó. Ahora somos colegas, y esa tranquilidad cambia las cosas por completo.

—¿Qué tal ha estado eso? —sisea en medio de una sonrisa sin deshacer el abrazo. A nuestra izquierda, los fotógrafos se vuelven locos.

Le sonrío y, justo antes de salir de la alfombra, me pongo de puntillas y le planto un beso rápido en la mejilla. Me cuesta horrores llegar a él con un solo movimiento. Es tan alto que casi me quedo besando el aire, pero Ewan capta mis intenciones justo a tiempo e inclina la cabeza para que pueda alcanzarlo. El roce de mis labios contra su piel desata una nueva tormenta de *flashes* a nuestras espaldas mientras caminamos hacia la entrada.

Atravesamos las enormes puertas del teatro y Ewan me suelta de la cintura con el fin de aflojarse un poco el nudo de la pajarita. Aprovecho el momento y me alzo el bajo del vestido verde esmeralda para subir las escaleras sin tropezar.

—Mi equipo me ha dicho que tengo que parecer más vulnerable y sensible ante los medios —me dice cuando ya estamos solos—. ¿Crees que me ha salido bien?

—De película, Brown —le sonrío.

Avanzamos por el vestíbulo principal del teatro de la Fundación Delos y sonreímos de forma cortés a algunos invitados que se cruzan a nuestro paso. Yo, a diferencia de Ewan, no conozco a nadie personalmente. Parece que todo el mundo está aquí compitiendo por ver quién dona más miles de dólares en nombre de la tecnología y la innovación.

Ya en la planta de arriba, alejados de los ejecutivos de Silicon Valley y de sus acompañantes modelos, nos metemos en el antepalco que lleva nuestros nombres escritos en la puerta. Es una pequeña estancia vacía con una barra americana, comida y varios sofás de terciopelo. Ewan cierra la puerta a nuestras espaldas, aislando el murmullo del teatro, y antes de dejarse caer a lo bruto

en uno de los sofás, coge una bandeja de canapés de caviar que hay sobre la barra.

—Dios, qué hambre —dice con la boca medio llena, engullendo un par de canapés de un bocado antes de estirar sus larguísimas piernas sobre la mesa de centro—. En serio, Sav, estas pajaritas te cortan el riego al cerebro. Estoy hasta mareado. ¿Quieres uno? Aprovecha que todavía estamos solos.

Niego con la cabeza, apoyándome en el borde del sofá de enfrente.

—¿Sabes? Echaré de menos esto —añade Ewan, limpiándose la comisura de los labios con una servilleta de hilo—. Eres la mejor pareja falsa que he tenido.

—Lo mismo digo.

—¿Has tenido más? —se interesa.

Vuelvo a negar.

—Entonces no puedes afirmar eso.

—Créeme que sí. Te voy a echar de menos.

Al final, me siento a su lado, apoyo la cabeza sobre su hombro y le robo uno de los últimos canapés, viendo cómo el patio de butacas se llena poco a poco de gente. Desde donde estamos ahora no podemos ver bien el escenario, pero sí el anfiteatro y la platea.

—No te preocupes, estoy seguro de que dentro de poco volveremos a coincidir.

Me separo de su cuerpo y lo miro confundida, sin saber a qué se refiere, pero lo dejo pasar en cuanto el pomo gira y entran nuestros acompañantes.

Compartimos el espacio con Marcus, un jugador de baloncesto de los Lakers que mide casi lo mismo que Ewan, y su chica, una modelo de pasarela espectacular llamada Maya. Ewan los saluda efusivamente con un choque de manos que retumba en todo el palco, y tras las presentaciones rápidas y un par de comentarios sobre el último partido, nos acomodamos en los asientos de terciopelo de la primera fila.

Las luces del escenario se atenúan y empieza la obra de teatro destinada a recaudar fondos para la Fundación Delos. Todo muy altruista, siempre y cuando te sobren los dos mil dólares que cuesta la entrada más barata. Lo recaudado se destinará a crear nuevos

centros para gente de bajos recursos, pero con el nivel académico y tecnológico de las universidades privadas.

Durante las dos horas que dura la función, intento concentrarme en las actuaciones, pero mi cerebro no colabora. Cuando por fin los actores salen a saludar y las luces principales del teatro vuelven a encenderse, estoy tan nerviosa que creo que me voy a hacer pis en la butaca. Ya es más de medianoche.

Aprovecho el alboroto de las despedidas. Mientras Marcus y Maya comentan el último acto con Ewan, abro el diminuto bolso de mano y saco el móvil. En la bandeja de entrada tengo un *mail*: «Rescisión contractual y liberación de activos». Sonrío, porque parece que al fin estoy a una firma de dirigir mi vida, pero paso olímpicamente de regodearme en la victoria porque lo único que me importa son las dos llamadas perdidas y el mensaje de Dylan:

> Gracias por los billetes que me ha enviado Nora, pero no puedo ir a Los Ángeles como te prometí. ¿Podríamos hablar por teléfono?

Oh, dios. «¿Podríamos hablar por teléfono?», ¿qué soy, su asesor fiscal?

Releo una y otra vez el mensaje por si el «no» desaparece de la pantalla, pero no lo hace.

¿Y si se ha molestado porque ha sido Nora quien le ha enviado los billetes de avión en lugar de hacerlo yo directamente? ¿Habrá pensado que paso de él o que estoy demasiado ocupada con mi vida de estrella en Los Ángeles como para encargarme yo misma?

El pánico y el cansancio acumulado cortocircuitan mi cerebro. No puedo pensar con claridad.

—Chicos, disculpadme —les interrumpo con una voz que a duras penas consigo mantener estable—. Voy un momento al baño.

Ewan me mira confundido, pero le sonrío para que crea que todo va bien. No se lo cree, pero no insiste y continúa hablando con Marcus y Maya.

Me doy la vuelta, abro la puerta de madera de nuestra estancia privada y salgo al pasillo casi dando zancadas. Me encierro en el baño más cercano, aislando por completo los aplausos que todavía resuenan en el teatro.

Con las manos temblando, busco el contacto de Dylan y le doy a marcar. Sé que es tardísimo y que el desfase horario no ayuda, pero me niego a esperar a mañana. Me pego el móvil a la oreja con la respiración contenida, como si ese silencio fuera a acelerar el tono o hacer que descolgara antes.

Vamos, Dylan.

Vamos…

El interminable último tono se alarga más de la cuenta y, con una ingenuidad que me avergüenza, pienso que ahora sí. Que ahora va a aparecer su voz medio ronca por culpa del sueño.

Pero no; la llamada se corta.

Mierda. No voy a permitir que esto nos pase de nuevo.



CAPÍTULO 52

Dylan

Day One - Adam Doleac ft. Madeline Merlo

El timbre de la entrada resuena en mitad del silencio de la casa. Me quedo quieto junto a la encimera, con el trapo sucio todavía en la mano, porque no espero a nadie.

Chrishell se marchó ayer, tal y como le dije que tenía que hacer. Cuando llegué a mediodía de casa de Knox, ya no había ni rastro de ella. Joder, qué buena sensación. Lo cierto es que, pese a todo lo que ha ocurrido, siento este final entre nosotros como una victoria. Una libertad necesaria que llevaba meses esquivando por miedo a no tomar una buena decisión y arrepentirme el resto de mi vida.

El timbre vuelve a sonar, más insistente que antes.

Suelto el trapo sobre la encimera de madera, me seco las manos sobre los vaqueros y avanzo hacia la puerta principal con la esperanza de que sea cualquier persona menos ella. Aunque conociéndola, seguro que aparece diciendo que se ha olvidado de cualquier gilipollez que yo fingiré haber tirado a la basura ya.

Abro la puerta de golpe, preparado para cualquier cosa.

—¿Te hace una vuelta a caballo al atardecer, vaquero? —Brooke me sonríe desde el porche, con una mano en la cadera mientras mastica un chicle enorme con total descaro.

Miro de reojo hacia los establos y veo a Knox fuera, terminando de aparejar a tres caballos.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —la saludo, sin entender muy bien la situación.

—Quería ver qué tal va todo… Si necesitabas ayuda con algo. Ya sabes.

No sé si ha venido por Knox o por mí… qué más da. Cualquier excusa es buena para Brooke con tal de escaquearse del trabajo, pero no le voy a reprochar nada; en el fondo agradezco que haya venido a sacarme de mi cabeza, aunque no pienso reconocérselo en voz alta.

Le sonrío, pesco mi cazadora vaquera al vuelo y cierro la puerta detrás de mí.

Caminamos por el rancho en silencio hasta llegar a Maverick, Machine y Maddie, que nos están esperando con todo listo.

Knox ya está subido a lomos de Maverick, sujetando las riendas. Desde su posición, me lanza las riendas de Machine con un movimiento limpio que atrapo al vuelo. Brooke corretea hacia Maddie, su yegua favorita.

Me acerco a mi caballo y, antes de pasar la pierna por encima y encajarme en el cuero desgastado de la montura, ajusto la cincha tirando del cuero con fuerza desde el suelo. El animal resopla, sacudiendo las crines, impaciente por estirar las patas. Me impulso en el estribo izquierdo y me acomodo en la silla.

Salimos por la puerta trasera que da al bosque y dejamos atrás el rancho. Los caballos avanzan al paso, adentrándose por el sendero flanqueado por pinos que lleva hacia el claro del pequeño riachuelo. El crujido de las sillas de montar y el tarareo de Brooke es lo único que rompe el silencio del bosque durante los primeros minutos, hasta que por fin deja de tararear esa horrible canción que se le ha pegado.

—He hablado con Savannah —suelta de golpe, rompiendo la calma —. Dice que no sabe nada de ti.

—Lo sé —confieso con un bufido de frustración—. Esta madrugada tenía un par de llamadas perdidas suyas en el móvil. Se las he devuelto en cuanto me he despertado, pero ahora es ella la que no responde. El cambio de hora con Los Ángeles es una puta mierda.

Knox frena a Maverick y gira el cuerpo sobre la silla para mirarme, arrugando el entrecejo, confundido.

—Espera, pero ¿tú no te ibas a ir a Los Ángeles? —pregunta Knox —. El otro día nos dijiste que, una vez solucionases lo de Chrishell, te volvías a ir.

—Era la idea —admito, pasándome una mano por la cara con cansancio—. Pero me calenté demasiado. Ya sabéis los cambios de planes, y con todo lo que tengo aquí ahora, es imposible irme a ningún lado. Por eso también he estado evitando el teléfono… Sé que como escuche su voz voy a cambiar de plan, y ahora no puedo. Tampoco quiero que ella venga y deje su vida en Los Ángeles. ¿Qué va a hacer aquí?

—Yo tengo novedades, pero no sé si debería ser yo quien te las cuente… —Brooke interrumpe mi verborrea.

—¿Qué quieres decir?

—¡Ay, chico! Llámala y descúbrelo por ti mismo —bufa, dándole un toque con las riendas a Maddie para adelantarse—. Estoy harta de haceros de celestina todo el tiempo.

Knox me mira en silencio y espolea a su caballo para seguirla, dejándome a la cola del grupo.

—Tienes razón —grito a unos metros de distancia de ellos—. En cuanto volvamos al rancho, la vuelvo a llamar.

Damos la vuelta por el sendero del río a un paso mucho más rápido. Veinte minutos después, las cuadras vuelven a aparecer entre los árboles.

—¿Te has comprado un coche nuevo?

«¿De qué coño está hablando?». Pero antes de que pueda articular palabra, alzo la vista y veo una RAM 2500 Limited negra aparcada en mis terrenos.

—¿Qué coño hace eso ahí? —Eso es lo que termino soltando en su lugar.

—Igual es el tipo este… —Knox chasquea los dedos en busca de su nombre.

—Ewan —le echo un cable.

Ayer hablé con él por teléfono y quedamos con que iba a venir, pero me parece increíble que haya encontrado un hueco en su agenda tan rápido.

Entramos los tres cabalgando, en busca del dueño de esa bestia, que pese a que ya está anocheciendo sigue brillando con una pintura negra impecable que desentona por completo con el resto de mierda que tiene mi rancho.

Joder, Ewan va a salir espantado.

—Si está bueno y tiene pasta, ¡me lo pido! —grita Brooke.

Por suerte, Knox, que ya nos ha adelantado y ha entrado al establo, no lo ha oído. No quiero que empiece odiando a mi primer socio formal.

—Guardadme a Machine —les pido, dejándome resbalar de la silla antes de que el caballo se detenga del todo. Le lanzo las riendas a Brooke y avanzo a zancadas hacia el porche—. Voy a ver dónde se ha metido.

Con las manos en los bolsillos de la cazadora vaquera, recorro el lateral de la gigantesca camioneta con la mirada. Es un bicho enorme, con tracción a las cuatro ruedas y los acabados cromados. Lo que daría por tener una así. Aunque, en mi situación, ya con tener cualquier cosa con cuatro ruedas me conformaría…

—¿Ewan? —lo busco, subiendo los escalones del porche en un solo salto. Empujo la puerta principal de la casa, que está entornada—. ¿Hay alguien?

Cruzo el umbral y doy una vuelta rápida por la planta baja, pero está vacía. Me doy la vuelta y, en cuanto salgo de nuevo al porche, me quedo petrificado.

En mitad de la explanada del rancho, caminando con paso decidido hacia los establos donde Knox acaba de encender la luz, veo un cuerpo que en nada se parece al de Ewan. Lleva unos vaqueros cortos y una camisa blanca que ondea un poco con la brisa del anochecer.

Para hacerme notar, tiro de la puerta principal y pego un portazo a mi espalda que retumba en toda la estructura de madera.

Ella se detiene en mitad de la tierra y se gira hacia la casa para mirar de dónde viene el ruido. Al volverse, la luz de la luna le da de lleno, perfilando sus ondas alborotadas y haciendo brillar la pedrería de sus botas *cowboy* verde menta.

El aire se me atasca en los pulmones.

Savannah me mira desde el centro del rancho y yo me quedo clavado en lo alto del porche como un auténtico idiota, hasta que por fin salgo de la ensoñación. Corro hacia ella, pero la maldita distancia que nos separa en el terreno parece infinita.

—Tu *pick-up* sigue rota en el taller de Memphis y ni siquiera saben cuándo la van a poder arreglar... Así que he tenido que comprarte esto para poder venir a por ti —me susurra contra los labios en el segundo exacto en el que logro acortar la distancia.

No la dejo añadir ni una palabra más. Le rodeo la cintura y la levanto en vilo, pegándola más a mi cuerpo. La beso con la fuerza de un tipo que ha estado a punto de perder el rumbo y que acaba de recordar exactamente dónde está todo lo que necesita. Savannah suelta un suspiro ahogado contra mi boca y se cuelga de mi cuello, hundiéndose en mí con la misma urgencia con la que yo me aferro a ella.

Por fin, su antiguo perfume a fresa ácida me llena los pulmones, borrando de un plumazo todos los recuerdos negativos que venía arrastrando.

Cuando nos separamos lo justo para respirar, no le permito que baje los pies al suelo. Apoya la frente contra la mía, con la respiración entrecortada y una sonrisa que destella bajo la última luz de la tarde.

—Una RAM 2500 Limited negra, ¿en serio? —le pregunto en un susurro ronco—. No sabía que tenías tan buen gusto para todo…

—He dejado la discográfica, Dylan —me suelta de golpe, acariciándome la nuca con los dedos—. Soy libre. Completamente libre. No necesito ninguna carretera de vuelta a Los Ángeles. Solo quiero estar aquí.

Las pocas dudas que me quedaban se desintegran en el aire en un pestañeo. Si ella no necesita ninguna carretera de vuelta… juro por Dios que yo me encargaré de que jamás tenga motivos para ello.



EPÍLOGO

Savannah

FAMOUS BACK HOME - RUSSELL DICKERSON

SIETE MESES DESPUÉS...

Estamos a las afueras de Dukeforth, a un desvío de la carretera con conexión directa a Nashville. Es una ubicación estratégica perfecta.

Hoy es el gran día de Dylan y no puedo estar más emocionada. Cuando me contó que Ewan iba a ser su socio, no lo vi claro, la verdad. Siempre me ha dicho que no quería asociarse con nadie, que no quería perder la esencia de su marca… No estaba entendiendo ese movimiento, pero él estaba tan ilusionado que no pude abrir la boca. Y menos mal. Porque esto es algo totalmente distinto a todo lo que tenía en mente.

Juntos, con el conocimiento de mi chico y la inversión de mi amigo, han montado un *taproom*, un concepto que no había oído en mi vida. Básicamente, es un espacio donde fabrican, almacenan y sirven la cerveza directamente desde los barriles a los grifos sin pasar por intermediarios. Así consiguen que cada trago sepa tan puro, fresco y artesanal como Dylan quiere.

Es la mezcla perfecta entre fábrica y bar.

La inauguración de este sitio tiene que ser perfecta. Ahora mismo, los electricistas están acabando de poner el rótulo en la fachada: Taproom Dues & Stroad[*]. Porque sí, así se llama la cerveza después de todo el lío con Chrishell. El mismo día que se le ocurrió la idea, corrió a registrarla.

Ahora, los grifos a lo largo de la barra brillan con un logotipo impoluto con el nombre de Dues & Stroad. Cuando Dylan me enseñó

el diseño en el ordenador con nuestras iniciales entrelazadas de forma sutil, casi me pongo a llorar.

Cuanto más se hable hoy de este lugar, mejor. Para ello, he conseguido que Jeremy venga con su mujer desde Nueva York y traiga al grupo que ya forma parte de mi nueva discográfica. Porque sí, firmé poco después de que saltase a la luz todo el escándalo de Alen. ¿Quién iba a decir que Jimmy, «todo por la música», iba a encontrar en el sofá de recepción la carpeta que casualmente se me «olvidó» antes de salir de Colt Records?

Me tomé un mes de descanso y después hice una pequeña gira por locales de Nashville, haciendo todo lo que siempre quise y con lo que Alen no estaba muy de acuerdo. Nora, por su parte, se ha mudado a un apartamento en la ciudad. Dice que se niega a meterse en Dukeforth. Es gracioso que diga eso cuando ella fue la principal causante de que yo acabase aquí hace ya unos años.

También estoy volando bastante a Nueva York, que es donde está la sede central de Jeremy. Algo que mis padres agradecen infinito porque pueden verme mucho más. De hecho, me quedo a dormir en su casa de New Jersey cada vez que voy; solo que ya no es el mismo sitio que antes. Hace un año les compré una propiedad mucho más acorde con todo lo que ellos me han dado.

—Savannah, cariño, o te quitas del medio o echas un cable.

Me giro y veo a Ewan arrastrar un enorme barril de cerveza por el camino de grava.

—¿A dónde vas con eso?

—Dentro. A ponerlo al lado de la mesa de *ping-pong*. Siento que falta algo para que la gente pueda dejar ahí sus mierdas. ¿Me consigues un trozo de madera para que lo use como tablero? La nueva fábrica es enorme.

La zona exterior está llena de barriles que hacen de mesas, rodeados de palmeras altas y sombrillas. Menos mal que, en pleno noviembre, el sol de Tennessee nos da algo de tregua. El espacio combina un estilo bohemio e industrial con estructuras de palés, un par de grafitis modernos y la antigua *pick-up* de Dylan. Aunque está algo destartalada, preside el lateral de la entrada como una auténtica reliquia. Dentro, el edificio de dos plantas tiene los techos

altísimos, con las vigas y las tuberías a la vista. La planta de abajo está reservada para las mesas, los sofás, los futbolines… e incluso cuenta con un escenario. Conseguimos contratar a la misma diseñadora que se encarga de los escenarios y de la decoración del Stagecoach. Así que todo está medido al milímetro para que la gente disfrute de buena música y una cerveza increíble al unísono.

Subo hasta la planta de arriba, donde está la zona de elaboración. Pese a tener mucho más espacio que antes, por ahora no han aumentado mucho la producción, solo unos tres barriles por lote. Ya sabemos cómo es Dylan con eso de perder la parte artesanal…

Saludo a Logan, un chico de la ciudad que han contratado para que supervise todo los días de *taproom*. La cerveza la sigue haciendo Dylan y, de hecho, ni siquiera Ewan conoce la receta, un requisito en el que estuvo de acuerdo desde el principio. Pero sí es cierto que Dylan ya necesitaba que alguien le echase un cable para cargar los sacos de lúpulo…, en fin, tareas que son un poco más rudimentarias y en las que no se necesita ser ningún maestro cervecero para poder hacerlas.

—¿Sabes dónde puedo encontrar un tablero redondo de madera? —le pregunto a Logan, alzando la voz por encima del ruido de los tanques—. Ewan me ha dicho que estaría por aquí.

—Puede que en la zona de los despachos.

Voy hasta allí y, en efecto, encuentro un montón de listones amontonados de cualquier forma. Ewan se ha hecho un despacho al lado del de Dylan, pero no sé para qué, porque desde que son socios no ha venido mucho por aquí.

Cojo el tablero circular y bajo las escaleras a buen ritmo.

Para cuando pongo un pie en la planta baja, me doy cuenta de que el ambiente ha cambiado. El neón ya está brillando y la gente ha empezado a llegar.

A los primeros que distingo entre la multitud es a Devon y a Olivia. Están de pie en la terraza, hablando con Dylan. Me abro paso rápido, suelto el tablero encima de un barril y abrazo a Dylan por detrás para incorporarme a la conversación.

Al bajar la vista, se me derrite el corazón por completo. Entre Olivia y Devon está el carrito rosa que les regalamos entre todos y, en el

interior, descansa la pequeña, plácidamente repantigada. Me separo un poco de Dylan y me inclino para mirarla, quedándome embobada con sus puñitos cerrados mientras duerme ajena a todo lo demás.

—Está preciosa, Olivia. De verdad. Es idéntica a ti —le susurro, sintiendo una calidez tremenda en el pecho.

—Por suerte para ella, sí —sonríe Devon.

—Aunque tiene el genio de su padre, te lo aseguro —añade Olivia —. Solo queríamos pasarnos un momento antes de que esto se llene por completo para desearos la mejor de las suertes con la inauguración —nos confiesa, tocándose el collar con el nombre de su hija—. Todo esto es una pasada, chicos. Pero no nos vamos a quedar mucho. Todavía es pronto para meterla en estos saraos.

—Muchas gracias, chicos —agradece Dylan—. Cuidad mucho de mi sobrina. Mañana nos pasamos por vuestra casa y nos quedamos un rato con ella, por si os apetece hacer algún plan de pareja.

Devon y Olivia se despiden y, en menos de una hora, el ambiente tranquilo del atardecer se disuelve bajo una marea de gente.

Me parece increíble que, entre todos, hayamos podido hacer esto; haber traído aquí a toda esta gente y haber fusionado nuestros dos mundos. Por un lado, tenemos a Nora hablando con algunos cantantes, a compañeros de Ewan de la NFL y a algunos jugadores de baloncesto que ocupan los sofás de cuero del fondo. Por el otro, están los vaqueros de los pueblos cercanos, compartiendo las mesas de pícnic con ellos con total normalidad. Bueno, excepto Brooke y Knox.

Al pasar cerca de una de las barras, los veo observando el panorama. Están flipando, aunque por motivos radicalmente distintos. Brooke tiene los ojos como platos, escaneando la fila de atletas millonarios con una sonrisa depredadora que me hace aguantar la risa; Knox, en cambio, mira de reojo a un gigante de la NBA que mide más de dos metros con cara de pocos amigos, cruzado de brazos y con los ojos entrecerrados. Ahora no es tan valiente. Mientras tanto, los nuevos camareros no paran de servir cervezas, moviéndose a toda velocidad mientras Danny —pese a que le hemos dicho que hoy no se trabaja— se pasea por los extremos

de la barra, dándoles indicaciones rápidas y supervisando que la espuma quede perfecta.

—¿Me puedo mudar yo también aquí? —La voz de Jeremy me saca de mis pensamientos. El director de mi nueva discográfica aparece a mi lado, luciendo un aspecto impecable, junto a su prometida. Una chica que, pese a no haber coincidido todavía con ella y no conocerla de nada, siento que desprende una vibra tan cercana y real que ya sé que nos vamos a llevar bien. Es una pena que no haya podido venir Claire, mi nueva mánager.

—Me dijiste lo mismo de mi casa de Los Ángeles. Tengo la impresión de que no tienes ni idea de dónde quieres vivir —me río.

—Me refería a la fábrica. Ni de coña me quedaría en medio de la nada.

Niego, riéndome, y me presento a su chica.

—Soy Savannah, encantada.

—Lo sé, yo soy Cassie —responde ella envolviéndome en un abrazo demasiado efusivo—. ¡Por fin nos conocemos! Tenía tantas ganas… Enhorabuena por todo esto. Os ha quedado genial.

—Gracias, aunque yo no he hecho mucho.

Aprovecho para buscar a Dylan entre la gente y hacerle un movimiento con la mano para que se acerque a nosotros. Deja la jarra que estaba llenando, pese a que él también tiene prohibido trabajar, y camina hacia nuestra dirección. Lleva una camisa de botones negra que le queda de miedo y se nota lo contento que está.

—Dylan, estos son Jeremy y Cassie —los presento de inmediato.

—Un placer —Dylan estrecha la mano de Jeremy y le sonríe a Cassie—. Espero que os lo estéis pasando bien. Gracias por cuidar de Sav en Los Ángeles, Jeremy.

—No hay de qué, de verdad. Savannah es de la familia ya. —Jeremy pasa un brazo por encima de Cassie y la acerca más a él—. Además, viendo este local, creo que la que va a tener que cuidar de mis finanzas próximamente es ella.

Cassie se ríe, dándole un sutil toque en el hombro a su chico, y pronto los tres empiezan a divagar sobre temas sin importancia, como si se conocieran de toda la vida. Me pego un poco más al

costado de Dylan, disfrutando de la noche. Él aprovecha la cercanía para depositar un beso rápido en la frente y entrelazar sus dedos con los míos.

—¿Estás lista para subir ahí arriba? —me pregunta en un susurro contra el pelo, a la vez que me aprieta la mano con suavidad.

Miro hacia el escenario de madera rústica al fondo del local y suelto un suspiro hondo, sintiendo una mezcla de adrenalina y paz. Asiento y me despido de todos. A partir de hoy, y durante todos los fines de semana, voy a ser la residente oficial de este lugar. Voy a cantar mis propias letras en el bar de mi chico, vistiendo todas mis botas favoritas y bajo mis propias reglas. No hay nada mejor.

En el escenario me paso la guitarra electroacústica a la espalda y hago unas pequeñas pruebas. Una vez lo tengo todo listo, me coloco frente al micrófono, acaricio la primera cuerda y el sonido limpio inunda el espacio, acallando los murmullos de los deportistas, los cantantes y los vaqueros por igual.

Sonriendo, busco de nuevo la mirada de Dylan entre la gente. Cojo la cerveza que había dejado preparada sobre un amplificador y, antes de empezar a cantar, me aclaro la garganta frente al micrófono.

—Muchas gracias por compartir este día tan especial con nosotros. Durante mucho tiempo he visto a Dylan pelear por su cerveza y os puedo asegurar que es la mejor que probaréis en vuestra vida. O si no, que se lo digan a Ewan Brown.

La gente se ríe y el foco ilumina la sala en busca del jugador de la NFL. Ewan levanta su vaso gigante desde la barra con una sonrisa de oreja a oreja, encantado de ser el centro de atención, como siempre.

—Lo cierto, es que algunos podrán llegar a pensar que es rarísimo que el novio de Savannah Morgan se haya asociado con su anterior pareja, pero qué más nos da a nosotros. ¿Qué significado real tiene una relación de menos de dos meses en Hollywood?

Las carcajadas vuelven a resonar en el local y veo a Ewan chocarle los cinco a Dylan mientras Knox niega con la cabeza, divertido.

Para la prensa, acabamos poco después de la gala benéfica. Nuestra excusa fue que éramos muy buenos amigos y eso nos forzó

a intentar tener una relación, pero teníamos más conexión como amigos que como amantes. Un discurso que a Ewan le ayudó a mejorar su imagen de cara a la prensa y las marcas. Adiós al chico promiscuo que solo sale con modelos o chicas conflictivas en busca de fama. ¿Quién si no intentaría salir con su mejor amiga?

—Pero más allá de todo esto… Este sitio existe porque Dylan decidió no rendirse —continúo, y esta vez mi voz baja un tono, volviéndose mucho más suave. El silencio se extiende por el *taproom* de forma inmediata—. Y eso me ha llevado a componer una canción que habla de darte cuenta de que, a veces, el viaje no consiste en llegar a una gran ciudad para triunfar, sino en encontrar a la persona que te hace ver que lo puedes hacer desde cualquier sitio. Incluso aquí… Y por eso quiero compartir con vosotros la primera canción que he compuesto para mi próximo disco, *Carretera a Nashville.* Espero que os guste.

El nombre de la cerveza, Dues & Stroad, es un juego de palabras con los protagonistas. La D es por Dylan, pero también viene de *dues*, que en inglés significa «peajes». *Stroad* es por la inicial de Savannah; y además es un término estadounidense que fusiona *street* (calle) y *road* (carretera). Hace referencia a las típicas avenidas urbanas de Nashville, por ejemplo, que combinan el acceso comercial de una calle local con una autopista.

Agradecimientos

¿Cómo es posible que, de entre todas las rarezas que implica escribir un libro, lo que más miedo me dé sean los agradecimientos? Bueno, vale…, eso y una lista más enorme de cosas que ahora no vienen al caso. O puede que sí..., porque entre ellas también están las palabras finales del último capítulo (o epílogo en este caso). Siento que, de algún modo, todo tiene que encajar. Y creo que esta vez encaja todo a la perfección… ¡incluso la dedicatoria! (Si no la has leído, me espero a que lo hagas. ¿Ya? Perfecto, seguimos).

Porque si estás leyendo esto, no es solo que me hayas «aguantado» un libro, sino dos. Así que gracias infinitas a ti, que sostienes estas páginas entre las manos. Al ser el cierre de una bilogía, el agradecimiento se multiplica: no solo estás aquí hoy, sino que me has acompañado a lo largo de ambas historias (porque seamos sinceros, no tendría mucho sentido que hubieras aterrizado en este desenlace sin haber pasado antes por *Carretera a Nashville*, ¿no?).

Mil gracias a todo el mundo que ha invertido su tiempo en escribirme por redes preguntando cuándo llegaba este final. Lo sé… me he hecho de rogar. Pero en mi defensa diré que la culpa no ha sido solo mía: han sido Dylan y Savannah los que se negaban a cooperar (sobre todo Dylan, ya sabéis cómo es).

Como siempre, gracias a mi marido, que tiene el superpoder de leerse mis novelas en tiempo récord (cosa que no hace con los audiolibros de cuarenta horas), y gracias también por todos los momentos que pasamos juntos, porque puede ser que algunas de las escenas que has leído estén inspiradas en hechos reales. O no...

Y gracias a mi madre, que siempre sueña con tener una librería enorme con tooooodos mis libros (poco a poco, madre, ya llegará).

También me gusta aprovechar los agradecimientos para resumir un poco cómo ha sido el proceso de creación de esta historia, y esta vez... volver a Dukeforth ha sido raro. Acabé mi anterior libro, *Hasta*

el último copo, sin muchas ganas de volver a Dukeforth, para qué nos vamos a engañar. Era como si entendiera perfectamente en qué punto habían quedado los personajes y hacia dónde quería llevar la historia, pero no sabía si sería capaz de plasmarlo en papel. Así que mi síndrome del impostor hizo lo que mejor se le da: susurrarme al oído que no era lo suficientemente buena y convencerme para posponer el momento todo lo posible.

Y ahora, echando la vista atrás, creo que no ha sido el síndrome de nada… sino los propios personajes. Ya sabes, necesitaban su tiempo; tres años exactamente (por suerte, yo no he necesitado tanto, jajaja).

El caso es que, al ver el resultado de ambas novelas por separado y comprobar cómo se complementan entre sí, siento que todo ese proceso de dudas, miedos y bloqueos ha merecido la pena. Por fin, Savannah y Dylan tienen el final que se merecen.

Y qué curioso… porque ahora que ya ha terminado todo, vuelven a entrarme ganas de volver a Dukeforth. Quién sabe, quizá todavía quede alguna historia en el tintero, ¿no?

Nos leemos pronto,



Posdata: ¡Ah! Si te ha gustado la novela, podemos comentarla por redes sociales (@lexie.brighton) y también puedes dejar una reseña en Amazon. No te imaginas cuánto me ayuda. *¡Muack!*